

LoveValdy

La Señorita Hadeline

La Señorita Hadeline

Autor. Lorena Bustamante
Editor. Juan José Pacheco
Ilustrador. Neco

La Señorita

Hadeline



“Cuando indagas en la profundidad de sus ojos, descubres el infinito envuelto en misterio, haciéndote perder el sentido de tu existencia, hasta embriagarte por completo de su esencia. Magnífica divinidad, digna de un ángel, perfeccionada en mujer.”



Una isla fantasma, un pueblo inexistente

Para el resto de la humanidad, ellos no existían, convencidos de ser los últimos supervivientes de un mundo desastroso. Gracias a la red inhibidora de señales y a los paneles holográficos, lograron ocultar su «isla fantasma» a los avanzados radares del sistema mundial. Es una inmensa isla, ubicada en medio del mar Céltico, donde sus abrumadoras aguas se unen con el océano Atlántico. Convertido en un territorio libre de tecnología y contaminación. Se encuentra en condiciones sostenibles gracias a la extensa plantación de árboles. Es una isla totalmente desconocida y está dejada de la mano de Dios, de no ser por el hecho de su casual descubrimiento por un barco mercante, hace más de setenta años. Unas cuantas familias adineradas, antropólogos, arqueólogos, arquitectos, biólogos, desesperados de la doctrina y régimen del mundo, se mudaron allí, cuidando y protegiendo aquellas tierras, creando estrictas leyes de convivencia y comportamiento, logrando formar un «país» al que llamaron **Keltoi**.

Es todo un paraíso natural con pueblerinos inmersos en costumbres, tradiciones y expresiones olvidadas a lo largo del tiempo. Recrean la época antigua, visten trajes elegantes y moralistas, cuidan cada detalle en su indumentaria, como si tal cuadro de Velázquez se tratase. Se alimentan de forma natural, educándose bajo sus propios sistemas catedráticos, tomando lo positivo de la era victoriana, rococó, con lo mejor de cada generación, para vivir como auténticos nobles, formando hombres y mujeres de gran convicción social y moral.

Fue allí en la isla donde se unieron en matrimonio Doña Edurne Extandi, toda una experta costurera, con Don Pierres Rique, un gran médico homeópata. Una feliz pareja que solía viajar a España para llevar provisiones a la isla.

Aprovechando esos viajes, aquella pareja decidió probar, en secreto, las técnicas prohibidas de fertilización *in ovum*, la cual consiste en introducir una pastilla conocida como «óvulo inseminado» para que Doña Edurne pudiese

quedar embarazada.

Finalmente, allá por el año 2067, en la estación primaveral, se inician los rumores sobre una nueva habitante de Keltói, una adorable niña que fue bendecida por las aguas del mar Céltico, recibiendo el nombre de Hadeline Rique de Elorriga Etxandi.

El mundo estaba en constante evolución, las tierras ya no eran fértiles debido a la sequía de los doscientos días. Se propagó la pandemia causada por el virus «*H3 pylori*» provocando el cáncer estomacal, debido a los alimentos transgénicos... Sin embargo, el mundo entero estaba en alerta máxima, ante la posible plaga gris causada por un accidente en el laboratorio de Honshū (Japón) donde habían informado de la invención de nano moléculas, capaces de replicarse bajo ciertas características.

Así fue como la dulce niña Hadeline creció en la isla, el lugar más seguro que existía en el mundo. Nunca la llevarían a España y nunca sabría que existía una civilización más allá del mar, del horizonte, creándose la nueva ley donde se prohibía la salida de la isla a cualquier kelteño. Pocos tendrían la dicha o la desgracia de poder viajar y ver con sus propios ojos cómo el mundo se estaba destruyendo.

La tierna Hadeline fue amada por sus padres, cuidada por su doncella Dora y educada por los mejores tutores e inmensas enciclopedias. Aprendió todas las ramas del arte: dibujo, pintura, cerámica, trabajos en arcilla. Recibió clases de piano, violín, armónica, arpa, además de clases de canto.

Vistió los mejores vestidos de encaje, elaborados artesanalmente por su madre, Doña Edurne. Aprendió sobre las plantas medicinales de mayor relevancia que podrían salvar vidas, gracias al empeño de su padre, Don Pierres. Aquella dulce niña se convirtió en toda una damisela, con excelentes modales de cortesía, de gran agilidad mental y de espíritu noble y bondadoso. «Demasiado dócil», pensaba su madre con frecuencia, para un mundo tan cruel, que pedía al cielo para que jamás conociera.

Rebasaba la estatura de sus padres con orgullo, alcanzando el metro con setenta y nueve centímetros. Tenía el porte y silueta de una modelo, aunque era difícil de apreciar bajo sus largos vestidos. Su piel era demasiado blanca, al igual que su rostro, imitando la porcelana. Sus mejillas eran de un tono rosado, pues solía sonrojarse con facilidad. Sus labios eran carnosos y ligeramente grandes, tenía la mala costumbre de morderlos y humedecerlos inconscientemente, dándoles un color rojizo con brillo natural.

Lo que más llamaba la atención eran sus impresionantes ojos. No terminaban de ser azules, pero ni por asomo eran grises, marrones o negros. Tenían un tono manantial, extrañamente aguado, como si siempre estuviese a punto de llorar. Una mirada un tanto triste brillantada, realmente cautivadora. Tal vez su flequillo largo, que le tapaba un poco sus ojos, fuese el motivo de su fascinante iris. También tenía una atractiva y abundante melena, de color rojizo oscuro, que le cubría toda su espalda, aunque rara vez su doncella se la dejaba suelta.

Siempre mantenía su espalda erguida, luciendo faldas que nacían desde la cintura y terminaban cubriendo sus zuecos de madera, así como elaborados vestidos decorados con encaje que hacían énfasis a su fina cintura. Estos le daban aún más presencia, tanto al sentarse como a su sublime caminar. Combinaba sus prendas con algún precioso sombrero, hechos de tela o bien con tejidos de «Carludovica palmata», una herbácea relacionada con la palma y conocida también como «jipijapa», decorados con flores, lazos y alargados tirantes. Procuraba mantener sus manos cubiertas por guantes, sin importar el nivel de calor que tuviese que soportar. De esta manera, evitaba tocar texturas ásperas. Por el contrario, reservaba sus delicadas manos para disfrutar de la suavidad de los tejidos, los pétalos de rosa, el agua del mar...



Era la damita más bella y deseada de la isla de Keltoi. Era la hermosa señorita Hadeline.

Dejando su mundo de ensueño

Isla Keltoi, año 2086

Unos fuertes vientos hacen mover las palmeras de la isla alegremente con la llegada del mes de mayo, dejando caer sus cocos a la brillante arena, ofreciendo a los kelteños jugosos frutos para calmar la sed. Ráfagas de viento frío entran en las casas haciendo resonar las ventanas de madera, que no paran de moverse. Aquella tarde, en casa de los Rique de Elorriaga Etxandi, el ambiente se siente más tenso, sin ser el clima, el causante de tal bochorno.

—Hadeline, vuestro deber será realizar el trabajo que vuestra delicada madre no puede hacer. ¡Sé! ¡No hay nada más que objetar! —El hombre toma una bocanada de aire, enrojeciéndose su rostro.

—Padre, es que yo... Me temo que aún no lo sé todo sobre fibras y tejidos.

—¡Vos sois la más indicada! Sabéis bien que vuestra madre no se encuentra en disposición de viajar. ¡Sé! Confía en vuestro conocimiento y sentido común para buscar y elegir los mejores tejidos.

El padre coge un maletín de cuero marrón. Selecciona unos documentos. Hadeline titubea al responder.

—Estoy... agradecida por tan infinita confianza...

—Creedme criatura —le interrumpe—, cuando os digo, que siempre he repudiado esta disyunción. ¡Sé! —El padre hace una pausa—. Mi ser, un tanto egoísta y déspota, me impide mostraros un país, un mundo, en el que —suspira, intentando ahogar un sentimiento de desdicha— tal vez quedéis vos, adorada mía, más que maravillada.

El tono de su voz suena melancólico, lleno de sinceridad. Termina de guardar los documentos en el maletín. Se retira hacia la ventana de policarbonato. Observa la forma tallada del marco. Intenta secar el sudor de su frente y retira un asomo de lágrima con su pañuelo café bordado. Su hija se acerca un poco meditando sus palabras.

—Siempre he sido obediente, padre, nunca me atrevería a contradeciros. —Observa sus dedos enguantados que tiemblan de nerviosismo—. Solo pido

en esta ocasión que... me dejéis declinar vuestra petición de viaje.

—¡Sé! Pero vuestra petición es absurda —dice secamente—. Las mujeres del pueblo están pidiendo más trajes para sus celebraciones, prácticamente vuestra madre tiene la responsabilidad de crear nuevas prendas. —Carraspea—. Sería egoísta de vuestra parte no cumplir con tal deber. —Se obliga a cambiar su voz autoritaria—. ¡Sé! En esta isla sabéis que no llega nada si no es traído por nosotros mismos.

Pero Hadeline hace un último esfuerzo por desistir, ofreciendo sus razones con más criterio.

—Comprendo, padre. Pero... he de confesaros que, mi temor es más grande que mis conocimientos —comenta sumisa y melancólica—. Todo ha ocurrido tan rápidamente... No he logrado asimilar vuestras advertencias y consejos. Poco o nada sé de ese país. —Resopla—. Nadie me describe ni habla de esos lugares. Todo para vosotros es un misterio.

—Los libros os han hablado de aquellas tierras. ¡Sé! Solo debéis tener en consideración que somos muy diferentes. Así que, os limitaréis a elegir las fibras textiles y evitaréis, de ser posible, hablar o realizar comentarios. —Toma el maletín del escritorio, se da media vuelta para salir del despacho.

«¿Sin tan siquiera hablar con nadie?», piensa Hadeline en esas palabras.

—Pero... ¿por qué, padre? —pregunta desconcertada.

—¡Porque no deben saber que existimos!

El padre sale abatiendo fuertemente las puertas corredizas del despacho, causando un estremecimiento a la madera de nogal y al corazón de su hija.

La señorita Hadeline es demasiado sentimental y aquel gesto le causa un dolor profundo en su pecho, sus lágrimas salen unas tras otras, impregnando el cuello de encaje de aquel fresco vestido color marfil. Ahora su rostro blanquecino se torna en color rojizo por tal impotencia. Su cabello rígidamente recogido con algunos bucles sueltos le causa un fuerte dolor de cabeza. Se queda inmóvil un instante, hasta que ya no escucha los fuertes pasos de su padre. Luego se marcha lentamente a su habitación.

Pasa por el salón, observa la chimenea, apagada y fría. Abre con desánimo las dos puertas, accediendo al hall de entrada, tropezando con la redonda y abultada alfombra que cubre aquel enorme espacio. Escucha jaleo en la cocina, sale un delicioso aroma a mermelada recién sacada del fuego, pero prefiere seguir su camino. Sube por las grandes escaleras de madera, adornadas con una larga y vistosa alfombra roja, dando un paso lentamente

detrás de otro. Solo quiere pensar, discernir aquel instante.

«Si es que nunca he visto ni escuchado otro modo de vida lejos de Keltoi. Tan solo he oído rumores mencionados en el círculo de las damas del té», piensa Hadeline preocupada por esos comentarios. Suelen hablar de esa sociedad como muertos vivientes que dedican su vida al «sistema», manipulados para ganar cifras y gastarlas en cualquier cosa que les haga feliz. Así, a lo largo de su vida, hasta que no sirven para nada y la misma sociedad les desecha, mientras las inventadas enfermedades les terminan de borrar de este mundo. También comentan sobre costumbres vergonzosas, y de mentes mediocres, incapaces de resolver simples algoritmos, y que además suelen estar rodeados de infinidad de aparatos eléctricos. Tal vez como esa radio voluminosa que había destrozado Don Manrique Castejón, el querido alcaide de Keltoi, al desdichado capitán Don Joaquín Sagues tras bajar de su viejo barco con una botella de licor en la mano y su rostro lleno de felicidad. Cómo olvidar la rabia que irradiaban sus ojos, dejando bien claro que todo material debía ser revisado antes de desembarcar. Su temor por la vida moderna es totalmente extremista, cosa que todos los habitantes del pueblo aplauden.

Hadeline suspira y accede a su habitación, inmersa en sus pensamientos. Teme viajar, pero debe hacerlo a petición de su padre, Don Pierres Rique de Elorriaga Ugalde. Es un hombre estricto, puede que amargado y lleno de arrugas por tantas expresiones que suele hacer ante la falta de palabra. Tiene la barba poblada en forma de cola de pato, escondiendo prácticamente su boca. Es poco elocuente, con un tono de voz grueso envejecido, aunque su apariencia es de unos cincuenta años. Siempre se expresa como si un sabio habitase en sus adentros, vocalizando cada palabra, haciendo énfasis en la letra «S» y su acostumbrada muletilla a modo de afirmación: «¡Sé!». Le gusta mostrar su carácter, digno de un respetable magnate homeópata horticultor. Siempre está con su sombrero de copa y su monóculo, que mantiene sujeto con una delgada cadena a su pantalón. Es un gran hombre con aires caballerescos tal como le habían inculcado sus padres, los terratenientes Rique de Elorriaga.

Esa fresca tarde primaveral, Hadeline es una silenciosa damita en la casa. Mientras, observa cómo su doncella Dora termina de preparar el equipaje. Todo hasta aquel momento era perfecto. Hadeline tenía una preciosa vida digna de una princesa, tal como solía leer en la amplia biblioteca de su padre. Disfrutaba devorando libros inmensos llenos de polvo

y suciedad. Al levantarse por las mañanas, ayudaba a preparar el desayuno junto a Dora y colaboraba con la limpieza del hogar, intentando incluso dar brillo al suelo opaco por las tablas ya desgastadas. Adoraba plantar semillas y día a día verlas nacer, florecer, junto a su madre Doña Edurne. Sus clases de bioquímica, ciencias, historia, que recibía en el Conservatorio de Sabiduría, eran agotadoras pero entretenidas, sobre todo la clase de Miss Feicher, profesora de Historia. Allí además compartía risas y momentos divertidos junto al resto de jóvenes de su edad.

Apreciaba las horas del té, casi tan sagradas como el momento en que el sol se escondía y todos, reunidos en la sala, interpretaban poemas o fragmentos escritos por verdaderos autores apasionados de la conjugación de palabras. Apreciaba la «Hora Feliz» en la casa de piedra, justo cerca del lago, jugando al ajedrez de madera con sus amigas, al balón palo, haciendo manualidades y pintando... Amaba las fiestas cada fin de semana en la plaza de Keltoi. Sobre todo, cuando celebraban la presentación de una señorita en sociedad, como cuando su padre festejó su mayoría de edad.

—Por favor, Dora —dice Hadeline—, no olvidéis mi vestido de algodón color turquesa. Sabéis que lo adoro, y me sentiré feliz de enseñarlo en alguna fiesta a la que tenga la suerte de ser invitada en el País Vasco.

Se sentirá alagada, si al menos hace amistades en aquellas tierras lejanas, de donde proviene el linaje de los Rique de Elorriaga.

—Me temo, señorita Hadeline, que vuestra madre no desea que vos llevéis vestidos tan voluptuosos. Pasar desapercibida es su mayor deseo.

—Mis padres solo me imponen disciplina, sin terminar de asumir que ya no soy una niña, y por ende, anular mis propias decisiones. —Mira de reojo a Dora, intentando adivinar sus pensamientos y continúa—. Quiero conocer personas diferentes, pero hasta eso me prohíben, una insignificante conversación, porque dicen que ellos son extraños. —Hace una pausa. Se mira sus manos enguantadas, uniendo sus dedos a modo pensativo—. Perdonad, Dora, sé que vos conocéis España... Decidme, ¿por qué son diferentes a nosotros?

—Disculpad, señorita, llevo diecinueve años sirviendo a vuestra familia, solo sé que comer es saludable. He terminado vuestro equipaje. Si me lo permite, os ayudaré a cambiaros de vestido para que bajéis a cenar.

Dora habla sin mostrar reacción alguna. Se dispone a soltar el corsé de Hadeline, esperando que la muchacha deje de preguntar. Es extraño que Dora

no diga nada, ella que se ve como toda una mujer conocedora de mundo, alta, delgada, con los ojos marrones claros y una melena castaña larga hasta sus caderas, que pocas veces deja lucir por mantener su cabello trenzado y cubierto por un gorro de tela y encaje. Siempre soltera, las mujeres del pueblo en alguna ocasión comentaron que se casó muy joven y enviudó; desde entonces, se fue a vivir a Keltói para servir a la familia Rique de Elorriaga. Siempre permanece callada, con pensamientos lejanos, y seria. Muy seria.

—Os agradezco, Dora. Francamente no tengo hambre, me pondré mi bata y me acostaré a dormir.

—¿Qué le digo a su señor padre, señorita?

Dora pregunta con toda la seriedad que le caracteriza. Se dirige hasta el armario y saca una bata larga sin mangas, realizada en seda. Con toda la paciencia del mundo, inicia el cambio de ropa a su apreciada Hade.

—Por favor, Dora. Os suplico que mantengáis en calma a mi padre. Sutilmente le diréis que deseo descansar para evitar inconvenientes en el viaje.

—No os preocupéis, señorita. Comprendo vuestra petición. Permitidme que le recuerde, señorita Hadeline, que Doña Edurne, vuestra madre, desea que vos la veáis en su recámara.

—Enseguida me acercaré. ¿Vos tenéis conocimiento alguno sobre su estado de salud?

—Solo sé que ha mejorado, señorita, pero aún debe mantener reposo. Es un embarazo de alto riesgo. Don Gumersindo Hilarecio ha hecho énfasis en mantener a vuestra madre en cama. Es un gran doctor, se ha comprometido a velar por su salud, pasando por casa cada semana.

—En eso tenéis razón, es un gran doctor, con lo cual mi padre podrá viajar con mayor tranquilidad sin preocupación alguna. Solo deseo que nazca pronto el nuevo familiar para dispersar atenciones y sentirme menos presionada.

Qué difícil se hace el proceso del cambio de ropa, prácticamente un ritual, que Dora aún no termina de comprender. Se trata de un fino ceñidor corto, envuelto en un corsé de tirantes que se atan fuerte, hasta formar la silueta de la joven, y encima una blusa de manga corta de punto, bordada con flores púrpuras. En su parte inferior lleva *bloomers* con encaje de algodón, un pantaloncillo con rosas pintadas por Doña Edurne, seguido del *petticoat* en crinolina, largo hasta los pies, y a continuación la preciosa falda de

floreccillas, difícil de desabotonar, que se sujeta con una larga cinta de raso púrpura. La pobre muchacha, con tanta carga emocional sumada a la carga de ropa, es de entender el motivo por el que desea estar en pijama.

—Señorita, si no deseáis algún otro servicio más, me retiro.

—No, Dora. Agradezco toda vuestra ayuda. Podéis retiraros.

Su doncella se retira con la cabeza agachada sin decir ni una palabra. Esa mujer parece hecha de palo, nunca dice nada. Pero seguramente comparte el mismo pensamiento que Hadeline, un miembro más en la familia es la solución a su vida.

Hadeline agarra el fino albornoz de seda que se encuentra en su cama, se lo coloca rápidamente y sale de su habitación. Camina a paso firme hasta el fondo del pasillo, donde se encuentra la recámara de sus padres. Toca la puerta con nerviosismo, necesita escuchar los sabios consejos de su madre, quien es su mayor consuelo para ese momento tormentoso.

—Adelante, Dora, justo os iba a llamar.

—No, madre, soy Hadeline, me encontraba indispuesta para cenar, así que he venido pronto a vuestro encuentro.

—¡Oh, mi pequeña Hadeline! Pasa, mi bella damita. En una semana viajaréis a la gran aventura. —La madre hace señas para que Hadeline se siente a un lado en la cama.

—¿Habéis pedido mi presencia, queridísima madre?

—Así es, hija mía. Quería recordaros la importancia de guardar nuestro secreto. —La mujer toca su vientre y la mano de su hija—. Nadie puede saber que estoy embarazada. En dos meses, cuando nazca vuestro hermanito y nos aseguremos que esté sano y que todo ha salido bien, será el momento adecuado para divulgarlo.

—Lo tengo presente todos los días, madre. Entiendo que es un embarazo de alto riesgo y para evitar visitas y opiniones, deseáis mantenerlo en secreto. —Sonríe dulcemente—. De mi parte, no diré nada, madre.

—Os agradezco, mi adorable Hadeline. También os quería advertir... que nada de los libros que habéis leído es la realidad. Es decir... —Realiza una pausa para meditar bien sus palabras—. No quiero que os asustéis si veis cosas horribles, no quiero que cambiéis vuestra forma de ser, de vestir, de pensar, pues ellos no son como nosotros.

—Comprendo, madre, pero aun así... son seres humanos.

—Sí. Pero no son civilizados. Recordad, Hadeline; los extraños no

somos nosotros. —Estira su mano para acercarse a su hija—. Vos habéis nacido en un mundo un tanto, diferente, que hemos creado y reinventado para vos y toda la generación de jóvenes que conocéis.

«Que no son muchos», piensa Hadeline.

—Lo cierto es que... quisimos recrear la época antigua, por eso nuestra luz son velas, nuestras cartas están escritas a mano siendo nuestro único medio de comunicación y la única música es nuestra propia melodía, realizada con nuestros propios instrumentos. Somos lo más natural y real que existe en el planeta.

«¿Natural y real? Pobre de mi madre, sus palabras incoherentes son producto de su medicación», medita Hadeline.

La madre, invadida por la tos, deja de hablar.

—Madre, ¿estáis bien? ¿Deseáis que os deje descansar? —La madre hace señas de estar bien—. ¡Oh, madre! Ya me lo habéis dicho, y creedme que amo este mundo, mis amigas aman este mundo, y todos los que he conocido aman Keltoi. Nadie sale de la isla y por ello siento tanta presión.

—Querida mía —dice al reponerse de la tos—, nuestro temor y el de todos los habitantes ha sido siempre, que nuestro mundo se acabe. Somos felices, pero el resto del mundo no lo es. —Hace un leve gesto de dolor—. Deseo que prometáis de corazón que nunca olvidaréis vuestras raíces, y sobre todo que... nunca nos olvidaréis.

Los ojos de Doña Edurne se inundan conteniendo las lágrimas.

—¡Oh, madre! Me habláis como si algo malo fuese a ocurrir. —Se acerca a su madre y le da un beso en la frente—. Os prometo, madre. Nada en mi ser cambiará, haré los pedidos con mi padre y siempre seguiré todas las indicaciones que me habéis dado.

Se abrazan dulcemente. Se separan y pasan sus manos por los ojos humedecidos.

Hadeline despierta en medio de la noche, asustada se levanta, coge una vela y camina hasta la habitación de sus padres sigilosamente. Se detiene en seco al escuchar los sollozos de su madre. Una vela casi a punto de apagarse ofrece un poco de iluminación, a través de la puerta entreabierta, donde se observa la silueta de sus padres abrazados. «¡Cuánto amor de esposos!», piensa Hadeline.

—Solo os pido, por favor, esposo mío, que no la dejéis sola ni un

momento, me temo que... ¡Oh, Dios! —No puede contener las lágrimas Doña Edurne, pero su esposo busca las palabras adecuadas para calmarla.

—No os preocupéis, señora mía. ¡Sé! Lo tengo todo pensado, mi querida. —La abraza fuertemente—. Juro que nuestra hija no se contaminará de la mediocridad de aquella sociedad pagana.

—Pero, señor mío... ¿Y qué pasará con Doña Dora? Y si ella...

—No os preocupéis, vida mía —le interrumpe—. Nos ha dado su palabra. Así que estoy seguro de que cuidará de nuestra Hadeline. —Hace una pausa—. Además, tened presente, que nuestra Hade es fuerte, valiente e inteligente, no se dejará engañar por nadie. Confiad en mí, adorada mía.

Juntos permanecen en silencio, Hadeline prefiere no interrumpir aquel momento y vuelve a su habitación sigilosamente.

Llega el gran día del viaje. Hadeline está decidida a enfrentar sus miedos. Se asea sola en su bañera de madera. Disfruta de ese momento intentando guardarlo en su mente como un bello recuerdo de su hogar. Dora le espera en la recámara para ayudarle a vestirse. Le recuerda que a donde van, es posible que el agua salga caliente, conducida por una tubería, en vez de usar los fogones para quitar su frialdad.

Terminan pronto de comer el pan, recién preparado con sabor a ahumado de la leña y sacian su sed con el agua aromática de *Mentha spicata*. Aún no sale el sol, pero se escucha el cantar de los gallos, anunciando el nuevo día; más bien, el gran día. Con un fuerte abrazo y entre sollozos se despiden de Doña Edurne y salen de casa. Dora muestra alegría mezclada con nostalgia por acompañarles y volver a su tierra, España. Debe ser la dama de compañía de la señorita Hadeline, y sabe que eso conlleva no quitarle el ojo de encima y alejarla de todo el mundo, hacer el papel de madre y cuidadora. Hadeline ayuda a subir el equipaje a la carreta de madera.

—¡Alejop! ¡Alejop! —grita Don Selpuncio a sus dos caballos, que inician la cabalgata hasta el puerto.

La casa de la señorita Hadeline es una de las más bonitas de la isla, pues sus abuelos se habían esmerado en construir la casa de sus sueños. Esta se encuentra tras la colina, rodeada de abundante vegetación. Por el pesado equipaje que llevan, lo mejor es usar el carruaje tirado por dos de los cinco caballos que hay en la isla. En cambio, a Hadeline le hubiera gustado bajar

caminando desde su casa por la estrecha vereda, pasando por la plaza, cruzando el jardín botánico hasta por fin llegar a la orilla, donde la suave arena se une con el agua cristalina del inmenso mar.

El pueblo aún duerme, aunque ya se ven por los caminos arenosos algunos hombres transitar hacia el gran huerto, donde trabajan en conjunto para producir los alimentos para el pueblo. Mientras, otros se dirigen al puerto para tomar las canoas e irse a pescar en grupos, como siempre, canturreando melodías pesqueras.

—¡Buen día, Don Pierres! —saluda un hombre y se estrechan fuerte la mano—. Hemos venido a despedirnos de vosotros.

—Buen día, estimado Don Garapés Vidarte. Os agradezco vuestra cortesía —responde Don Pierres.

—Buen día señor, señora, señorita —saluda un joven y ofrece la mano a Don Pierres para dirigirse rápidamente a Hadeline—. ¿Cómo os encontráis hoy, señorita Hadeline?

—Buen día, caballeros —responde ella con voz seca—. Todos los días me encuentro bien, hoy es uno de esos días... —Hace una pausa y coloca su mano encima de la del joven. Realiza una reverencia y continúa—. En los que me encuentro mejor que nunca.

—Permitidme deciros, señorita —dice el joven—, que caminando hacia el puerto he encontrado de una belleza un tanto extraordinaria esta llamativa flor, y he querido traerla para que, si es de vuestro agrado, pueda acompañaros en vuestro largo y fatídico viaje. —Saca su mano izquierda oculta tras su espalda y ofrece un manojo de flores de geranio.

—Oh, ¡qué bellas! Sois muy amable. Siempre tan cauteloso, señor Wikinson Vidarte. —Hadeline agarra la flor y la guarda en su bolso de mano.

—Yo diría, si me lo permitís señorita Hadeline, que mi hijo siempre está dispuesto a sorprenderos. De eso no cabe duda.

—¡Sé! Caballeros y amigos, nuevamente gracias por tal agradable gesto, estoy convencido de que mi hija os traerá un agradable presente del País Vasco.

A lo lejos se ve acercándose a unas cuantas personas: una mujer llorando con su niño en brazos, una señorita con la cabeza tapada con un sombrero marrón, un joven con boina cargando un pesado equipaje en sus hombros... Por delante de ellos, Don Manrike, porta unos documentos y camina a toda prisa. Un señor con sombrero de copa le intenta seguir sus

pasos.

Todos se giran a mirar la escena, al parecer una trágica despedida.

—Os lo suplico, Don Manrike, dadnos otra oportunidad —dice el hombre, sin lograr detener sus pasos.

—¡Subíos ya a la embarcación y dejáos de suplicas! —responde el enfadado alcaide.

Don Pierres le susurra a Dora que se acomoden en el barco mientras termina de hablar sobre unos negocios con Don Garapés. Poca gracia le hace a Dora dicha petición, ya se imagina los «negocios» que deben realizar, si es que a planear una boda sin el consentimiento de su hija se le puede llamar así, en vez de «intercambio de intereses».

—¡Vaya! Al parecer tendréis una familia por compañía —comenta Don Garapés Vidarte.

Hadeline realiza una reverencia de cortesía, Wikinson se inclina para besar la forrada mano con guantes de encaje de la señorita. Juntas se retiran y se van caminando hacia el barco, lentamente, para intentar enterarse de qué familia se trata y el motivo de tanto llanto.

—Me da la impresión de que el señor Wikinson busca siempre la forma de hacerme incomodar —comenta Hadeline en voz baja a su doncella, mientras van subiendo al barco—. No se comporta como un noble caballero.

—¡Hasta pronto, señorita Hadeline! —grita a lo lejos Wikinson, moviendo la mano en señal de despedida.

—Señorita, debéis considerar que cada persona es criada de forma distinta, aunque se sigan las estipulaciones de comportamiento de Keltoi.

—Entiendo, pero... no es de mi agrado. Siempre procuro responderle, solo por «cortesía».

—¡Por favor, devolvednos nuestra documentación!

Escuchan las plegarias cercanas. Es la indiscutible voz de Don Teófilo y seguramente viaja con su familia, los Aritzaga de Zikuñaga Gutiérrez.

—Os lo pido, Don Manrike Castejón, sed razonable —dice la mujer.

—A ver, os dejo claro, ¡y que todo el pueblo os enteréis de una vez! —Levanta la voz—. Están totalmente prohibidos los dichosos microcomunicadores y cualquier atrocidad de aparato que dañe nuestra forma de vida.

—Pero, señor alcaide, ya os dijimos que nuestros padres están graves de salud. Mi señora y yo solo queríamos estar al tanto de ellos. ¡Por el amor de

Dios!

—Nosotros somos vuestra familia, más bien éramos, desde hoy ya no formáis parte del pueblo kelteño. ¡Quedáis oficialmente desterrados!

Se van dispersando las voces mientras se acercan al barco. Antes de acceder son detenidas por los guardias.

—Señorita Hadeline, debo exigiros también —dice un guardia— vuestro permiso escrito por vuestros padres.

—Buen día, señor. Permitidme la corrección. Cuento con diecinueve primaveras, soy mayor de edad. Creí entender que solo necesitaríais la autorización del alcaide para viajar.

—Con todo respeto, señorita. Os equivocáis. Mientras vos viváis con vuestros padres, son ellos los responsables de vuestra persona.

—Disculpad, señor —interrumpe Dora—, el padre de la señorita Hadeline tiene entre sus documentos dicho permiso.

—Espero que así sea. Por favor, firmad estas declaraciones.

Les hace entrega de dos hojas con una larga redacción, todo escrito en puño y letra del alcaide Manrike, en donde se puede leer:

Estimado habitante de Keltoi.

Está usted saliendo de esta tierra de gracia y bendición, recuerde que somos más que un pueblo, una gran familia unida, nuestros antepasados nos han regalado la dicha de estas tierras. Por ellas debemos luchar y por nosotros, para mantenernos siempre unidos ante cualquier adversidad. Suplico entonces que, allá donde vaya tenga muy presente a Keltoi y a todos los kelteños, y que por más orgullo que sienta de lo nuestro, mantenga muy presente nuestros reglamentos en donde como bien sabe, el primordial de todos es no dar ninguna información relevante, ubicación, economía y forma de vida.

*Debe como buen kelteño que se considere, mantener los modales y la compostura y en caso de olvidarlo debe leer a diario su respectivo libro del código de conducta moral que tiene asignado.

*Bajo ningún concepto puede hablar de Keltoi, ante los ojos del mundo no existimos y así seguirá siendo siglo tras siglo.

*Jurará además lealtad, y eliminará a su regreso, todo cachivache moderno que haya conocido o vivido.

*Está prohibido sentir gusto y placer por esa vida mundana que conocerá, quedando prohibido hablar de su experiencia vivida con el pueblo de Keltoi, incluyendo a su círculo más íntimo de familiares y amigos, en forma de alabanza o con muestra de concupiscencia.

*Está obligado a volver tal cual como se fue, con las mismas prendas de ropa, y con las mismas personas que le acompañan. Toda persona ajena a Keltoi que intente venir bajo su protección, será lanzada sin piedad al mar.

*No traerá ningún artificio que tenga electricidad, baterías, pilas, o vida propia.

*Todo material considerado inapropiado para Keltoi será decomisado y destruido en el acto...

«Continúa una larga lista de exigencias y prohibiciones»

Por último, en Keltoi siempre será bien recibido su regreso siempre y cuando se comporte como un kelteño, respetando nuestras tradiciones y reglamentos como de costumbre.

<i>Nombre y firma kelteño</i>	<i>Nombre y firma ciudadano</i>
-------------------------------	---------------------------------

Hadeline Rique de Elorriaga Etxandi, escribe en el apartado de nombre kelteño, y como no está registrada en ningún otro país, deja en blanco el apartado «Nombre y firma ciudadano».

«Más que un simple documento burocrático, parece una sentencia de muerte, por todas las exigencias descritas», piensa Hadeline. Entregan las declaraciones, deseosas ya de terminar con tanto proceso administrativo.

—Muy bien, pues adelante, pasad por favor. Recordad que, a la vuelta, no podréis bajar del barco hasta que Don Manrike autorice vuestra entrada.

Las dos asienten con la cabeza y continúan su camino en búsqueda del camarote. Suspiran a la vez.

—Disculpadme, Dora, ¿a vos no os molesta tanta burocracia en Keltoi?

—Señorita, vivimos en un mundo de reglas, solo es acostumbrarse a obedecer.

—Para ser honesta, me molestan tantas reglas, tantas restricciones, ¿por qué es tan difícil salir de Keltoi y entrar a Keltoi? —Hadeline se suelta el lazo del sombrero para relajarse—. El mundo debería saber que existimos, y nosotros deberíamos tener ese privilegio de conocer a todo el mundo, ¿no estáis de acuerdo?

—Señorita Hadeline, solo sé que Keltoi es el mayor de los tesoros, y como tal, debe ser el mayor de los secretos.

Entran al camarote en silencio, nuevamente Dora comenta algo y enmudece eternamente.



Despechado recibiendo órdenes

Bilbao, España.

«Música que estalla oídos, chicas mostrando sus pechos envueltos en *rubber goo* mientras gritan a viva voz en la barra. A un lado, dos hombres intercambiando besos con sus modificadas y exageradas lenguas alargadas... y a lo lejos está ella. No cabe duda, su cabello metalizado mitad en púas mitad alargado en plástico; es ella, esa despampanante mujer con cuerpazo de diosa. Lleva su vestido acristalado de aros corto que enloquece al vérselo puesto y también al quitárselo. Pero no está conmigo, no soy yo. ¿Quién es? ¿Qué demonios hace? ¡Yo la mato!».

—¡Te mato! ¡Te mato! —grita desesperado.

—¡Jeremy! ¡Hijo, despierta! Estás soñando nuevamente —La madre preocupada se coloca junto a su regazo para calmarlo. Le habla pausadamente, como de costumbre—. Solo es otra horrible pesadilla.

Se despierta, al tiempo que se activa su *memorychip*, un punto azul diminuto situado en su quijada cuadrada, algo perceptible por su barba sombreada.

—¡Mamá, vete! Que te largues, que no quiero tu compasión —Empieza a dar manotazos como loco—. Déjame en paz. ¡Fuera de mi vida!

—Otra vez has tomado alucinógenos, querido, estás acabando con tu vida, reacciona. —Toma su mano con la intención de ver los registros de salud en el *health bracelet*—. No puedes seguir así, hijo, déjame ayudar, hay psicólogos...

Jeremy tira fuerte de su mano y se zafa con destreza.

—¡Es mi vida! No es tu maldito problema. ¡Que te largues, joder! —Se levanta de la cama y lleva a su madre del brazo hasta la puerta—. ¡Vete a la puta calle y déjame en paz!

Presiona el botón de la puerta con todas sus fuerzas, provocando la activación de los *rayos katetic resistors (RKR)* iluminándose la entrada, hasta crear una lámina opaca, emitida por la radiación de micro partículas creando una capa resistente parecida a una lámina de policarbonato azulado que

bloquea el paso hacia su habitación. Empieza a tirar cosas contra la pared, maldiciendo y bramando como una bestia salvaje.

Sí, otra vez estuvo alucinando, otra vez su amiga, las *Narcóticas Triptaminas Ahondas*, le acompañaron toda la noche. Esas peligrosas y conocidas drogas que se inhalan, causando sensación de ahogo, como si la persona se hundiera en lo profundo del mar, hasta perder el conocimiento o incluso llegar al paro cardíaco. Claro que Jeremy, conociendo sus efectos, aspiraba cada cierto tiempo a lo largo de la noche, y aun así, no logró sacarse a esa mujer de su cabeza. Ella volvía a sus sueños, todos los días igual. ¿Cómo pudo perdonarla y ella seguir jugando con sus sentimientos? Le ha jodido la vida, pero eso no es lo peor, ya ni las drogas alucinógenas, ni el alcohol, se la arrancan de la cabeza. «¡Maldita seas, Miriam! ¡Maldita zorra!», piensa Jeremy.

—¡Tú, inútil, desactiva la entrada! —Dice su hermano al tiempo que da un golpe a la lámina de la puerta—. Ya me tienes hartos con tus estupideces.

—¡Que os larguéis he dicho! —grita Jeremy.

Nuevamente un golpe, esta vez con mayor fuerza desactiva el bloqueo *RKR*. Acceden enseguida, su madre envuelta en lágrimas y su hermano con algo en la mano. «Que sea un cuchillo para acabar con todo de una puta vez», piensa Jeremy.

—Hoy llega el capitán, así que saca tu culo con tus cosas de este agujero y piérdete de nuestras vidas para siempre. —Dice su hermano lleno de ira.

—¿Me estas echando de casa, Juan? —pregunta Jeremy con voz amenazadora—. ¡Lárgate tú, o te parto la cara!

—¿Te largas o te tiro por la ventana? —Aprieta fuerte el cinturón. Espera una respuesta.

—Eres un retrasado, nenaza y maricón... No tienes los...

Jeremy recibe un latigazo con un cinturón marrón sobre los brazos. Se pone en pie y empuja a Juan contra la pared. Ambos forcejean. Se cae el cinturón al suelo. Jeremy recibe un puñetazo de su hermano en el rostro. Los brazaletes de ambos lanzan una leve corriente al detectar brusquedad. Jeremy no le da importancia y devuelve cómo puede el golpe. «¡Malditos alucinógenos! No dan súper fuerza», piensa Jeremy, recibiendo otro golpe en el estómago. Fulminante. Siente ganas de vomitar, su brazaletes lanza otra corriente más fuerte que le hace temblar su muñeca e inmediatamente cierra fuerte su puño y le acierta un puñetazo en la nariz a su hermano Juan. Un

excelente golpe que le hace sangrar.

Empieza a sonar un pitido fuerte del *health bracelet* proveniente de la pulsera de Juan al detectar la hemorragia.

—¡Parad ya! ¡Juan! ¡Jeremy! —Dice su madre con voz suplicante y sus manos juntas en forma de oración—. Os vais a matar, ¡ya basta por Dios!

Es inútil, no hay poder humano que les detenga. Ya está cansado Juan, de aguantar al niño de su hermano, llorando día tras día por una mujer que poco le valora, hasta él mismo ha caído en sus encantos y más de una vez en su propia habitación. Es hora de quitarle tanta tontería a la fuerza.

—¿Te crees muy listo? ¿Eh, Jeremy? Te dije —le acierta una patada, mientras su nariz sangra—, que te largaras —patada—, de nuestra —una más—, casa.

—¿Pero qué está pasando aquí? —Una voz fuerte y ronca—. ¡Deja a tu hermano tranquilo, Juan!

«Maldición, ha llegado papá», piensa temeroso Jeremy. El hombre se acerca interponiéndose entre ambos.

—¿Acaso este es el recibimiento que me dais, después de meses fuera?

—¡No, capitán! —gritan los dos a la vez. Jeremy se intenta reponer agarrándose de la cama. Necesita responder con serenidad. Juan pulsa su brazalete y el pitido desaparece. Sujeta su nariz para detener el sangrado.

—¡Oh, mi vida! Gracias al cielo que has llegado.

—No me toques, mujer. ¿Cómo es posible que permitas estas riñas entre hermanos?

—Capitán, no es culpa suya —responde enseguida Juan con voz aguda, mientras sujeta su nariz—. Es el insolente de Jeremy. Mírele, es un fracasado.

—He preguntado qué está pasando aquí. No pienso repetirlo.

—Cariño, por favor —dice melancólica mientras seca sus lágrimas—, Jeremy se ha estado comportando como un auténtico lunático desde que le abandonó esa mujerzuela.

—¡No le llames así! —grita Jeremy.

¡Zaz! Recibe una cachetada en su rostro, con la fuerte mano de su padre.

—¡No seas insolente! A tu madre la respetas. Ya has llegado muy lejos con tu comportamiento, jovencito. Te alistaré en la Armada Española. Se te bajarán los humos de una vez por todas.

—Lo... siento, capitán, lo siento mamá —responde sumiso mientras se toca la mejilla enrojecida—. Juro que cambiaré. No me envíe a prestar

servicio, capitán, no por favor.

—No hay más de qué hablar —responde con voz firme su padre—. Necesito que te des una ducha y te cambies esa ropa maloliente. Os espero a todos en la sala en quince minutos. Tendremos asamblea familiar.

—¡Sí, capitán! —responden en coro los hermanos.

Todos se retiran. Jeremy observa aún con rabia a su hermano, quien le voltea los ojos y se marcha a su habitación. «Insolente», piensa Jeremy. Solo por ser dos años mayor que él, se cree el jefe de la casa. Por su culpa, ahora su padre le intentará alistar en la Marina. Prestar servicio a la patria y volverse un amargado como su padre, el Gran Capitán William, es lo que más repudia de todo este asunto. No puede internarse, no puede alejarse de su amada Miriam.

Veloz como un rayo entra en la capsula de la ducha, debe bajar en quince minutos y el tiempo para el Gran Capitán es sagrado. Será mejor darse prisa. Toca la pantalla táctil y programa; «Ablución automática». Sobre su cuerpo cae agua tibia con champo mezclado, se masajea su adolorida cabeza, siente que todo le da vueltas. A continuación salen por las paredes acristaladas, agua mezclada con aromas y jabón. Posa sus manos sintiéndose derrotado al cristal, mientras los chorros de agua terminan de hacer su trabajo, hasta convertirse en un ambiente pulverizado. Cierra sus ojos, maldice su vida mientras siente la absorción del aire y luego un cálido aire caliente proveniente de los diferentes puntos de la capsula que le secan por completo.

«¿Con quién más te vas a acostar? ¡Maldita sea! Solo juegas conmigo. Soy el maldito cornudo. Me has destruido mi vida. Soy un miserable drogadicto», se dice Jeremy a sus adentros.

Siente rabia e impotencia. Lleva días drogado con las *narcóticas triptaminas Ahondas*. Siempre que reaccionaba volvía a aspirar otra botella, es lo único que le hace perder el conocimiento. Ahora que ha vuelto en sí, necesita aclarar sus ideas, pero justo ha llegado el capitán.

—¡Mierda, el capitán!

Dice asustado. Sale de la capsula de la ducha seco de pies a cabeza. Busca en medio del desorden, algo limpio para colocarse.

Ve algo borroso, ya no recuerda cuánto consumió anoche. Ha olvidado por completo que su padre volvía, ese viejo ogro que nunca le ha comprendido. Para él todo son órdenes, cree tener un pelotón por familia. Su

presencia en casa es terrorífica, sobre todo cuando hace las dichas «asambleas familiares».

Termina de vestirse y baja velozmente a la sala. Todos se encuentran sentados en el sofá circular, suspendido en medio del gran salón. Se logra apreciar una suave melodía. Los ventanales acristalados proyectan copos de nieve, ocultando las bellas vistas de afuera, manteniendo la casa fresca sin el calor primaveral. Aunque de nada sirve el ambiente relajante de la casa inteligente, pues todos se encuentran tensos ante la dichosa reunión.

El capitán William está con sus manos en la espalda, caminando de un lado a otro, algo le preocupa. Se nota la tensión en su cuerpo robusto y rígido, más moreno que de costumbre; tantos meses en el mar trabajando en el buque, se ven reflejados en su ser. Su madre se ha recuperado de la conmoción, tanto por la llegada de su marido como por la pelea entre hermanos. Se encuentra más delgada, con más arrugas, con su cabello castaño alborotado; desde hace tiempo ha dejado de arreglarse, puede que sea la vida de Jeremy o tal vez a la ausencia de su querido capitán. Toma un poco de té mientras observa las ondas de agua por efecto del suelo. Juan está sentado al otro lado, tiene un algodón en su fosa nasal. «Más bien en su hocico de gorila», piensa Jeremy. Es igual de alto y musculoso que su padre, bien peinado, bien vestido, con sus grandes ojos azules, que poco se aprecian por llevar puesta sus *magic plus glasses*. Parece el príncipe de algo o es lo que él se cree.

Jeremy toma asiento junto a su madre.

—Bien, familia —carraspea un poco el capitán—. Vuestra madre me ha puesto al día, de estos seis meses que he estado fuera. —Observa a sus dos hijos—. Quiero que de una vez por todas, que quede zanjado el tema de Jeremy, por ello he tomado decisiones. —Resopla, mete su mano derecha en el bolsillo, se sitúa frente a su hijo para comentárselo directamente—. En primer lugar, a partir de hoy tienes prohibido ver a esa tal... Miriam.

—¡No puedes prohibirme nada! —replica Jeremy con miedo, pero con decisión.

—Tú te callas y me dejas continuar —dice su padre con su dedo índice en señal de amenaza—. Que sepas que puedo y mientras vivas bajo este techo, no tienes ni voz ni voto. Escuchas, comes, callas. Que no te gusta, te marchas y te olvidas totalmente de esta familia, de tu herencia, de todo lo que tenga que ver con nosotros. ¿Estamos?

—Yo amo a Miriam y lucharé por ella.

Jeremy se levanta del mueble con la intención de marcharse.

—¡Siéntate! —grita su padre—. Como des un paso más, te encerraré en la guarida del sótano y te dejaré pudrir como a una rata.

Aquellas palabras suenan con tanta crueldad que siente escalofrío por todo su cuerpo. Jeremy recuerda su niñez, cuando por una travesura de la infancia, su padre le encerró dentro del closet, en la dichosa guarida que está oculta en la habitación de sus padres, sin luz, sin comida; fue todo un día, pero a Jeremy le pareció una eternidad. Así que intentó calmarse y retomar su lugar.

El Capitán continúa dando su discurso, hasta llegar al punto del ingreso en la Armada Española para ambos hermanos...

—¡Qué! —Se exalta Jeremy.

—Pero ¿por qué capitán? —Objeta Juan—. Yo estoy estudiando en la universidad, no puedo dejar mi carrera.

—¿Te parece a ti que ser «cerebrista digital» es una carrera digna de un hijo mío?

—Capitán, juro que seré el mejor cerebrista, yo —Juan se defiende—. Podré utilizar la I.A., instalando cerebros digitales a cualquier herramienta que pueda necesitar la Marina, dar vida a lo que sea, convirtiéndolo en mentes robóticas espías y que puedas resolver conflictos rápidos y sigas manteniendo tu título de «Gran Capitán William» —Suelta un suspiro, espera de esta forma convencerle.

—¡Una estúpida profesión! —Dice su padre con desprecio—. He dicho que irás a la Marina y así será. Las mismas reglas para ti Juan. Si me contradices, te esperará un fuerte castigo. —Saca un cigarro de su bolsillo y lo enciende—. Necesito tener a mis dos hijos bajo mi vigilancia, he visto que cuando no estoy en casa, hacéis la vida de vuestra madre una auténtica miseria.

—¡Por tu maldita culpa, Jeremy! —Juan le da un severo puñetazo en el hombro.

El capitán fuma un poco, ve dispersarse el humo, se calma y a continuación comenta que tendrá la visita de un amigo.

—Don Pierres Rique de Elorriaga Ugalde —dice con orgullo—, y su esposa Doña Edurne Etxandi de Rique de Elorriaga. Nuestros grandes y muy apreciados amigos.

Cómo olvidar a esa pareja tan curiosa, había pasado un año sin saber de ellos. Poco o nada los recuerda, Jeremy se pasó la mayor parte del tiempo drogado y encerrado en su habitación. Son apreciados por su riqueza, no por su «amistad».

—¿Qué día vendrán, querido? —pregunta la madre.

—Llegarán en tres días, según mis calculas y por lo que comenta en la carta que me ha llegado al comando. —Sus facciones rígidas del rostro cambian completamente, ahora se encuentra sonriendo, emocionado quizás por tal visita.

—¿Qué quiere de nosotros capitán? —dice Jeremy intrigado.

—Quiero un gran recibimiento, comida vegetal saludable. Buena bebida, comodidades de transporte. Además, quiero que mientras estén en casa, vistan ustedes con las mejores prendas, los quiero ver con corbata, día y noche, zapatos bien pulidos, bien peinados, con los mejores modales de cortesía, nada de andar vestidos como mamarrachos con esas pintas de cómics. Viviremos como ellos nos contaron que les gusta vivir, efectivamente sin luz, sin Smart Home, *microcomunicadores*, *plus glasses*, *health bracelet*... Todo, absolutamente todo dispositivo está prohibido en esta casa.

Coloca la colilla de cigarro en el cenicero, este pasa un haz de luz apagando lo que queda de cigarro, luego suelta un agradable aroma floral. El capitán se mete las manos en los bolsillos, de su impecable traje blanco, mientras espera las reacciones de su familia, quienes no se hacen esperar.

—Pero capitán, al menos, ¿puedo seguir teniendo mi mascota? —Reclama Juan con incertidumbre.

—¿Crees que esos bichos mecánicos en forma de animales, se les puede llamar mascotas? —Carraspea un poco—. ¡Por supuesto que no! He dicho que nada de aparatos tecnológicos.

Es lo que más detesta el capitán, las absurdas mascotas robóticas, sobre todo el i-Pets abejorro que emite un molesto sonido al revolotear. Aunque Juan tiene un i-Dog pequeño, parecido a la raza de perro animal pug carlino, al que suele sacar a pasear para poder grabar y ligar con las chicas.

—¡Querido! Me parece un poco exagerado. No creo que sea conveniente desactivar el Smart Home, nuestro hogar quedaría sin vida, no tendríamos suficiente aire limpio...

—¡No sigas, mujer! En todo caso, dejaremos desactivada parte de la

casa, por donde ellos estarán, no bajarán a nuestras habitaciones. —Resopla—. Será una nueva misión, un nuevo reto. Nos adaptaremos y punto. Ten en cuenta que solo serán unos quince días, no suelen quedarse más tiempo.

«Sin Miriam, sin *microcomunicadores*, y prácticamente sin IoT. ¡Dios! ¿Por qué no nos matará de una puta vez?», piensa Jeremy bastante desilusionado.

—Pero, capitán... Sin los *microcomunicadores*, no podremos llamar a nadie. ¿Cómo nos pondremos en contacto?

—Vamos a ver, Jeremy. Siempre que os llamo tenéis vuestras líneas interrumpidas, estáis conectados hablando tonterías, en vez de usarlo para comunicaros con la familia. Así que no será necesario, si se requiere llamar, pedid a alguien que os facilite un *microcomunicador* —enfatisa alterado. Frunce el ceño y continúa—. Tema zanjado. Vamos a ver, responsabilidades; Jeremy, te encargarás de velar por la señora Edurne: recados, desplazamientos en la *Motorbit* de tu madre, mientras que Juan se encargará de trasladar a Don Pierres en la *Motorbit* negra.

—¡De acuerdo capitán! —asienten a la vez.

—Pero, cariño, sin electricidad se dañarán los nutrientes. Justo hice la compra y llené el frigorífico de inyecciones nutritivas. No veo la necesidad de comer vegetales o hacer comida... Mejor dicho, ¿cómo cocinar? hace años que quitamos la vitrocerámica. ¿Recuerdas?

—Ya había pensado en esos detalles. —Pasa sus dedos por sus ojos fatigados—. Sacaré del trastero la cocina vieja. La volveremos a instalar. No volveremos a inyectarnos nutrientes, no mientras esté la visita. —Carraspea un poco y mira de reojo a Jeremy—. Quiero que te dirijas junto con Jeremy a comprar frutas, verduras, granos, legumbres y todo lo necesario para la estancia de nuestros amigos. Mientras, yo buscaré e instalaré la cocina con Juan y terminaremos de hacer los preparativos.

—De acuerdo querido, entonces desactivaré partes de las funciones del Smart Home —dice la esposa desilusionada—. Por lo menos ahorraremos energía el tiempo que estén los amigos.

—Ánimo, mujer, ya lo habíamos discutido en su visita anterior. No está de más probar a vivir de modo diferente un tiempo.

Todos enmudecen, suena extremo intentar hacerles sentir como en su casa, a lo mejor viven en una montaña alejados del mundo, y tal vez vienen a disfrutar de la vida moderna. En todo caso, tantas atenciones para esa gente...

«Algo trama el capitán», piensa Jeremy.

—Perdone, capitán, pero aún no me queda claro. ¿En qué nos beneficiaríamos mi hermano y yo?

—¡Ah, sí! Verás, Juan, quiero que lo veáis como una misión, el que mejor se comporte en todos los aspectos, será libre para que haga con su vida lo que le plazca. —Sonríe el capitán, deseoso de contarles el premio—. Como en mi casa son mis reglas, estoy dispuesto a obsequiaros un departamento pequeño en cualquier parte del mundo, y que os independicéis de nosotros, lo que incluye decidir si queréis o no prestar servicio a la Armada Española.

—¿Es eso cierto, mamá? —pregunta emocionado Jeremy.

—Así lo ha decidido tu padre —dice con voz apaciguada—. Ya veis, hijos míos, no todo son pegas. Yo le apoyo en su idea, y estoy de acuerdo en todas sus decisiones.

Se levanta del mueble, toca la cabeza de sus dos hijos, luego se retira para terminar de arreglarse y salir pronto de compras. No será fácil encontrar un sitio donde vendan comida ecológica.



Una larga y abrumadora travesía

En algún lugar del océano Atlántico Norte.

Ha transcurrido apenas un día de viaje en el navío Acémila y la señorita Hadeline aún no ha podido ver a su padre. Solo ha recibido el mensaje de un joven peón, donde indicaba la hora y lugar de comer; además, su padre pedía que llevase el pequeño libro «Honorar la France», seguramente continuará con sus clases de francés. Dora no se encuentra cerca, así que decide salir por el pasillo y buscar el salón de comensales. Por un breve despiste, se cruza con un joven, cayendo al suelo su libro, su bolso de mano y sus lentes de lectura.

—¡Perdonadme, señorita! No ha sido mi intención.

—¡Oh, no! Ha sido culpa mía señor, estaba algo distraída —juntos recogen del suelo las pertenencias y Hadeline le mira a los ojos—. ¡Ah! Señor Dionisio Aritzaga, sois vos.

Frente a ella hay un joven exageradamente delgado de unos veintidós años de edad, con abundante cabello negro y una piel demasiado blanca que resalta sobre sus prendas descoloridas. Lleva un pantalón café que le llega hasta su cintura, donde sobresale un poco su camisa beis de manga larga y cuello alto con una pajarita marrón. Tiene la mandíbula prominente y algo de bigote, una apariencia poco agradable.

—Señorita Hadeline, ¿cómo os encontráis? —pregunta un tanto nervioso, ocultando su mirada debajo de los dispersos flequillos de su cabello.

—Me encuentro algo atontada, el movimiento del barco no me sienta bien. —Le observa detenidamente—. Perdonad mi indiscreción, pero, ¿estabais vos llorando?

El joven se avergüenza ante tal observación.

—Me temo que sí, no puedo mentiros, aunque ya no sea kelteño. —Pasa sus dedos por los ojos.

—Tenía entendido que los hombres no llorabais. Si no es mucho atrevimiento, ¿puedo saber que os ocurre, señor? ¿No os sentís bien por el

oleaje?

—Me temo que no, señorita, siento nostalgia y desdicha por la desgracia de mi familia.

—¡Oh! Os comprendo señor. Al parecer, habéis discutido con nuestro alcaide, Don Manrike.

—Verá señorita, más bien nos han expulsado de Keltoi, como si fuésemos unos criminales. —Sus ojos se humedecen, Hadeline saca un pañuelo de seda blanco y se lo ofrece—. Muchas gracias por vuestra generosidad.

—Cuanta pena me dais. Extrañaré las tardes de verano, cuando leíamos con vuestra hermana Dorleta, mientras Doña Zuriñe nos preparaba pan con mermelada.

No era de buena educación, preguntar más de la cuenta, pero tenía enormes deseos de saber cómo consiguieron un *microcomunicador*, cómo es su forma, y qué otras reglas absurdas dejaron de cumplir, para ser tratados con tal humillación, sacándolos de sus casas, sin sus pertenencias, desprestigiando todo el honor familiar.

—Permitidme comentaros, señorita, que mi hermana se encuentra en cubierta, si deseáis puedo llevaros hasta ella.

Por fin alguien más con quien pasar las largas horas de travesía..

—Os lo agradezco, señor Dionisio, ahora mismo debo ir a comer con mi padre, pero más tarde me pasaré a verle —agacha la cabeza tímidamente—. Por favor, aunque ya no vayáis a vivir en Keltoi, espero que nunca olvidéis mi sincera amistad.

—¡Eso será un privilegio, señorita! Solo os pido, por favor, que guardéis mi secreto.

—¿Secreto, señor Dionisio?

—Tenía intenciones de pedir a vuestro padre, permiso para cortejarla, señorita —se sonroja.

—Pero... vos nunca me habéis comentado nada. Nunca sospeché de vuestras intenciones. —Se encuentra aturdida ante tal declaración.

—Señorita Hadeline, no me encuentro triste por el destierro de Keltoi, si os soy sincero... Me encuentro desolado porque nunca podré conquistaros como soñé.

—Y... ¿Desde cuándo, sentís vos, ese anhelo?

—Desde su baile de presentación en sociedad. Os encontrabais vos tan

radiante cual bella flor renaciente. Mis ojos nunca más volvieron a veros como amiga, soñaba con que vos fueseis mi esposa. —Suspira.

—Me dejáis sin palabra señor Dionisio. Vos siempre tan callado y alejado.

—Simplemente os amaba en silencio.

Dice el joven, al tiempo que toma el pañuelo prestado y lo aspira profundamente. Hadeline se queda helada, ya no se encontraba mareada por el oleaje, ahora esta aturdida por ese joven. Era sencillo, demasiado educado, todo un caballero, siempre con su fajín beige y su corbatín bien colocado aunque estuviese el sol quemando tejados. Tal vez no era el más apuesto de los otros jóvenes kelteños, pero era sincero, siempre fue sincero en sus palabras. Ahora entendía tantas cosas, como cuando ganaba en el ajedrez y terminaba diciendo «siempre protegeré a mi reina más que a mi rey». Las tardes de poesía en que solía recitar “Niña bonita” dedicando sus palabras a «la damita más bonita de Keltoi». Cómo imaginar tan si quiera que ella era su musa y ahora su mayor dolor.

—Lo siento tanto, señor Dionisio —comenta aún desconcertada—. Siento no poder corresponderos.

—¿Puedo saber señorita, si existe alguien que... ocupe vuestro corazón?

—¡No, por supuesto que no! —Se exalta, nunca le ha gustado esa pregunta—. Recordad que debo casarme con un caballero, digno de nuestro linaje.

—Sin embargo, señorita Hadeline, os juro que junto a mi familia, volveremos a ser aceptados en Keltoi, y entonces seré el afortunado caballero, que se adueñe de vuestro corazón. —Toma su mano enguantada—. Quiero que tengáis presente, que os merecéis ser feliz y seré yo quien os ofrezca dicha felicidad.

—¡Señorita Hadeline! —Una voz femenina a lo lejos—. ¿os encontráis bien?

La señorita salta del susto y suelta su mano. Se da la vuelta y observa a Dora bastante retirada. Era extraño ese momento, pero por suerte nada anti moral ha ocurrido.

—¡Sí, Doña Dora!

Se gira nuevamente y ve los tristes ojos de Dionisio.

—Señor Dionisio debo retirarme. No os preocupéis, guardaré vuestro secreto —comenta en un tono más bajo—. Como muestra de mi silencio,

conserve mi pañuelo, y siempre que deseéis desahogaros, simplemente hacedlo. Creo que es lo más humano que nos podemos permitir.

Se inclina tomando la falda del vestido con reverencia. El joven responde la despedida tocándose su boina. Guarda el pañuelo en el bolsillo, da dos pasos hacia atrás y se marcha.

Hadeline está conmovida, no puede creer lo que ha ocurrido. No conoce nada del amor. Además en Keltoi está prácticamente prohibido acariciar, besar, o incluso insinuarse de forma indecente a una dama, por ello huía despavorida, al encontrarse en situaciones comprometedoras con algún posible pretendiente. Supuso que el señor Dionisio simplemente está perturbado por todo lo sucedido con su familia.

Después de comer se retira junto con su padre a una especie de pasillo con vistas al inmenso océano. Inician las prácticas de francés, mientras Dora se encuentra apoyada sobre la barrera observando el horizonte.

Es un gran barco mercante, el único autorizado para atracar en el puerto de Keltoi. Está envejecido por los años que lleva construido, pero adaptado con inhibidores de frecuencia para evitar su rastreo, haciéndolo invisible según el capitán. Modificado con paneles de absorción energética, recibe energía solar conjuntamente con la mezcla de micropartículas de magnesio biodegradables que se obtienen del agua de mar, realizando una combustión apta para su navegación evitando cualquier otro combustible por el que pagar.

Pertenecía al viejo marinero, el capitán Don Joaquín Sagues familiar del conquistador de la isla Don Julio Sagues. Había pasado de generación en generación, ahora sirviendo al pueblo kelteño. A pesar de su antigüedad, tiene capacidad para cuarenta pasajeros y quince tripulantes, llegando a alcanzar hasta los trece nudos, contando con unas treinta cabinas. Se encuentra bien dotado de suministros y equipo de salvamento, una lancha de vela y remos.

Cada determinado tiempo, suelen zarpar en el barco para la adquisición de material y productos de mayor necesidad en la Isla. Claro que la economía local se basa en el intercambio de bienes y servicios, sin existir ningún sistema monetario de por medio. Sin embargo, cuentan con un *chip blockchain*, usado por los kelteños, en las operaciones comerciales con el exterior, para la compra y venta agrícola, minera y pesquera. Cada fin de mes, suelen hacer reuniones con los representantes de cada familia, para

comentar los gastos y beneficios obtenidos.

Todos los hombres y mujeres que trabajaban en el barco, están allí porque tienen el derecho de poder visitar a familiares y conocidos, además de disfrutar siempre del mar. Para ellos, es un privilegio, formar parte de la tripulación del navío Acémila.

—La France a été succédé...

—Debeís pronunciar mejor y con voz firme —le interrumpe su padre.

—La France a été succédé par plusieurs monarchies absoles.

—Absolues! Leed bien os lo ruego.

—Perdonadme padre, es que la palabra «absoluta» siempre se me ha dificultado.

Aunque aquella tarde no cuenta más que, con las palabras que le había dicho el joven Dionisio. No está concentrada ni tiene la mente para nada en absoluto. Nunca se había planteado su futuro, ¿y si tal vez, no vuelve nadie a interesarse por ella? Sus amigas Eloisa y Jazmin siempre comentaban de caballeros juguetones que les obsequiaban flores con poemas, pero a ella nada ni algún beso fortuito. Claro que no demuestran respeto ante ellos, mientras que Hadeline siempre sigue, cada estricta norma aprendida o sugerida por sus padres.

—¡Sé! Excelente. —Sonríe satisfecho—. Mañana continuamos. Necesito tratar un asunto con vos.

Hadeline se pone tensa, teme que Dora le haya contado que la ha visto a solas con el joven Dionisio.

—Decidme padre, ¿os inquieta algo?

—¡Sé! Mi querida Hadeline. —Observa a Dora y continúa—. Cuando llegemos a España, os voy a pedir encarecidamente que, ante cualquier persona y en cualquier lugar, os expreséis única y exclusivamente en el idioma inglés.

Dora abre los ojos de par en par y se reacomoda un poco en su postura. Hadeline se asombra.

—Perdonad, padre, creí que en España hablaban español.

—¡Sé! Así es, hija, es una exigencia de mi parte, pues así no os harán tantas preguntas sobre nuestro lugar de origen. Como bien es sabido, la juventud y en general la población actual, han acabo con sus cerebros, cambiando la inteligencia por la holgazanería inclusive de aprender otras formas de comunicación, que no sea el idioma materno. Con lo cual pocas

personas querrán hacer enormes esfuerzos en comunicaros con vos en inglés.

—Comprendo mis deberes, padre. Juro no comentar nada que no esté permitido. Os ruego que no me pidáis hablar en otro idioma.

—¡No dudéis de mis decisiones! —Dice en tono fuerte—. Tenéis que hacerlo tal cual os lo ordeno —se levanta de la butaca y se acerca a Dora—. ¡Sé! Doña Dora, os pido encarecidamente que le hagáis saber a todos, sobre el idioma que domina mi adorada Hadeline.

—De acuerdo, señor, así se hará.

—disculpadme, padre, es solo que... así no podré conocer a nadie.

—¡Sé! ¿Prefieres hija mía, que os haga hablar en francés?

—No, padre, os lo suplico, aún no lo domino bien.

—Pues entonces, no digáis nada más, mi pequeña inglesa.

El padre se retira dejando a su hija pensativa...

¿Cuántos retos le esperan en aquella aventura? Empieza a arrepentirse del viaje. Necesita relajarse, meditar, perder su vista en el horizonte. No se cansa de estar en la cubierta, disfrutando del constante vaivén de las olas, mientras se sumerge en el agradable sonido que se mezclaba con el viento.



Desdichado amor suicida

Bilbao, España.

Una chocolatería muy conocida y con excelentes productos transgénicos, es el sitio que ha elegido Jeremy, para llevar a su madre a beber, ese delicioso batido de fresas vitamínico que tanto le gusta. Hay bandejas suspendidas en el aire, que vienen y van, llevando los pedidos a la mesa. Muchas personas entrando y saliendo, tropezando con los *barrebots* que están fregando el suelo, así como *i-Pets* revoloteando con sus particulares sonidos.

Un caos total que hizo parar a Jeremy de la mesa, para ir a buscar por su cuenta las bebidas. Se encuentra bastante avergonzado por su comportamiento en los últimos días con su madre, quien ha sido la única que le ha comprendido y apoyado en su proceso de dolor y despecho. Allí está, sentada en la mesa, esperando su batido de fresa; pobre mujer, está agotada por las compras.

Se aprecia su *memorychips* encendido, seguro que desea tener recuerdos de aquel momento, madre e hijo. Se merece esos instantes de descanso, antes de llegar a casa y tener que aguantar los desaires del capitán, su amargado marido.

—Aquí tienes, mamá, con nata, como te gusta. —Entrega una copa de cristal con agua y un paquete de pastillas rosadas, con la etiqueta «*batido de fresa nutricional*», junto con una cucharilla para revolver la mezcla.

—Gracias, querido, lo necesitaba. —Dice a la vez que lo recibe—. Me encanta el sabor de este batido. —Suspira—. Ha sido un día agotador, ¿no crees?

—Bueno, yo lo que realmente necesito es este asqueroso café, aún me da vueltas la cabeza. —Toma un sorbo del café recién preparado dejando la bolsa de pastillas de café totalmente vacía. Arruga la frente.

—Jeremy, tal vez pienses que —dice con su acostumbrado tono de voz pausado—... tu padre es un refunfuñón, pero el nuevo reto que os ha puesto, os será de gran ayuda, sobre todo a ti... para pensar en otras cosas y olvidar a aquella chica.

—¡Ay mamá, por favor! —Se pone las manos en la cabeza—. ¿De verdad tienes ánimos para darme un discurso?

—No, querido, solo quiero que tengas en cuenta que queremos ayudarte.

—Más bien ayudaros. Tener que fingir ser amable y sonriente, en mis peores momentos; no me servirá de nada.

La madre se queda pálida, con su mirada fija por encima del hombro de su hijo. Ha enmudecido, se le ha ido el color rosa de sus mejillas.

—Hijo, será mejor que nos terminemos estas bebidas en la *Motorbit*.

—¿Por qué? Relájate, enseguida tomo la avenida y llegamos en un suspiro.

—No es eso, querido. No vayas a mirar, pero... acaba de entrar tu ex, cogida de la mano de un chaval. —Traga saliva—. Por favor hijo, no cometas ninguna locura.

A Jeremy se le aceleran los latidos de su corazón, su cuerpo se convierte en una tumba, no siente más que rabia por dentro. Sus ojos se enrojecen, necesita verla, necesita saber con qué desgraciado está. Se cruje los dedos. Frunce el ceño, pasa su dedo índice sobre el *memorychips* para encenderlo y grabar ese instante. Se vuelve para verla. Miriam lleva un mini vestido escamoso de tirantes con un escote de muerte, la melena plateada recogida y envuelta en un gran moño desaliñado sobre su cabeza, con una mini serpiente plateada a juego, moviéndose con gracia sobre los cabellos sueltos de la frente, como si antes de venir hubiese estado arrastrándose en el césped por placer. Le ha visto y camina sonriente. «Ahí viene, no se corta ni un pelo», piensa Jeremy.

—¡Jeremy! ¡Pero qué coincidencia! —Mascando un chicle, sonrío—. Mira, te presento a Frank, mi novio.

—¿Qué pasa, tronco? —Mueve la cabeza en señal de saludo, pero Jeremy no responde.

—Te espero en la *Motorbit*, hijo —La madre se levanta de la mesa y se retira.

—¡Qué grosero eres! Tu no eras así, Jemy —dice irónica. Él se levanta de la mesa dando un fuerte golpe.

—¿Me vas a cambiar por este fachas?

—¡Ey! ¡Ey! ¿A quién llamas fachas? —Se muerde el labio alterado, se quita la chaqueta de piel de serpiente que lleva puesta.

—No quiero problemas, solo necesito hablar con ella.

—No tenéis nada de qué hablar. ¿Te enteras?

—Miriam, por favor, salgamos afuera y hablemos —dice Jeremy, al tiempo que sus ojos enrojecen de ira.

—Como te dijo Frank, no tenemos nada de qué hablar.

—Te ruego que salgas un momento... Sin tu... compañero.

—Chaval, que somos almas gemelas, siempre estamos juntos en todos lados.

—Necesito decirte algo importante... Te espero.

Sale al *parking*, toma una bocanada de aire fresco, necesita relajarse o alguien saldrá herido, y según como están las relaciones con su padre, será mejor mantener la calma o terminará en un manicomio. Revisa sus bolsillos del pantalón sintético gris, encuentra un cigarrillo. No tiene encendedor.

—¿Buscas esto? —Miriam le muestra un mechero.

—¿Por qué estás con ese? Yo te amo, Miriam. Te pido por favor... Te ruego que volvamos, casémonos... Te llevaré a viajar por el mundo, te...

—¡Ay, para ya! Eres un agobio para la humanidad. Pensé que ya te habías cortado las venas.

—Te juro que si no vuelves conmigo me las cortaré. Tendrás para siempre eso en tu conciencia.

—¡Qué pesado! Que sí, que sí.

—¿Que sí vuelves conmigo?

—¡Que te cortes las venas, joder! —Escupe el chicle al suelo—. Me amargas mi existencia.

—Miriam, no digas eso, no me trates así, yo soy el único que te ha amado. —Se le sale una lágrima—. Eres el amor de vida. Por favor, Miriam.

—Haces el ridículo. Mírate, no eres más que una plasta de caca, nunca volvería contigo... De todos los que me he tirado, has sido el más soso, aburrido y subnormal que he conocido. Hasta nunca, bicho.

—¿Qué tiene él que no tenga yo? —pregunta pasando su mano por los ojos.

—¡Ay, no! Déjalo, en serio, mi Frank es todo lo que tú nunca serás. Adiós.

Miriam se mete el mechero en su bolso de lujo y algo se le cae. Se marcha. Jeremy se queda observando cómo meneas sus caderas. Termina de limpiarse los ojos, le ha parecido que algo se había caído al suelo, se acerca a mirar. Recoge una esclava de plata decorada con estrellas. Toda una reliquia,

que al tocar, se enciende las luces holográficas, produciendo chispas o variedad de efectos al mover la mano. Jeremy lo guarda en su bolsillo con el pensamiento de llevarla siempre consigo. «Será el único recuerdo que podré tener de ella», piensa melancólico.

Se sube al *Motorbit* de su madre, la encuentra con los ojos humedecidos, lista para arrancar. «Esa infeliz de Miriam, no solo me causa dolor y sufrimiento. También hace daño a la mujer que me ha traído al mundo. ¡Maldita sea!», piensa Jeremy con desconsuelo.

—Mamá, yo...

—No digas nada, querido. Rezo todos los días para que —traga saliva, intenta contener las lágrimas—... olvides a esa mujer.

—¡Ay, mamá! —Exclama Jeremy ahogado, con un nudo en la garganta—. ¡Me quiero morir!

Jeremy no puede más, sus lágrimas salen mezcladas entre odio y dolor.

—No, hijo —dice mientras mantiene la mirada pérdida para evitar ver llorar a su hijo—. No digas eso. Sé que la vida te demostrará mil razones para vivir. Date tiempo, querido, para que pase tu dolor.

—¡No quiero tiempo, mamá! —Grita con obstinación— ¡Quiero dejar de existir!

—Pues entonces, deja de existir cuando se marche la futura visita.

—¡Joder! Es que —dice casi asfixiado con su llanto—... no tengo ni ánimos de... ayudaros a atender a nadie.

—Tendrás que sacar lo mejor de ti, para que puedas hacerlo. Me lo debes... por todo lo que he aguantado por ti.

Jeremy se calma y termina de limpiar los últimos rastros de lágrimas. Su madre continúa mostrando valentía para no decaer también en el llanto, aunque tiene un profundo dolor en el pecho por tanta carga emocional.

Se marchan a casa en silencio. En eso tiene razón, necesita de una u otra forma, reparar tanto sufrimiento causado a su querida madre, y si la única forma es ayudarle a ofrecer la «mejor cara de la familia» a esas personas, así actuará. Luego se quitará la vida. Este mundo no tenía sentido sin su amada Miriam.

La madre conoce bien a su hijo, sabe que solo se encuentra pasando una mala racha, y, ¿quién no ha pasado por esa dura etapa del desamor? Realmente su hijo no es feo, tiene el parecido de su hijo Juan pero en menor calidad, más bien ha sacado las facciones de su madre, con ojos café que

reflejan su alma, cabello medio corto castaño, alborotado, que cuando se peina levanta un poco su flequillo, labios finos y una especie de barba, consecuencia de varios días sin afeitarse en condiciones. Su cuerpo es atlético pero delgado. Además es educado e inteligente. No le será difícil encontrar nuevamente el amor.

Al día siguiente, el hogar se mantiene en silencio. Jeremy no ha querido desayunar en familia, pero tampoco ha rechazado las frutas transgénicas que su madre le ha subido a su habitación. Aún no se han escuchado gritos, maldiciones, ni han volado objetos contra las paredes. Tal vez el chico ha estado tan embriagado que ni fuerzas ha tenido de comportarse como un loco psicópata. Es medio día y su padre empieza a preocuparse por su muchacho. Da pasos fuertes y llega hasta su habitación, presiona un botón que lanza un sonido avisando que requiere abrir la puerta.

—¡Jeremy! Necesito que me entregues todos tus dispositivos, incluido tu *memorychips*.

Espera unos instantes sin respuesta alguna, se empieza a desesperar. Vuelve a presionar el botón. Golpea la puerta. De repente, se desliza la luz desbloqueando el acceso, presenciándose en la puerta su propio hijo.

—Aquí tiene, capitán. —Le entrega una caja bien sellada, lleva escrita su nombre.

—¿Esto qué es?

—Ahí dentro está mi *microcomunicador*, *memorychips*, mis *magic plus glasses*, por supuesto con las respectivas lentillas *gamers FX*, y el accesorio de realidad aumentada más un mando adicional que vibra al realizar ataques. Mi reloj digital, mi pulsera de salud con mis últimas pulsaciones y registro de mi sistema nutricional, mi turbo patín, y, por último —hace una pausa realizando un gesto de desagrado— mi mascota i-Pets murciélago con su respectivo cargador; está apagado pero con el GPS activado por si accidentalmente se pierde.

Su flequillo está alborotado, aún sigue con barba, no se ha duchado y por lo visto no ha pasado buena noche. Pero ha obedecido y eso es digno de admirar.

—Muy bien. Te puedes quedar con el *health bracelet*, eso sí, desactivado, pues te servirá para ver la hora y evitar retrasos. También voy a

tener que desactivar tu *microdátil*.

—¿Mi... *microdátil*? Pero, capitán... Eso es ilegal. Además... ¿Cómo voy a pagar? ¿Cómo voy a activar las *Motorbit* y conducir? ¿Dónde o cómo se van a archivar mis datos? ¿Cómo sabré cuándo estoy invadiendo el espacio vital de alguien? ¿Y...?

—¡Ya está bien! —Brama su padre—. He dicho que cero dispositivos, y vas a cumplir mis exigencias al pie de la letra. ¿Conducir? No lo vas a necesitar, he cambiado de planes. ¿Pagar? Ya está todo comprado, y durante quince días no necesitarás gastar, tampoco saldréis a ningún sitio que no se requiera, solo os dedicaréis a la visita.

—Me queda claro, capitán... —Se mira su dedo índice derecho—. Pero... desde que nací he tenido este implante. Nunca se ha desactivado. Va a ser muy extraño.

Al capitán no le importa que esté incumpliendo con las leyes al querer desactivar el *microdátil* de toda su familia. Es una forma del gobierno para mantener el control, detalle a detalle, de sus ciudadanos. Claro que al desactivarse, pasarían como mucho 24 horas, antes de que algún inspector llegue al lugar para verificar la posible muerte de la persona o ver que ha ocasionado el fallo de su desactivación. Pero eso, tampoco le importa al capitán, ya ha movido sus hilos, para evitar tanto escándalo por aquella estupidez.

—¡Cuádrate! —ordena el capitán—. ¡Espalda recta! ¡Hombros atrás! Déjate de tanta tontería. —Y tomando el dedo índice de su hijo con firmeza, le presiona fuertemente con la uña, en la mitad de su huella digital, hasta tocar el dispositivo, tornándose rojo indicando su desactivación—. Ya está. Otro asunto: para mañana tienes una misión.

—¿Cuál misión, capitán?

«Ya empiezan sus órdenes sin decir un “por favor”», piensa Jeremy.

—Serás tú quien te dirijas al Puerto de Bermeo a las ocho de la mañana, tendrás un cartel que dirá; «*Don Pierres y Señora*», para que les traigas a casa.

—¿Y... cómo enciendo la *Motorbit*, capitán? —dice en tono irónico.

—Quiero dar la mejor de las impresiones. Quiero que te lleves al Charleston.

—¿No me había dicho, que la *Motorbit* de mamá?

—Me parece muy..., digamos, tecnológico. Quiero que siempre que les

traslades, uses al Charleston... ¿Ves como no necesitarás tu *microdátil*?

«¡Vaya mierda de coche chatarra!», piensa Jeremy.

—De acuerdo, capitán, pero no está...

—¡Sí, ya está! Tu hermano Juan ya lo tiene listo, lavado, pulido y con combustible. Aquí están las llaves. —Se las entrega lanzando una mirada amenazadora—. Espero que aún recuerdes como se conduce. No quiero ni un rasguño. Trátalo con cuidado, está como nuevo.

«Bueno, ni tan nuevo... Un cacharro Citroën dos CV Charleston de la década de los noventa», piensa Jeremy.

El famoso auto de su padre que tiene de colección. Se ha gastado una fortuna en adquirirlo y otro poco en arreglarlo, tanto internamente, cambiando su combustible de gasolina por hidrógeno, como su estética, retocando nuevamente el color rojizo con efecto curvado en color negro, así como los asientos y todo su interior. Le tiene demasiado cariño, más que a sus hijos. La responsabilidad que le ha otorgado, no es la de traer a casa a esa gente, sino la de velar por la seguridad de su Charleston.

—De acuerdo, capitán —responde desanimado.

—Procura ser cortés, abre la puerta al señor, y a su señora. Suelen traer dos grandes maletas, espero que sepas acomodarlas en el coche.

—Lo haré lo mejor posible, capitán.

—Eso espero. Da la bienvenida a Don Pierres, y ofrécele mis disculpas por no poder ir personalmente. Mañana tendré unas reuniones que me han impuesto a última hora.

Parece que, cuanto peor estado de ánimo presenta Jeremy, más responsabilidades le imponen. «¿Será que se han puesto de acuerdo, para joder más mi vida?», se pregunta Jeremy mientras se encierra en la habitación a morirse de angustia, aburrimiento y despecho.

No va a ser fácil dejar el perfil digital, al desactivar el *microdátil* junto con las *magic plus glasses*, y abandonar por completo el mundo virtual *role life*. Todas sus vidas están enmarcadas de cierta manera por la red digital. Jeremy va a desaparecer unos días, sin dejar pista ni mencionar a nadie el motivo para tal ausencia, así como lo complicado que será, manipular todo el IoT que les rodea y no precisamente dentro de casa. Es todo un desafío para la salud, tanto física como mental, de los hermanos Smith.

La adicción por verlo todo, comentarlo todo, mostrarlo todo, es peor, que las simples drogas magnetizadas alucinógenas, o que todo el alcohol del

mundo. Pasada unas horas, las manos empezarán a moverse por el nerviosismo. Los latidos del corazón se disparaban causando taquicardia. Con cada hora va aumentando el nivel de estrés, apareciendo repentinos cambios de humor, fastidio, agresividad, insomnio, ansiedad por comer, por beber... Con el paso del tiempo se empezará a sudar frío, gotas de agua comenzarán a escurrirse por la frente, pasando por la sien, justo donde se toca para atender alguna llamada. Pasadas unas veinticuatro horas, aparecerán los síntomas de desintoxicación como si se tratase de una drogadicción; alucinaciones visuales, auditivas o táctiles, por la costumbre del irrealismo, causado por el efecto holográfico, así como temblores, espasmos, convulsiones de las extremidades, delirios y paranoia.

El capitán les ha quitado todo y solo espera que vivan la vida libre de tecnología, sin importar las consecuencias que esto conlleva.

«¿Qué vida querrá que disfrutemos? ¿Caminar como una miserable tortuga, mientras los demás van volando en su turbo patín? ¿Conducir moviendo palancas, volantes, pedales, cuando podría ir a doscientos kilómetros por hora sobre una *Motorbit* o incluso disfrutando del viento subido al *Car Liberty Revolutions*? El magnífico auto volador que le obsequiaron a mi amigo Jackson...», analiza Jeremy desesperado.

«...Pero claro, esto al capitán ni mencionárselo, pues todo para él son pegas. Es un viejo mañoso que se queja de la vida actual. ¿Qué tiene de malo inyectarse vitaminas sin necesidad de masticar y hasta ensuciarnos nuestros blancos dientes? Ahora resulta que pasaremos el maldito día, cocinando como en la prehistoria, solo falta que nos pida ir a cazar nuestros propios alimentos», se dice alterado. Y sin embargo, lo que más impotencia le da, es no poder comunicarse con Miriam.

¿Cómo iba a poder deleitarse con su presencia? Si con solo un «tris tras» de los dedos ya se puede conectar con ella... entrar a su ciber-hogar, verla cambiarse de prendas, interactuando directamente con su holograma... Pero no, ahora además debe ingeniárselas para ir a verla en persona, cosa que no es de su agrado. Por alguna razón, Miriam en persona parece otra mujer, totalmente egocéntrica, y de mal carácter, prefería cuando ella entra al mundo *role life* y pasaban todo el día y toda la noche bulevareando por las calles de Bilbao; bueno, más bien ciber-bulevareando.

Llegaban a pasar, más de tres días de vida real, compartiendo juntos su forma virtual.

«Maldita la hora en que viene esa aburrida visita, si por mi fuera, me quitaría la vida y acabaría con todo este sufrimiento», se lamenta Jeremy encerrado en su propio mundo.



El encuentro entre una señorita y un caballero

Ha sido un largo viaje, parece que ha pasado un mes, cuando, solo han pasado dos días en altamar. La embarcación se encuentra en el Golfo de Vizcaya, España. Navegan lento, y en sus rostros se refleja el pánico. Hadeline ha escuchado al contramaestre decir, que el viejo capitán es muy astuto en esquivar radares.

Pero al menos, ya están más cerca de su destino. Pronto llegarán a tierra firme. Mientras tanto, Hadeline aprovecha las largas horas sacando melodías con su armónica. A ratos suena triste, a ratos alegre, su confusión mental se refleja en cada nota musical.

La señorita Hadeline escucha una graciosa voz.

—Os encontráis muy inspirada, el día de hoy.

—¡Apreciada señorita Dorleta! Me habéis asustado. —Deja de tocar el instrumento.

—No ha sido mi intención asustaros, apreciada amiga.

—Me encontraba concentrada, eso es todo. ¿Cómo sigue vuestra hermanita?

—La niña está bien, os agradezco vuestro interés, solo era tos, debido el viento que corre con la marea.

—Me alegra. —Se queda pensativa—. Y vuestro hermano, ¿Cómo le veis?

—Aún le veo desanimado, pero a la vez ilusionado. Me ha comentado que sabe cómo hacernos volver a Keltoi.

—¿Nada más os ha dicho? —Intentaba averiguar algo más.

—No, nada más. Siempre ha sido muy callado. No hace otra cosa, que mirar al cielo y dibujar estrellas.

—No os preocupéis amiga. Seguramente podréis volver a Keltoi. —Prefiere cambiar de tema—. Y bueno, ¿qué habéis pensado hacer mientras tanto?

—Para ser honesta, pienso buscarme un esposo. —Saltan sus ojos de alegría—. En España, tendré la suerte de conocer a más caballeros. Como

vos, si os animáis a abrid vuestro corazón.

—¡Amm, no! Solo haré los recados de mi madre, mientras mi padre realiza sus compras, de las plantas medicinales que desea encontrar. Para seros honesta, creo que duraré un buen tiempo, antes de pensar en contraer matrimonio.

—Os entiendo amiga, pero aprovechad esta oportunidad de disfrutar, tal vez nunca más volváis vos a salir de Keltoi.

Si lo veía de esa manera, tenía toda la razón; necesitaría un poco de diversión.

—Quiero disfrutar mi estancia, pero aún no tengo claro el cómo.

—Si lo deseáis, podéis venid con vuestra doncella, a casa de mi tía Carmenza Gutiérrez, donde nos hospedaremos. Vive justo frente a la Iglesia de Santa Eufemia, en una edificación gris y roja.

—Os agradezco, apreciada señorita Dorleta, lo tendré en cuenta.

Empiezan a escuchar pasos y movimientos, la tripulación comienza a preparar la lancha, que los acercará hasta un lado del muelle para evitar atracar y ser detenidos.

—¡Muelle a la vista! —Se escucha la voz de un marinero.

«Por fin hemos llegado», piensa Hadeline. Suspira, se emociona, guarda sus libros en su maleta, se acomoda su sombrero y su ropa. Ha elegido un precioso vestido largo de encaje y punto color rosa palo. Se ata las cintas formando un lazo alrededor de su cuello, así evitará que el viento se lleve su delicado sombrero. Toma la sombrilla de encaje, para evitar los rayos del sol.

En casa de los Smith, se prepara el chofer para salir. Jeremy ha pasado una pésima noche, pero ha intentado controlarse, el estar desconectado del *role life* no le hará perder la cabeza, no, si antes tiene un plan. Desde hoy dejará de ser el deprimido y cornudo de la ciudad. Se ha mentalizado ser, el caballeresco señor Jeremy. Si consigue convencer a su padre, de que realmente ha hecho un buen trabajo, tal vez pueda obtener de recompensa, un piso. De ser así, lo pondrá a nombre de su amada Miriam, y luego se quitará la vida. Con veneno o tal vez con la soga al cuello, ya pensará en los detalles.

Jeremy abre la puerta y se encuentra a su madre.

—¿Realmente eres tú, Jeremy? —Sus ojos no dan crédito.

—Buenos días, mamá. Te encuentras muy bella hoy.

—¡Qué guapo estas, querido! Me alegra verte animado.

—¿Qué te pasa, «apagavelas»? ¿Te has comido un pin-güino?

Se burla su hermano Juan, al verle vestido de negro con corbata.

—Deja a tu hermano, Juan. Y, por favor, no olvidéis tratar a nuestra visita de señor y señora, eso les gusta.

—¡Ese cabeza de piñón, no sabrá ni pronunciar sus nombres! —Juan suelta una carcajada.

—No lo olvidaré, mamá. Buenos días, Juan. Creo que no estás siendo cortés hoy.

—Yo sí que te voy a quitar lo cortés. ¿Qué te crees, que vas a ser mejor que yo? —Jeremy continúa bajando las escaleras, decide marcharse sin decir palabra alguna. Juan grita en vano—. ¡Olvídate de ese piso! Ya tiene mi nombre.

La madre coloca sus manos junto a su corazón, esta vez tiene ganas de llorar, pero de emoción, no creía ver a su hijo tan bien presentado. Parece totalmente otro muchacho.

—¡No lo molestes, Juan! Vete a arreglar la corbata.

—Tranquila, mamá, sabes que me encanta bromear, sobre todo acabar con su paciencia. —Muestra sus blancos dientes con una sonrisa—. Realmente me alegra que haya decidido salir de su cuarto. Ya me estaba preparando para ir en su lugar.

Jeremy subido en el Charleston, se siente abochornado. «¡Qué asco de coche! ¡Dios, que nadie me vea en él!», piensa mientras conduce. Justo está bien vestido y se encuentra ansioso, de lucirse así ante Miriam. Pero claro, tendrá que visitarla, dejando el Charleston escondido bajo unos matorrales, para que su amada no le reproche y se avergüence de él por culpa de esa chatarra.

Ensayá sus palabras de bienvenida con la mayor educación posible. Llega al puerto y consigue un buen aparcamiento. Luego se dirige caminando en dirección al muelle.

Hadeline observa a su padre hablando con el capitán Joaquín Sagues, para tener clara la partida. Si todo sale bien, en una semana se marcharán a Keltoi.

—¡Mirad, Dora! ¡Son casas flotantes de verdad! Como mencionó el capitán —comenta Hadeline boquiabierta.

Se puede apreciar a lo lejos las casas flotantes redondas como si fuesen

unos «dónuts gigantes», donde conviven familias que les gusta más el mar que la tierra.

—Señorita, comportaos, no mostréis reacciones a nada de lo que vea. Además, no olvidéis hablar en inglés.

—I'm sorry Dora. ¡Woow! People walking on the water. How is it possible? —Señala a unos jóvenes con patines acuáticos.

Se queda atónita, observando a un grupo de jóvenes patinar sobre las olas, tienen en cada pie un patín en forma de aleta de buceo. Lo más parecido en Keltoi, es el surf con tablas de madera.

—¡Adiós, señorita Hadeline! —A lo lejos, observa al joven Dionisio y a Dorleta, haciendo señas de despedida. Hadeline responde moviendo su mano con alegría.

—¡Sé! Hadeline —dice su padre—. Esperemos aquí hasta que llegue mi apreciado amigo, el capitán Don William Smith.

—Ok, father... ¡Everything is beautiful!

—Esto es España, ¡Sé! —Suspira—. Tierra de gente agradable y construcciones imponentes.

Don Pierres observa a lo lejos a un joven bien vestido. Lleva un cartel donde se puede leer «Don Pierres y Señora». Decide hacer señas, es probable que se dirija a él.

Jeremy ve a lo lejos al señor, vestido de forma anticuada con una calurosa chaqueta de cuadros, y con un enorme trapo café colgado de su cuello, en modo de corbata. «No hay duda, es él», piensa Jeremy.

Observa a una señora con vestido largo de color azul claro, que sale corriendo tras un sombrero que se ha llevado el viento. Otra señora, tal vez, con vestido de rosa palo como de encaje, está de espaldas viendo su sombrero volar. Sujeta una sombrilla de encajes, no puede verla bien.

—Buenos días. ¿Eres el señor Pierres? —Se acerca Jeremy, un poco temeroso, no les recuerda bien.

—¡Sé! Buen día, un placer caballero, soy Don Pierres Rique de Elorriaga Ugalde, para servirlos a vos, como honra a mi apelativo.

—Mucho gusto, soy Jeremy Smith, hijo del capitán William Smith. Mi papá no ha podido venir a recibirte, pero me ha pedido que le disculpe su ausencia.

El joven saluda como de costumbre, agachando la cabeza, sin embargo, Don Pierres le estrecha fuerte la mano.

—¡Sé! Acepto vuestras disculpas, ya tendré la ocasión de encontrarme con mi estimado amigo.

El joven se asusta al recibir la mano del señor. Normalmente, el *microdácil* no permite tocar a nadie que no mantenga una constante cercanía por determinado tiempo.

—Y tú, debes de ser su esposa. —Dice Jeremy, dirigiéndose hacia la mujer que está de espaldas. Intenta recordar el nombre cerrando los ojos. «Señora Erune. No. Señora Ersune, no... ¿Cómo era?», piensa Jeremy. Se acuerda del nombre y lo dice —. La señora Edurne.

La dama se da la vuelta. Jeremy abre los ojos y cree estar alucinando. «¿Será un ángel?», piensa anonadado. La luz del sol le ofrece un destello por todo su cuerpo. Está vestida de una forma tal, que parece salida de un cuento de hadas.

Su cabello está totalmente recogido, con unos perfectos rizos que salen por doquier. Tiene un rostro blanco y delicado con mejillas sonrosadas y la apariencia de un ángel.

—¡Oh! Hello, Sir... I'm sorry, I'm not...

—Permitidme, caballero. Os presento a mi hija, la señorita Hadeline. ¡Sé! Me temo, que mi querida hija, no habla español.

—Nice to meet you. I'm Miss. Hadeline Rique de Elorriaga Etxandi. It is a pleasure to meet you, and be at your disposal.

A continuación, Hadeline cierra la sombrilla. Después, muestra su mano enguantada al joven y, en vista de que no reacciona, se toma del vestido y realiza una elegante reverencia.

«¿Y para qué me muestra esos guantes? ¡Me trago la! ¡Mis *magic plus glasses*! ¡No tengo el traductor!», piensa Jeremy.

—Es un... placer conocerla. —Dice tartamudeando.

Jeremy se pone nervioso, no sabe si agachar la cabeza o arrodillarse ante tanta belleza. Incluso ha olvidado las palabras de bienvenida que tanto había practicado. La señorita sonrío y su rostro angelical hipnotiza a Jeremy. Tiene una profunda mirada donde perderse eternamente. «¡Qué impresionantes ojos tiene esta chica!», piensa Jeremy.

A Hadeline le causa gracia la actitud del joven. Al parecer se ha convertido en una estatua. Sobre todo, por su apariencia, vestido todo de negro, con prendas que dan la sensación de ser totalmente de plástico. «Un caballero simpático y elegantemente vestido», piensa Hadeline.

El joven enseguida reacciona al observar acercarse a la otra señora con el sombrero, quien a continuación se lo entrega a la señorita. Su rostro muestra total seriedad, y el cuello de puntilla le hace endurecer más sus facciones.

—¡Oh! Tú si debes de ser... la señora Edurne...

—¡Esperad! Dejadme presentaros a, Doña Dora de las Mercedes Azucénaga Espinosa —interrumpe Don Pierres—. Es la doncella de mi hija.

—¡Ah, vale! Es que he tenido una tonta confusión. Mi papá, me ha informado mal.

—Para nada, caballero. ¡Sé! vuestro padre os ha informado bien. Solo que, por motivos de salud, no ha sido posible el viaje de mi señora esposa. En su lugar mi hija y su doncella me acompañan.

Jeremy agacha la cabeza como de costumbre, pero Dora coloca su mano desenguantada, curvada, mostrando los nudillos al joven, quien nuevamente no reacciona, así que la dama retira la mano y realiza una rápida reverencia.

—Mucho gusto, señora.

—El placer es todo mío, señor —dice Dora secamente.

—Tengo el auto cerca, iré llevando el equipaje.

—¡Sé! Tranquilo, señor Jeremy, yo llevaré dos maletas, vos podéis llevar la otra maleta.

—De acuerdo. Sígueme, he aparcado cerca.

Hadeline está impresionada por aquel lugar. Todo le parece maravilloso. Aunque no hay prácticamente gente. Le impresiona ver muchas mariposas, o tal vez son pájaros, que vuelan sobre las personas alegremente.

Mientras se dirigen al coche, Jeremy se queda pensativo. «¿Cómo puede existir una chica como ella? Está totalmente cubierta, con guantes y sombrero. ¿Acaso le dará vergüenza su cuerpo? Pero se puede apreciar un poco su figura, una chica joven con rostro de niña, delgada, hermosa, demasiado hermosa. Una pena que hable inglés, me hubiese gustado pedirle consejos acerca de Miriam», reflexiona Jeremy.

Llegan al coche. Jeremy guarda el equipaje. Hay poco espacio, por suerte el coche tiene una vaca donde colocar las otras maletas. Las acomoda rápidamente. La chica parece estar impresionada por el auto. Es obvio, por su antigüedad tal vez le dará asco subir en él.

Aprovecha para abrir la puerta posterior izquierda detrás del copiloto, le hace señas a la doncella. «Dora, que no se me olvide», repite Jeremy

mentalmente. Ésta deja su mano suspendida en el aire. «¿Será que...? Pero sonará mi *microdácil* al tocar manos ajenas... ¡Ah! Por eso me lo habrá desactivado el capitán», piensa Jeremy. Reacciona inmediatamente, y como todo un galán, le ofrece la mano para subir.

Cierra la puerta y se dirige al otro lado del coche, con la mano le hace señas a la señorita para que suba. La joven se queda quieta. «¿Será que le da pena subir a esta carraca?», se pregunta Jeremy. La damita no reacciona, simplemente observa el vehículo, inmóvil. Su padre le dice algo en inglés y la joven pestañea, camina hacia el caballero.

Hadeline está totalmente anonadada, al ver el espectacular vehículo en el que se trasladarán. Nunca ha visto un auto de verdad. Cuando estudió Historia Cronológica de la Industria Automotriz, solo se veían imágenes sin color. Aquel vehículo es totalmente insólito. Por suerte, su padre le ha dicho que deje de apreciar el auto y se suba, de lo contrario se quedaría viéndolo por todos los ángulos.

Jeremy, dudoso, ofrece su mano para que la señorita se apoye. Hadeline superpone su mano enguantada sobre la mano del joven. Es la primera vez que Jeremy siente unos guantes de encaje e inconscientemente acaricia sus dedos, la chica le observa sonrojada y se acomoda rápidamente en el asiento. A continuación, Jeremy, le abre gentilmente la puerta a Don Pierres. Este le da dos palmadas en la espalda.

—Sois muy amable, señor Jeremy. Estáis vos, hecho todo un caballero.

Se sube Don Pierres sonriendo.

A continuación, inicia el viaje de unos treinta minutos, dependiendo del tráfico y de la poca velocidad que logra alcanzar, el trasto de coche, a su hogar.

Hadeline está embelesada por tan hermosa población. Todo es impresionante. Allí está el gran misterio que ocultan a los kelteños, temen que abandonen la isla por lugares así como España. Todo es maravilloso, y qué bien se siente al subirse a un auto en vez de a una carreta de madera con asientos incómodos. No se sienten los golpes con las piedras al pasar sobre ellas.

Sus grandes ojos se abren de asombro, al ver prácticamente toda clase de animales y objetos voladores pequeños, que parecen perseguir a las personas. Intenta recordar algo sobre inventos, pero no está segura de haber leído sobre ello. Al principio había pensado que eran mariposas, tal vez entrenadas, o

pájaros, pero observando bien, son bastante extrañas las formas de ser y de volar. El conductor da un giro brusco al volante, nada que le cause susto a los pasajeros, quienes van inmersos en sus pensamientos.

«Son unas personas muy curiosas por su forma de vestir, de hablar, y sobre todo ese caballero que ejerce de chofer. ¡Qué buena educación tiene!», piensa Hadeline, analizando sus modales, no es para nada grotesco, como han descrito sus padres en cuanto a la gente de su edad. Este joven es un auténtico caballero, o al menos lo está intentado aparentar.

Hadeline se encuentra muy sensible, ha notado una extraña calidez al sentir la caricia en sus dedos enguantados. «¿Por qué lo ha hecho? ¿Será que es de mala educación ofrecer la mano con el guante?», reflexiona Hadeline. La próxima vez probará a quitárselo, no quiere dar mal ejemplo de su comportamiento.

Hadeline se tapa la boca ahogando un susto de impresión, al ver pasar a toda velocidad; vehículos alargados, otros planos, otros muy redondos, prácticamente de todas las formas posibles, pero no solo por su aspecto, sino porque, ¡no tienen ruedas! tal vez por eso, están suspendidos en el aire, a un metro o más de altura.

«¡Prácticamente los autos vuelan! ¿Cómo debe de ser esa sensación? Probablemente me dé miedo, prefiero este vehículo en el que al menos, me siento segura con sus ruedas sobre la vía», reflexiona Hadeline.

Pasan entre unos inmensos edificios con formas extrañas, a veces inclinadas, ovaladas, redondeadas, teniendo en común, sus fachadas transparentes. Hay zonas verdes inmensamente ajardinadas, árboles curiosos, no se parecen en nada a los de la isla, sus troncos son gruesos y blancos y sus ramificaciones sostienen una especie de platillos, iluminados por los rayos del sol.

Observa a las personas, que van a toda prisa y en todas las direcciones, pero lo que más asombra a Hadeline es que ¡no usan sus pies para caminar! Ni siquiera tocan el suelo, van sobre una tabla redonda, con luz azul por debajo que les moviliza. Casi todas las personas usan gafas grandes transparentes. «¿Será que su vista es débil como la mía?», se pregunta intrigada. Prácticamente, todos visten igual. Las mujeres llevan vestidos escamosos metalizados ajustados a su figura. Las prendas de los caballeros son del mismo material, con pantalones ajustados tanto cortos como largos y camisa de manga corta pegada a sus cuerpos rígidos y delgados,

extremadamente delgados.

El conductor vuelve a dar un giro brusco al volante y se detiene ante una barrera roja a lo ancho de la calzada de la vía. Las famosas barras láser. Es verdad que la gente suele obedecer unos simples colores. Jeremy observa por el espejo del medio y sus miradas se cruzan. Jeremy siente una punzada en su corazón. «¡Qué sensación más extraña!», piensa.

Atrás quedan los edificios, ahora pasan por casas de varias formas geométricas, casi todas transparentes, incluso se puede apreciar el mobiliario y las personas dentro de ellas. Se detiene el auto frente a una edificación ovalada que a Hadeline le da impresión de un escarabajo gigante. Un panel de vidrio curvado como si de un gran espejo se tratase, de unos seis metros de alto, cubre la mitad de la fachada de aquella espectacular casa, reflejando parte del coche detenido. Está rodeada con extraños árboles que antes ha visto por la carretera. Además, hay otros curiosos arbustos y un matorral de flores sobre los árboles. «¡Qué hermosas! Me encantaría tocarlas», piensa Hadeline.

Se baja el conductor refunfuñando entre dientes. Se acerca a una columna curvada en forma de la pata del escarabajo. Introduce una llave y manualmente gira una especie de palanca, abriéndose hacia arriba las tres «patas del escarabajo». Se sube nuevamente el joven al coche, comentando que no está activado el Smart Home. Mueve el auto y lo aparca junto a un vehículo ovalado; se encuentra cerrada por una puerta translúcida, por lo que se puede apreciar en su interior, cuatro asientos ovalados, está cubierta por un techo translucido y no tiene ruedas, solo una bola metálica. Hadeline observa detalladamente.

No sabe que son las famosas *Motorbit*. Su nombre se debe, a la elevación en órbita al conducirlo.

Definitivamente, a Hadeline le faltan muchos libros por leer, pues nunca ha visto nada parecido. Se pregunta si en la biblioteca de su padre o en el salón del conservatorio de sabiduría existe algún texto que haga referencia a las tantas maravillas que existen en España.

—¡Hemos llegado a mi hogar! Desde ahora vuestro hogar —anuncia Jeremy tal y como lo ha ensayado.

—¡Sé! Os agradezco, caballero.

—¡Esperad un momento! —dice el joven.

Se baja del coche y aprovecha para abrir la puerta de la señorita. Una

vez más, ofrece su mano a la damita, solo que esta vez Jeremy, tiene un leve temblor sin importancia. «¡Qué ganas tenía de volver a ofrecérsela!», piensa Jeremy. La señorita superpone su mano sobre la de él, no lleva los guantes. Jeremy no puede evitar acariciar nuevamente sus dedos. La damita se baja con sumo cuidado, evitando estropear su vestido, retira pronto su mano.

—¡Thank you, Sir! You are very kind —dice Hadeline.

—De nada —afirma Jeremy entre dientes, luego susurra—. Supongo.

No está seguro si la chica le está agradeciendo o se está quejando del trayecto. Luego abre la puerta a la doncella. Ofrece su mano y la señora se baja sin aceptarla. Cierra la puerta sin darle importancia. Se dirige para abrir la puerta a Don Pierres. Se pone firme, esperando su salida.

—Sois muy amable, caballero.

—A la orden, señor. Síganme, ahora les bajo el equipaje.

Salen del estacionamiento y avanzan por un corto pasillo, se abre una inmensa puerta en forma ovalada, hacia los lados, y acceden a un amplio y alto espacio, todo en color blanco hasta el techo. El suelo tiene curvas asimétricas transparentes, lográndose ver hacia el piso de abajo. Al fondo se aprecia unas elegantes escaleras totalmente transparentes, que llevan hasta el segundo piso, y también una barandilla metalizada con otras escaleras que bajan hacia el piso subterráneo.

En el medio, hay un enorme plataforma ovalada y acristalada a su alrededor, permitiendo ver también hacia abajo, decorada con un sofá circular, que está suspendido en el aire sin llegar a tocar el radiante suelo de mármol. Del techo sobresale un falso techo de pladur con forma asimétrica y en el centro forma un extraño platillo negro con ondas circulares azules y un punto rojo en medio, haciendo juego con otro platillo que se encuentra en el suelo en mitad del sofá. Al lado izquierdo se encuentran dos puertas anchas acristaladas, dejando entrever un alargado comedor transparente con sus respectivas sillas. Todo el salón está rodeado por gigantescos ventanales que dejan apreciar un extenso jardín.

—¡Mamá, ya hemos llegado! —grita Jeremy.

«¡Demasiado asombroso!», piensa Hadeline, maravillada ante aquel imponente espacio. Se abren las puertas del comedor y sale la madre del joven, una dama delgada de estatura media, cabello castaño recogido cuidadosamente. Lleva un vestido suelto gris opaco de manga corta. Ofrece una agradable sonrisa. Habla con lentitud y dulzura.

—¡Bienvenidos! ¡Qué alegría! Pasen por aquí, por favor, tomen asiento.

—Buen día, Doña Consuelo Smith. —Toma su mano Don Pierres y la besa—. ¿Cómo os encontráis vos?

—Muy bien, Don Pierres, muchas gracias. Había olvidado sus curiosas costumbres —dice sonrojada por tal gesto—. ¿No ha venido su esposa?

—Me temo, que mi señora esposa, se encuentra delicada de salud, os envía recuerdos. En su lugar he traído a mi querida hija. Os la presentaré. ¡Come here Hadeline! —Se acerca tímida—. Deseo presentaros a Doña Consuelo Smith, esposa de mi más querido amigo, el capitán Don William Smith. —Luego le traduce en inglés para mantener las apariencias—. I present to you Mrs. Consuelo Smith, wife of my dearest friend, Captain Don William Smith.

—¡Nice to meet, Mrs. Consuelo! —Realiza una reverencia tomando su vestido—. Count on my services and my eternal gratitude.

—¡Mucho gusto, querida! — Baja la cabeza como saludo—. ¿No hablas español, querida?

La señorita realiza una lenta reverencia para evitar responder.

—Siento decirlo que, mi hija solo habla inglés, Doña Consuelo. ¡Se! Permitidme que os presente a la doncella de mi hija.

—Perdón, Don Pierres, ¿su qué?

—Su madrina, dama de compañía. Le traduce a mi hija, y la ayuda con sus lecciones.

—¡Ah, vale! ¡Encantada, querida!

—Es un placer conoceros, Doña Consuelo Smith, soy Doña Dora de las Mercedes Azucénaga Espinosa. Dichosa de estar a vuestra disposición y en vuestra compañía. —Saluda con reverencia.

Todos toman asiento, Jeremy se queda unos instantes observando a la preciosa chica, luego sale nuevamente de la casa, moviendo sus manos por sentir un hormigueo. Mientras, Hadeline examina aquel espacioso lugar, llamándole la atención una chimenea cerca del sofá que no parece real, o al menos no se parece a la de su hogar, que está realizada en piedra, llena de leña y ceniza. Esta es más bien, una especie de espejo opaco en vez del acostumbrado agujero para la leña.

—Siéntanse cómodos en mi casa. Como ven la tengo bien decorada. En aquella esquina con un enorme jarrón de porcelana japonesa. Tiene unos dibujos preciosos. —Continúa explicando, creyendo que tienen lentillas

magic plus glasses—. En cada esquina, preciosas estatuas, bueno la escultura de «Las tres gracias» me ha costado mucho dinero, pero es una bella reliquia, su nombre es que me hace gracia...

Continúa su soliloquio la señora, entreteniéndola a la vista. Hadeline no entiende muy bien de qué habla, y de hecho está segura que su familia tampoco la entiende, pero asientan con la cabeza por cortesía. Comenta incluso, sobre la calavera de Hirst, y señala a una mesa inexistente junto a la chimenea. La verdad es que la casa está vacía, salvo el sofá y la chimenea, no hay nada más.

Doña consuelo termina su discurso sonriente. Se escuchan pasos en las escaleras.

—¡Oh, Juan! Ven, te presento, hijo.

Juan muy sonriente baja las escaleras. «Vamos, tigre, a por tu premio», se autoafirma.

—Buenos días a todos.

Dice y se queda pasmado, nunca ha visto mujer alguna, como la chica que está en su casa.

—¡Sé! Buen día, caballero. De vos sí me acuerdo. ¡Sé! —Se pone en pie y ofrece su mano al joven.

Jeremy, que justo entra en ese momento con dos maletas, realiza un disimulado gesto de fastidio.

Juan viste impecablemente elegante, con un esmoquin azul oscuro de plástico, camisa blanca, corbatín, y unas gafas normales graduadas para la vista debido a su baja visión.

—Y yo de ti. —Reaccionando Juan en seguida—. Don Pierres Rique de Elorriaga Ugalde. ¡Qué alegría verte!

«¿Cómo puede este tonto acordarse de ese rosario por apellido?», se pregunta Jeremy.

—Estáis vos hecho, todo un hombre fornido. ¡Sé! Os presento a mi hija, la señorita Hadeline.

—¡Gracias, Don Pierres! ¡Ah, su hija! Es un gusto conocerte, señorita. —Le coge la mano e implanta un beso en ella.

«¡Idiota! Es un aprovechado. ¿Por qué no se me ocurrió a mí besar aquella delicada mano?», piensa Jeremy.

—Nice to meet you, Sir. Juan. I'm Miss. Hadeline Rique by Elorriaga Etxandi. It is a pleasure to meet you, and at your disposal.

—¡Ha! Hablas inglés —dice divertido—. ¡Nice to meet you too, Miss. Hadeline! Has it been a pleasant trip?

—So it has been, thank you very much. —Sonríe, aunque miente, no fue un buen viaje, pero siente alivio al ver que alguien habla inglés.

—También, permitidme que os presente, a Doña Dora de las Mercedes Azucénaga Espinosa, la más preciada doncella de mi hija, ¡Sé!

—Mucho gusto, Doña Dora... ¿Nos habíamos conocido antes? —Su rostro le genera una sensación de *déjà vu*.

—El placer es todo mío, caballero. Me temo, que no os había visto antes.

Dora se deja dar un frío beso en su mano y toma asiento rápidamente, ha sentido una leve punzada en su cabeza.

Jeremy sigue quieto en silencio, esperando para preguntar si puede subir el equipaje. Siente un poco de envidia. «¿Me dan celos? ¡Ay, por favor! No conozco de nada a esa chica. Pero cuánta rabia me da no saber hablar inglés. Tenía que ser el sabiondo de Juan quien le hiciera sentir bienvenida con ese saludo. ¡Cretino, fanfarrón!», se dice con agobio.

—Perdonad. ¿Puedo subir vuestro equipaje a las habitaciones? —decide Jeremy preguntar.

—¡Oh! Aún no, por favor, señor Jeremy. —Se levanta nuevamente Don Pierres—. ¡Sé! Quiero sacar unos recuerdos, que hemos traído de nuestro país.

—¡Qué amable, Don Pierres! Perdone mi falta de memoria... ¿De qué país erais?

Los tres se ponen un poco tensos, Hadeline se salva de responder, se supone que no entiende nada, y Dora básicamente está de acompañante. Tendrá que responder Don Pierres; aunque en Keltói está prohibido mentir, puede hacerlo, ahora que se encuentra fuera de aquellas tierras.

—¡Sé! Somos de... Bailía de Guernsey, estimada Doña Con-suelo — dice con tono de voz tambaleante—. Se encuentra ubicado en el canal de la Mancha, al oeste de Francia.

—¡Por supuesto! el país de Baelí... Balí... Es un nombre tan extraño que no logro retener en mi memoria.

Saca de su equipaje una blusa de manga larga de dama, bordada a mano, lleva encaje alrededor del cuello y una decorada letra «C».

—Esto os lo envía mi amada y señora esposa. Lo ha realizado

especialmente para vos Doña Consuelo.

—Pero ¡cuánto arte! ¡Es bellísima! Hacía años que no tocaba el algodón. Pensé que ya ni existía. Dígale a su esposa que me ha encantado.

—¡Sé! Caballeros, para vosotros dos, es un honor obsequiaros, este juego de ajedrez, tallado en madera. Espero que sea de vuestro agrado.

—¡Qué fulí! —Comenta emocionado Juan—. Es decir, qué interesante está. —Se corrige para parecer más educado y listo.

—Muchas gracias, Don Pierres, es sorprendente el diseño. —Dice Jeremy, aunque no le emociona realmente, pero le parece un bonito gesto de su parte. Nunca aprendió a jugar al ajedrez, el engreído de su hermano sí.

—It will be a pleasure, playing chess with you, Miss. Hadeline.

—I love chess, I would gladly play. —Sonríe, encantada de aceptar jugar, en alguna oportunidad con el educado caballero.

Su padre le lanza una mirada de desaprobación, mientras que saca una especie de botellón de madera, tallado con la letra K. Cierra el equipaje.

—Y, por último, he traído un auténtico vino añejo de mi país. Elaborado artesanalmente. ¡Sé! Espero que sea del gusto de vuestro amado y señor esposo.

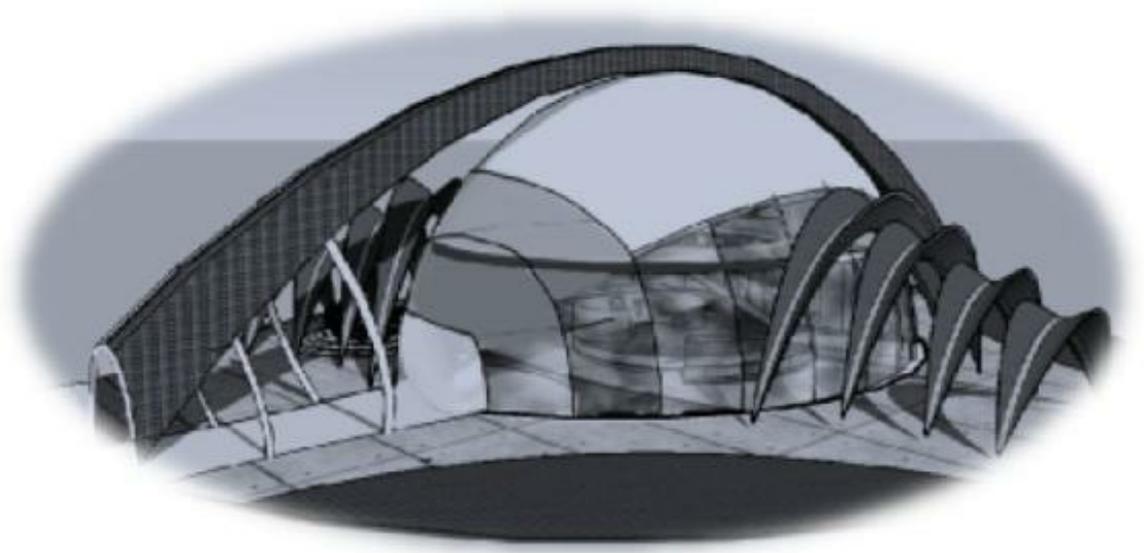
—Muchas gracias, Don Pierres. —Lo recibe con alegría—. Me imagino que están cansados, les prepararé las dos habitaciones de arriba para que pasen a descansar.

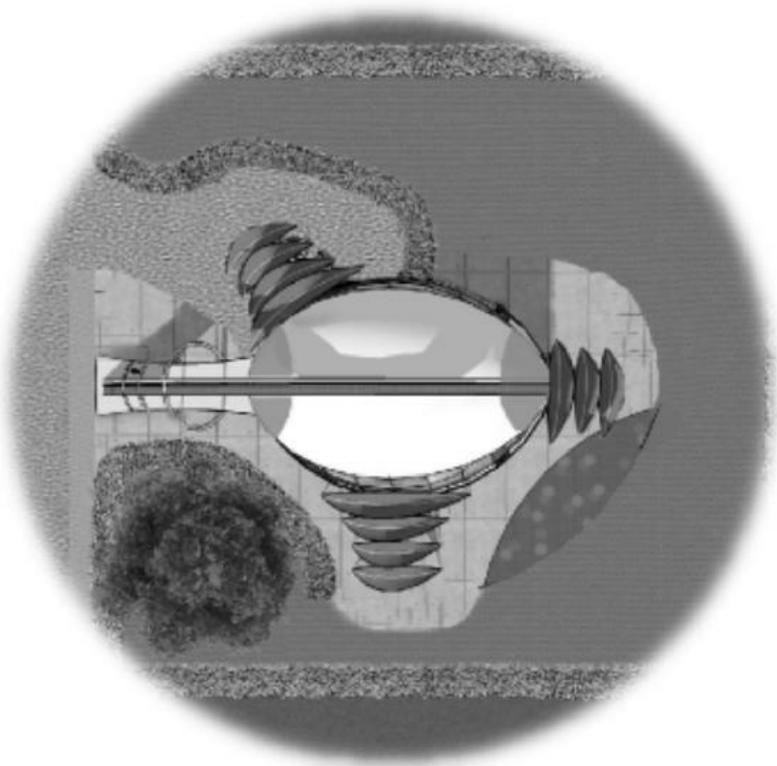
—Me temo, Doña Consuelo, que nuestra estancia será corta. ¡Sé! Cuento con el tiempo justo. Debo marcharme enseguida a la ciudad, tengo muchas diligencias por hacer.

—No hay problema, mi hijo... —Se pone a pensar en cuál de los dos es el que debe encargarse del señor—. Juan, te puede llevar a donde necesites.

Jeremy se alegra, por fin envían lejos de casa a ese imbécil. Por una vez, su padre supo dar las indicaciones adecuadas. Juan le lanza una mirada fulminante y se retira con Don Pierres. Jeremy, por alguna razón que desconoce, se siente feliz. Su madre le indica a Jeremy que suba el equipaje al segundo piso y que prepare la habitación contigua para el señor. No contaban con una invitada adicional.

Mientras, la señorita Hadeline pide permiso a su doncella, para apreciar las plantas que se encuentran fuera de casa. Las dos señoras se van a recorrer la inmensa vivienda.





Un accidente celestial

Jeremy se aplica suficiente perfume «Doffy cool». Por la mañana se había olvidado de hacerlo, debido a las prisas para llegar pronto al Puerto de Bermeo. Aprovecha para arreglarse un poco el flequillo de su alborotada cabellera. «¿Dónde estará el gel para el pelo?», se pregunta. Ahora que le toca compartir habitación con su hermano Juan en el piso de abajo, conocido como la «cripta», por ser subterráneo, le cuesta encontrar sus cosas personales. «Por suerte serán unos días y esa gente se irá. ¡Ojalá que pasen rápido las horas!», piensa. Ya está con síntomas de nerviosismo y taquicardia, cree saber el motivo, aún no ha visto a Miriam, pero la realidad es que, empiezan a notarse los efectos de la abstinencia digital.

Sale de prisa por la puerta principal de la casa, gira a la derecha y... ¡No está el Charleston en el garaje! Solo está la *Motorbit*, pero no tiene activado el *microdácil*. Sale a mirar afuera del *parking* y tampoco lo ve.

—¡Maldición! Se lo ha llevado.

—¿Excuse me? —Una silueta angelical, elevada sobre unas escaleras oxidadas, asoma a través de los árboles junto al pórtico.

—¡Ah! Perdón, estás tú aquí. Siento mucho la palabrota, es que mi hermano se ha llevado el coche. Bueno, da igual, no me entiendes. Espera. Te ayudaré a bajar de esa escalera. —Jeremy sale corriendo y se acerca hasta ella. Al parecer, está intentando alcanzar unas flores.

—¡Oh! Do not worry sir, I think I'll be alone.

—Debes tener cuidado. —Sujeta fuerte las escaleras, le ofrece su mano —. No son de fiar estas oxidadas escaleras. Baje con cuidado, confíe en mí.

«¡Qué palabras tan amables y bonitas!», piensa Hadeline. Se avergüenza un poco por estar subida como un animal, tenía tantas ganas de apreciar aquel extraño árbol junto con sus curiosas flores, que no dudó un segundo en subir.

Jeremy observa los curiosos zapatos de madera forrados en tela de la damita, parecen los de las antiguas duquesas de la corte. A continuación, sube la vista y aprecia sus piernas que logran verse un poco, a través del largo vestido de encaje y la falda larga, mientras baja lentamente. Es un vestido

muy anticuado, nunca había visto a alguna chica usarlo. Jeremy gira su cabeza a un lado, no quiere hacerla sentir incómoda, pero le cuesta bastante evitar apreciar a ese ángel.

Hadeline se enreda con sus zapatos, rasgando el volado del vestido. Cae en sus brazos.

—¡Auchs! ¡Sorry! —Se sonroja. Su dedo sangra por un profundo rasguño. Lo intenta ocultar.

—¡Te atrapé, justo a tiempo! Si es que se veía venir, son unas escaleras muy peligrosas.

Jeremy está orgulloso de su habilidad, todo un héroe, salvando a una damisela en apuros. De repente, siente un delicioso escalofrío por todo su cuerpo. Logra ver sus hipnotizantes ojos. Hadeline, nerviosa, se suelta de sus brazos y coloca pronto en pie. Aunque ha sido un acto muy cortés y valiente, no está segura de que sea apropiado dejarse alzar. Pero su corazón se emociona al oler su agradable perfume.

Ha sido un deleite, estar en los brazos de aquel apuesto caballero, por fin observa al detalle sus bonitos ojos. «¡Qué agradable mirada!», piensa Hadeline.

—I was, trying to see the branches of the tree.

—¡Puff! No te entiendo, es que justo el capitán tiene mis *magic plus glasses* que tienen el traductor incorporado... ¡Oh, no! Te sale sangre del dedo. ¿Dónde está tu *health bracelet*? —Revisa sus bolsillos. No tiene pañuelos ni nada que se le parezca—. Será mejor que actúe...

Toma su mano con agilidad y sin pensar, introduce el dedo lastimado en la boca, pero Hadeline lo considera un gesto inapropiado y retira su dedo sangrado inmediatamente. Sale corriendo hacia el jardín posterior de la casa. Jeremy va tras ella, le logra tomar del brazo y la agarra con agilidad.

—¡Espera! —Dice agitado por el trote—. ¡Lo siento! No he querido hacerte daño. —Habla y mueve sus manos para intentar explicarse con señas—. Es que, dicen que así se sana una herida, con la saliva humana, cuando no se tiene el brazalete. Lo siento de verdad... ¿Cómo se decía? —Piensa un momento— ¡Ah, sí! Sorry, yo sorry.

Suena bastante indio, pero se entiende. Esto no le había pasado antes a Hadeline, el joven ha tenido buenas intenciones, pero su libro de «Código de conducta moral para señoritas», le hace reaccionar de esa manera. Se encuentra confundida, no está en Keltoi pero debe comportarse siguiendo las

leyes kelteñas. Ha sido un momento precioso y a la vez bochornoso.

—¡Thank you. Sir! Thank you very much... but it is not necessary —Se sujeta fuerte el dedo, no quiere usar la saliva como cura, no delante de él.

—Espérame, iré a casa un momento.

Jeremy sale corriendo, entra por la puerta trasera, llega al salón, busca en una cajonera sobre la chimenea digital, saca una tirita y algodón. Hadeline espera impaciente, está incómoda por tener prohibido hablar en español, siente impotencia al no poder explicar su comportamiento al joven Jeremy. Escucha los pasos por el césped, ha regresado demasiado rápido.

—Te voy a poner esto, es una pequeña venda, que al menos te ayudará a cerrar la herida. Solo es una astilla de *plexicril*. No ha sido nada.

Vuelve a tomar su delicada mano, aprecia sus dedos largos, suaves, sus uñas sin esmalte y sin embargo arregladas. Con algodón limpia la herida, ha dejado de sangrar aunque la astilla le ha hecho un profundo corte. Coloca la tirita alrededor del dedo, lentamente. Las manos de Jeremy tiemblan, es el estado de nerviosismo haciendo acto de presencia. Para sorpresa suya, las manos de la damita también empiezan a temblar, mientras su rostro se torna más sonrosado de lo habitual.

—Thank you, very much, Mr. Jeremy.

Siente la respiración de la muchacha acelerada. «¡Parece un ratoncillo asustado! Pero no he querido asustarla, ni mucho menos hacerle daño. No podría querer nada malo para este precioso ángel... Pero ¿qué digo? ¡Qué tonterías pienso! Se hace tarde, debo ir a buscar a Miriam», reflexiona Jeremy. Observa la hora en su *health bracelet*.

«¡Wow! ¡Qué agradable caballero!», piensa Hadeline, nunca imaginó conocer a alguien tan gentil en España. Está muy nerviosa, el silencio es incómodo, pues no pueden hablar, no pueden decirse nada, simplemente observarse mutuamente.

—¡Ya está! —Le obsequia una sonrisa. La señorita retira pronto su mano, su rostro se ha ruborizado—. Será mejor que no vuelvas a subir o te podrías volver a hacer daño... ¿Y, dónde está tu *health bracelet*? ¿También te lo ha prohibido tu padre?

—What exactly? How is it posible, for a bracelet to stop the blood? I do not get it.

Nunca ha leído, ni ha escuchado nada al respecto del *health bracelet*, no sabe con exactitud cómo o para qué sirve, lamentablemente el joven no le

entiende para sacarle de sus dudas.

—¡Vaya! No te entiendo nada, pero tienes un agradable tono de voz. — Confiesa, aunque piensa que no lo entenderá —. ¿Por qué te subiste al árbol? No tiene nada interesante. Con esto de la sequía... toda la vegetación se fue suplantando.

—¿Supplant? It's crazy, nature can not be supplanted.

Comenta extrañada mientras se dirige a un arbusto para observarlo mejor.

—¡Sí, plantar! Quiero decir, ya en España no se plantan árboles, sino que se hacen con *plexicril*... Bueno, tú debes saber, o tal vez en tu país no usarán árboles *plexicril*, puede que de otro material.

Hadeline toca los arbustos. Efectivamente no son reales, solo tienen apariencia natural. Se desilusiona, nunca imaginó que se pudiera reemplazar, a la espléndida naturaleza. Se inclina para observar las rosas del jardín, aspira intentado robar su fragancia fresca. También son artificiales. Se arrodilla para tocar el verde césped. Todo ficticio. Realmente es un extraño mundo, un desastroso lugar. Sin naturaleza, sin vida. Suspira. Extraña los verdes jardines de Keltoi.

—*Plexicril*. Synthetic resin, flexible, transparent and colorless, obtained by polymerization of methyl methacrylate and other components. Creating the new polymer.

Afligida repite la teoría que recordaba de aquel elemento que una vez estudiaron en la clase de bioquímica.

Cómo olvidar las veces que el maestro Humboldt les hacía repetir: «*Plexicril*, resina sintética, flexible, transparente e incolora, obtenida por polimerización del metacrilato de metilo y otros componentes. Creando el nuevo polímero». Pero no mencionaban en qué eran usados dichos polímeros, obviando lo más importante: aquel material era utilizado prácticamente en todo, siendo el reemplazo del petróleo, que estaba prácticamente extinguido, por su explotación durante décadas sin tener en cuenta que era un recurso no renovable.

Hubiera sido mejor no saberlo y seguir creyendo que España era un país tan verde como el paraíso.

—No sé qué has dicho. Pero siento que me relaja oír tu dulce voz.

Jeremy se encuentra de pie junto a esa curiosa chica, viendo cómo su sonrisa desaparece del rostro, connotando una especie de tristeza. «¿Habré

dicho algo malo? Se sabe que en todo el planeta escasea la naturaleza, sin embargo, creo que está triste por esa realidad, como si acabara de enterarse. Si tan solo pudiese entender sus dulces palabras», reflexiona Jeremy, conmocionado al ver a la chica acariciar las rosas con delicadeza.

—Son una preciosa réplica. ¿Verdad? Es una pena que no se puedan cortar, como las reales. Simplemente están ahí para decorar los jardines. Algo así como mirar y no tocar. Justo como nosotros, o sea, los seres humanos. Con eso de los *health bracelet*.

—¿*Health bracelet*? What is *health bracelet*? I do not remember reading about it.

Hadeline levanta su rostro con gesto extrañado. Jeremy cree interpretar aquella mirada aun sin entender las palabras. Se agacha y le mira detenidamente a los ojos. Tiene una mirada melancólica que le deja sin aliento, siente un leve hormigueo en su pecho, arquea un poco su poblada ceja izquierda.

—Dame tus manos, no te haré daño... —Coloca su palma temblorosa hacia arriba, esperando que ella comprenda la petición—. Solo quiero inspeccionarlas nuevamente.

Hadeline titubea un poco, pero coloca sus manos sutilmente sobre las del caballero, quien las examina con sumo cuidado. Intenta controlar el temblor de sus manos. Las revisa de arriba abajo, sin encontrar nada, más que la tirita recién colocada. Luego le lleva los dedos hacia su *microdátil* para que lo pueda apreciar. Se palpan las manos mutuamente, se deleitan de aquel instante como si estuviesen saboreando un delicioso bizcocho, sus bocas se llenan de agua. Hadeline muerde su labio inferior, no se atreve a mirarlo directamente a los ojos y simplemente observa embelesada aquellas manos temblorosas, algo curiosa por el punto negro que tiene en su dedo índice derecho. Ninguno de los dos había tenido aquella experiencia. Siempre habían estado prohibidas las «caricias» para ambos, aunque por distintas razones. Era una desconocida sensación de placer. Sentir las manos, tocarlas, acariciarlas suavemente, dulcemente...

—¡Como lo imaginé! —dice con voz apacible—. No tienes ni siquiera *microdátil*. ¿Cómo es posible? Desde que nacemos nos lo implantan a todos, por ley.

—I did not know, Sir... that that existed in your world —comenta confusa, realmente no sabe de su existencia.

—Ahora mismo lo tengo desactivado. ¿Lo ves? —Enseña su punto negro del índice—. Y, bueno, mi *health bracelet*, también me tocó desactivarlo. Me encuentro vulnerable. Tal vez sea absurdo, pero así se evita heridas, enfermedades y hasta... personas que nos contagien.

—I am sorry, Sir. I would never use a bracelet... to keep me away from people. Why would I want something like that? —dice confusa. Le parece extraño querer evitar a las personas.

—Para ser sincero, nunca quise aprender inglés, ahora desearía poder entender tus palabras. —Se miran tímidamente, sonríen—. Aunque me alegro de no tener el brazalete, de lo contrario nunca hubiese podido ayudarte con tu dedo herido.

El famoso *health bracelet*, es una pulsera blanca gruesa plastificada, con variedad de lucecitas y una pequeña pantalla, que muestra la hora, en caso de estar apagado o en modo «suspendido», teniendo como principal función, la de mantener un registro de los signos vitales de las personas, así como un control de las personas que le rodean, esto para mantener un censo en el sistema mundial, además de mantener a las personas alejadas, sin invadir lo que llaman «El espacio vital de cada ser», pues siempre que se acercan a algún desconocido y les tocan, automáticamente sienten un leve corrientazo en forma de vibraciones que les hace apartarse. En caso de golpes o agresiones, la vibración va aumentando, hasta llegar a paralizar la mano.

Esto en parte es bueno, pues evita la agresividad de las personas, sin poder dar golpes ni lastimar a nadie. También evita que hombres sin escrúpulos toquen y abusen de las mujeres, dejándolas embarazadas, aumentando la superpoblación. Aunque al final, con el constante acercamiento a otras personas con brazalete, se interconectan entre ellos, desactivando la opción «Riesgo por contacto» pasado un tiempo, permitiendo así el contacto mutuo, creándose el círculo de familiares y amigos.

Es el mejor invento de la época. Gracias al *health bracelet*, se han reducido los asesinatos en todo el mundo y ha aumentado el éxito en los matrimonios, ya que, basándose en cálculos referentes al número de veces que una persona está cerca de otra, lo registra como feeling o química entre ambos, enviando señales a su cerebro, como muestras de posible afecto y por tanto posible amor entre ambos. Lo que evita a su vez, sentir amor real por las personas, evitando en la medida de lo posible las relaciones sexuales, con diversas personas sin control alguno, que se considera el cáncer de la

sociedad.

—You are very kind, Sir, thank you. —dice con voz suave—. I have never used a bracelet to heal me. —Está realmente agradecida, y extrañada, pues nunca había usado una pulsera o brazalete para curar sus heridas.

—¿Querías... ver árboles, naturales? ¡Ven, sígueme! —Le ofrece la mano para ayudarla a ponerse en pie—. Nuestro vecino loco tiene unos bonsáis. Se pueden apreciar desde aquella valla.

Señala unos arbustos artificiales, que forman una barrera de unos dos metros de altura. Se trata de una cortina rompevientos sintética de poco espesor. Al otro lado, hay un mesón alto, propiedad de un vecino árabe, con una extensa exhibición de árboles y plantas ornamentales. Se pueden apreciar con solo mover un poco los matorrales. Juntos corren hacia el lugar. Hadeline siente emoción, por fin podrá ver un bonsái. Solo lo ha visto en libros, su padre le hablaba maravillas de esos árboles creados con arte, pero nunca ha visto uno. Jeremy retira la cortina creándose una especie de ventana y observa, cerciorándose de que no esté su vecino cerca. Luego, introduce la mano por las ramificaciones. Cierra un ojo a modo de guiño, mientras sonrío traviesamente. Logra sacar con cuidado y lentamente, un diminuto árbol en su respectiva maceta.

—¡It is a Bonsai. It is beautiful! —dice Hadeline juntando sus manos, llevándolas a su rostro con emoción.

—Bueno, este es el que pude sacar, pesa poco y es pequeño. No quería agarrar uno grande y dañarlo al pasar por la valla. —Suspira—. ¿Ves? Mucho mejor tu sonrisa que tu cara afligida. Bueno, supongo que te dolía el dedo.

Hadeline se inclina un poco, acercando su rostro para observar el bonsái sujetado por Jeremy, este lo eleva tambaleante, colocándolo al nivel de sus ojos, para ver el árbol también, pero con la intención de ver más de cerca aquellos impresionantes ojos. Sus miradas se cruzan.

Ese instante se congela en el tiempo. Ocurre el más bello sentimiento celestial. El rostro de la señorita es digno de una pintura impregnada sobre el más puro de los lienzos, donde cada pincelada expresa con tal majestuosidad la esencia capturada de aquel instante.

El cálido brillo del sol radiante ilumina sus grandes ojos caídos, revelando con total transparencia su alma. Sus moldeadas cejas inexpresivas conjugan con el color de su brillante cabello. Sus labios acaramelados con el grosor ideal para devorar lentamente, están entreabiertos, mostrando

minuciosamente parte de sus espléndidos dientes delanteros. Tiene un rostro angelical y sin embargo, está allí, pasmada con todo su resplandor, tal vez embelesada ante la imagen del simpático caballero.

Hadeline se queda pasmada ante aquellos profundos ojos, color café, rodeados de una fina línea negra, que presentan una intimidante mirada uniendo su pupila con el párpado, dejándose entrever la intensidad de su ser: un alma endemoniada oculta tras el radiante sol. Tiene el ceño fruncido y una ceja arqueada con expresión inquisidora. Sus alargados labios permanecen cerrados manteniendo sus dientes apretados, dibujando una débil sonrisa. Su disimulado hoyuelo de la barbilla suaviza sus expresiones convirtiéndole en todo un encantador príncipe.

Es difícil descifrar su cautivante ser, aunque ya nada importa en ese instante, en que las desesperadas almas desean unirse en un eterno beso, en unas desenfadadas caricias. Hadeline solo desea introducir sus dedos en aquel arreglado cabello, palpar suavemente el curioso peinado.

«¡Demasiado atractivo para ser un simple mortal!», piensa con ingenuidad.

—¡Miss Hadeline! ¡Miss Hadeline! You're good?

Dora le llama a viva voz desde la puerta del patio, rompiendo en un suspiro aquel glorioso instante.



Grandes dudas, simples respuestas

Los rayos del sol bañan de luz la fría habitación. La señorita Hadeline apenas ha pegado ojo, el día anterior prácticamente ni salió de la habitación, se sentía avergonzada con el joven, y no sabía exactamente el motivo, por suerte su doncella la mantuvo estudiando hasta tarde, y al caer la noche se encontraba cansada para bajar a cenar, así que intentó dormir. Hizo un enorme esfuerzo, pero algo dentro de ella, un leve dolor en el pecho, le impedía dormir. Dora le advirtió de esa sensación, el aire en España es altamente contaminante pero la señorita sospecha que se debe a un extraño sentimiento que no termina de definir.

Hadeline se levanta animada y busca su diario de recuerdos para transcribir, afligida, sus memorias. Sobre la verdadera naturaleza, la impresionante casa en la que se hospedan, y el amable caballero que no puede apartar de su mente. Empieza por describir lo que le ha parecido la habitación. «Vacía y sin vida». Cuenta con una cama amplia, suspendida en el aire como el sofá del salón, y nada más. Dora mencionó que era «minimalista». Pero, aun así, se había sorprendido incluso antes de entrar: las finas puertas desaparecieron al tocar un botón rojo en la pared. Según Dora, si el sistema que controla la casa estuviese activado, se encendería la luz e incluso se apreciaría la decoración de las paredes, algo que no entendió muy bien la damita.

—Señorita Hadeline, vuestro baño está listo —dice Dora en español, sabe que, en esa primera planta, están solas para hablar—. He llenado la bañera y he sacado el jabón, que vos habéis hecho, de lavanda.

—Sois muy amable, Dora. Os agradezco tantas atenciones.

—Como bien sabéis, es mi deber cuidaros, y, además, haceros sentir, como en vuestra casa, así no estaréis deprimida.

Y es que, aunque la señorita intenta disimular, Dora, que la ha cuidado desde que nació, la conoce, y sabe que Hadeline no se siente a gusto en tierras extrañas.

Antes de bañarse, Dora le explica todo lo que hay en el baño. La pila para lavarse las manos tiene una pequeña cascada de agua tibia azulada que sale de la pared. Según Dora, no hay forma de cerrarla porque el «Smart Home» se encuentra desactivado, en las dos plantas de la vivienda solo están funcionando los servicios básicos.

Dora corrige la palabra «pila» por «lavabo». Más arriba hay un espejo opaco redondo, también requiere del sistema de la casa para mostrar una imagen nítida. Al lado está el retrete en forma de sofá acolchado, de cuero blanco, que, al terminarse de usar, tira el agua automáticamente. Dora corrige la palabra por «váter». Al fondo está la bañera de porcelana cubierta por un cristal ovalado, completamente cerrado. Se supone que el agua sale de forma pulverizada a través de las paredes acristaladas y de la cubierta de la bañera, de forma intercalada con jabones capilares y corporales. Por suerte, no está activo el sistema para tales efectos, por lo que la damita tendrá que disfrutar de su baño normal, con la bañera llena de agua y su concentrado jabón de lavanda.

Jeremy tampoco ha pasado buena noche, llegó tarde a casa, la falta de deporte le impidió llegar a la casa de Miriam, además quedó bastante impresionado con la señorita, así que decidió volver a su hogar. Se encerró toda la tarde en la habitación, intentando calmar su nerviosismo con un largo baño de agua caliente. Tampoco cenó, se temía volver a ver a la chica y entonces confundirse más.

Dora sigue con su empeño de distraer a la señorita para evitar que se deprima por estar lejos de Keltoi, así que se la lleva a la cocina para preparar la comida.

Hadeline se sorprende al ver las frutas, todas escandalosamente grandes, al igual que las verduras; un tomate prácticamente es del tamaño de una sandía. Mantiene la mirada fija en su dedo vendado que le causa molestias cada vez que usa el cuchillo.

Jeremy entra en la cocina en busca de una lata de oxígeno y Hadeline se sobresalta al verle.

—¡Buenos días, hijo! ¡Ven! Ayúdanos a preparar la comida.

—Lo siento, mamá, es que necesito —No se le ocurre excusa alguna para irse de casa—... Tengo cosas por hacer —dice mirando la hora en su

brazalete.

Jeremy entrecierra sus puños y contiene el aliento al observar de reojo a la señorita. Se ve radiante con el vestido turquesa que lleva puesto, le cubre hasta los zapatos, pero deja a la vista lo más importante, sus delicadas manos. Se acuerda del accidente del dedo. Suspira.

—No tengas vergüenza con nuestra visita, querido. Verán, mi hijo hizo unos cursos culinarios, para ser franca todo le queda delicioso. ¡Ay si estuviera aquí mi esposo! Le encantan esos manjares que prepara nuestro Jeremy.

—¡Mamá! —le reprocha—. Vale, de acuerdo —dice convencido con esas palabras de alabanza—. Permítame, señorita Hadeline.

Con una ágil maniobra le quita el cuchillo, a la vez que le guiña un ojo. Siente compasión por la señorita, que no puede cortar bien. Hadeline sonrío tímidamente y Jeremy siente una punzada en su corazón, tal vez de satisfacción.

Se le nota el gusto por la cocina al joven Jeremy, aunque a él se le hace extraño dar uso al mesón de la cocina. Se le vienen a la mente momentos de la infancia, cuando solían cocinar en familia cada domingo. Una lástima que se pasaran a régimen nutricional, cambiando las comidas preparadas por inyecciones vitamínicas.

Doña Consuelo habla abiertamente de las dichas inyecciones y Hadeline se queda anonadada, no puede creer que la gente del mundo, tenga la obsesión de ser extremadamente delgada, hasta el punto de alimentarse mediante químicos, al fin y al cabo. En Keltói suelen usar las inyecciones en caso de extrema necesidad y solo para medicamentos intravenosos, era un alivio que ni siquiera se vacunaran.

Hadeline se queda callada y observa con admiración, al apuesto chef que trocea con rapidez. Disimuladamente, él hace alguna gracia, robando así tiernas sonrisas a la chica.

En el comedor, Hadeline se encuentra con sus mejillas sonrosadas, las miradas fortuitas del caballero la intimidan. Jeremy busca el momento propicio, aprovechando que están los tres comiendo, para intentar disimuladamente, averiguar acerca de la curiosa damita.

—Entiendo que viven en un país pequeño y que tienen otras costumbres, pero ¿por qué la señorita Hadeline, no tiene *microdáctil*?

A Dora se le suben los calores a la cabeza.

—Dejadme que os explique, caballero. En nuestro país, podemos implantar el *microdátil* en cualquier parte.

—¡Ah, vale! ¿Pero la señorita, tiene o no *microdátil*?

—Como podéis apreciar, yo tengo el chip en mi índice derecho...

—¡Como todos! Pero la señorita Hade...

—¡Basta, querido! —interrumpe su madre, con una sonrisa, pero con disgusto por tal imprudencia—. Todos tenemos el implante. Es absurdo, además de imposible, que alguien no lo tenga.

Los tres se quedan en silencio. La damita muerde su labio inferior, en el fondo le causa gracia ver la insistencia con Dora. Es algo que suele hacer Hadeline y ahora ha encontrado alguien más para llenarla de preguntas. Es un momento incomodo, pues la madre del joven está estresada, preocupada, aún no sabe nada de su esposo y eso le tiene de los nervios.

—Os agradezco la intervención, Doña Consuelo —dice Dora, llevando sus dos manos a su mentón con actitud de profesora—. Deseo explicaros a vuestro hijo, que, en el caso de la señorita, sus —titubea un poco—... padres, han pedido que el implante, esté en el lóbulo de su oreja derecha.

Efectivamente, Dora tiene implantado un *microdátil* que desactivó al llegar a la isla. Toda la vida la ha cuidado su doncella, y, sin embargo, acaba de descubrir su mayor secreto. Bueno, lo cierto es que no han sido amigas, de hecho, Dora es poco elocuente y cariñosa.

Retiran los platos del comedor y Hadeline se dispone a lavarlos cuando Jeremy se le adelanta audazmente. Juguetón y sonriente, empieza a lavar los platos. Al entrar Doña Consuelo, se queda impresionada al ver a su hijo realizar tal labor. Sonriente, decide llevarse a la señorita al jardín para mostrarle una planta que tiene sembrada en un rincón. Así complacería a la visitante, al demostrarle que aún, quedan plantas naturales, al menos en su hogar.

Jeremy aprovecha esos instantes para sacarle más información a Dora, que se ha quedado con él en la cocina.

—Discúlpe Dora, me gustaría hacerle una pregunta...

—Perdonad, señor Jeremy —dice secamente—. Es más adecuado, que vos os dirijáis a mi persona como «Doña Dora», si no es mucho atrevimiento por mi parte.

—¡Ah! Sí, es verdad, lo siento, es que no estoy acostumbrado a tantos modales. Bueno, es muy confuso como ustedes son o hablan, y no sé qué le

gusta más, si señora, señorita, o doña.

—Os comprendo, señor Jeremy. Os explicaré brevemente. En Kel... Perdonad. —Intenta corregir inmediatamente—. En Bailía de Guernsey, tenemos por costumbre diferenciar las edades de las personas. Nunca las nombramos por su nombre, sino señalando su edad primero, como forma de cortesía —comenta con amabilidad—. Por ello, la joven Hadeline, será señorita hasta que se case. Luego pasará a ser señora hasta que su edad sea algo avanzada, y, a continuación, será «Doña» durante el resto de su vida, o bien en caso de enviudar.

—¡Ah, vale! Ahora lo entiendo todo. Bueno, lo que quería...

—Lo cierto es, que... —interrumpe a propósito—. No cuento con la edad, pero sí con el triste pesar de ser viuda...

Y, entre explicación y explicación, de cosas sin importancia, Dora evita las preguntas del joven, que tiene grandes dudas sobre la señorita, como por ejemplo el *health bracelet*, la ausencia real del *microdátil*, y, sobre todo, las reacciones de la señorita al ver el jardín de *plexicril* el día anterior. De repente, le entran deseos de que regrese a casa, el capitán, para rogarle que le devuelva sus gafas *magic plus glasses* y así colocar el modo traductor y preguntar directamente a la señorita. Dora continúa con su elocuencia sin dejar pronunciar palabra alguna al joven.

—...hasta que nació la señorita Hadeline, y desde entonces la he cuidado. Bueno, caballero, ha sido un placer esta charla. Espero que os haya servido mi explicación. Con vuestro permiso, me retiro.

Se marcha de la cocina con una disimulada sonrisa. Ha conseguido evadir toda curiosidad, y espera que nunca más le queden ganas de volver a hacerle preguntas.

—¡Maldita sea! —dice Jeremy dando un golpe en la mesa—. Pero si no me ha dicho nada... Bueno, no hay manera —habla solo en voz baja. Se acerca a la ventana del comedor y mira a través de ella, buscando a la señorita—. Allí está esa misteriosa chica. Sí señor, es muy bella, tiene algo que me atrapa y hace que me olvide hasta de la hora... ¡Joder, la hora! Es tarde, necesito ir a buscar a Miriam antes de que llegue el capitán.

Jeremy está decidido, debe buscar a Miriam, tiene muchas cosas que aclarar. Además, considera que es mejor alejarse de la señorita, empieza a sentirse a gusto en su presencia y eso le atemoriza. Así que baja a la cripta, se coloca una corbata para estar más presentable y busca alguna tarjeta para

desbloquear la *Motorbit*.

En el jardín artificial, Doña Consuelo muestra con orgullo la planta.

—Sinceramente, querida, me costó conseguirla, pero mi querido esposo William, en uno de sus tantos viajes, pudo encontrar esta maravilla de la naturaleza.

—It's very pretty. Mrs. Consuelo. Yes, it's really natural, I love it. — Está feliz de ver una planta real.

—No te entiendo, querida. ¿Que cómo se llama? Bueno, pues es conocida como «mala madre» porque echa a sus hijos fuera. —Se ríe por la gracia que le da contarle.

—Bad mother ... I think it is known as «*Chlorophytum comosum*» in botanical terms.

Más tarde, en el salón, se encuentra la señorita sentada elegantemente, con un libro en sus manos, en compañía de Juan, quien recién había llegado, después de haber dejado a Don Pierres en la ciudad muy temprano. Mientras Dora y Doña Consuelo intercambian recetas en la cocina.

Jeremy sube deprisa las escaleras, escucha las risas falsas de Juan. Reconoce esa actitud de galán queriendo impresionar a la señorita.

—¡Payaso! —dice Jeremy celoso—. ¿Ya le estás diciendo disparates? Siempre la veo con libros, ¿sabes? Me parece que haces el ridículo.

Suelta una risa malvada. Guiña un ojo a la señorita, sabe que no entiende sus palabras y eso le causa gracia. Hadeline se pone tensa, sonrío tímidamente, baja la mirada y la clava en su libro.

—¡No te entrometas! —dice al tiempo que se levanta y se acerca a su hermano—. Alguien tiene que darle conversación a esta chica, y como solo yo hablo su idioma...

—¡Ja! Sé lo que intentas hacer —dice Jeremy en voz baja, con tono amenazante—. Y te voy a pedir que no juegues a ese juego. Ella no es como todas las estúpidas que conoces.

—Eso no es de tu incumbencia. ¿Por qué no te largas a tomar por saco? — Lo empuja con un golpe seco.

—¡Pues eso quiero! —afirma ignorando el golpe—. Me largo. Me llevaré la *Motorbit*, encontré la tarjeta de seguridad y...

—¡Ey, ey ey! Para empezar, la *Motorbit* solo puedo desbloquearla yo,

en caso de emergencia. Te recuerdo, que el capitán solo nos dejó el Charleston. Sabe que odiamos esa asquerosa chatarra. Nos está castigando.

—Vale, pues... tendré que llevarme el Charleston. Dile al capitán, si vuelve antes que yo, que me tocó... ir a buscar más provisiones alimentarias.

—¡No, bro! Ni loco miento por ti. ¿Dónde vas? ¿A buscar a esa zorra?

—No la trates así. Necesito hablar con ella. Ayer no fui... y hoy... se me ha ido el día y ni cuenta me he dado. Voy rápido.

Juan, de repente, se llena de ira y le agarra de la camisa a su hermano mientras le habla apretando los dientes.

—¡No vas a ir a ninguna parte! No quiero problemas con el capitán, ¿me entiendes?

Las manos de Juan tiemblan, sus ojos están rojos y su olor es desagradable, cosa que Jeremy nota. A la señorita Hadeline se le acelera el corazón, intenta no prestar atención.

—¡Suéltame, Juan! ¿Qué te pasa? ¿Te has estado drogando? —dice en voz baja—. ¿Dónde tienes los NTA?

—¿Los qué? No sé de qué me hablas. —Le suelta y pasa su mano sobre la camisa de Jeremy, irónicamente quitando sus arrugas.

—¡Lo sabes perfectamente! Los malditos Narcóticos Triptaminas Ahonda que me robaste de mi habitación. ¿No se supone que, durante la visita, nos íbamos a comportar lo mejor posible?

—¡Venga ya! ¡No me jodas! —Baja la voz—. ¿Ahora me vas a negar, que tú no has inhalado nada, en todos estos días?

Jeremy abre sus ojos, claro que ha intentado drogarse, pero no ha encontrado nada para hacerlo. Evita admitirlo.

—¡Joder, Juan! Intento no cagarla con la visita, ¿y a ti qué te pasa? ¿Acaso ahora tú eres el malo y yo el bueno de esta familia?

—¡No me jodas! Dime, ¿cómo has hecho para mantenerte cuerdo, todos estos malditos días, sin entrar al *role life*? ¿Sin hablar con alguien normal, que no sea de esta extraña visita? ¿Sin tener la necesidad de... interactuar sexualmente, con alguna holograma putilla?

—¿Que haces qué? ¿Tú? —Jeremy suelta una carcajada—. Te tengo por los huevos, como se entere el capitán...

—¡Joder! ¿Tienes una mínima idea de lo que me pasaría, si se enterase el capitán? —Mira a la damita de reojo—. Bueno, ve rápido en el Charleston. El capitán se fue a Puerto Galea, seguro que llegará hoy. Tienes que estar

temprano en casa, antes que él. Yo recogeré al señor, en la *Motorbit*, si veo que tú no llegas a tiempo.

—Espero que sí. Aunque esa chatarra es desesperantemente lenta.

—Aun así, te da tiempo. Nos vemos más tarde, o mañana si te suelta Miriam. —Se ríe—. Yo aprovecharé para conocer a fondo a la dichosa señorita. —Hace muecas perversas—. ¿Eh? ¿Eh? Tú me entiendes, «mi pan».

Jeremy lanza una fugaz mirada a Hadeline. Tiene el porte de una princesa, o, quizás de una frágil damisela, pero prefiere no pensar, o nuevamente movido por sus impulsos se quedará para cuidarla. Prefiere marcharse. Abre la puerta y se va despavorido.

—Pero... Juan, querido, ¿adónde va tu hermano? —Doña Consuelo se asoma por la puerta de la cocina.

—Este... Debe ir a... ¿Comprar provisiones?

Hadeline ha cambiado su semblante. Rara vez sonríe. Está sentada en el sofá con sus manos juntas y con su mirada inexpresiva. «¿Por qué de repente deseo salir corriendo a mi recámara? No debería importarme que se vaya el señor Jeremy. Mas, sin embargo, siento una opresión en mi pecho», medita melancólica.

La tarde se está volviendo muy pesada, el caballero Juan, es demasiado curioso y realiza toda clase de preguntas; alguna ha podido esquivarlas con audacia, otras sencillamente cambia de tema y en dadas ocasiones, su doncella interrumpe.

Francamente, no tiene ganas de responder, y Dora que conoce cada expresión de su rostro, sutilmente pide a la señorita que se vayan juntas a repasar las lecciones de antropología. Dejan al caballero Juan en la sala bastante pensativo.

—Perdonad mi intromisión, Dora —comenta Hadeline en voz baja, casi en un susurro—. ¿Por qué nunca me habéis hablado acerca del punto negro de vuestro dedo?

—No tiene relevancia, señorita Hadeline.

—Comprendo. Aun así, ¿por qué no tenemos información alguna sobre esos chips?

—Disculpad, señorita. En nuestra tierra está prohibida la aberrante tecnología. Además, no es adecuado que una dama como vos cuestionéis nuestra forma de vida.

Como siempre, Dora se va por la tangente, resumiendo todo de manera que parezcan absurdas las inquietudes de la damita.

Esa noche, Hadeline no puede dormir como hubiera deseado. No solo por la brillante luz que atraviesa los ventanales, sino por su ansioso corazón, que desea volver a estar cerca, del joven Jeremy.

Parece que todos desean mantenerla alejada del aquel mundo real, de ese mundo maravilloso. Algunas veces parece ficticio, inclusive mágico, como cuando el apuesto caballero de misteriosa mirada, la tomó entre sus brazos y su corazón despertó.



Un ebrio inconsciente

Está siendo una cálida mañana primaveral. No se aprecia ruido alguno, apenas unos dulces canticos de jilgueros. Todo está en silencio. Muy temprano se habían escuchado los pasos de Don Pierres, quien se había marchado nuevamente a la ciudad. Fue una velada prácticamente silenciosa, aunque el caballero, Juan, se encontraba maravillado ante la presencia de la damita, bajo la luz de las velas. Le había estado preguntando sobre sus gustos y aficiones, terminando siempre las frases Don Pierres, al sentirse incómodo por tanta galantería del joven ante su hija. Sin embargo, Doña Consuelo se encontraba más callada de lo habitual, decía sentirse nerviosa por no saber nada de su esposo, el capitán. Esperaba que volviese incluso antes que su hijo Jeremy, temiéndose el gran disgusto de su esposo.

Nunca llegaron, y la señorita Hadeline se quedó con la ilusión de verle nuevamente.

Para Jeremy, no ha sido una espléndida noche. Está intentando recobrar un poco la memoria y su sentido común, saber con exactitud dónde se encuentra... Recuerdos tristes, dolorosos, pasan por su mente. Conversaciones, flashback, que van, que vuelven. Justo como la de anoche mientras esperaba en la barrera led del semáforo. El sonido de una *Motorbit*, con gritos y risas, le había apresado...

—¿Qué haces en... —la risa le ahogó sus palabras—. Esa caca de trasto?

—¡Maldición! —Jeremy estaba avergonzado. Dio un vistazo de águila al interior del vehículo—. ¿Qué hay, Bryan? ¿Qué hacen baguetes? ¿Qué tal? ¡Alex, Luis!

—¿Qué? ¿Ahora eres chatarrero?

—Ja, ja, chistosos. ¿Habéis visto a Miriam?

—¡Sí! Pero será mejor que ni te vea con ese cacharro.

—¿Vais a seguir? «Pajuelos», ¿Dónde está?

—No es para tanto, mi «pan»... Está en casa de la Mery. Acabamos de pasar por allí.

—¿Seguro? Entonces iré a buscarla.

—¡Si es que no te deja tirado ese trasto! —Continuaron riendo.

—¡Espera «men»! Vamos contigo.

—¿Para qué? Solo sois una panda de burlones.

—Pues para ver tus shows, y luego beber hasta el amanecer.

Sus amigos, si es que se les puede llamar así, le conocen bien, y disfrutaban viendo el show de Jeremy. Efectivamente, la sexi Miriam se encontraba en casa de su amiga, bebiendo a más no poder como cada fin de semana. Desde que los padres de Mery habían fallecido en dudosas circunstancias, no paraba de dar fiestas en su mansión despilfarrando la fortuna que había heredado. Parecía que todos los jóvenes de Bilbao cabían en esos extensos metros cuadrados, festejando sin motivo alguno. Y allí estaba ella... No sabía si sorprenderse al verla con otro «nuevo amor» o si ya debía ignorarla completamente y él también buscarse otra. Eso era absurdo, necesitaba antes que nada arrancarse a esa mujer de lo más profundo de su ser.

¿Que sí bebió? ¿Que si perdió el conocimiento? ¿Que si enloqueció y se lio a hostias contra ese infeliz? De eso no cabía duda. Se inyectó, fumó, absorbió, aspiró... En medio de aquel delirio, la desvergonzada de Miriam se atrevió incluso a besarle, pasando su lengua por todo el paladar. Le encantaba jugar a dos bandos, se excitaba al ver a dos machos peleándose por ella. Así que le dieron más fuerzas para dejar noqueado a su contrincante, o al menos eso quería creer él.

«Le he dejado medio muerto, su ojo amoratado, maldito bastardo. ¡Que se entere que la Miriam es solo mía! ¡Desgraciado!», pensó, al tiempo que volvía a caer desmallado.

A falta de calor la señorita Hadeline, decide ponerse su vestido de encaje blanco roto con cuello mandarín y mangas de tres cuartos, terminando de cubrirse con sus guantes largos de encaje. Usa faldones y enaguas para hacerlo pomposo. Se pone sus zuecos de madera forrados en tela de encaje floral. Lleva el cabello elegantemente recogido, cubierto por una pamelita de ala media, con cinta a juego, cruzada en forma de lazo, y decorado con

plumas blancas.

Toma su libro de sociología y alegremente decide salir de la habitación. No ve a su doncella por ninguna parte. Escucha abrirse la puerta de la calle. Baja lentamente las escaleras de cristal, mientras presta atención a las voces.

—Y entonces le digo... ¡arranca maldito trasto! —dice alguien con voz turbia—. Pero la chatarra, ni se enciende.

—Es que mi pan... Eres un bruto... Debías colocar tu dedo para encender.

—¡No! ¡No! Esa chatarra, no tiene piloto auto... ¡Agg! —Se atraganta—. Automático.

—Excuse me, Sirs... Who are you?

—¡Uy, cosita! ¿Quién eres? No sabía que mi pan tuviese una hermanita. —Ríen sin parar.

«¿Pan? ¿Hermanita de un pan? ¡Qué extraña frase!», piensa inmóvil.

Dos jóvenes con prendas descolocadas están abrazados, cerca de la entrada principal. Al fondo se puede apreciar a algún otro joven, tirado en el suelo boca abajo.

—Espera mi pan, esta ni... —comienza a decir sin poder hablar bien por su estado de embriaguez—. Niña, no nos entiende. Me ajustaré las gafas para traducir.

—Please, I need to know, who are you? —dice asustada.

«¿Dónde estará Dora? ¡Ay qué miedo! ¿Dónde estarán todos?», se pregunta.

—¿Qué ha dicho la niñita, mi pan?

—Dice, que necesita saber... quiénes somos, tío. —Suelta una carcajada. Luego toca sus gafas e intenta decir lo que escucha, en un inglés confuso—. A ver, I am Alex and he is my friend.

—Dile a esa niñita, que nos ayude con nuestro amigacho —le da una palmadita en el pecho a su amigo.

—Vale, espera... We are friends of the madman of Jeremy —continúa repitiendo en inglés—, we need you to help us ¿Entiendes?

—¡Oh my god! ¿Where is Mr. Jeremy?

—¿Qué ha dicho esa chica, bro?

—Es que habla muy bonito... Dice que, ¿dónde está Jeremy? —Empiezan a reírse como locos, señalando a la entrada.

—¡Oh my god! ¡Oh my god! —Sale corriendo nerviosa hasta la entrada,

mientras cae su preciosa pámela al suelo—. ¡Help me! Someone help me. Sir Jeremy. Are you okay? Awake? —Le da la vuelta, está con un ojo morado y los labios reventados—. ¡Help me! —Grita—. ¡Help me Dora, Mrs. Consuelo!

—Tranquila, tonta, solo está desmallado —comenta Bryan en tono burlón.

—¡Ven acá, Bryan! ¡Échanos una mano! —dice Alex intentando arrodillarse. Se cae hacia un lado.

—¡Señorita Hadeline! —Dora habla en español— ¿Me habéis llamado? Pero esto... —Se lleva las manos a la boca, ahogando un grito—. ¿Está muerto el señor Jeremy?

Los jóvenes borrachos se empiezan a reír, ante aquel comentario de esa señora, vestida como una madre nodriza. Se miran entre ellos diciendo que ha llegado la madre superiora del convento y escupiendo agonizan de la risa.

Dora les presta poca atención a las burlas y toma de un brazo al joven Jeremy, la señorita del otro brazo y le llevan arrastrando hasta la sala. Con gran esfuerzo le suben al sofá redondo. La señorita toca la frente del joven, revisa su respiración, analiza sus heridas. Le dice a Dora que va a necesitar algodón, gasas, alcohol... Dora, nerviosa, sube a buscar en la maleta el pedido, conoce los talentos de Hadeline para curar enfermedades; sin embargo, ese joven está totalmente drogado e intoxicado, y la señorita no tiene experiencia alguna ante aquellos casos, pero al menos curará sus heridas.

Hadeline le intenta introducir un poco de agua por la boca, con una jeringa, que había encontrado en la cocina. El joven empieza a balbucear sin abrir los ojos.

—Mi... Miram, mi am... —dice Jeremy, tocando los dedos enguantados de la damita. Le llega una fugaz sensación, un leve recuerdo: el instante en que había tocado las manos enguantadas de una bella mujer—. ¡Hadeline!

—¡Shiit! Rest well. Sir Jeremy. —Se retira los guantes.

—Aquí tenéis, señorita Hadeline. —Dora le entrega una bolsa con el kit de primeros auxilios—. Su boca está bastante estropeada.

— Thank you very much, Dora.

—¡Pero ayúdenme a levantarme, teatreras!

—¡Bah! Déjalas, Bryan. Ya te ayudaré yo, para eso eres mi pan del alma.

—Llama a tu tío, Marcus, para que nos busque bro. —sugiere, mientras intenta ponerse en pie. Dora se pone tensa.

—Caballeros... Será mejor que os marchéis, la señora de la casa o en su efecto el señor, pueden llegar en cualquier momento. Agradecemos toda vuestra ayuda.

—¿Qué dice la madre nodriza, Alex?

—Nos está echando, bro.

—¡Maldito infeliz! —Juan entra furioso por la puerta principal—. ¡Otra vez llegando borracho a casa!

—No, please, Mr. Juan —Hadeline le detiene al ver sus intenciones de golpearle—. Is recovering the sense.

—Señorita, eres muy buena al atenderle, pero este imbécil va a estar así muerto todo el día. Do not defend you. —Lleno de rabia, coge del cuello a Jeremy—. ¡Despierte miserable! ¿Dónde diablos dejaste el Charleston? ¡Te juro que te parto las piernas, como lo hayas perdido!

—¡Mi... Miriam! —balbucea.

—No, please, Mr. Juan —Suplica desesperadamente.

—Lo siento, señorita Hadeline... Y estos cretinos... ¡Fuera de mi casa! ¡Par de vagos! ¡Largaos, joder! —grita a los dos jóvenes—. ¡Sacad vuestro mugriento trasero de aquí! Como llegue el capitán, os sacaré a balazos.

—Tranqui bro. Relájate grandullón. ¡Vamos Alex! Este ya nos ha aguado la mañana.

Se marchan nuevamente abrazados tal cual como llegaron, muertos de risa.

—Excuse me —dice Hadeline con la voz nerviosa, al ver esa actitud grotesca—, Mr. Juan. Could not they stay, regain strength and then leave?

—Estos vagos no pueden quedarse. I'm not sorry.

—Buen día, señor Juan. Siento mucho el estado de vuestro hermano.

—Buenos días Doña Dora. No te tomes muchas molestias, es un infeliz drogata, que no sabe controlarse.

Las dos mujeres terminan de limpiar las heridas del joven y le dejan descansar en el sofá. Juntas se marchan a la cocina.

—¡Ay, Dios mío! ¿Pero, hijo que te ha pasado? —dice la madre soltando su bolso en la entrada.

—Déjale, mamá, está dormido como un koala. Para colmo, no sé nada del Charleston.

—¡Ay mi niño, Jeremy! Otra vez, metido en problemas. —Le acaricia su frente con cariño—. Debes darte un baño, hoy sí llegará tu padre y se enfurecerá.

—Es inútil, mamá. Déjalo ahí tirado, a la tarde ya estará mejor. —Juan camina de un lado a otro—. ¿Sabes qué? Mejor me voy a buscar el Charleston, y luego pasaré a buscar a Don Pierres. Me dijo que estaría cerca de la universidad.

—Ve con cuidado, Juan... y por favor, trae unas inyecciones vitamínicas con bastante hierro, para tu hermano.

—No será necesario, mamá. Nuestras visitantes le están cocinando.

Se marcha dando un portazo. Las damas, preocupadas por la salud del joven, le ayudan a bajar por las escaleras. Hadeline le abraza por un lado y Dora por el otro, mientras que Doña Consuelo va delante intentando dirigirlas. Llegan a un espléndido *hall*, con techo de altura baja y paredes pintadas de blanco. El suelo tiene apariencia de cristal, observándose una especie de abismo. Hadeline grita al colocar un pie con temor de quebrantar el suelo y caer al vacío.

—¡Tranquila, querida! Explícale Doña Dora, que solo es el efecto del Smart Home, aquí abajo si está activado del todo.

Camina hasta la pared, presiona un botón, y el suelo cambia a una especie de césped.

—Miss Hadeline, do not be impressed. —dice con expresión seria—. It's just an illusion.

«¿Cómo puede ser una ilusión? Es tan real...», piensa Hadeline.

—I'm so sorry, Dora. I was scared.

—Es que esta planta, es tan oscura y aburrida, que a mis hijos, les gusta poner reflejos extravagantes —dice mientras sonrío.

—No os preocupéis Doña Consuelo. La señorita solo... ha tropezado.

—¡Ah, claro! —suelta una risa—. Qué tonta soy, pensé que nunca había visto tales efectos en el suelo.

Era un efecto tan realista como nunca había imaginado Hadeline. Todo era impresionante, sobre todo la cascada que caía al fondo, Doña Consuelo explica que esas puertas dan hacia la habitación principal. No era momento de enseñarla, pero Hadeline imagina dentro un misterioso reino oculto tras esa cascada ficticia.

Caminan despacio, pues el suelo está resbaladizo, además el joven

prácticamente está desmallado, haciendo un enorme esfuerzo las dos mujeres.

Acceden a una enorme habitación, comentando Doña Consuelo que es la de Juan, pero que mientras tanto la comparte con Jeremy. Hay una cama de cristal, y a un lado una cama individual suspendida en el aire; allí acuestan al joven. Al fondo se aprecia una enorme pecera. «¡Asombroso! ¿Serán peces de verdad? Mejor ni pregunto, luego me acercaré a observarlos», piensa Hadeline con curiosidad.

—Querida Dora, venga conmigo y me ayuda a terminar la comida de mi hijo.

—Perdonadme, Doña Consuelo, debo pedir a la señorita que nos acompañe. —Lanza una mirada inquisidora a la joven—. No está bien visto, dejar una dama sola, en compañía de un hombre.

—Tranquila, querida, mi hijo ahora mismo, ni sabe que está vivo — comenta con tristeza—. No tardaremos mucho, en caso de que despierte mi hijo, ella nos puede ella avisar.

Dora, poco convencida se retira de la habitación. Sabe que no es conveniente dejar a un enfermo abandonado, aunque sea por una brutal borrachera. Hadeline le quita los zapatos al joven y acomoda la almohada. Lo observa pensativa. Parece un ángel adormecido, pero maltratado.

«¿Qué le habrá ocurrido? ¿Será que se habrá caído por algún barranco? Pero su hermano solo dijo que era droga. ¿Qué significa eso? Todo es tan extraño y confuso. Pobre caballero, cuánta pena me da», piensa Hadeline manteniendo las manos juntas en modo de compasión.

Le deja descansar, mientras aprovecha para ver la hermosa pecera de cerca.

— Son pres... preciosos, ¿verdad? —dice Jeremy con voz temblorosa.

—¡Ah! Mr. Jeremy. —Se asusta y se aparta un poco de la pecera—. Are you okay? Do you want some water?

—¿No creerás que... son reales? —dice con voz turbia.

«¡Son reales!», piensa Hadeline, mientras se acerca para tocar la enorme pecera. Para su sorpresa, no es un cristal, da golpes con su puño cerrado y no suena como cristal, solo es una simple pared. No entiende cómo es posible ver peces, agua, con suficiente vida, y, sin embargo, todo es una ilusión, como había dicho Dora.

—¡This is incredible!

—¡No puede ser! Realmente creías que... —Sonríe y muerde sus labios

con gesto de dolor—. Eres asombrosa, señorita Hadeline.

Hadeline agacha la cabeza avergonzada. Ese caballero malherido sabe cómo hacerla sonrojar.

—¡Maldición! Mi cabeza, da vueltas. —Realiza un gesto de dolor, se intenta reponer débilmente en la cama. No tiene fuerzas ni para mover un dedo, así que permanece acostado.

—You must be calm... —Se acerca lentamente al herido—. And rest.

—Pensarás que soy un idiota... —Se agarra fuerte la cabeza con las manos.

—Do not... say that —dice en voz baja.

—Bueno... Tal vez lo sea... No sé qué me pasa. —Pasa las manos por su rostro con frustración—. ¡Me quiero morir de una miserable vez! —dice cerrando sus puños y dando un golpe en la cama—. Pero mírame... Siempre despierto... So... Solo que esta vez... estás tú.

Hadeline cree que está alucinando, se acerca a su cama arrodillándose junto a él, le toca la frente. La temperatura es normal. Instintivamente deja caer sus dedos por la sien en una suave caricia. Hadeline siente enormes deseos de mimarle, sus palabras han sonado tan tristes que tal vez, solo necesita un poco de comprensión. Jeremy le toma su mano y cierra sus ojos. Quiere simplemente olvidar su pasado, su presente, su futuro. Solo desea morirse con aquella dulce fragancia floral que emana la señorita.

Hadeline ahoga un suspiro. No se atreve a pensar, si está o no, haciendo lo correcto.

—I just want, to help you. Sir Jeremy.

—Ahora solo muero... por saber qué me dices.

Jeremy lleva su delicada mano a la boca y la deja allí. Hadeline siente su cálida respiración, mientras su corazón arde en el pecho, late a mil por hora, será ella la que morirá en ese instante, si no reacciona a tiempo. Pero no quiere pensar en nada, simplemente disfrutar de su presencia, de su ser. Siente inmensas ganas de abrazarle y nunca más verle sufrir.

No termina de entender qué le atormenta, pero está dispuesta a sacarle del fuego, darle brillo y convertirle en una valiosa joya. Siente que es su deber, salvar su alma del mismísimo infierno, pues un sentimiento más fuerte que ella le está quemando por dentro, le domina, le empuja hacia el abismo.



Conociendo un mundo aberrante

Se ha ocultado el sol brillante, llevándose el escaso calor que aquel día había ofrecido. La noche es fresca y despejada, con un inmenso cielo estrellado. Y allí, en el ventanal de la habitación, se encuentra una nostálgica damisela sentada en el suelo, admirando el cielo. Ese día no había vuelto a ver a Jeremy, solo supo que se estaba recuperando poco a poco. Es mejor estar alejada de ese caballero, ese inesperado beso en su mano le dejó aturdida, pero sabe que fue un impulso inconsciente. Para aumentar su tristeza, ha escuchado a su padre comentarle a Dora el pavor que le da sacarla de casa. Tal vez su padre aumentó su miedo a la sociedad al escuchar los gritos a la hora de la cena del señor al que suelen llamar «El vecino loco». No paraba de decir: «¡Vecinos, orad por vuestras vidas! ¡Quieren controlarnos!». Algo que la familia Smith se tomó con gracia.

Hadeline intenta dormir sin poder ver al joven. Al menos, puede verle en sueños, donde ella lucha con grandes dragones junto al caballero de armadura oxidada. Juntos derrotan a la bestia, y lo que parece una pesadilla, termina en un profundo beso.

Dora contempla el amanecer, inmersa en sus pensamientos, luego baja a la cocina para preparar algo que ofrecer a la señorita. Al volver a la habitación, se sorprende al ver a Hadeline despierta y pensativa, tal vez distraída, con la mirada perdida.

—¿Os encontráis bien? ¿Acaso, no os gusta España, señorita? — pregunta Dora mientras busca un vestido en el armario.

—Dora, os agradezco vuestro interés en mis pensamientos. Aún no sé si me gusta o no... España.

—Señorita Hadeline, me he tomado la libertad, de pedir a Doña Consuelo, que nos muestre un poco la ciudad.

—¡Oh! —comenta sorprendida—. ¿Lo decís en serio? Tenía entendido

que mi padre no deseaba que saliera.

—Con todo el respeto, señorita Hadeline, vuestro padre solo desea el bien para vuestra persona. —Reflexiona sus palabras—. Y creo saber qué es lo que mejor os conviene. —Hace una pausa, intenta decir algo, pero lo piensa mejor—. Aquí en España, estáis también a mi cargo, y, por ende, podré tomarme algunas libertades.

—Siento deciros, Dora, que hoy no estoy con ánimos de conocer nada. Ni de saber nada del mundo.

—Debéis pues, animaros, señorita. Ahora mismo el señor Jeremy nos llevará.

Hadeline, entusiasmada, se arregla con un corsé bien ajustado a su fina cintura, una blusa de gasa color champagne con botones, de manga larga transparente y puños fruncidos, enaguas y un precioso faldón de punto, con estampado de flores rosadas y azules, rematando con un lazo en su cintura en la parte de la espalda, dibujando una bonita silueta de señorita. Pellizca sus mejillas para dar color a su rostro, se coloca su sombrero decorado con flores y un listón azul. Está perfecta para salir. Dora termina de guardar la ropa, y juntas bajan al salón.

—¡Vuestra presencia ilumina nuestro hogar! —Luego piensa la frase en inglés— ¡Your presence illuminates our home!

Los ojos de Hadeline dejan de brillar, sus manos se enfrían. No es Jeremy.

—Buenos días. Sois muy amable, señor Juan —dice Dora.

—Thank you, Mr. Juan —responde Hadeline en tono serio.

—Les comunico, que Don Pierres se ha quedado por la ciudad. —Lanza una mirada picarona a la señorita—. Debo recogerle por la tarde, así que estoy libre, para llevarles a donde quieran.

—¡Buenos días querida! —dice Doña Consuelo con una sonrisa—. Doña Dora, le he pedido a mi hijo Juan que las lleve al centro.

—Os agradezco, Doña Consuelo, aceptamos encantadas.

—Good morning, Mrs. Doña Consuelo. Sorry. Where is Mr. Jeremy?

—He went to visit his beloved. But I am available —responde felizmente Juan.

«¿Visitar a su amada? ¡Qué desilusión! Ese caballero tiene ocupado su corazón. Bien por él, no debería de haber hecho esa pregunta», piensa Hadeline. Intenta sonreír así como si nada, pero de repente le ha parecido que

aquel paseo, será muy aburrido.

Salen de casa y se dirigen al *parking*. Es increíble cómo esa gran estructura de metal con ruedas, puede entrar dentro de la casa. Tiene por así decirlo, su propia casa, además hablan del Charleston como si fuese un miembro más de la familia. «¡Qué halagador para un objeto!», piensa Hadeline.

Juan se comporta como todo un caballero, realiza las mismas acciones que su hermano Jeremy, pero al tocar sus manos, no se siente igual. No es agradable. Su actitud le recuerda a la de Wikinson Vidarte. Parece que en todas partes del mundo existe uno.

Nuevamente pasan por un caserío de mil formas transparentes, hasta llegar a una bulliciosa ciudad. Los grandes edificios son sorprendentes, están conectados entre sí, con estructuras más angostas que las calles, donde cientos de personas se trasladan por tubos altos acristalados. Los modernos ascensores, son individuales, se suben de uno en uno, metiéndose en un capsula vertical para subir, o para de pasar de un edificio a otro. Realmente asombroso... Y, sin embargo, la señorita no le da importancia.

«¿Cómo será esa mujer a quien ama? ¿Habrá pedido ya su mano? ¿Por qué se ha comportado tan amablemente conmigo?», reflexiona Hadeline sin disfrutar de las vistas.

El coche se detiene, nuevamente el caballero abre las puertas con amabilidad con una impecable sonrisa. Hadeline abre la sombrilla de encajes blancos. Dora le toma del brazo para caminar juntas y protegerse del sol.

—Sígueme por aquí. Como ven, es una ciudad grande. Los madrileños nos envidian, pues tenemos muchísimos turistas en todo el año. ¿Conocen Madrid? La capital de España. Pero nada se compara con Bilbao, aquí sí que hay vida y diversión...

Juan no para de hablar, les muestra la iglesia, que aun manteniendo intacta su construcción, en sus paredes hay enormes paneles digitales informativos, y una divina imagen holográfica. Juan piensa que ellas deben de ser muy rezanderas, por vestir tan tapadas y con esas formas, pero solo mantienen la mirada fija sin reaccionar. En Keltói no existe la religión, pero respetan las cinco mil religiones que existen en el mundo.

Por donde pasan, las personas les miran con desprecio, otras con burla. Hadeline no es consciente de ello. Caminan por la plaza de Don Federico Moyúa.

—También es conocida como plaza mayor. Como sabrán, en todas las partes de España, existe una plaza mayor, pero ninguna es como nuestra plaza, inmensa. Beautiful and awesome...

Juan prosigue con su charlatanería como todo un guía turístico. Hadeline se asusta al ver “fantasmas” caminar por todas partes y en todas las direcciones.

—¡Calmaos, señorita! —dice Dora en voz baja, mientras Juan sigue adelante con su charlatanería—. Solo son imágenes de personas, proyectadas por aquellos aparatos voladores, llamados *i-Pets*. ¿Lo veis?

Dora señala un pájaro redondo moviendo sus alas, del que sale por debajo una luz azul con la imagen de una persona caminando, al mismo tiempo en que se va moviendo el objeto. Es increíble ver a través de sus cuerpos en movimiento.

«¡Fascinante! Por esa razón, a mi llegada, no había muchas personas en las calles. Creo que ya ni tienen necesidad de salir, en su lugar, mandan su espíritu», medita ingenua Hadeline.

Pero no está del todo equivocada, las personas ya no salen de casa: trabajan o estudian dentro de ellas, a través del ciberespacio. Sin embargo, para viajar y conocer otros sitios, sigue siendo más económico hacerlo presencialmente, así como disfrutar en grupo de la droga al aire libre, gracias a la ley de libertad para consumir, estando prohibido en espacios cerrados.

Hay multitud de gente de todas partes del mundo, la mayoría cuenta con una gran altura debido a unos enormes zapatos.

—... y claro, al final nos llegó a Bilbao —comenta elocuente Juan—, la moda de los «“ZZ”» zapato Zan. ¿En vuestro país también existe?

—Francamente, me temo que no, señor Juan —responde Dora, con un gesto de desaprobación por tal moda.

Se trata de un extraño calzado de plataforma con la apariencia de zancos, pero de menor altura (desde los 40 centímetros). Consta de una zapata a ras del suelo, con una estructura metalizada en medio, que se abre en ramificación para sujetar la otra calzada del pie. A continuación, le sigue un botín corto o largo, forrando toda la pierna, y algunos tienen tirantes que llegan hasta los hombros para poder mantener un caminar seguro. La nueva y absurda moda se debe a que todo el mundo mantiene el fetiche y la obsesión de ser altos.

Hadeline se siente como una hormiguita a la que pronto aplastarán con

solo pestañear. Todos la miran hacia abajo y se burlan, esta vez sin escrúpulos, ella lo nota y se siente incómoda. Además, empieza a agobiarse por los dichosos *i-Pets*. El ruido es tan atormentador, como un panal de avispas. Toda la plaza parece estar infectada de esa plaga robótica, sobrevolando a gran altura, sin poder observarse el cielo gris.

«¿Cielo gris? Debe de ser eso que habían comentado de la contaminación», medita dudosa. Se fija en un muchacho atrapando una esfera que da vueltas sobre su cabeza, para enseñárselo a una joven.

—¿Ves, nena? Tiene el lente Xaver 9k de visión nocturna.

—¡Qué pasada, tío! ¿Ósea que también te puedes grabar a través de las paredes?

—No solo a mí, tonta. A mi vecina también, si me da la gana —dice soltando una carcajada, lográndose ver todos sus dientes metálicos puntiagudos.

Los *i-Pets*, además de proyectar una imagen holográfica, también hace las veces de cámara para filmar a la persona a donde vaya, por ello, todas las personas llevan un animal sobrevolando sus cabezas. Hadeline prefiere dar la sombrilla a Dora y taparse los oídos unos instantes. Juan se da la vuelta y ve su actitud.

—Te entiendo, es atormentador. Antiguamente nuestros abuelos y tatarabuelos, solían tener los llamados, «móviles», y claro, ahora todos tenemos, «yo también me incluyo», un *i-Pets*, y sí, al capitán también le parece aterrador el sonido, dice que los móviles no eran así de ruidosos.

Se ríe contando la anécdota, pero la señorita no tiene ánimos de sonreír. Solo se dedica a observar la apariencia de las personas. Le parece espantosa, con las cabezas mitad rapadas y su otra mitad con tiras plásticas, ni siquiera de pelo humano. Otras mujeres tienen rapada la frente, sobresaliendo cuernos diminutos pintados como el arco iris, otras con púas metálicas en vez de cabello, o inclusive serpientes diminutas que parecen estar vivas como reemplazo del pelo.

Esto deja a Hadeline atónita, porque es el animal que más temor le causa.

—Oh, heavens! —Lleva sus manos al rostro—. These animals move.

—Calm down, miss Hadeline —dice Dora nerviosa—. It's just the snakes, you know about that.

Intentando disimular. Hace referencia a que solo son serpientes.

—Si es que, hasta a mí me da miedo —agrega Juan, que empieza a sospechar de la chica y sus asombros—. Mis amigas incluso tienen pelucas de las «Chic Carlae». Para colmo, se descojonan de mí, al ver mi pánico.

La humanidad ha cambiado sus gustos, están decididos a su práctica extinción, cazándolas en todos los rincones del planeta para luego venderlas a la industria de la moda o a laboratorios donde se modifican para convertirlas en indefensos objetos de lujo, como las famosas «*Chic Carlae*», las serpientes más pequeñas del mundo. Presentan una variedad de colores fluorescentes y longitudes desde los cinco centímetros hasta tiras largas de doce centímetros.

Las «*Chic Carlae*» suelen vivir poco más de quince días, hasta que mueren lentamente. No tienen necesidad de alimento o agua, pues solo es un adminículo más de usar y tirar. Se encuentra presente en casi todos los *looks*, como adornos para el pelo o en las costosas «pelucas Chic Carlae». Es todo un lujo tenerlas.

—... y claro, con eso de la reforma —continúa alegremente Juan su recorrido—, modificaron lo que era el antiguo casco histórico, que como veis, ya de histórico no tiene nada.

No para de hablar, Dora piensa que es por el efecto del café, o algún narcótico, que le tiene en un estado de nerviosismo, con sus ojos rojos y sus constantes movimientos de mano.

Hadeline se impresiona al ver hombres y mujeres con dibujos en sus mejillas, otros con aros, dientes metálicos, con colmillos, de colores, lenguas modificadas, sin cejas, sin pestañas, uñas exageradamente largas, cuerpos exageradamente delgados. No es fácil de reconocer el sexo de la persona. «¿Realmente son humanos? Ahora entiendo por qué no salen de casa, ver esto es aterrador», analiza Hadeline.

—... y si continuamos por aquella calle... —Juan hace una pausa al ver pasar a una chica sexi—. Por... allá... llegaremos al museo.

Hadeline se sonroja, al ver unas señoritas con vestidos de piel de serpiente muy cortos con escotes exagerados y otras con prendas transparentes mostrando su delgadez.

«¿Cómo se atreven a tal exhibicionismo? ¡Qué falta de valores! Dishonran su nombre y manchan el apellido de su familia», medita Hadeline asombrada. Pero nada se compara, al ver las piernas de unos jóvenes, totalmente translucidas y exageradamente largas. Se lleva las manos a la boca

de la impresión y Juan enseguida reacciona.

—¡No es nada! ¡It's just a fad! —dice y luego se dirige a Dora—. No sé, Doña Dora, si en vuestro país, ya llegó esa moda. Aquí desde hace años, que la gente ha adoptado el gusto de reemplazar las partes de su cuerpo, para parecerse más a un androide, a un robot.

«¿Ser robot? ¿Acaso ser humano les aburre?», se pregunta Hadeline.

—Me temo, caballero, que en nuestro país, no hay cabida para tal «moda» —dice Dora acentuando la palabra.

—¡Ah, vale! ¿Y por qué tenéis esos rostros de asombro? ¡Ha! Ya sé lo que estáis pensando —comenta Juan avergonzado—. ... ¿Por qué no tenemos nuestro cuerpo a la moda? Bueno, pues, nuestro padre, el capitán William, siempre nos ha prohibido todo, prácticamente hasta salir de casa. Ese hombre, solo quiere que pertenezcamos a la Fuerza Armada Española.

El joven resopla, en sus ojos se reflejan las enormes ganas de ser uno más de ellos. «¿Será que el señor Jeremy también desea ser así? ¿Será que se considera un hombre despreciado por la sociedad y por tal motivo ayer se encontraba tan indispuerto?», se dice la damita, por un momento siente pena por Jeremy.

—Vamos, mujeres, aceleren el paso, hay muchos sitios por recorrer.

Pero es casi imposible caminar entre la multitud de gente real y no real. Según Juan, hay fiestas en Bilbao y por ello está tan concurrida la ciudad.

Pasan cerca de un grupo de jóvenes, quienes se encuentran inhalando enormes tubos acristalados. Tienen la apariencia de tubos clínicos, con algún químico, que expulsa un concentrado humo negro que aspiran por la nariz, y otro joven aspira por su boca hasta inflar sus mofletes. Al expulsar ese aire, la señorita siente un leve mareo. Ellos la señalan con malicia y se sujetan el estómago para no ahogarse con sus risas.

Hadeline se queda pensando. «Por más que he estudiado química y he realizado ensayos, en el laboratorio del conservatorio, no logro adivinar los componentes, es un olor demasiado fuerte. ¿Será azufre, alcohol, hierbas secas?», se pregunta, al tiempo que empieza a toser. Siente que se atraganta. Dora solo le da unas palmadas en la espalda.

Recupera su respiración normal. Saca un abanico del bolso de tela, se airea un poco. Siente un enorme sofoco. Se quita los guantes y los guarda en su bolso, camina sonriente pero nuevamente vuelve a quedarse sin aire, al ver una mujer con un vestido de anaconda. Se ve claramente que no es ningún

tejido, es la piel de lo que fue ese animal. Produce impresión, por su altura, arrastrando el vestido, con un escote de escándalo, en medio de la boca del animal, como si este se la hubiera engullido.

¡Realmente espantoso! Y, sin embargo, Juan se queda embobado observándola, con ganas de apresurar su paso para verla más de cerca.

«¡Qué descortés ese hombre! Debería comportarse ante una dama... Aunque esta no tenga ropa decente», se dice Hadeline.

Tantas personas extrañas le producen náuseas. Allá a donde mire descubre un ser diferente venido de otro planeta. Todos están intentando sobresalir del montón, todos parecen estar en competencia por ser el más estrambótico o la más exuberante. Sin embargo, todos se burlan de ellas dos por vestir normales, decentes, se burlan sin disimulo alguno: carcajadas con bocas abiertas muestran sus lenguas de colores. Las señalan, critican, murmuran entre ellos sin piedad.

Continúan el recorrido, pero detienen el paso al ver el teatro, donde anuncian alguna obra con el holograma de una mujer desnuda, realizando un baile exótico. Varios transeúntes se han quedado pasmados observando. Al fondo se aprecia la fachada de un edificio con una pantalla gigante, otra mujer en holograma está informando sobre algo. Con tanto ruido, Hadeline no logra escuchar, pero sí puede ver unas letras en rojo: «¡Alerta! Posibles fallos en el sistema. Posible ataque en toda la red».

Las pocas personas que están prestando atención al anuncio, empiezan a murmurar, pero Juan no es consciente de ello, el holograma del teatro lo tiene distraído. Dora ve el anuncio y empalidece.

—Disculpad, señor Juan. ¿Podemos marcharnos ya?

—¡Ah! Sí, digo no, vamos al museo, ya estamos cerca.

Dora no está muy segura de continuar el recorrido, pero es de mala educación desistir de los deseos del anfitrión, quien está más emocionado que ellas. Se nota que no suele salir mucho de casa.

Hadeline hace más lentos sus pasos, saca un pañuelo para taparse la nariz; tantos olores desagradables le han revuelto el estómago.

Está mareada, no fue buena idea salir.

—Dora, I need... to drink... water.

—¿Le pasa algo a la señorita? —pregunta el atento caballero.

—Por favor, señor Juan, ¿dónde podemos beber agua?

—¡Ah! Justo conozco allí un amplio bar de dos plantas. Les brindaré

una lata de oxígeno, el agua no es recomendable. Vamos, está cerca.

Caminan deprisa, a Hadeline le tiemblan las piernas, su cabeza da vueltas, empalidece. El aire contaminado le afecta los pulmones, creándole una especie de alergia al respirar.

Entran a un sitio impregnado con olor a tabaco y licor. Llegan en mal momento. Pequeños robots voladores se han dañado, lanzando papeletas al aire al tiempo que pronuncian: «¿Qué desea, le tomo su pedido?». Al fondo, dos jóvenes se están golpeando, un camarero está intentando separarlos, otro hombre está pidiendo un oficial de policía. Hay demasiado ruido y un fastidioso pitido proveniente de algún brazalete. El de camisa blanca de manga larga recibe un puñetazo en la nariz y se logra ver su ropa envuelta en sangre.

«¿Es sangre?», Hadeline le observa bien.

—¡Jeremy! —grita Juan.

Hadeline cae al suelo, desmayada a los pies de Dora.

—¡Señorita Hadeline! —grita Jeremy, quien intenta salir corriendo al verle desmayar.

—¿Vas a huir, mariquita? —El joven desconocido le da una fuerte patada en el estómago a Jeremy.

—¡Maldito bastardo! —grita Juan, toma una lata que está sobre la barra y la lanza fuertemente al infeliz. ¡Mala puntería! En seguida se va a golpearle, defendiendo a su hermano.

Jeremy se sujeta como puede de una silla. Agarrando fuerte su abdomen, camina dolorido hasta Hadeline.

—¡Alejaos! —suplica Dora a los cotillas, que se acercan con sus *i-Pets* para grabar la escena—. ¡Por favor alejaos!

Un camarero intenta hacer reaccionar a Hadeline, colocándole en su nariz una botella de licor. Un policía grita con voz amenazadora, a su paso entran otros más y observan a la joven tirada en el suelo.

—¡Todos, las manos arriba! ¡Quietos!

Rápidamente entran dos voluntarios de traje blanco con una cruz roja en sus prendas. Sacan en camilla a la desmayada. Mientras, los policías se llevan detenidos a los tres jóvenes.

En la ambulancia, la médica auxiliar toma un aparato con luz led y escanea todo el cuerpo a Hadeline. Le entrega una botella de agua.

—¿Se encuentra usted mejor? —pregunta la médica.

—La señorita no habla español. Yo soy su doncella.

—Vale, pues mire, debe beber líquido, y cuando esté mejor, debe tomarse esta pastilla alimenticia.

Bajan de la ambulancia. Hadeline se siente un poco recuperada del shock. «¿Era Jeremy, el joven cubierto de sangre?», se pregunta con el corazón acelerado.

—What happened, Dora? —pregunta desconcertada—. Where is Mr. Juan? It was that his brother, Mr. Jeremy?

—Tenemos que irnos pronto a casa —comenta nerviosa Dora, sin responder sus preguntas—. Esperadme aquí sentada. Buscaré un aerotaxi.

Deja sobre la mesa de la terraza, el bolso de tela y la sombrilla de encaje.

—¿Aero qué? ¿Cómo ha dicho? —Lo dice en español Hadeline.

Coloca sus manos sobre la cabeza, aún está aturdida. Ve caminar a Dora entre la gente. Desaparece. Se queda sentada en aquella terraza intentando analizar lo que ha ocurrido.

«No son civilizados. Recuerda, Hadeline, los extraños no somos nosotros», repite mentalmente Hadeline una y otra vez las sabias palabras de su madre. ¡Cuánta razón tenía! Nunca había visto a hombres golpearse, llenos de sangre, con ganas de acabar con la vida del otro. Nunca lo esperó de ese joven caballero que días atrás le había curado la herida del dedo. Se había convertido en un monstruo. Debe alejarse de ese hombre, es demasiado salvaje y agresivo. Debe alejarse de ese mundo, es demasiado terrorífico y cruel.

A lo lejos, observa una multitud de personas, corriendo en todas las direcciones. ¿Qué ha pasado?

—¡Oye, tú, bicho raro! ¿Tienes una ser... aggh. —Una joven expulsa un agua verde en forma de vómito sobre su falda.

—¡Oh, my god! —Hadeline se levanta asustada y asqueada.

—¡Ay hija! Qué pena, es que llevo una pea... —Se pasa la mano por la boca—. ¡Una servilleta, joder! Necesito una servilleta. ¿Esta botella de agua es tuya? —La coge y se la bebe.

Hadeline intenta limpiarse la falda en vano. Ahora está maloliente. No dice palabra alguna, total, en inglés no le entenderá. Toma su bolsito de tela, busca el pañuelo que su madre había bordado con tanto esmero. Prefiere no

sacarlo. Toma la sombrilla de la mesa. No sabe si llorar o correr como están haciendo todos. Eso es lo único que quiere hacer, que debe hacer. Debe irse lejos, no puede soportarlo más.

Sale a toda prisa de ese lugar, sus lágrimas empiezan a deslizarse por sus mejillas.

«¡Huye lejos, Hadeline! Este mundo está infestado de gente desagradable. Solo huye y olvídate de todo, borra todo recuerdo de tu mente, y descubrirás que solo ha sido un mal sueño convertido en pesadilla».



¿Sueño o cruel realidad?

Pronto anochecerá y aún no se sabe nada del capitán William, tenía que metérsele entre ceja y ceja que debían vivir sin *microcomunicadores* hasta que se marche la visita. Ahora es imposible comunicarse con él, y con su madre también.

Lo más traumático de estar encerrados en esas malditas celdas con barrotes oxidados es la falta de información acerca de la señorita Hadeline. A Jeremy ya no le preocupa Miriam, que justo ha ido a la comisaría para poner una denuncia por acoso. Por favor, ¡ni acoso ni mierda! Jeremy nunca se ha planteado que ella está mal de la cabeza, pero ahora se da cuenta de que se le ha ido la olla totalmente. Al bastardo de Jorge le dejaron libre porque la cretina de Miriam atestiguó a su favor. Así que solo debe cumplir una condena de veinticuatro horas, encerrado muriéndose de preocupación.

No ha cruzado palabra alguna con su hermano, ahora compañero de celda. Sabe que la ha liado y no tiene forma de remediarlo.

—Gracias... Juan, por defenderme —se decide al final.

—De gracias nada monada. —Juan se pone en pie—. Por tu maldita culpa, ahora estamos metidos en este hueco. Ya sabes la que nos espera ¡Capullo!

—Lo siento bro, de verdad, me dejé llevar por mis impulsos.

—Tú, siempre tú. ¿No piensas en nadie más, que no seas tú?

—¡Sí! —dice Jeremy con honestidad—. Me preocupo por nuestra visita.

—Mira, Jeremy. —Le agarra la camisa manchada, con fuerza—. Como le pase algo, a alguno de los miembros, de nuestra visita, te partiré todos los dientes.

—¡Shiiit! ¡Silencio en las celdas! —grita el guardia de turno.

—¡Suéltame, imbécil! —Se zafa—. La culpa es tuya, por sacarlas de casa.

—¡No! La culpa es tuya, por irte a ver, otra vez, a la zorra esa.

—Me citó, ¿sabes? Y... tengo algo, muy importante que decirle... desde

hace tiempo.

Tenía que decirle que su padre le regalará un piso, que él se lo obsequiará, y que luego se quitará la vida. Aunque ahora que lo piensa..., puede que no se merezca ni una ventana.

—¡Deja de hacer el tonto, joder! —dice entre dientes, en voz baja—. Nos tienes hartos, tú y tu patética obsesión. A nadie le importas, y menos a esa. Ni siquiera el capitán te valora, para él es más importante, su mugrienta chatarra de coche que... tú... y que nosotros.

—Sí, esa chatarra —admite derrotado Jeremy—. El maldito Charleston.

—¡Mierda, el Charleston! —Juan se lleva las manos a la cabeza.

—¿Qué, qué pasa? ¿Dónde lo aparcaste?

—Cerca de la plaza mayor.

—¿Pagaste *parking*?

—¿Que si pagué *parking*? ¡Eres bruto o te lo haces? —dice desesperado—. Tengo desactivado el puto *microdácil* ¿Cómo iba a pagar nada? —Se agita sus cabellos rubios.

—¡Estamos jodidos! —dice Jeremy con pánico.

—No, yo estoy más jodido que tú. Debía ir a recoger al señor Pierres en Bidarte Jauregia.

—¡Diablos! No creo que ninguno de ellos, tenga claro nuestra dirección.

—Si crees en algún santo, pídele que nos ilumine, porque nos hemos metido en un gran lío.

—¿Qué le pasó a Hadeline?

—Y yo que sé, tío... No se encontraba bien. Tal vez se sintió incomoda, la gente no paraba de mirarla. Como si nunca hubieran visto a una turista por nuestras calles...

—Sabes bien, que no es por ser una «simple turista».

—Ya, ya. Pues no sé, de repente la vi pálida. Su niñera me dijo que necesitaba agua. Tenía que haberla llevado a casa, no a ese cutre bar.

—Debe ser por el sol, que le dio un bajón.

—¡No, brother! —dice otra vez alterado—. Fue ver tu carota ensangrentada, si hasta a mí me dieron ganas de potar.

—¿En serio fue por mi culpa? —Siente una punzada en su corazón.

—¿Qué pasa, que ahora te gusta nuestra huésped?

—No digas tonterías, yo... amo a Miriam.

«Eso creo...», piensa Jeremy dudoso.

—¡Buah! Mejor para mí, creo que es perfecta para ser la madre de mis hijos. Eso sí que es una dama decente, no como tú...

—¿Pero quieres dejarlo ya? —comenta con enfado, odia los malos apelativos para las mujeres—. Será mejor que dejemos nuestras diferencias a un lado.

—¡Vale! ¡Vale! No es para tanto. —Se quita su chaleco de látex azul—. Toma, bro, ponte esto. Das asco con esa camisa manchada.

—Da igual, de aquí voy a casa directo a cambiarme. —Piensa un momento, no es conveniente que su padre le vea así, o que se vuelva a asustar la señorita Hadeline, al llegar a casa—. ¡Venga va! Será lo mejor, gracias.

Jeremy se coloca encima el chaleco mientras analiza lo que le dijo Juan. «¿Gustarme, la señorita Hadeline? Si es que es lo más bello, dulce y tierno que mis ojos han visto nunca. No es que Miriam sea mejor o peor, es que no hay ni punto de comparación. Pero ahora sé que Miriam ha cruzado sus límites», analiza durante un largo rato Jeremy.

Hadeline había corrido hasta que sus pies le empezaron a doler. No quiere detenerse, allá donde mira, ve solo atrocidad. Se encuentra asustada, atemorizada, confundida. Cree que está soñando, pero no se despierta. Todo es muy real. Pasa frente una inmensa plaza por encima de un puente de madera mientras va desacelerando el paso. Le toman del brazo con fuerza.

—¡Ihes egin nahi zenuenarekin! —dice una mujer con rabia en su mirada.

—¡Oh! I'm sorry, what? —responde Hadeline confundida—. Excuse me. Can you let me go please?

— Zure erantzukizuna naiz —dice la mujer, mientras le hace caminar a su ritmo—. Beraz, ez egin neure beharrik galtzen eta nirekin etorri.

—Mrs. Please. I do not understand anything.

Hadeline no le entiende, además la mujer no quiere hacer un esfuerzo en escucharle, así que la agarra mientras continúa con su paso firme.

—Zure ardura naiz eta, beraz, ez egin neure beharrik galtzen eta nirekin etorri...

Hadeline intenta soltarse, pero aquella mujer, con bastante enfado, continúa su camino sin prestarle atención. Solo habla y habla, lamentablemente no en inglés, ni siquiera es francés, puede que alemán, tiene

un aire, pero la damita intenta recordar algunas de sus clases recibidas.

Ahora que analiza bien, esas palabras, suenan al famoso idioma que sus padres suelen hablar, cuando desean contarse secretos... ¡Euskera!

Es lógico, se encuentra en el País Vasco, cómo hablar otro idioma que no sea el de ellos mismos, aunque sea un idioma obsoleto que además habían prohibido hace muchos años según cuentan sus padres. Pero se ve que a esa señora no le importa mucho su prohibición, como buena vasca que es. «A lo mejor esta señora me lleva con Dora... ¡Gracias al cielo!», piensa Hadeline esperanzada.

Bajan una gran escalinata hasta acceder a un impresionante edificio. En la entrada se puede leer «Guggenheim Welcome». Tiene la apariencia de un enorme monstruo metálico que está saliendo del río, parece tener vida propia. Posee largos brazos metalizados en la parte superior del edificio que se mueven de un lado a otro, las paredes exteriores en forma de escamas se abren y cierran como si estuviese respirando y se aprecian tubos acristalados por donde pasan volando personas como si fuesen succionadas.

Es una magnífica edificación que da miedo y, sin embargo, por dentro parece un mundo mágico. Un envolvente sonido de música clásica que no logra descifrar resuena por unas paredes con enormes pantallas y efectos luminosos. Al fondo, una larga fila de personas esperan ansiosas ser succionadas por los tubos de cristal. Hadeline siente pánico y teme que le hagan pasar por allí, sin saber qué dirección tomará, pues se aprecian varios tubos entrecruzados.

—Please stop, do I need to know where Dora is? Are you going to take me with her? Where we are? What place is this? Please, let me go.

La mujer continúa su paso refunfuñando, hasta llegar a una de las filas. En las pantallas se puede leer: “Próxima representación: Las meninas – Sala $\frac{3}{4}^a$ ” lo que le confirma a Hadeline que es un museo, debido a la conocida obra de arte realizada por el famoso pintor Velázquez.

Claro que no es como esos museos que ella leía en los libros, o los que explicaba Miss Feicher, donde se exhibían reliquias de antepasados. Este, en definitiva, es un museo un tanto diferente.

El lugar está repleto de gente extraña, mezclada con hologramas de personas, sintiéndose asfixiada y pequeña. Aprovecha un descuido para zafarse de esa señora y escabullirse en medio de las piernas de las altas personas.

—¡Hey, neska hori gelditu! —Grita en vano la mujer— ¡Haurtxo bat nahi du!

Es imposible detener a la supuesta menor, esta logra llegar al espacio central, se detiene a buscar la salida. Cuando cree verla, intenta salir corriendo pisando un círculo negro que la lanza por los aires.

—¡Oh my god! —grita Hadeline— ¡Heeeelp meee!

¡Está volando! Sin tener alas, sin que ningún cable la lleve hacia arriba, o sin estar en el espacio en órbita. Más bien está flotando o gravitando, aunque de todas las formas, es imposible que esté despierta viviendo ese instante. Pero lo está, y no es la única que está en el aire, muchas otras personas lo están también, y no gritan como auténticos lunáticos, tal vez porque confían en que no se caerán.

—Me estoy mareando —dice mientras su cuerpo gira en el aire—. ¿Cómo me bajo de esta burbuja?

Se ha creado a su alrededor una pantalla muy fina casi transparente en forma de burbuja. Dentro se puede ver cómo unos jóvenes saltan, giran, otros van de cabeza con sus mascotas virtuales grabándoles.

Hadeline solo está en gravedad cero, semi acostada, sin saber cómo detener esa cosa o al menos poder poner los pies en el supuesto suelo, aunque solo hay una fina línea circular negra, apreciándose a las personas caminar como hormiguitas. Pero está perdiendo la cordura, su falda se le sube hasta la cara y se la baja una y otra vez para tapar sus piernas y su ropa interior.

—¡Qué horror si llegan a ver mi ropa íntima!

Nerviosa, se acerca a la pantalla e inmediatamente se activa una voz: «¿A qué sala se dirige? Presione, por favor».

—¿Hola? ¿Perdonad, me escucháis?

Incrédula se dirige a esa voz, pero no consigue respuesta. Para colmo, Hadeline tiene pánico a las alturas, está mareada y cree que en cualquier momento va a desmayarse nuevamente. El sistema, al no detectar *microdátil*, por defecto activa el mando automático y la eleva hasta el tercer piso, ubicándose a ras del suelo, devolviendo lentamente la gravedad hasta dejarla tirada en el mármol blanco. A continuación, se disuelven las paredes de la cápsula.

—¡Cielos! ¿Dónde estoy? Necesito alejarme de esa cosa, antes de que

me vuelva a atrapar.

Hadeline se levanta rápidamente y se dirige a una enorme sala donde se puede leer «Sala Experimental». Decide entrar para intentar buscar la salida o al menos alejarse de esos círculos negros.

Es un enorme espacio con poca luz, con mucosidad por todos lados cayendo desde el techo sobre las personas, sin que a estas les importe ensuciarse; otras intentan apartarse. Al caminar, sus zapatos de madera se adhieren al pegajoso suelo, intenta zafarse, pero al final se detiene boquiabierto al apreciar en puntos estratégicos unos empaques de plástico con personas totalmente desnudas dentro, llenas de dicha mucosidad, acompañadas de unos animales parecidos a los pulpos, metiendo sus tentáculos por boca, oídos y otras partes del cuerpo de esas mujeres y de esos hombres colgantes. Hadeline se queda de piedra ante aquella extraña «obra de arte».

Un robot en forma de mujer, muy sexi, con manos de tentáculos, está dando una explicación y la damita logra escuchar.

—... Se aprecia la técnica del «mezclaje» —dice con acento robótico—, donde el artista desea llevar a su máxima expresión, la fusión entre el placer sexual con la robótica animal para así evitar el contacto con humanos...

Hadeline siente una desagradable sensación de escalofrío. Camina como puede buscando alguna salida, al fondo observa una puerta amplia por donde sale agua pulverizada que rocía a las personas, le da miedo y prefiere pasar por la puerta contigua, más normal, hasta salir hacia a un pasillo.

—Pero Manolo. —Hadeline escucha a una anciana—. Te dije que pasáramos por los chorros clearsec, así nos hubiéramos limpiado esta mucosidad.

Le habla a su pareja, quien se queja de tener sus pantalones manchados. Hadeline se limpia la blusa con su pañuelo, ya le dará un buen lavado, en el lavamanos de la casa de los Smith.

Baja por la escalera hasta llegar a la segunda planta, desea continuar bajando pero no hay más escalones y no sabe dónde pueden estar.

—¿Qué lógica arquitectónica es esta? —dice en voz baja—. A lo mejor hay escaleras al pasar por aquella sala.

Camina hasta la enorme sala donde está la exhibición de cuadros. Aspira

un olor desagradable en el ambiente, puede que sea su propia ropa, que aún permanece sucia. En una pared se puede leer: «El arte de nuestro ser». La señorita Hadeline siente un especial interés por las grandes obras de arte, pero aquellas extrañas pinturas no le parecen de lo más agradable. Para su sorpresa, lee las técnicas empleadas.

—El resurgir —Lee con lentitud—. Técnica realizada en excremento humano y emulsión sobre lienzo.

Siente inmensas ganas de vomitar. Las pinceladas de la obra, así como sus extrañas figuras, están realizadas en varias tonalidades pasando por el amarillo claro hasta el marrón más oscuro. Es el salón de las pinturas realizadas con técnicas variadas, todas ellas provenientes de los fluidos corporales humanos.

En un cuadro se aprecia la viva imagen de una mujer sacando algo de su nariz, Hadeline no tiene necesidad de saber el tipo de acrílico o pintura usada para tal fin. En otro cuadro, una enorme boca abierta muestra al detalle su interior, realizada con una textura similar a pequeñas burbujas verdes, al fondo hay un cuadro lleno de manchas rojizas con figuras ovaladas, la señorita Hadeline no quiere ni pensar de dónde habrán obtenido sangre para realizar aquella extraña pintura... Necesita salir de aquel lugar con urgencia o vomitará sobre todas esas asquerosas obras.

Encuentra al fondo una puerta. Accede a ella nerviosa, se le hace extraño que todo esté en silencio. La luz es tenue... Ha entrado en un alargado pasillo, donde se va desvaneciendo la luz, indicando en el suelo con flechas fluorescentes la dirección. Continúa caminando hasta que la luz desaparece, todo queda oscuro y se escuchan gritos, risas, bromas y burlas, del grupo de amigos que van delante de ella.

—¿Hello? ¿Hola? ¿Alguien me puede ayudar?

Pregunta en español, para ver si alguien se acerca a ella y la ayuda a bajar las escaleras oscuras. Miles de tiras de algodón cuelgan del techo hasta crear un ambiente espeso, en el que casi no se puede respirar. No se ve nada más que las flechas del suelo. Baja escalón a escalón con cuidado, pero un bromista se ha detenido para empujarla. La señorita Hadeline cae, rodando hacia abajo sin poder lograr sujetarse a nada. Grita de dolor, pero nadie le presta atención hasta que termina llegando al *hall* principal gateando como si fuese un animal.

La gente la ve salir de la puerta y se burlan de ella por su aspecto, tiene

todo el cabello lleno de algodón echado hacia adelante, tapando su rostro. Está atragantada de algodón, que le provoca tos fuerte, su falda se encuentra hecha un desastre.

La falta de humanidad es lo que más le duele, verse confundida y con lágrimas en los ojos sin recibir ayuda de nadie.

—¡Atención! —Se escucha una voz robotizada—. Fallos en los sistemas. Despejar el recinto. Salgan con calma por la puerta principal.

En cuestión de segundos, todo se vuelve un caos, las personas salen corriendo por la puerta. Por fin logra identificar Hadeline la salida. Rápido se levanta, e intenta pasar por debajo de las personas.

Los *i-Pets* caen al suelo como si se hubiesen desactivado todos a la vez. Los *health bracelet* lanzan pitidos ensordecedores, los tubos de cristal no paran de subir y bajar a las personas que se quedaron atrapadas dentro. Las pantallas digitales se enciendan y apagan. Todos gritan desesperados.

Hadeline por fin logra salir del recinto, y rápidamente se dirige al puente de madera. Al fondo ve edificios inmensos y entre ellos ¡árboles verdes!

Se dirige hacia allí, aprovechando que el resto de la multitud toma otra dirección. «Será mejor ponerme a salvo junto a la madre naturaleza», analiza Hadeline. Se adentra en la propiedad, en los edificios se escuchan gritos y personas saliendo a la calle en estado de pánico, ella continúa sin prestar atención hasta subir a la colina.

Es una huerta privada, llena de vida vegetal, con árboles reales, flores de todos los colores y todo el suelo cubierto por césped. Allí suspira. Aunque el mundo se acabe, ella morirá feliz en aquel lugar.



Una desesperante búsqueda

El fallo en los sistemas ha desatado el caos total en la ciudad; jóvenes drogadictos están haciendo de las suyas en las calles, hay personas con carteles protestando en las plazas. Los turistas se encuentran bebiendo y celebrando como si nada hubiera pasado. Y en medio de la locura, Dora está a punto de enloquecer, buscando a su apreciada Hadeline por todos los rincones.

Ha preguntado a los agitados transeúntes, si han visto a una chica joven, de mediana altura, cabello trenzado, camisa y falda larga con un lazo en la parte de la espalda. Algunos la desprecian con la mirada, otros la ignoran como si no existiese o incluso le gritan que se aparte de ellos, ante el miedo de ser contagiados por algún virus. Por suerte, hay quienes intentan responder, pero siempre con otras preguntas: «¿Tiene algún perfil digital, *microdátil*, GPS, foto?».

Esas son las cosas que odia de Keltoi, no permitir ni tan siquiera cámaras fotográficas. ¿Cómo ha podido ocurrirle esa desgracia? Nunca debió sacarla de casa, pero solo quería mostrarle el mundo a Hadeline y dejar de ocultarle una vida que debía conocer.

Por fin, alguien le responde de forma alentadora.

—Tranquila, no llore, mire, vaya directamente a la policía y coloque la denuncia. Ellos tienen expertos que pueden hacer una imagen digital y publicarla en la red, con la descripción que estás diciendo.

— Os agradezco, caballero. Por favor, ¿dónde se encuentra la estación policial?

—Siga todo recto, hasta encontrarse con la calle Hurtado de Amézaga, allí pregunte por la Comisaría Ertzaintza.

Dora, agradecida, se marcha en esa dirección. Siente alivio al encontrar la comisaría. Está repleta de gente, todos interponiendo absurdas denuncias, desde personas que han invadido su «espacio vital», que les han tocado, y hasta personas que les han robado sus *i-Pets*.

Dora, nerviosa, pide que se realice una investigación por la desaparición de una joven, relatando todo lo sucedido.

—Mire usted —dice el policía mientras se retira las gafas de sus cansados ojos—. Aunque los sistemas han colapsado, es imposible que alguien desaparezca...

—Pero, señor, no tiene nada que ver con...

—Vamos a ver, usted primero debe llamar a su *microcomunicador*, o bien rastrearle por su *i-Pets*, y como última medida, dejar en el laboratorio algún trozo de tela de ella, que como sabe, dentro de los tejidos, hay nano transmisores fibrales y mostrarán su ubicación.

—Por favor, no me pidáis algo así —dice Dora dudosa, no puede decirle que no tiene nada de eso—. Necesito que mandéis algún aparato volador a buscarle. Si siguen un patrón digitalizado de su imagen...

—Pero vamos a ver... —le interrumpe el policía—. Entienda que no podemos aceptar su denuncia hasta que no hayan pasado, como mínimo, veinticuatro horas desde su desaparición. Le aconsejo que se vaya a su casa y la espere allí.

—Señor, le he dicho que nos hospedamos en casa de los Smith, y que me preocupa...

—Disculpe —interrumpe otro policía—. ¿Ha dicho usted que es familiar de los Smith?

—No, señor, solo me hospedo en su hogar, con su familia.

—Los hermanos Smith se encuentran aquí retenidos, pero no hemos podido contactar con ningún familiar. ¿Podría informar a su familia de su situación?

No puede, no sabe ni cómo llegar a esa casa, además tiene problemas más graves. Esos vagos vestidos de azul no piensan mover ni un dedo para iniciar la búsqueda. Pero los hermanos Smith podrían buscarla. ¡Eso es! Necesita hablar con ellos. Por desgracia están encerrados, pero Dora, como buena conocedora de ese mundo que es, sabe que todo tiene un precio, y en la cárcel se le llaman fianza.

Se queda pensando detenidamente. «¡Dios! ¿Cómo era la clave de mi *microdátil*? ¡Lo tengo! 03 2066». Decide pagar la fianza de ellos. Toma su dedo índice derecho y, sujetándolo con fuerza, activa el chip. Pide un «TPVM» para realizar el pago. Coloca su dedo tambaleante en el punto de venta del *microdátil*. Aún tiene dinero en su perfil digital. Siente el

cosquilleo del escaneo, y luego el de la transferencia.

Jeremy está al borde de la locura, en cualquier momento empezará a convulsionar, necesita saber de la señorita Hadeline, miles de pensamientos le acechan su mente. «¿Y si se marcharon nuevamente a su país al ver nuestra irresponsabilidad? Para una vez que conozco a un ángel...», piensa intentando calmar sus nervios.

—Vamos a ver —dice un guardia con una pantalla translúcida en la mano—. Juan Smith y Jeremy Smith, quedan libres. Han pagado la fianza.

«¡Maldición! Seguro que fue el capitán. ¡Por Dios! Mejor que nos dejen encerrados de por vida, el castigo del capitán será peor», piensa Jeremy atemorizado.

Ambos se miran con preocupación. Caminan nerviosos. Firman los documentos y salen a la sala de espera.

—¡Doña Dora! ¡Qué alegría! —Jeremy sonríe de felicidad.

—Gracias al cielo, ¿y dónde está el capitán? —pregunta Juan un tanto nervioso.

—Obvio que se largó furioso a casa. Más bien, ¿dónde está Hadeline? Digo, la señorita Hadeline.

—Salgamos caballeros, necesito decirlos algo. —Los dos se miran extrañados. Salen de comisaría y les explica—. No sé nada de vuestro padre, y peor aún... No sé nada de... la señorita Hadeline. Ha desaparecido.

Dora se tapa su rostro con la intención de llorar. Jeremy empalidece ante aquella revelación.

—¿Qué? —dice Jeremy preocupado—. Pero ¿cómo pudo perderse?

—Va, Jeremy. Deja hablar a Doña Dora. ¿Dónde la viste por última vez?

Dora les relata todo lo sucedido con voz melancólica. Da los detalles de su recorrido, los sitios donde la ha buscado. Se nota su desesperación. Supone que pronto perderá su trabajo de niñera.

—¡Vamos a buscarla, Juan! Yo la buscaré en el norte y tú...

—Espera, Jeremy, calma. Vamos a pensar con claridad.

—¡No hay nada que pensar, joder! —Agarra de la camisa a su hermano—. Esa chica puede estar en peligro.

—¡Suéltame, imbécil! —Juan se zafa—. En momentos así no se puede actuar a lo loco. A ver, Doña Dora, necesito llevarla a casa.

—Lo siento, caballero, necesito buscar a la señorita Hadeline. En casa me moriré de angustia.

—No quiero que un miembro más de la familia se pierda. ¡Es una orden!
—grita Juan con impotencia.

—¡Pero no le grites! —le corrige Jeremy, luego baja la voz para evitar un escándalo—. ¿Qué estás diciendo? Déjala, Juan, ella se viene conmigo a buscar a Hadeline.

—¿No ves que está débil? Necesitará comer y retomar fuerzas. Ella se vendrá conmigo en el Charleston. Así paso buscando a Don Pierres en Arangoiti. —Medita bien el plan—. Y tú... te encargarás de buscar a Hadeline.

—Eso es una locura. ¡Todos debemos buscar a Hadeline!

—Te repito que el papá de Hadeline también está perdido, bueno, espero que no. Necesito llevarles a todos a casa.

Dora está llorando, no sabe qué decir, pero le parece una alternativa razonable.

—No tenemos *microcomunicadores*, Juan, ¿cómo te llamo?

—En cuanto tengas noticias, llama al vecino loco.

—¿Al señor Hashim?

—Sí. O sea, no. ¡A la nieta, imbécil! Como siempre hemos hecho, ¿recuerdas? Con mensajes en clave. Igual yo. Cualquier novedad llamaré ahí.

—Doña Dora, por favor, no llore más —intenta Jeremy calmarle—. Le juro que vamos a resolver todo este lío.

—Os agradezco, señor Jeremy. Señor Juan. ¡Os juro que, si la encontráis, os estaré eternamente agradecida!

—Tranquila, ve a casa con mi hermano Juan. Confíe en mí, la encontraré. ¡Suerte, bro!

Jeremy sale corriendo en dirección al bar donde le vio por última vez, mientras que Juan y Dora se marchan entre la multitud para buscar el Charleston. Por un momento, los hermanos Smith, han dejado de reñir y se han propuesto un objetivo en común: intentar arreglar todo ese caos.

«¡Pobre Hadeline! Tan frágil e inocente, estará perdida, nerviosa, angustiada. ¡Dios! Necesito encontrarla, necesito protegerla», piensa Jeremy atormentado.

Hadeline puede que se encuentre en peligro por culpa de él mismo. Camina a toda prisa, lo ideal es buscarla por el centro, tal vez le llamaría la

atención las discotecas, se ve que la controlan mucho y tendrá curiosidad.

Pasa preocupado por esas calles ruidosas, mira en las discotecas, los bares, las terrazas...

—¡Ey, idiota! ¿Otra vez acosando a Miriam?

«Tiene que ser Damaris, la amiguita de esa inmadura», piensa Jeremy, sin querer detener el paso.

—¡Déjame en paz! Estoy ocupado.

—Sé a quién estás buscando, y sé dónde se encuentra.

Jeremy se detiene en seco.

—¿De verdad? Por Dios, dime que la has visto.

—¡Pero claro que la he visto! Si está detrás de ti.

Jeremy, emocionado, se gira.

—¿Me buscabas, amor? —dice Miriam con los ojos llorosos.

—¡Fuh! ¡Maldición! —Resopla de ira—. A ver, niñita, el mundo no gira alrededor de ti. ¿Te enteras?

—¿Jeremy? ¿Qué te pasa? ¿Por qué me tratas así? —pregunta Miriam con voz caprichosa.

—Debo irme.

«Por primera vez, no es la mujer que deseo ver», se dice Jeremy interiormente.

—¡Espera, amor! —Coloca su mano sobre el hombro y lo detiene—. Perdóname, amorcito, te juro que terminé con Jorge, quiero darte otra oportunidad.

—Ya no soy tu amor. Déjame, Miriam. —Se zafa—. En serio, tengo una urgencia. Debo irme.

Miriam se acerca haciendo pucheros, le agarra del rostro y le da un beso. Jeremy siente asco.

Sabe que otra vez Miriam está empezando el jueguito del amor, de volver a conquistarle, seducirle y engañarle. Así sucesivamente, todo un círculo vicioso. Su conciencia está dolorida, no solo por el daño que Miriam le ha causado, sino porque siente remordimiento por abandonar a la señorita Hadeline. La aparta con brusquedad.

—Pero ¿qué te pasa, Jemy? Ven, bésame con ganas, cariño. Vamos a mi casa, disfrutemos de la noche. Te quitaré ese chaleco con mis dientes...

—¿No me habías denunciado por acoso? ¿Por qué no suena tu *health bracelet*? ¿Acaso me quitaste la denuncia?

—¡Ay, cari, perdóname! —Finge llorar—. No te preocupes por el brazalete, han hackeado la red, y los brazaletes se han desactivado. Así que, ven, cariño, rescátame de estas ebrias.

«¡Maldición! La señorita Hadeline puede estar en grave peligro», piensa asustado.

—Rechazo tu oferta —dice rápido—. Ofrécesela a otro que esté bien desesperado. —La empuja y empieza a caminar.

—¡Serás imbécil! —grita Miriam—. ¡Luego no vengas llorando a suplicarme!

Camina a toda prisa, cruza la esquina observando de lado a lado, continúa caminando, siente el taconeo de alguna mujerzuela. Debe de ser la zorra de Miriam, ahora es ella quien lo acosa.

—¡Espera, Jeremy! ¡Para un momento!

Jeremy reconoce la voz de Damaris, nuevamente.

—Déjame en paz, Damaris —responde mientras camina—. Dile a Miriam que no soy su juguete.

—Perdóname, Jeremy, solo bromeaba, sé a quién estás buscando realmente. A esa ridícula disfrazada de niña.

Se detiene nuevamente.

—¿Has visto a Hadeline?

—¡Ha, tiene nombre! Sí, la he visto pasar esta tarde, llorando, cerca de mi residencia, Nuestra Señora del Rosario. Por detrás del *parking* de la Universidad de Deusto.

—¿Cómo sabes de ella?

—Porque tu «amada Miriam» grabó todo lo sucedido en el bar con su *memorychips* y se estaba burlando de ella, por cómo estaba vestida. ¡Difícil es no reconocerla!

—¿Estás segura? ¿Era una chica... vestida a la antigua?

—Si no me crees —dice divertida Damaris—, deja que te muestre las imágenes de mi *i-Pets*.

El *i-Pets* en forma de paloma blanca deja de volar sobre la cabeza de la joven, esta lo coge en su mano. Lo manipula y le muestra la imagen captada en una proyección tridimensional.

—¿Ves? Te dije que era ella.

—Quita el maldito efecto del holograma. Solo quiero ver el vídeo normal. Necesito estar seguro.

Damaris manipula nuevamente el aparato y le enseña con todo detalle una joven de falda larga floral, con lazo en la espalda. Como una muñeca va corriendo y llorando hasta perderse por unas escaleras.

—Quiero que borres eso inmediatamente. También de tu *memorychips*. ¡Ah!, y dile a Miriam que elimine el vídeo por completo de la red.

—¡Ay, guapo! No es para tanto. Además, a tu «amada Miriam» poco le importa esa extraña tipa.

—Deja de decir estupideces. Ya no es mi «amada Miriam». De todas formas, gracias por la información.

—¿Qué pasa, que ahora te has convertido en niño?

—Adiós Damaris.

«¡Qué idiota he sido! Claro que no está conociendo discotecas, ni la vida nocturna. Habrá buscado refugio lejos del bullicio», piensa Jeremy. Su corazón palpita a mil por hora.

De camino a la Universidad de Deusto entra en un bar y ruega que le dejen llamar con urgencia. Amablemente, le prestan un microcomunicador. Llama a la casa del señor Hashim para saber si hay novedades.

—No —dice Sahira—. Tranquilo, Jeremy, mi abuelo está en la calle gritando como un loco. Lo de siempre...

—¡Vale, vale! —le interrumpe Jeremy—. Dime, ¿sabes algo de mi hermano Juan?

—Sí, hace rato llamó y te dejó un mensaje.

—¡Ajá! Y, ¿qué dijo?

—Voy, Jeremy —dice tranquilamente. Se escucha hojear un cuaderno—. Dijo: «Charlie Brown ha ido de paseo. Continúa el plan».

—¡No me jodas! —Se toca la frente—. ¿Algo más dijo?

—No, Jeremy, nada más. ¿Quieres dejar un mensaje?

—Sí, Sahira, por favor, dígale lo siguiente: «Tengo la pizza sin *mozzarella*, y voy a por ella».

—¡Ay, para qué pregunto! Siempre con sus juegucitos de niños.

—Esta vez no es un juego, Sahira, pero gracias por ayudarnos.

—Oye, llamó tu pa... —Jeremy corta la llamada, no tiene tiempo para saber del capitán. Al menos está vivo.

«¡Maldición! Desapareció el Charleston. Se lo llevaría la grúa aerovial», piensa preocupado Jeremy.

Emprende su camino corriendo desesperadamente. Su corazón esta

acelerado, a punto de morirse de angustia, necesita encontrar a ese ángel antes de que le ocurra algo, y sabe Dios que nunca se lo perdonará. Corre desmoralizado por las calles, a lo lejos ve el museo Guggenheim. Sus latidos son más fuertes, tiene el presentimiento de que esa dulce princesa estará por allí, esperando a ser rescatada de su príncipe. ¿Pero qué cosas dice? Esta enloqueciendo. «Soy un completo imbécil, no un príncipe ni menos un salvador», se dice frustrado.

Cruza el puente que pasa por encima del río Nervión, baja las escaleras audazmente. Unos universitarios están de botellón al final de las mismas.

—¡Perdonad! ¿Habéis visto por aquí a una chica delgada, de falda larga?

—De falda larga dice —se burlan los jóvenes.

—Ya no existen mujeres que tengan faldas. —Continúan riéndose.

—No, chaval, pero si tú la ves, nos la presentas. —Siguen con sus burlas que poca gracia hacen a Jeremy.

Cruza la calle y se detiene un momento a observar el lugar. Recuerda el vídeo de Damaris y decide subir por la callejuela hasta el final. La puerta del *parking* está cerrada. A un lado está el muro de la residencia, al otro lado, el muro de la universidad. «¡Dios mío! ¿Por dónde se iría?», piensa preocupado. Tal vez ha entrado en la residencia. Se gira y se mete por las rejas que están entreabiertas.

Al fondo, en la fachada del emblemático edificio, se aprecian las sombras de una multitud de gente. Ese ruido y alboroto no es normal, están aprovechando que los *health bracelet* están desactivados para disfrutar de sus cuerpos, bailando pegados con desconocidas, o tal vez besándose, o tocándose... «No es un sitio donde se pueda encontrar a la señorita Hadeline», dice analizando el lugar. Decide subir unas escalinatas, ve un letrero con una flecha: «Huerta residencial – Prohibido el paso». Se dirige allí sin prestar atención.

Sube la colina, se adentra entre la vegetación, las luces de la universidad se van perdiendo entre los matorrales. Para un momento, necesita concentración. Necesita silencio. Escucha un leve sollozo, parece de una niña...

— ¡Hadeline! —Grita Jeremy, con todas sus fuerzas.



Salvador salvado

Es una noche tan oscura y triste que la luna no hace acto de presencia. Hadeline se encuentra sentada, meditando sobre su vida. Sus grandes enciclopedias devoradas, unas tras otras, no hacen referencia a la supervivencia en ciudades, ni en países. Ahora está perdida y sola. Aunque por el bullicio y el caos desatado, en cierta forma, se siente protegida bajo aquellos árboles, esperando el amanecer para marcharse nuevamente en busca del cálido hogar que le ha ofrecido cobijo.

Se estremece al oír unos pasos que se acercan rápidamente hasta ella. Se levanta enseguida y, sin tiempo para correr, le cogen por el brazo y le tapan la boca.

—¡Shhht! Tranquila, nena, solo quiero disfrutar de tu cuerpo —dice el hombre, impregnado de un fuerte olor a hojas quemadas.

—¡Auxilio! —grita Hadeline en español.

El hombre le tapa la boca con más fuerza y la empuja contra el árbol. No logra ver su apariencia. Solo siente algo frío y de metal en su garganta—. ¡Shhht! No querrás que te corte el cuello, ¿verdad? —Empieza a tocarla por encima de la blusa—. Te he visto solita y he pensado que necesitabas un macho... ¡Oh, sí! Hace tiempo que no toco a una mujercita... ¿Sabes que están desactivados los brazaletes? Así que... aprovecha esta locura, ¿quieres sentir mi miembro?

Hadeline intenta zafarse, pero no puede, su debilidad se lo impide. Está muy asustada y teme que le haga daño con ese objeto metálico. Quiere gritar a viva voz, pero solo logra emitir sonidos leves. Empieza a llorar. Su triste vida terminará allí y nadie sabrá qué fue de ella. Si tan solo tuviese en su pequeño bolso algún instrumento para defenderse, pero solo guarda sus gafas y su pañuelo de seda. Las manos ásperas y desesperadas de ese hombre abriendo los botones de la blusa le hacen temblar. Refunfuña de rabia al sentir el corsé y una fina franelilla de punto que le cubren sus pechos. El hombre acaricia la tela e intenta rasgarla, sin poder lograrlo, así que desiste al

escuchar los chillidos de la chica y decide darse prisa para terminar pronto. Empieza a subirle la falda.

Hadeline recuerda que tiene un faldón, un *petticoat*, un *bloomers* de encaje... Por el gesto de fastidio de aquel hombre, parece que no le ha gustado que haya tanta ropa debajo.

—¡Suéltala, maldito! —grita un joven.

De espaldas, coge por el cuello al hombre acosador y este suelta a la muchacha. Al hombre se le cae la navaja al suelo y empieza a forcejear con el joven. Hadeline está en *shock*, sin reaccionar. El acosador tiene más fuerza y le da una patada al joven, haciéndole caer al suelo. El muchacho agarra el pie del hombre y este resbala.

—¡Vete, Hadeline! ¡Corre!

—¡Sir Jeremy! —Hadeline reconoce la voz de su salvador.

El hombre aprovecha el descuido y se estira un poco, logrando tomar la navaja del suelo, acertándole una puñalada a Jeremy en su pierna derecha. Jeremy grita de dolor. El hombre vuelve a levantar el puñal con la intención de atravesar el pecho del joven. Hadeline no quiere huir y dejar a Jeremy en manos de ese salvaje. Sabe que le matará si ella no lo impide. Sin pensarlo, se lanza contra el individuo, empujándole hasta caer boca arriba y, sin dudarle, le da una patada en sus genitales, con tanta fuerza que el hombre se queda prácticamente sin aire. Caer al suelo inmóvil, sujetándose su entrepierna, con ahogados quejidos de dolor.

Hadeline toma la navaja que había caído al suelo. Sus manos tiemblan al intentar apuñalar a ese cruel hombre. Pero no lo hará, no es como ellos, no es un monstruo. Guarda la navaja en su bolso de encaje, así evita que ese individuo haga daño a otras mujeres. Coge la sombrilla de tela y golpea al hombre hasta que se va rodando colina abajo.

—¡Hadeline! —grita Jeremy conteniendo su dolor—. ¡Ve a por ayuda!

La señorita Hadeline reacciona enseguida, y haciendo uso de sus conocimientos médicos, sale corriendo a los arbustos de la huerta, toma unas ramas de los árboles y las parte. Arranca unas cuantas hierbas, luego se acerca al herido y se arrodilla junto a él, sin dudarle estira una manga de su blusa hasta arrancarla, y con un audaz movimiento de manos realiza un torniquete, amarrando fuerte e ignorando los gritos de dolor del joven.

—Hade... Hadeline —dice Jeremy con voz temblorosa—. ¿Qué estás haciendo? ¡Necesitamos salir de aquí! ¡Dios! No sé... explicarme.

Pero la señorita sigue sin prestar atención a sus palabras. Hadeline le pasa la mano por debajo de su brazo y le ayuda a ponerse en pie. El joven le comenta que no puede caminar, pero ella empieza a dar pasos lentos, por lo que Jeremy empieza a dar breves saltos con una pierna para poder avanzar.

—Do you feel better, sir? —pregunta la damita preocupada.

—Supongo que... deseas saber, si me duele. Créeme que... estoy haciendo un enorme esfuerzo... por ser valiente —comenta Jeremy intentando contener su dolor. Bajan la colina sin ver al infeliz que le hizo daño, este logró escaparse como pudo. Hadeline ve a un grupo de jóvenes a lo lejos y grita con todas sus fuerzas.

—Help me, please!

Los jóvenes se giran a verla sin prestarle atención, pero una mujer sospecha que hay un herido y corre a su encuentro. Sin pensarlo, realiza varias llamadas pidiendo una ambulancia. El sistema sigue entrecortando las líneas, pero logra contactar con una, enviando rápidamente su ubicación.

Invadida por la multitud de curiosos que realizan variedad de preguntas mientras intentan filmar la escena con sus descontrolados *i-Pets*, se anuncia la llegada de la ambulancia. Suben al herido y la señorita Hadeline le acompaña. Al arrancar el vehículo, siente un leve mareo, pero ignora la sensación.

De camino al hospital, auxilian al muchacho. Hadeline le agarra de la mano para hacerle sentir que todo saldrá bien. Los paramédicos les interrogan, y Hadeline avergonzada se mantiene callada, mientras Jeremy relata su versión.

—Es impresionante —comenta un enfermero— cómo esta chica ha sabido detener la hemorragia.

Jeremy también se queda impresionado. «¿Será que este bello ángel estudia medicina? ¡Dios!, necesito unas malditas gafas traductoras», piensa, al tiempo que se lleva su mano a la frente.

Pronto llegan a urgencias, piden a la señorita que espere en la sala principal, al tiempo que la tranquilizan.

—Allá al fondo —le dice una enfermera— está la máquina expendedora de café y té, le vendrá bien para los nervios.

«Qué extraño, una máquina que hace el trabajo de una madre,

calentando el agua y luego preparando un delicioso té. ¡Cuánto avance de la tecnología!», piensa curiosa Hadeline.

Pasado un considerado tiempo, la llevan a una habitación.

—You can accompany him all night, the doctor will come to see you tomorrow morning —comenta la enfermera para que le haga compañía, mostrándole un sillón para que intente descansar.

—How is his health? —pregunta ansiosa Hadeline por su estado de salud a la enfermera.

—He has lost a lot of blood, he got twelve points. It will be good —le informa la doctora acerca de su pérdida de sangre y los puntos que le hicieron, pero sonrío al decirle que se recuperará.

—Thank you —responde aliviada.

—Do you need to notify a family member by phone? —pregunta la enferma, para ofrecerle su *microcomunicador* y que pueda llamar a algún familiar.

Hadeline no sabe usar un *microcomunicador* y tampoco tiene forma de comunicarse con la familia Smith, así que simplemente agradece el gesto de amabilidad.

La enfermera se marcha dejándoles solos. La señorita Hadeline le toma de la mano, observa sus facciones. Es un caballero muy simpático con un alborotado flequillo. Tiene una venda tapando su nariz. Nuevamente le habían lastimado esa zona.

«¿Será que todos los días es así?, ¿siempre peleando y recibiendo golpes? ¿Cómo ha podido sobrevivir el señor Jeremy a tantos conflictos?», piensa Hadeline. Suspira al verle al menos con vida, ella también está viva gracias a él. ¿Cómo la había encontrado?

No lo había visto desde el día anterior, cuando dulcemente tomó sus manos y se quedó dormido, para luego retirarse y no poder verle más. Bueno, lo había visto al mediodía en aquel lugar con su rostro lleno de sangre y su camisa blanca manchada. Ahora ya no tiene esas prendas, solo una bata de color blanca que seguro que al abrir sus ojos le harán resaltar su color. Hadeline sonrío tristemente, brotan de sus ojos unas lágrimas y caen en la mano de Jeremy.

—Señorita Hadeline, ¿eres tú? —dice Jeremy abriendo lentamente los ojos.

—Yes, I am —responde exaltada. Se aparta un poco.

—Ven, acércate... Quiero verte.

Tímida, se acerca y Jeremy le toca el rostro, recorriendo con sus dedos sus mejillas hasta llegar a la mandíbula.

—How you feel? —pregunta nerviosa.

—¿Por qué... estás llorando? —Retira las lágrimas de sus ojos. «¡Qué bellos son!», piensa ilusionado.

—For you —responde, y se vuelve a apartar.

—Eso último creo entenderlo. —Sonríe—. Nunca nadie... ha llorado por mí. Es lo más bonito que me ha pasado este día. Tú.

Jeremy estira su brazo hasta cogerle la mano, le acaricia sus dedos sintiendo una calidez en su corazón. Esa damita le hace sentir fuego en sus venas, llegando hasta sus manos un calor ardiente. Tenía tantos deseos de tocar aquel rostro angelical, aquellos labios sonrosados... Había olvidado lo excitante que era ver a una mujer al natural, sin pintura alguna que opacara su belleza. Es de una pureza inexplicable.

Hadeline muerde su labio inferior avergonzada, le han gustado aquellas palabras, son melodía para sus oídos. Sonríe tímidamente y baja la mirada. Siente nuevamente una leve caricia en su mandíbula.

—No tienes *memorychips* —dice Jeremy—. ¿Por qué? Qué pena. Nunca podrás revivir tus recuerdos.

«Un chip de memoria. ¿Para qué? Mis recuerdos los llevo en mi corazón», piensa y dulcemente lo comenta en inglés.

—¿*Memorychips*? I carry the memories in my heart, not in my memory.

—Preciosa voz. Por alguna razón extrañaba oírte.

Jeremy se atreve, nervioso, a pasear sus dedos juguetones por los labios de la señorita.

«¡Qué sensación más placentera!», piensa Hadeline soñadora. Puede que no sea decente, y en Keltói le arrojarían al mar por tal atrevimiento, pero no están en esa tierra estricta. Además, ha sido lo indecente, más cautivante, que le ha pasado esa noche. Lo necesitaba realmente, se había sentido tan sucia por su falda vomitada y tan asqueada por el abuso de aquel monstruo, que sentir los dedos de aquel caballero es todo un deleite. Hadeline cierra sus ojos, coge esos dedos y le da un eterno beso.

—¡Uff! No hagas eso por Dios —dice Jeremy—. Que me voy a enloquecer. —Sus ojos se humedecen, ella suelta sus dedos y se retira hacia

la ventana.

«¡Gracias al cielo!», piensa Jeremy. No puede amar a alguien amando a otra mujer. Aunque empieza a dudar de sus sentimientos. Ya no tiene la certeza de amar a Miriam, le ha roto su corazón tantas veces que se siente vacío por dentro. Cree que no tiene fuerzas para amar a alguien. Aunque ese alguien lo haya salvado de una muerte inminente.

La señorita Hadeline se encuentra tan avergonzada que su rostro está rojo como un tomate. Necesita salir un momento, tenerle tan cerca es sentir la necesidad de besarle, no en los dedos, sino en sus labios, y eso va en contra de las leyes y de su libro de «Código de conducta moral para señoritas».

—Rest now, sir Jeremy. I'll come back —dice Hadeline en voz baja sin poder mirarle a los ojos. Se dirige a la puerta.

—Por favor, señorita Hadeline, ¡no te vayas! —Sus ojos reflejan el pánico de volver a perderla.

Hadeline se marcha mientras Jeremy suspira. Al final, su mente deja de pensar y cae en un profundo sueño.

—¡Chica! ¡Espere! —Es la voz de una mujer intentando alcanzarla.

—Yes, Mrs. Tell me? —dice Hadeline, reconociendo a la enfermera que la atendió por la tarde.

—¿Dónde está su traductora? Bueno, da igual. Aquí en mi bata tengo las *magic plus glasses*. —La enfermera se las coloca, las manipula, se iluminan—. Ahora sí nos entenderemos, ya he puesto el traductor. Cuénteme —dice en inglés—, ¿se encuentra usted mejor?

A Hadeline le parece muy curioso cómo unas simples gafas tienen la función de servir como traductor. Pero por fin puede conversar libremente en inglés. Aunque habla en inglés, sus palabras llegan traducidas al español a su interlocutora.

—Gracias, doctora —responde Hadeline en inglés—. Me encuentro de maravilla. Usted ha sido muy amable conmigo. Si pudiese hacer algo por usted en agradecimiento...

—¡Oh, por favor! Me puedes tutear. Además, aún contamos con la sanidad gratuita, muchacha.

—¿Tutear? —pregunta Hadeline dudosa—. Perdone mi ignorancia. No puedo entenderle.

—No es de aquí, ¿verdad? No importa, déjeme revisarla.

En seguida, la enfermera le abre los ojos, alumbrando con su mini linterna plateada. Coge su muñeca, que suelta rápidamente Hadeline. Recuerda que lleva guardado en su bolsito una pequeña navaja llena de sangre, teme meterse en problemas por cosas absurdas. Sin embargo, la enfermera le coge de la otra muñeca, parece que hace un conteo revisando su reloj. Analiza sus pulsaciones.

—La encuentro un poco baja de pulso —dice la enfermera—. ¿Ha tenido alguna emoción fuerte? ¿Ha comido hoy?

Hadeline mueve la cabeza para negar. Había olvidado que no tenía nada en su estómago más que mariposas revoloteando.

La enfermera la lleva hasta una enorme sala con varias mesas y sillas. Allí puede darse el gusto de comer una fresca ensalada. Está la opción de tomar pastillas con propiedades cárnicas, nunca ha probado la carne ni sabe el sabor que tiene, y esa madrugada no será la excepción. Hadeline solo comenta que su padre es muy estricto y que no sale mucho a la ciudad. La enfermera entonces imagina que la señorita es hija de algún campesino y que ha nacido en el campo.

Hadeline aprovecha el momento para que la amable enfermera le despeje sus dudas.

—¿Entonces con esas gafas puede usted hablar cualquier idioma?

—¡Por supuesto! Ya nadie necesita aprender ningún idioma. Y para ser honestas, ya nadie necesita ni estudiar, todo está en la red y las gafas lo saben. —Sonríe—. ¿Quiere probarlas?

—¡Oh, no! Muchas gracias, no quiero abusar de su amabilidad.

—Tranquila. Solo mire a través de ellas. Así te convencerás de lo útiles que son para que tu padre te compre unas.

Hadeline se las coloca y observa a su alrededor. Lo que ve le deja con la boca abierta. Es otro mundo. Puede cambiar el color de las paredes, del suelo, incluso el color de la ropa de las personas con solo mover sus manos y tocar unos botones digitales. Además, aquel espacio le había parecido vacío, pero con las gafas aprecia variedad de decoraciones, cuadros, carteles informativos, plantas decorativas...

—¡Esto es impresionante!

—Claro que lo es, muchacha. A nivel *online*, por ejemplo, se compra ropa costosa de preciosos diseños, y todo el que tenga las gafas lo podrá apreciar gracias a los tejidos de *plexicril* grisáceo.

—Pero... de ser así —dice Hadeline fascinada—, no es real.

—Por supuesto que es real. Claro que, si se quiere ver la vida normal, solo hay que desactivarlas, pero créeme, que después de ser perfecta en el mundo *role life*, nadie quiere vivir esta vida. Ya ni salen de sus casas. ¿Para qué? ¡Todo es *online*!

Hadeline prefiere guardarse sus pensamientos al respecto. Empieza a mover las manos a través de las gafas, moviendo una serie de Apps.

«Se siente extraño al intentar tocar algo que está y a la vez no está», piensa Hadeline abrumada.

—Perdonad, ¿por qué suben estas burbujas de la derecha con texto?

—Solo son mis compañeras de laboratorio comentando unos resultados. Si tocas una de esas burbujas se abrirá el perfil, pero no...

Demasiado tarde, Hadeline toca sin querer la burbuja amarilla con el nombre de «Dra. Clarisa». Se dibuja en forma de holograma la imagen prácticamente real de la mitad del torso de una mujer, cortado por la mesa.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué he hecho? —dice Hadeline al tiempo que se cae de la silla de la impresión.

—Tranquila, Hadeline. No es real, mira... Solo es el holograma de mi compañera.

Tirada en el suelo, observa por debajo de la mesa y no se ve nada. Se pone en pie, toca la mesa. No hay nadie.

—¿Me necesitas? —dice el holograma—. ¿Qué pasa, compañera, quién es esa muchacha?

—Tranquila, doctora Clarisa, es una paciente que vive en el campo. Le estoy enseñando a usar las gafas.

—¡Una campesina! ¡Qué sorpresa! Queremos conocerla.

La señorita Hadeline está impactada, totalmente en *shock*. Ya había visto esos «fantasmas» en la plaza, pero le cogió por sorpresa aquella aparición. La enfermera le retira las gafas y se las coloca ella, las manipula un poco y el holograma desaparece. Luego le pide a Hadeline que se levante y se quede quieta para realizarle un escaneo. Mueve las manos en el aire y con su dedo índice toca algo que hace salir una luz azul del medio, pasando por todo su cuerpo, luego parpadea y se apaga.

—¡Listo! Escaneo completado. Toma, muchacha, vuelve a colocarte las gafas.

Hadeline, poco convencida, se las coloca nuevamente. La enfermera le

da instrucciones para tocar una diminuta pantalla, las gafas de repente oscurecen y Hadeline cierra los ojos del susto. Escucha muchas voces y siente que ya no está en la cafetería. Al abrirlos...

—Pero, bueno, ¡qué muchacha más guapa! —dice un joven enfermero.

—¡Bienvenida, jovencita! —comenta una doctora rubia realizando un gesto de bienvenida.

Hadeline abre bien sus ojos, cree estar alucinando, pues hay varias personas en esa sala, pero no son de carne y hueso como el joven enfermero o la doctora rubia.

—¡Oh, Dios! ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

—Tranquila, joven —dice la doctora Clarisa, quien ya no es un holograma—. Ahora tu avatar está con nosotros en el laboratorio.

Hadeline está alucinando, observa a su alrededor y puede apreciar con total claridad la zona del laboratorio, exageradamente iluminado en tono blanco y con unas enormes pantallas led. Al fondo hay una gran mesa donde sobrevuela una proyección del cuerpo de algún paciente, rodeado de otras doctoras en proyección holográfica. A un lado puede ver nuevamente a la doctora Clarisa, que le hace señas con la mano a modo tranquilizador; al otro lado, hay un enfermero alto y risueño con una placa de cristalato en la mano. Los dos son muy reales, todo es muy real. Hadeline se toca su cuerpo para ver si sigue viva, y efectivamente, siente su cuerpo, sin embargo, al mirarse sus manos...

—¡Soy un fantasma! —grita Hadeline de la impresión.

—Yo diría... que te has convertido en ángel —dice el enfermero bromeando.

—¡Bobadas! Solo es el reflejo de tu holograma —dice un doctor en proyección, con facciones serias—. Dinos, jovencita, ¿cómo te llamas?

—Buenas noches, es un placer conocerles —dice nerviosa, intenta realizar una reverencia y todos se ríen—. Soy la señorita Hadeline Rique de Elorriaga Etxandi.

—Pues, para ser una campesina... —dice el enfermero con ironía— bien que sabe expresarse en inglés.

—¡Qué tonto! No le preste atención, Hadeline —comenta la doctora Clarisa—, me alegra que quieras ser como las demás jóvenes. Todos, por muy del campo que sean, necesitan estar conectados en la red con las *magic plus glasses*.

—Gracias por sus palabras, doctora. —Dirige su mirada al enfermero—. Creo que... me falta mucho por aprender. —Hace una pausa, observándolos a todos—. Con vuestro permiso, me retiro.

Las personas proyectadas levantan la mano en señal de despedida, llegando incluso a cruzarse las luces unas con otras, dejando perpleja a la damita. A continuación, recibe las instrucciones de la enfermera para salirse del modo «In Situ». Luego Hadeline se retira las gafas. Ha tenido una experiencia increíble y a la vez atormentadora.

—Perdone mi ignorancia, doctora, pero ¿cómo es posible que me haya trasladado a esa sala?

—¿Cómo te explico...? Lo que he hecho es escanear tu cuerpo para que las *magic glasses* convirtieran tu imagen en un avatar holográfico, así puedes trasladar tu avatar a escala real hacia cualquier parte del mundo.

—¿Usted se refiere a que puedo conocer el mundo a través de esas gafas?

—Por supuesto, joven —afirma sonriente—. Solo que, para ello, debes tener la aceptación de otro avatar, es decir, de otra persona que tenga las gafas puestas, lógicamente, y que acepte tu presencia holográfica.

Hadeline se queda pensativa, todo le resulta difícil de comprender, nunca imaginó que existiese un mundo que pudiera apreciarse a través de un simple accesorio.

—Discúlpeme, estimada doctora. No tengo muchos conocimientos sobre este invento.

—Es normal, siendo tú una muchacha de campo. Pero si vas a vivir en la ciudad, será mejor que te vayas acostumbrando.

«No podría vivir en un mundo imaginario, sin poder utilizar mis cinco sentidos, que, por gracia de la divinidad, me ha obsequiado al nacer», medita, mientras se dirigen a la habitación. La señorita Hadeline se despide agradecida y le devuelve el bolígrafo que le había prestado en el comedor. Jeremy se encuentra dormido como un bebé, así que decide descansar en el incómodo sofá negro que está en la esquina.

Horas más tarde se despierta Jeremy, su corazón salta de alegría al ver a ese ángel dormir. No se había marchado, como se temía. Se acomoda un poco y encuentra un papel doblado sobre su pecho. Lo coge y lo lee.

Estoy agradecida con la vida por haberme dado la oportunidad de conoceros a vos. Agradezco enormemente a vuestra familia por permitirnos quedarnos en vuestro hogar tan gentilmente.

Siento todo lo que le ha ocurrido, por causa mía. Lo que más lamento, y motivo por el cual os dejo esta nota, es mi indecente comportamiento para con su persona. Un impulso que nació desde lo más profundo de mi corazón, me llevó a tomar sus dedos y besarle. No es propio de una señorita lo sé. Os pido humildemente que aceptéis mis más sinceras disculpas. De mi parte, os doy mi palabra que no volveré a comportarme de manera tan escandalosa e indecente.

Espero pronto su mejora, gracias por salvarme.

Miss Hadeline Rique de Elorriaga Etxandi.

¡Wow! Aquellas palabras le llegan a su corazón como un flechazo. Por un momento, olvida que se encuentra en un hospital, teniendo la sensación de estar en la recámara de un príncipe de la era victoriana, cuando existían los reyes y la caballería. Nunca ha recibido una carta, y menos con aquella maravillosa redacción.

«Es increíble que esté avergonzada por su “indecente comportamiento”. ¡Dios! Si ha sido lo más dulce y tierno que me ha sucedido... Ha sido muy lista pidiendo a alguna enfermera que le tradujera estas palabras, escritas con una elegante letra», piensa Jeremy sonriente.

Esa damisela es un tesoro. Jeremy está empezando a entender la mente y el corazón de la señorita Hadeline.

Apreciado Mr. Jimmy Smith

Estoy agradecida con la vida por haberme dado la oportunidad de conocer a vos.

Agradecer su nacimiento a nuestra familia, por habernos en nuestra hogar tan gentilmente.

Lamento tanto lo que se ha ocurrido, por causa mía.

Lo que más lamento, y motivo por el cual se haya esta parte es mi inepto comportamiento para con nuestra familia, un impulso que nació desde la más profunda de mi corazón, me llevó a tomar sus cosas y bienes. no es propio de una hermana, lo sé, es sólo humillamiento, una acción que me siento sincera después, de mi parte, me doy mi palabra, que no volverá a comportarme de manera tan escandalosa e inbecil.

Espero pronto vuestra recuperación, y gracias por volverme, querido caballero.

Soledad Huelmo Rojas de Olavarría, Córdoba.

Sentimientos contraproducentes

Juan logra llamar a la línea de atención al ciudadano, reportando la desaparición de un Citroën 2 CV Charleston, el coche mimado de su padre. Se teme lo peor: adiós al piso a su nombre, adiós herencia... Solo le espera vivir en la calle. Su padre siempre ha sido claro con ellos, y Juan lo repetía siempre en su mente: «Mi Charleston es mi vida, y lo demás es historia».

Por suerte, le informan de que la grúa aerovial lo ha tenido que retirar por encontrarse en zona de pago sin pagar. Le informan de su entrega bajo una multa por gastos administrativos: grúa, *parking* y conductor. «A saber qué más cobran esos buitres», piensa Juan.

A continuación, toman un aerotaxi para ir hasta Bidarte Jauregia, deseosos de encontrar a Don Pierres. La expresión de pánico no se le borra del rostro a Doña Dora, permaneciendo en silencio en todo momento.

Llegan al lugar. Juan lo encuentra prácticamente en el mismo sitio donde le había dejado.

Camina apretando sus puños, toma aire y lo expulsa rápidamente para llenarse de valor.

—¡Don Pierres! Aquí estoy, siento mucho la tardanza.

—Caballero, ¡cuánta alegría veros! ¡Sé! Pensé que os habíais olvidado.
—Sonriente, le estrecha la mano.

—Mil disculpas... No se imagina por lo que he pasado...

—¡Sé! Tranquilo, caballero, tengo toda la paciencia del mundo. Además, he podido realizar gran parte de mis gestiones.

—Escúcheme, Don Pierres. Necesito que me escuche con cautela —dice Juan, secándose el sudor de la frente con la mano—. Su hija... La señorita Hadeline...

—¿Qué le pasa a mi hija, señor Juan? —Se borra la sonrisa de su cansado rostro.

—Esta tarde, junto con Dora, las llevé a conocer la ciudad. Pero he tenido un breve conflicto con la policía y...

—¡Sé! Decidme de una vez. Os lo suplico, caballero... ¿Le ha pasado algo a mi hija? —interrumpe angustiado.

—Ha desaparecido. —Coloca su puño en la boca, en señal de preocupación.

No encontraba las palabras adecuadas, así que simplemente lo dijo. Tal vez había sonado cruel. Observa a Don Pierres que se toca su pecho, como si le hubiese dado un ataque. Dora sale corriendo del aetotaxi.

—¡Don Pierres! —grita Dora—. ¿Qué os sucede? ¿Os encontráis bien?

—¡Ay, Doña Dora! ¡Mi niña! ¡Mi querida hija! —Rompe en llanto.

Suben al aerotaxi. Juan da las indicaciones al confundido taxista, mientras Dora le intenta dar aire a Don Pierres con la palma de su mano formada como un abanico.

—¡Necesitamos buscarla! ¡Sé! No podemos... volver a casa sin ella... ¿Cómo ha podido ocurrir algo así?

Dora le va explicando por el camino con sumo cuidado, su tono de voz es pausado y un tanto melancólico. Intenta darle esperanzas, pero ella misma las ha perdido. Conoce bien a la señorita y sabe que hasta una simple abeja puede causarle daño.

Llegan a casa de los Smith. Doña Consuelo se encuentra con un rosario en la mano que suelta rápidamente al verles entrar. Pide explicaciones a su hijo y este le resume lo sucedido. Observa a Don Pierres destrozado y le pide que tome asiento y se tranquilice.

Mientras tanto, Juan, con la mente más clara, se va a casa del vecino loco.

—¡Sahira! ¡Ábreme, por favor!

—Juan, baja la voz, mi abuelo está durmiendo. —Abre la puerta con cuidado.

—¿Sabes algo de mi hermano?

—Buenas noches, bien, gracias por preguntar.

—Sahira, no te pongas con esas. Dime, ¿ha llamado Jeremy?

—Sí, ha dejado este mensaje. —Saca un papel de su bolsillo y lo lee—: «Tengo una pizza sin *mozzarella*, y voy a por ella».

—Tengo una pizza sin *mozzarella*... Pizza sin *mozzarella*. —Se coloca la mano en su mentón a modo pensativo, mientras continúa repitiendo—. ¡Pizza sin *mozzarella*! ¡Ya lo tengo!

—¿A qué jugáis esta vez? —dice divertida.

—No jugamos, es un asunto serio. Dime, Shaira, ¿a qué hora dejé ese mensaje?

—Bueno... Justo a la hora de dar la pastilla de dormir a mi abuelo.

—¡Ay, Sahira! ¡Joder! Dime exactamente la hora.

—¿A las veintitrés horas?

—¿No ha vuelto a llamar?

—No, Juan, pero tu padre ha llamado.

—¿El capitán? —Le sorprende que sea él.

—Di «padre», vamos, no es tan difícil. Pa... dre...

—¡Joder, Sahira! Hoy no ha sido mi día, dime qué dijo.

—Vale, vale. Pues ha dicho... —Busca otro papel en su ropa—: «Dile a mis hijos, inútiles, que preparen provisiones, la marea está alta. El huracán es inminente».

—¿Eso ha dicho? —Se queda totalmente extrañado—. ¡Chistosa, deja de jugar!

—Juan, ya me dejaste claro que no estabais jugando, pues yo tampoco.

—Se habrá embriagado y estará haciendo el gilipollas —comenta Juan para evadir sospechas de que algo va mal.

—Pues no lo parecía, además, ¿por qué no usáis vuestros *microcomunicadores*? Solo es un topito pegado a tu oreja, ni siquiera pesa, para decir que por eso es.

—Ya conoces al capitán, Sahira. Estamos de entrenamiento. —Se queda pensativo—. Un favor... ¿Puedes prestarme tu aerobici?

—¡Anda! Ahora resulta que quieres hacer deporte por los aires.

Juan se queda pensativo, no tiene ganas ni fuerzas de ponerse a conducir la bicicleta aérea y menos de noche sin las gafas. Además, iría muy lento.

—¡Tienes razón! Mejor aún... Préstame la unimoto.

—La última vez me la entregaste sin combustible. No sé...

—Gracias, Sahira. ¡Eres un cielo! Dame el mando.

—He dicho que no sé. —Revisa sus bolsillos—. Vale, pero cuídala, por favor.

Juan vuelve a entrar en su casa bastante preocupado. Es muy tarde y su hermano Jeremy no ha dado más señales de vida desde hace más de tres horas.

—¡Juan, hijo! ¿Sabes algo de la joven Hadeline?

—Sí, madre. —Todos se giran para verle—. Jeremy ha encontrado el paradero de la señorita Hadeline.

—¡Gracias al cielo! —exclama Don Pierres.

—La fue a... buscar y la traerá a casa, así que paciencia.

Intenta tranquilizarles. Tiene la esperanza de que ha traducido bien el mensaje. Ahora, además, le preocupa que su padre dejó un mensaje en clave.

Solo una vez había acudido a esa estrategia, cuando de pequeños jugaban a pistoleros y unos hombres de negro con gafas oscuras empujaron la puerta, armados hasta los dientes, revolcando la casa con voces y gritos. Se habían marchado desilusionados. Horas antes había llamado el capitán a su madre y en modo de clave le había dejado un mensaje. Ella supo actuar sin pensarlo mucho. Enterró una caja de metal en el jardín. Nunca supieron de qué se trataba. Nunca hablaron de lo ocurrido y con el paso del tiempo se convirtió en una curiosa anécdota, de la cual les prohibieron hablar. Desde entonces, suelen jugar a mensajes encriptados.

Así que solo su madre tendrá la respuesta al mensaje que ha dejado el capitán en casa del vecino loco. Juan se retira a la cocina. Necesita un café bien cargado. Entra su madre.

—Mamá, necesito que me ayudes.

—¿Qué sucede, querido? Me estás asustando, y ya tengo los nervios a flor de piel.

—El capitán ha llamado a casa del vecino. Le dejó un mensaje a Sahira. —Baja un poco la voz para que no le escuchen los huéspedes.

—¡Qué alegría recibir noticias de tu padre! —Junta sus manos contra su pecho—. Dime, querido, ¿qué mensaje?

—Preparen provisiones, la marea está alta. El huracán es inminente.

—¡Ummh! —Arruga su frente. Se queda unos segundos pensativa—. Hace referencia a una especie de viaje. ¡Qué extraño! Desde que llegó, le noté bastante preocupado.

—¿A qué viaje se referirá, mamá?

—Será mejor hacer el equipaje de emergencia, hijo.

—¡No puede ser, mamá! ¿Qué estará tramando el capitán? —Toma un sorbo de café—. Debe ser muy grave para poner incluso en riesgo las atenciones con la visita.

Juan se termina el café sin llegar a ninguna conclusión con su madre. Se

marcha de casa en la unimoto prestada. Al menos se encuentra más tranquilo dejándoles en casa, mientras él se va en busca de la señorita también.

«¡A mi hermano, que le den! Necesito encontrar a esa chica, puede que así el capitán me regale el piso, o mejor aún, esa chica se enamore de mí y bueno, bueno...», piensa iluso.

Empiezan a salir los primeros rayos del sol, poco a poco la ciudad va despertando, pero los barrebots en vez de limpiar el caos de la ciudad están descontrolados, lanzando la basura por los aires.

En el hospital inician la ronda de revisión por parte de los médicos de turno. Se escuchan constantes pasos en el pasillo. Hadeline aprovecha que aún duerme el caballero para deleitarse observándolo. «¡Qué dulce caballero! Viéndole así dormido, hasta parece indefenso», piensa la damita.

Le espera un largo día y seguro que ya ha cogido fuerzas para iniciar su rutina de golpes, luchando contra monstruos, terminando herido.

Jeremy despierta y en su rostro se empieza a dibujar una sonrisa. Cuánta alegría tener ante sus ojos a un ser angelical. Hadeline, asustada, se aleja un poco.

—Buenos días, señorita Hadeline.

—Good morning, Mr. Jeremy. —Sonríe tímida.

—Gracias por tus palabras. —Enseña su mano izquierda con el papel—. Me han llegado al corazón. —Hadeline intenta salir de la habitación.

—Sorry... I'm very sorry, for that...

—No, por favor. No te asustes... Aunque no me entiendas, quiero que sepas que jamás pensaría mal de ti. No considero tu comportamiento decoroso. —Su corazón se acelera—. ¡Ay, señorita Hadeline! ¡Eres tan maravillosa! —Se le humedecen los ojos, la damita mantiene la cabeza agachada—. No te imaginas cuánto he sufrido, cuánto me han humillado, y sin embargo tú... con un simple gesto, iluminas mi vida. Estoy muy confundido. Sabes... He soñado contigo. —Se muerde los labios—. Era confuso... Tú estabas envuelta en tinieblas y no podía encontrarte. Por favor, señorita Hadeline, no me dejes, no te apartes de mi lado.

Hadeline se pone roja nuevamente, de repente siente un calor sofocante por todo el cuerpo. Por primera vez no tiene nada que decir, no le salen las palabras, está totalmente anonadada, no está segura si eso es una declaración de amor o su mente le está jugando una mala pasada. Jeremy estira su mano

para que ella se la dé nuevamente. Hadeline decide volver a su lado. Considera que no es indecente cuidar de un enfermo.

—Your words are so confusing —dice Hadeline confundida—. I do not know how to receive them.

—No sé si llamarlo suerte o desdicha —comenta Jeremy, feliz de coger su mano—. Que no hables mi idioma, y que no puedas entenderme. Aun así, quisiera decirte las palabras que salen de mi boca... y de mi corazón.

Jeremy acerca lentamente la mano de Hadeline a su boca, coloca esos frágiles dedos en sus labios y le besa tiernamente. Siente enormes deseos de seguir con sus besos por su brazo, recorrer su cuello, terminar en su boca. Sus ojos se vuelven a humedecer.

Hadeline se estremece, cierra sus ojos y siente una explosión de mil sensaciones que no sabe explicar. Jamás ha sentido tanta delicia en un simple gesto. Ahora entiende la frase que había pronunciado Jeremy: «¡Uff! No hagas eso, por Dios, que me voy a enloquecer».

Irrumpen en la habitación antes de que Jeremy pueda decir nada más. Es el doctor y las enfermeras. Hadeline, asustada, reacciona y se aparta a un lado.

—¡Buenos días! Vamos a ver esos puntos —dice alegremente el doctor.

Una de las enfermeras pasa un aparato alargado por la pierna, este lanza un pitido agudo y a continuación se eleva una luz verde sobre la pierna, dibujándose el músculo del joven.

«¡Increíble! Es como si la pierna del caballero tuviese alma, y de repente saliera de allí... ¡Maravilloso!», piensa Hadeline anonadada, sin embargo mantiene su postura firme e inexpresiva mientras el doctor continúa con la revisión.

—Como se puede observar en la imagen, no queda otra que pensar en la suerte que has tenido, muchachón. Mire bien. —Señala con su dedo—. La herida ha sido profunda y, sin embargo, no ha llegado a tocar la arteria femoral.

—¿Cómo, doctor, la arteria qué? —pregunta Jeremy—. No le entiendo.

—Arture Femoral are two large and important blood vessels —interrumpe Hadeline, repitiendo su aprendizaje—. That carry blood and oxygen to the lower limbs and pelvis.

—Eso es, jovencita —afirma el doctor lanzando una mirada de estupefacción—. Es curioso ver hoy en día a una joven con conocimientos.

—Lo siento, doctor —dice confundido Jeremy—, pero yo no llevo lentillas magic plus glasses. ¿Me puede traducir, por favor?

—Tú, Estela, que estás de pasantía, cuéntale al joven de qué estamos hablando.

La enfermera le lanza una sonrisa y amablemente le explica.

—Claro, doctor. La arteria femoral son dos grandes e importantes vasos sanguíneos que llevan la sangre y el oxígeno a los miembros inferiores, en su caso a la pierna, así como a la pelvis.

—En resumidas cuentas, joven —concluye el doctor—, que se ha salvado de morir desangrado.

Otra enfermera retira la gasa y el doctor mira por encima los puntos.

—Le recomiendo reposo, podrá caminar pero será mejor que use alguna muleta como apoyo, le voy a recetar un toxoide tetánico, antibiótico, y por su puesto para el dolor. Puede que se le inflame, será mejor que cuide la herida para evitar complicaciones.

—Vale, pero ¿por cuánto tiempo estaré así?

El doctor rellena un formulario amarillo. Levanta la mirada y observa a la chica con gesto extrañado. Frunce el ceño y continúa con la documentación.

—Eso depende de sus cuidados. En ocho días pase por su centro de salud para una revisión. A no ser que su health bracelet pite, en señal de que se le ha infectado o existe alguna complicación. En ese caso deberá acudir de forma inmediata.

—Gracias, doctor, pues entonces pasaré a la revisión dentro de ocho días.

—Eso es. Me preocupa que su health bracelet esté desactivado. Esos vagos llamados *hackers* están haciendo de las suyas, jugando con la salud de la gente.

—Este... —Jeremy recuerda que está desactivado por su padre, no por los *hackers*—. Vale, no pasa nada, puede que mi hermano encuentre una solución para que me lo arregle.

—No, muchacho, eso ya es cosa de los sistemas digitales. Pero con un poco de suerte, todo se solucionará.

El doctor se marcha deprisa, entregando un papel amarillo que contiene el alta médica junto con las recetas.

Hadeline, mientras, sale de la habitación, ansiosa de irse a casa por fin. Minutos más tarde, aparece Jeremy apoyado en el hombro de la enfermera. Hadeline le ayuda a caminar, y juntos salen despacio hacia la calle. Jeremy hace señas y se acerca un aerotaxi. Es un vehículo en forma de cápsula transparente, con cuatro asientos bastante angostos de policarbonato acolchados en color blanco, suspendidos en el aire. La puerta se abre a los lados. El asiento se gira, mientras el conductor manipula el tablero digital del vehículo. A continuación, se ilumina por debajo el asiento y sale volando, acercándose hasta el herido, quien se acomoda con gestos de dolor. Seguidamente, un cinturón le abraza automáticamente y regresa al interior del vehículo con el paciente.

Hadeline se queda de piedra al ver el magnífico espectáculo sin terminar de creer. «¡Asombroso! Puede que por eso le llamen aerotaxi, porque sus asientos vuelan», piensa ingenua, mientras Jeremy le hace señas a la joven para que se suba.

Una conocida voz le saca de sus pensamientos.

—¡Señorita Hadeline! ¡Señorita! —grita un joven.

«¡Oh, no! No puede ser él», se dice Hadeline mientras su rostro empalidece al verle correr de lejos. Hadeline prefiere alejarse del aerotaxi e ir a su encuentro.

—Señor Dionisio Aritzaga de Zikuñaga Gutiérrez. ¿Pero, es usted? — Sus ojos no dan crédito. Aprovecha para hablar en español ya que Jeremy se encuentra lejos.

—Señorita Ha... —dice ahogado por el trote—. Hadeline Rique de Elorriaga Etxandi. Efectivamente, soy yo. Como comprenderéis, debemos adaptarnos a la moda de este país.

Es un joven guapo, aunque delgado, con su cabello peinado hacia un lado, vestido con un moderno traje gris que le aporta elegancia absoluta.

—Es un placer volver a veros, señor Dionisio. —Hadeline hace una reverencia.

El caballero, educadamente, le toma de la mano, y en reverencia se la besa lentamente, observando a la damita de abajo hasta arriba. Se queda perplejo al observar su faldón sucio y algo maloliente, además le falta una manga a su atuendo. Jeremy siente una punzada en el pecho. Observa la escena pero detesta no oír nada. No puede creer que aquel individuo actúe de esa forma.

—El placer es todo mío, señorita Hadeline... Si no es mucha imprudencia por mi parte... —Hace una pausa para meditar sus palabras—. ¿Os encontráis bien? Vuestro rostro presenta un aspecto más blanco...

—Me encuentro bien, señor Dionisio —interrumpe seria y con fastidio—. Perdonad mi aspecto, he tenido algún inconveniente. Pero ya me he recuperado.

—Señorita Hadeline, no tenéis por qué disculparos, estáis vos radiante como siempre. Si en algo os puedo...

—Os agradezco, señor Dionisio. Solo estoy... intentando adaptarme, como vos bien habéis dicho. Por favor, contadme, ¿vuestra familia se encuentra bien?

—No del todo, señorita. Justo mi madre, Doña Zuriñe, ha tenido que traer al hospital a mi delicada hermanita. Aún no se ha recuperado de la tos. Es por ello que la he acompañado. Mi hermana Dorleta debe prepararse bien, antes de conocer esta sociedad.

—Os comprendo, señor. Espero que mejore su estado de salud. Debo marcharme, me esperan.

—Perdonad, señorita Hadeline. Si no es mucho atrevimiento, ¿puedo saber si le ha pasado algo a vuestra doncella? —Lanza una mirada inquisidora al interior del aerotaxi.

Hadeline se sonroja avergonzada. Medita bien su respuesta, para quitarle la curiosidad, pero evitando una mentira.

—Doña Dora... se encuentra indispuesta. Como comprenderéis, estamos hospedados con una familia española... y, en agradecimiento, me ha tocado acompañar al caballero hasta urgencias.

—Espero que no sea nada grave... lo de Doña Dora. —Hace un gesto de mal gusto—. Y lo del caballero, por supuesto. Pero permitidme daros un consejo. —Mira de rojo al aerotaxi, siente la mirada del pasajero—. Aléjese de esta sociedad, señorita, no está a vuestra altura y reputación. Por suerte, vos no tenéis la necesidad de adaptaros, no caigáis en la tentación de hacerlo.

—Tomaré en cuenta vuestros consejos, señor Dionisio. —Toma su sucia falda y realiza una reverencia—. Ahora, con vuestro permiso, me retiro.

Hadeline se gira y camina deprisa hacia el aerotaxi, antes de que el señor Dionisio continúe indagando sobre su vida.

—¡Espero tener la dicha de volver a veros, Señorita Hadeline! —grita el caballero a propósito. Agita su mano en señal de despedida.

El aerotaxi se empieza a mover. Al salir por la vía se va elevando. La señorita no puede evitar asustarse, cierra sus ojos y empuña sus frías manos.

—¿Nunca te has subido a un aerotaxi?

—I do not know... how to answer that, Mr. Jeremy —comenta Hadeline asustada, quedándose sin respuesta ante esa pregunta. Intenta calmar su acelerado corazón. Tal vez es la altura o tal vez la emoción de estar sentada al lado del apuesto caballero malherido. Jeremy no termina de definir lo que siente, por un lado está molesto por ver a ese infeliz hablar con la señorita, quien seguramente estaba muy a gusto y no se dio prisa en despacharle. Por otro lado, le conmueve ver su rostro de pánico.

—¿Dónde te han mantenido encerrada, preciosa? —dice Jeremy, luego guiña un ojo de forma pícaro para sacarle una sonrisa y que pueda relajarse.

«¡Qué lindas palabras! Me ha llamado preciosa. ¿Realmente seré una preciosa dama ante sus ojos?», duda Hadeline, deseando que aquel recorrido en el aerotaxi nunca termine.

—Maybe in —dice sonriente— a wonderful paradise island to which I long to return.

El taxista mira por el retrovisor y sonríe, entendió perfectamente lo que dijo, respecto a una preciosa isla paradisíaca a la que anhela tanto volver. Pero Jeremy solo suspira, sin entender una palabra.

—Créeme, yo también tuve esa misma sensación al subir a un vehículo que volaba a más de un metro de altura —continúa con su propósito de relajarla ante aquel vuelo—. Por desgracia, no fue en un aerotaxi, más bien fue en una patrulla policial, por una travesura sin importancia.

El taxista le mira por el retrovisor, sonríe nuevamente y mueve la cabeza de lado a lado como diciendo «estos chavales de hoy en día».

—I think... this is my first flight. Sir —comenta Hadeline que puede que ese sea su primer vuelo, pero Jeremy lo interpreta como que desea saber más de su relato.

—Bueno, la verdad es que no tiene importancia, puede que yo sea algo conflictivo. Lo que sí considero es que, entre una veloz patrulla y un aerotaxi, me quedo con lo segundo, más aun si es en compañía de una bella chica... como tú.

Hadeline se sonroja, necesita cambiar de tema.

—It's amazing how a device as heavy as this car can fly —comenta

Hadeline más calmada—. But, why do cars fly a meter in height? If they can fly through the heavens, like this one.

Hadeline sabe que no le entiende, pero ella odia silenciar sus impresiones, sobre todo respecto a ese vehículo, ya que le parece increíble que un aparato tan pesado pueda volar por los cielos a más de un metro de altura.

Jeremy solo sonríe. Adora escucharle hablar, es música para sus oídos. El taxista decide responder en inglés las inquietudes de la señorita.

—Because at one meter it avoids accidents...

Bastante elocuente el taxista, comenta en inglés que al conducir a un metro de altura se evita que un atropello sea mortal, pasando el auto por encima de la víctima. Sin embargo, no pueden volar por los cielos, debido a que no todo el mundo tiene permiso de circulación aérea, y obtenerlo cuesta una fortuna. Por ende, el sistema bloquea los vuelos a más de un metro. Pero, además, los autos oficiales como ambulancias, patrullas y taxis tienen permitido volar como si fuesen aviones. Le pregunta a la chica si realmente nunca se ha subido a algún vehículo oficial.

—Official? —responde Hadeline—. If it refers to an ambulance, now that I remember...

«¡Por supuesto! He subido a una ambulancia, pero de los nervios ni me fijé que volaba. ¡Asombroso!», piensa Hadeline fascinada. Ahora recuerda que sintió mareos al estar dentro de la ambulancia, pero no prestó atención a ello por estar preocupada por Jeremy.

El avergonzado joven sigue sin entender nada de aquella conversación y prefiere no preguntar sobre qué han hablado. Además, se encuentra muy a gusto observando a la damita.

—Por un momento pensé —dice Jeremy— que venías de otro mundo. Tal vez del cielo. Pero... veo que eres real. Al menos tienes amigos. Como el tipo ese, con el que has hablado. ¿Cómo os conocisteis? ¿Y por qué se despidió en español?

—I'm sorry. —Hadeline evade su mirada—. I can not... tell you anything...

—Es inútil, no te entiendo. Bueno, son solo tonterías mías. Solo quería darte las gracias, señorita Hadeline —dice casi en un susurro—. Me has salvado la vida.

—And you to me, gentleman —dice agradecida y sonriente.

Jeremy revisa sus bolsillos, coge la mano de la señorita y le entrega un presente.

—Quiero..., señorita Hadeline..., que recibas este regalo como muestra de mi eterno agradecimiento. No solo por salvar mi vida, sino por devolvérmela nuevamente.

Hadeline sonrío tímidamente, quedando cautivada por la delicada esclava con estrellitas a su alrededor. Jeremy pulsa una figura y se ilumina toda la muñeca incluyendo el interior del vehículo, con efecto de luces led, de las que salen mariposas girando alrededor de las estrellas al compás de una dulce melodía.

—¡God Almighty! —expresa asombrada.

Hadeline siente que no puede aceptar tal maravilloso presente, pero las palabras del caballero son más que suficiente para no solo convencerla, sino además, darle valor a aquella joya.

Llegan a casa, Juan se levanta del sofá medio dormido, hacía pocas horas que había llegado, bastante preocupado y desanimado al no encontrar a ninguno de ellos. Le da envidia ver a Jeremy con la señorita, pero observa su pierna y se acerca para ayudarle. Juan le lleva hasta el sofá del salón, luego regresa hasta el aerotaxi, quien toma los datos completos del joven para pasarle la factura al perfil digital del mismo.

—¡Mamá! ¡Don Pierres! ¡Doña Dora! —grita Juan, loco de contento.



Impulsos imprevistos

Desde que ha llegado a casa, la señorita Hadeline no ha querido salir de la habitación. Cree que en ese lugar se encuentra a salvo de su loco corazón, del extraño mundo. Su padre le ha interrogado, pero ha tenido que mentir. Más bien, omitir el desagradable suceso. Por suerte, el joven Jeremy, al verla sin palabras, respondió a las preguntas, diciendo que un hombre le quiso robar su bolso de tela. Ha sido un caballero al callar los aspectos más importantes. Pero debe apartarse de él. Cada vez se le hace más difícil contener sus impulsos de perderse en su aroma y de embriagarse de su ser.

«¡Oh, Di! Todo es tan confuso... ¿Por qué este mundo es tan imperfecto y a la vez tiene al caballero perfecto?», escribe la señorita en su diario. Necesita escribir sus sentimientos y solo su «Di» puede saberlos. Sabe que se siente atraída por un monstruoso caballero, quien a ratos se dedica a pelear con otros villanos y que por momentos se propone conquistar su frágil corazón. Debe evitar pensar en él, pensar en todo. Se decide a lavar su falda en el lavamanos.

—¡Pero, querida! —dice Doña Consuelo asombrada—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Oh! —Hadeline se asusta—. I did not hear you enter —dice nerviosa por no haberla escuchado entrar.

—No, no, querida. Debes descansar, recuperarte del susto. Ya sabes que el Smart Home tiene activados los servicios básicos.

—Excuse me? I do not understand you, ma'am.

—No sé qué dices, querida. Que digo —dice lentamente la señora— que la ropa la limpia el sistema del armario. Tú solo la cuelgas y en minutos estará limpia e impecable. Tranquila, querida.

«¿Cómo va a lavarse la ropa ahí dentro? ¡Cuántos inventos en este hogar!», piensa Hadeline.

Doña Consuelo le deja continuar con su labor, considera que así la chica olvidará el mal rato que pasó. Aprovecha para comentarle que todos están preocupados por ella, y que por eso ha decidido subirle un vaso de agua con

una pastilla alimenticia. Después, se retira.

Mientras, en el piso de abajo, conocido como la cripta, alguien se está transformando nuevamente. Es la viva imagen de un dragón. Jeremy tiene los cabellos más alborotados de lo normal. Sus pies no paran de recorrer la habitación. Algo le preocupa, mejor dicho todo le preocupa.

—¡Maldita sea! La he asustado —dice Jeremy en su monólogo frente al espejo—. ¡Qué tonto soy! ¿Para qué le habré tocado la mano? ¿O tal vez fue el regalo? Puede que sea un insulto, que crea que la trato como a una puta comprando su... ¡Joder! ¡Qué imbécil soy!

Las horas pasan lentamente, torturándose una y otra vez, culpándose de todo. A Jeremy ya no le importan las punzadas en su pierna, ni el paradero de Miriam. Solo le preocupa que Hadeline no ha salido de la habitación. Pero no le queda más que pasar la noche en penumbra y esperar el ansiado amanecer.

El nuevo día parece prometedor cuando Hadeline vuelve a hacer su aparición a la hora del almuerzo convertida en una renovada señorita, decidida a olvidar el mal rato pasado e intentar descubrir algo bueno de ese mundo. Tiene la apariencia de una reina, con su espalda recta, su mirada perdida, sus sonrojadas mejillas y su flamante vestido de flores con manga a tres cuartos, luciendo la preciosa joya que Jeremy le obsequió. Todos están en el amplio comedor y se quedan pasmados al verla entrar. Ni siquiera Don Pierres imaginaba que su hija saldría de aquel encierro.

Toma asiento justo delante de Jeremy, este la intimida con la mirada, como un cazador deseoso de su presa. Jeremy sonrío aliviado cuando le ve la joya reluciente en su mano al acomodarse unos traviesos rizos.

Dora está más elocuente que nunca, intenta amenizar el momento como si nada hubiese pasado.

Se escucha un sonido fuerte en la puerta.

—¿Quién puede ser? —pregunta Doña Consuelo—. ¡Ay, por fin! ¡Es tu padre! Ve a abrirle, Juan.

—Sí, seguro que es el capitán. Aunque esos golpes...

—Disculpad mi indiscreción, Doña Consuelo, ¿vuestro hijo Juan... se ha referido a su padre?

—Oh, sí, Don Pierres. No suelen decirle padre, o papá. —Se sonroja—. Le tratan con el mayor respeto posible.

—¡Sé! Comprendo. Aunque en nuestra cultura tenemos otras muestras de respeto.

—¡Que me dejes pasar, imbécil! —Se escuchan los gritos de una chica.

«¡Por dios! Que no sea ella», repite Jeremy en su mente.

Todos se miran extrañados. Miriam entra vestida con una falda corta sintética y una blusa con un escote de escándalo, lleva la mitad de su cabeza metalizada, con figuras vectoriales, mientras que el resto de su melena la tiene despeinada. Se aprecian manchas negras debajo de sus ojos, como si hubiese estado llorando. Sus labios están pintados exageradamente rojos y removido el labial. «Su apariencia no es el de una señorita decente», piensa Hadeline. Juan se queda fuera, esperando que la susodicha salga con la misma rapidez con la que ha entrado.

Don Pierres se levanta por educación para saludar.

—¿Qué hace usted en mi casa? —dice Doña Consuelo con voz firme.

—Vengo a ver a mi futuro esposo, Jeremy.

—Jeremy, ¿me quieres explicar que hace esta mujer aquí?

—¿Qué... quieres, Miriam? —dice Jeremy con voz temblorosa.

—¿Perdona? ¿Qué es eso de Miriam? ¿Acaso ya no soy tu amada Miriam? —Se acerca un poco más—. Me dejaste esperando en mi casa toda la noche y todo el día. ¿Te parece que soy mujer de hacer esperar? Ya ni me buscas en el role life. ¿Por qué desapareciste?

—Miriam... Te dije que no podía...

—Perdonad. Nosotros debemos retirarnos. Come on Hadeline. —Le ofrece la mano a su hija, quien desilusionada se levanta sin mirar a Jeremy—. Vamos, por favor, Doña Dora.

Jeremy se pasa sus manos por la frente, no sabe qué hacer ni qué decir. Meses atrás aplaudía esas muestras de «amor» de Miriam. Pero ahora, que la ve en ese estado, se desilusiona más.

—¡Lo siento mucho, Don Pierres! ¿Desea ir a alguna parte? Mi hijo Juan les puede acercar.

—¡Sé! No hay problema, Doña Consuelo. Son jóvenes, es normal. Os agradezco vuestras atenciones. Volveremos por la noche.

—Cuando quieran. Ya saben que mi casa es vuestra casa.

—¡Pero qué estupidez decís! —Miriam lanza una mirada asesina a

Hadeline y comenta de forma irónica—. ¿Y esta? ¿Todavía sigue disfrazada de lolita?

—¿Sorry? —responde Hadeline.

—Tú sí que eres una zorra vestida de ridícula.

Eso no ha sonado muy agradable. Hadeline no comprende el motivo de compararla con un animal, mucho menos encuentra traducción en español, inglés o francés a esa palabra: «ridícula».

—¡No te metas con ella, Miriam! —exclama Jeremy, intentando levantarse dolorido de la silla.

—Perdonad, *madame* —rectifica Don Pierres—. Esas no son las formas de comportaros como una señorita. —Se coloca el sombrero de copa—. ¡Sé! Moderad vuestras palabras, *madame*.

Miriam enfurece al ver la mano de la chica cuando esta se acomoda el sombrero.

—¡Maldita zorra! —Miriam se lanza contra Hadeline— ¡Eres una desgraciada!

—¡Release me, please, miss! Help me —grita Hadeline.

Miriam le agarra del cabello, cayendo su sombrero al suelo. Pasa sus largas y afiladas uñas por el cuello de la señorita y le causa una leve herida. Jeremy enloquece, pero su madre no le deja levantarse de la silla. Grita con todas sus fuerzas el nombre de su hijo Juan mientras Dora intenta sujetar a la enloquecida joven. Don Pierres da la mano a su hija, intentando zafarla. Pero Miriam es una salvaje, intenta golpear la cabeza de Hadeline contra el suelo. Juan entra de prisa y logra detenerla.

—¿Estás loca o qué? —grita Juan a la chica—. ¡Quédate quieta de una miserable vez!

—¡Suéltame, Juan! ¡Esa maldita zorra es una ladrona!

La señorita se encuentra tumbada en el suelo, llorando. Su peinado está arruinado, su vestido un tanto desgarrado. «¡Dios mío! ¿Cómo puede existir tanto odio en el corazón de una dama?», piensa Hadeline, aterrorizada.

—Calmaos, hija —dice Don Pierres con un profundo dolor en el pecho—. Give me your hand, let's get out of here.

—¡Sácala de mi casa! —grita Doña Consuelo.

—¡Déjame, Juan! No me da la gana. Que me saque Jeremy si realmente quiere.

—¡No puedo hacerlo, joder! Solo haz lo que te dicen. Por favor, Miriam,

vete.

Hadeline sale llorando de casa, cogida del brazo de su padre. Dora sale tras ellos, le ha faltado muy poco para abofetear a esa desquiciada, pero simplemente se ha contenido.

Juan desiste de Miriam y sale corriendo para ofrecer a Don Pierres y a su familia llevarles a donde deseen. Al principio el señor se niega. Está desilusionado, cansado de tantos inconvenientes. Pero termina aceptando que les lleve a comprar telas.

«Entonces está comprometido con esa dama. Qué ilusa he sido. Esa señorita pensará que le estoy robando a su futuro esposo, pero yo... solo... Yo... no sé ni lo que siento», piensa Hadeline desilusionada. Por un instante había querido olvidarse de Keltoi, de España, simplemente había imaginado un mundo sin barreras donde solo existieran ellos dos.

A Jeremy le toca lidiar con la drogadicta de Miriam. Se encuentra despechada porque ha roto con el infeliz de Jorge, y ahora quiere volver con Jeremy, alegando que está arrepentida, que será la última vez que le engañará.

Miriam no muestra preocupación al ver la herida de la pierna, solo finge que llora, incluso le intenta besar. Pero Jeremy la separa con firmeza. ¡Cómo odia su madre esa actitud! Haber educado a su hijo de esa manera... Doña Consuelo se encuentra en la cocina escuchándolo todo y con ganas de sacarla de allí de los pocos pelos que le quedan. Para colmo, le da rabia que Jeremy no le insulte ni la empuje. Se pasa de tonto, y por eso esa desgraciada se aprovechaba de su nobleza.

—Cariño, ¿acaso hay otra mujer? ¡Dímelo!

—Miriam, entiende que me he cansado de tus juegucitos, de tus burlas, de tus humillaciones...

—¿Es esa zorra vestida de monja? —pregunta Miriam, fingiendo que llora.

No hay manera de hacer comprender a Miriam que definitivamente no volverá con ella. Jeremy ya no es un loco obsesionado. Por alguna razón, mantiene muy presente el nombre de Hadeline. No puede conocer sus pensamientos y él no sabe cómo explicarle lo sucedido. «¿Realmente debo dar explicaciones a Hadeline? Si es que ni me entiende, ni yo le entiendo. Pero ¡Dios! ¿Qué estará pensando de mí?», reflexiona Jeremy. Tiene un

enorme lío en su cabeza. ¡Cuánta impotencia! Y ahora con su pierna en esas condiciones... Agoniza de rabia, imaginando al engreído de su hermano con Hadeline. «Ese cretino se estará aprovechando para intentar conquistarla o meterse a Don Pierres en el bolsillo», piensa Jeremy.

Otra vez su mente se está desviando. No sabe por qué le importa tanto. Es cierto que le ha salvado, cuidado, y dedicado unas palabras, pero... Decide hacer una pequeña prueba a su «amada Miriam». Mientras ella se encuentra arrodillada junto a él en el comedor, decide acariciar su melena desaliñada, llega hasta su rostro, pasa sus dedos por sus labios rojos y... Miriam se los introduce en su boca morbosamente, asquerosamente.

—¡Agh! ¡No hagas eso! —dice Jeremy repugnado.

—¿Qué pasa, cariño, no te ha gustado?

—Quiero que te marches definitivamente.

No le ha gustado, no ha sentido ese electrizante cosquilleo por todo el cuerpo como había ocurrido... con... la señorita Hadeline.

Miriam se cansa de seducirle y de ser ignorada. Se marcha de casa dando un portazo al salir. Doña Consuelo se siente orgullosa de su hijo y lo felicita por la actitud que ha tenido. Lo abraza y su hijo se desahoga con su madre. Lloro desconsolado sin querer contar las extrañas sensaciones que tiene al estar cerca de la señorita Hadeline. No quiere aceptar lo que le está ocurriendo en lo más profundo de su alma.

A pesar de la insistencia de su madre, Jeremy no quiere bajar a la habitación, quedándose toda la tarde en la terraza del jardín, esperando el momento en que vuelva a ver a la bella señorita Hadeline.



Un encuentro fugaz

Los almacenes de telas están en las afueras de la ciudad de Bilbao, en un complejo industrial. Son varios locales, todos con pantallas digitalizadas, donde los compradores eligen una tela y luego seleccionan el tipo de prenda que desean, proyectando el traje con la imagen de la persona en versión holográfica. Aunque Don Pierres no usa el programa, ni permite que la emocionada señorita lo manipule.

Es todo un deleite la variedad de telas existente y, sin embargo, Hadeline se decepciona al ser solo tela *plexicril* sintética para poder usar la ropa digital o bien las *plexicril* printx transparentes, las cuales son tejidos tecnológicos para crear tres prendas diferentes que se cambian con la app de forma instantánea en el cuerpo de la persona. «¡Cuánta creatividad! Así será más rápido cambiarme de vestido para la hora del té o de la cena», piensa Hadeline. Intenta disfrutar del momento y olvidarse por un instante de ese hombre «comprometido».

Solo unas cuantas personas se encuentran en el sótano del edificio comprando las verdaderas telas, las de toda la vida: de punto, de seda y de algodón. Pero el sitio es prácticamente oscuro, sin vida, incluso hay polvo sobre los largos rollos.

—Padre, no entiendo, ¿por qué no dan uso a estas preciosas telas?

—¡Sé! Esa misma pregunta suele hacer vuestra madre. Ha de suponerse que son anticuadas y están desvalorizadas.

Su padre está melancólico, extraña hacer las compras con su querida esposa. Paga más de diez rollos de tejidos, con un coste adicional para que los entreguen al viejo almacén del Puerto de Bermeo.

Todos, agotados, llegan tarde a casa y se retiran a sus respectivas habitaciones a descansar. Juan no puede evitar su curiosidad, aprovecha para retener a Dora antes de subir las escaleras.

—Eh. Una cosa, Doña Dora —dice Juan en voz baja—. ¿Sabes qué le pasa a la señorita Hadeline?

—¿Por qué lo preguntáis, señor Juan?

—La he notado bastante callada y distraída. ¿Es normal en ella?

—Como bien comprenderéis, ha pasado por un *shock*. Además, solo habla en inglés. Simplemente se dedica a observar, sin decir palabra alguna.

—¡Ha! Vale, entiendo. Gracias, buenas noches.

Dora sospecha que tal vez Juan pueda estar interesado en la señorita, por ello toma la decisión de mantenerlos alejados. No es conveniente que enamore a Hadeline y luego sufra al tenerle prohibido casarse.

—Estoy muy cansada, Dora —comenta Hadeline sentada en suelo, apreciando el oscuro jardín.

—Os entiendo, ha sido un día agotador para vos.

—No es solo eso, Dora. Estoy cansada de todo. De las injusticias de este mundo, del odio de las personas, de la crueldad de la vida.

—Debéis comprender, señorita, que...

—Nunca he podido expresarme libremente. Siempre obedezco, agacho la cabeza y callo... como esta mañana. Sin motivo alguno esa señorita me ha golpeado, y yo... —Hadeline siente que se ahoga con sus palabras. Contiene las lágrimas—. No supe reaccionar, Dora... No supe defenderme, solo le dejé que expulsara su repentina rabia.

—Sois vos demasiado noble, señorita, para este mundo descontrolado. No os torturéis más, solo ha sido una confusión. Os recomiendo que bajéis y busquéis un vaso de agua. Os sentiréis mejor.

Hadeline suspira, considera la recomendación de su doncella. Antes de terminar de colocarse la bata de dormir, se deja el corsé y la blusa de tirantes, cubriendo sus hombros con una mantilla de flecos. Baja a la cocina y bebe un vaso de agua; luego otro. Siente como un fuego que le quema por dentro. Termina de lavar el vaso, lo seca para guardarlo y se retira a dormir. Justo en ese instante, aparece Jeremy sujetando un candelabro con una vela encendida. «¡Ahí está él! Debo salir pronto de aquí», piensa Hadeline asustada.

Su corazón late fuertemente, su respiración se acelera. Jeremy deja el candelabro en la mesa y se acerca a ella sintiendo fuertes punzadas en su pierna. Ella intenta pasar por un lado, pero él logra cogerla por el brazo y retenerla.

—Espere un momento... Por favor, señorita Hadeline.

Suena casi como un susurro. Ella agacha su cabeza, no quiere mirarle a los ojos y perderse en ellos.

—I am sorry, I... —responde nerviosa mientras tiemblan sus labios—... have to go.

—Quería pedirte perdón... por lo ocurrido esta mañana, ha sido un malentendido.

Nuevamente, Hadeline enmudece y él se queda pensativo. Quiere decirle tantas cosas, pero piensa que sus palabras se las acabará llevando el viento, poco o nada entenderá ese bello ángel. La encuentra más radiante en la penumbra. Su cabello está firmemente recogido y trenzado, solo caen algunos rizos en su cuello lastimado. Lleva una mantilla de flecos blanca, dejando al descubierto uno de sus hombros al ser retenida bruscamente por Jeremy. Puede apreciar su delicado cuello, luciendo una fina cadena, decorada con un medallón muy antiguo, sobresaliendo una especie de escudo en relieve.

Jeremy siente curiosidad por esa reliquia, intenta mantener bien su peso en una pierna, y, a continuación, soltando el brazo de Hadeline, acerca su mano y abre el medallón.

—My mother, my father —dice mientras suelta el aire retenido.

Son dos pequeñas pinturas a color, casi tan perfectas que parecen auténticas fotografías, donde se aprecia a una dama muy arreglada, pero con escasas facciones de Hadeline. También aparece el rostro de Don Pierres con su pronunciado bigote.

—Es un detalle muy bonito... llevarles siempre contigo. —Jeremy sonríe y lleva su mirada hasta su boca.

—Thank you... Sir —responde Hadeline nerviosa.

Presenta unos labios rosados sin maquillaje. «¡Qué delicia poder probarlos!», imagina Jeremy. Pero ella está temblando. Sale corriendo como una liebre asustada.

—¡Puff! Un caramelo que no me cansaría de saborear —dice Jeremy en voz alta, sin que la señorita lo escuche.

Un fuerte viento abre una de las alargadas ventanas, provocando un estruendo en la habitación de Hadeline, lo que la hace despertar alterada. Su corazón late fuertemente. Ha tenido una pesadilla, donde esa mujer salvaje la apuñalaba. Se levanta y la cierra de nuevo. Aún no sale el sol. Decide cubrirse con una bata de punto de manga larga, hace un nudo en el cinturón. Toma su libro de «Honorar la France» y sale lentamente de la habitación, en silencio, para no despertar a su doncella que aún duerme plácidamente.

Prefiere, bajo la luz de la vela, leer su libro en la terraza.

—Donner la vie, pour la france. —Hadeline escucha unos pasos, debe ser Doña Consuelo. Continúa leyendo—. Se batre pour leurs terres.

—¡Francés! —dice Jeremy con alegría. Hadeline se asusta—. Buenos días, señorita Hadeline. —Se mantiene apoyado en el marco de la puerta de madera.

—Good... morning, Mr Jeremy —responde nerviosa. Su respiración se acelera.

—Me dejas asombrado. Hablas en francés. ¡Eres increíble! Una caja de sorpresas.

Hadeline se pone en pie, no es adecuado estar a solas con un hombre, además no quiere oír sus palabras. Le endulzan el alma y teme enamorarse. Es un hombre comprometido, no puede existir amor entre ellos. Decide entrar en casa. Está totalmente avergonzada, no se encuentra presentable ante un caballero. Jeremy le coge del brazo antes de que pueda terminar de pasar.

—¡Espera! —dice Jeremy en voz baja—. No podía dormir, ansiaba el momento de verte nuevamente. No sé cómo explicarte tantas cosas que pasan por mi mente.

Hadeline tiembla, su mente se pone en blanco, no puede discernir entre el recato y la falta de modales. Muerde sus labios sin saber qué palabras decir o cómo decirlas. Simplemente siente el enorme deseo de acariciar su rostro con ternura.

«¡Qué apuesto caballero! Demasiado atractivo», piensa Hadeline al verlo. De repente siente un sofoco por todo su cuerpo, al observarle bajo el amanecer. Su cabello está totalmente alborotado, como si hubiese estado peleándose con la almohada toda la noche. Sus brazos musculosos están descubiertos por la camiseta blanca que lleva, además se puede apreciar perfectamente sus velludas piernas, que están al descubierto por el *short* corto de rayas, aunque su pierna derecha tiene una gruesa venda que aprieta la herida. Los dedos de sus pies los mueve con gracia como queriendo salir de los calcetines cortos blancos que lleva puestos. Definitivamente, desde la cabeza hasta los pies, tiene un toque seductor.

Hadeline cierra los ojos e imagina que está soñando. Cae al suelo su libro, y la señorita pierde el sentido común. Aprovechando sus dos manos libres, le acaricia su alborotado cabello, Jeremy le agarra de la cabeza y unen sus frentes. Toca sus labios con sus pulgares. «¡Uff! Qué agradable

sensación», piensa Hadeline.

Jeremy nunca la ha visto con su melena suelta, disfrutando del viento, que juguetea con sus rizos. Acerca lentamente su mano temblorosa hacia Hadeline. Mete los dedos dentro de su cabello, es demasiado excitante, un cabello al natural. Sus inquietas manos desean descubrir más, y continúan bajando, hasta terminar en las puntas de su alargada melena, que llega justo hasta sus caderas. Hadeline está perdida en su aroma, nunca había imaginado que un caballero pudiera tener aquel delicioso olor que recorre todo su ser, inspira para llenar sus pulmones de él. Tiene su boca hecha agua, como deseosa de un dulce irresistible. Desea un beso, un eterno beso.

Pero no es correcto. Nada de aquel instante es decente. Él está comprometido, no es apropiado dejarse llevar. Lo suelta asustada.

—Sorry, it is not correct —dice Hadeline despacio, conteniendo la respiración.

El joven cierra los ojos, se muerde los labios y los abre nuevamente para devorarla con la mirada mientras intenta pensar qué significa esa frase.

—Has dicho... la palabra ¿correcto? —pregunta Jeremy.

—Yes... Yes —responde Hadeline y luego realiza un movimiento con su dedo índice de forma negativa.

—¿Dices que no es correcto?

—¡Yes, it is! —Hadeline sonrío.

—¿Sabes que no es correcto? —resopla Jeremy—. Querer decirte que me tienes loco y no saber cómo hacerlo... —Se lleva las dos manos a su cabeza, despeinándose más—. Desde que te vi mis ojos solo anhelan tu mirada. No sé qué me pasa contigo. Solo sé que no es correcto... derretirme por ti.

Hadeline muerde sus labios, retiene el aliento.

—Sorry... Good bye.

—No te... vayas.

Jeremy intenta sujetarla, pero ella logra escapar. Otra vez.

Hadeline ha olvidado su libro de «Honorar la France» en el suelo. Jeremy siente dolor en la pierna, pero no le importa. Los siguientes minutos se entretiene buscando la forma de cogerlo entre sus manos para entregárselo en el momento apropiado.

Hadeline se acuesta nuevamente, mordiendo sus dedos. Su respiración está acelerada. Ha sido una locura dejarse llevar por sus instintos. Miles de

emociones recorren su cuerpo. Necesita leer con urgencia el «Código de conducta moral para señoritas», tal vez con tantas cosas vividas ha olvidado cómo se comportan las señoritas decentes.



Con los primeros rayos del sol, el jardín se va llenando de vida. A Jeremy nunca le había parecido tan agradable apreciar desde la terraza aquella vista. Se ha quedado allí sentado, intentando ordenar sus ideas, mientras sujeta fuertemente el libro de la señorita. Recuerda lo ocurrido, esos instantes en que ha olvidado su dolor y se ha dejado llevar por la avidez que le provocaba ese ángel. Esa dulzura de mujer. Esa preciosa señorita Hadeline.

Locura de amor

Una luz brillante baña los ojos de la adormecida señorita Hadeline. Teme despertarse y continuar con el martirio de ver al noble caballero que le provoca sensaciones inexplicables acercándose a lo prohibido. Dora la anima a levantarse para iniciar el largo proceso de su cambio de ropa, peinado, y presentación en general ante los demás.

Hadeline observa entre sus pendras. Al parecer el clima será más caluroso, así que se decide por un vestido largo de gaza en color verde menta sin cuello, con un discreto escote redondo decorado con un lazo y con mangas estilo *fairy* acampanadas. Dora, en silencio, le ata fuerte el corsé antes de que se coloque el vestido. La ayuda a colocarse el faldón de seda y el *petticoat* fino para que le dé un poco de forma sin verse exagerado. La señorita Hadeline recuerda los dedos de Jeremy recorriendo su larga melena. Le pide a Dora que le deje el cabello suelto, pero Dora decide hacerle un semi recogido, dejando suelto el cabello en la espalda.

Bajan por las escaleras para tomar el desayuno y ven pasar a Jeremy apoyado del hombro de Don Pierres, quienes se detienen para saludar.

—Good morning, my daughter. Buen día, Doña Dora —exclama Don Pierres sonriente—. ¡Hoy tendremos un fructífero día!

Jeremy se ha quedado sin palabras; su boca está seca, sus ojos no parpadean. Aquella asustadiza señorita, que horas antes había estado a punto de devorar, se encuentra más radiante que nunca. Parece un hada llegada de algún mágico paraíso.

—Buenos días, caballeros —responde Dora.

Hadeline tiene la apariencia de una antigua nodriza, con un vestido azul cielo de cuello redondo blanco y un gorro fruncido con tirantes que cuelgan.

—Good morning, father. Good morning, Sir Jeremy —dice Hadeline tímidamente, intentando mantener su cabeza bien alta, su espalda recta y su mirada perdida.

—Buenos días... Señora... Señorita —responde Jeremy tartamudeando,

al tiempo que intenta ponerse firme. De repente siente sus piernas flácidas.

«Al menos ya está vestido decentemente el caballero atormentador», piensa Hadeline con gracia al verle de reojo, sonrío y pasa por su lado como toda una reina con su cortejo real.

El joven Jeremy ha necesitado un buen baño de agua caliente en modo hervir, pues quería terminar de quemarse de una vez por todas. Su flequillo presenta mejor forma al estar peinado de lado, dando la apariencia de un niño bueno y educado. Lleva una camisa gris de *plexicril* remangada hasta los antebrazos. La señorita se pregunta si las camisas grises son el uniforme de la gente. Lleva puestos unos curiosos pantalones anchos, tal vez para evitar que rocen con la herida, son de cuero color gris con rayas grandes en plateado a los lados y de anchos bolsillos. Lo cierto es que se ve más apuesto que nunca. Jeremy se ha esmerado en arreglarse para estar presentable ante la señorita.

Todas las mujeres colaboran con el desayuno para los caballeros de la casa. Doña Consuelo felicita constantemente a la señorita por ser un ejemplo de mujer, diciendo que las chicas de hoy en día no sirven ni para lavar. Quiere de alguna forma demostrar lo avergonzada que se encuentra por el suceso del día anterior, aunque ninguno de los Smith comenta el tema de Miriam, dejando a Hadeline en ascuas sin saber exactamente qué terminó de pasar con respecto a Jeremy.

En el comedor, Hadeline se mantiene distante. No quiere estar allí, no quiere ver a ese caballero, no desea sentir nada. Mantiene su rostro sonrojado por las intimidantes miradas que le lanza Jeremy.

—¡Sé! Así es, Doña Consuelo. Es por eso que tendremos que marcharnos mañana temprano —comenta Don Pierres con entusiasmo. Hadeline abre sus ojos de par en par ante aquel comentario—. Me va a dar mucha pena marcharnos sin poder estrechar la mano de mi apreciado amigo, el capitán Don William Smith.

—¡Oh! ¡Mi esposo! —Se lleva las manos a la cabeza—. Qué pena que se marchen. Me preocupa mi esposo. Más tarde iré a casa de unas amistades para intentar comunicarme con él. Debo informarle de vuestra pronta partida.

—Pero díganos, Don Pierres —dice Jeremy—, ¿volverán pronto a España? —Lanza una mirada a la señorita.

—Me temo, señor Jeremy, que solo piso tierra española una vez cada dos o tres años.

—¡Ah! Vale, pero... ¿le acompañará su hija nuevamente? —insiste

Jeremy—. Y, por supuesto, ¿Doña Dora?

—¡Oh, no! Mi hija no suele viajar —responde Don Pierres—. Digamos que... ha sido casualidad su inesperado viaje. —Hace una pausa—. Me temo que no volveréis a ver a mi hija.

Don Pierres lo dice aliviado, está arrepentido de haber mostrado un mundo indigno para su hija.

Jeremy traga un trozo de pan sin masticar y casi se asfixia. «¿Y si tal vez, solo tal vez... es ella el verdadero amor de mi vida?», piensa Jeremy seriamente. Lo cierto es que siente una opresión en su corazón y no puede evitar mirarla sin desear tomarla en sus brazos y llevársela lejos. Muy lejos de ahí.

Todos se levantan de la mesa, con prisa para terminar de hacer las últimas compras que requieren para llevar a Keltói. Don Pierres se va pensando en todo lo que aún tiene por hacer. Juan prepara el Charleston, lo saca del *parking*. Hadeline y Dora se acomodan en el asiento trasero del vehículo. Por precaución, Juan decide hacer una revisión al coche: mide el aceite, revisa el agua...

Dora se da cuenta de que Hadeline no lleva el bolso de tela y la envía nuevamente a casa para buscarlo.

Hadeline entra en casa rogando que no se encuentre cerca Jeremy. Mira debajo de la mesa, allí está caído su bolso que siempre lleva consigo colgando de su muñeca. Se levanta y se golpea con la mesa al ver los zapatos de Jeremy. Negros y relucientes, demasiados elegantes para llevarlos puestos en casa.

—¡Auchs! —expresa Hadeline y se toca la cabeza.

—¿Estás bien, señorita Hadeline? —dice Jeremy. Le ofrece la mano y ella no la acepta.

—Yes... Thanks, Sir Jeremy.

Se levanta rápidamente e intenta marcharse.

—Cuanto desearía poder acompañarte, señorita Hadeline. Solo por tener la dicha de disfrutar de tu presencia.

Hadeline se sonroja, sale corriendo sin saber qué decir. Aunque puede hablar en español, no le salen las palabras. Nuevamente Hadeline queda sumergida en su fragancia y paralizada ante su mirada.

Jeremy maldice entre dientes. Cuánta rabia le da no poder conducir solo para admirar su belleza. «Ese miserable de Juan, siempre con su dichosa

suerte. Seguro que intentará seducirla. Como hablan el mismo idioma... ¡Vaya desgracia!», piensa Jeremy. Se queda allí, en el salón, solo y exasperado.

Doña Consuelo observa a su hijo Jeremy callado y pensativo.

—¿Qué te sucede, Jeremy?

—No me pasa nada, mamá —responde Jeremy al tiempo que gira la mirada.

Su madre se sienta junto a él.

—Mientes. Si es que apenas has probado bocado...

—Pero ¿qué me va a pasar? —resopla—. Pues nada.

—¿Es por Miriam? O tal vez... —Lo observa con atención para ver su reacción—. ¿Es por la señorita Hadeline?

Jeremy se pone histérico, todo le da rabia, no quiere hablar, no quiere ni él mismo saber qué le pasa. Lo que le ocurre es que nunca ha conocido una chica tan curiosa, pero nada más. Además, lleva sobrio varios días y tal vez necesita consumir algo, beber algo fuerte.

—¡Me da igual la señorita! ¡Me importa un pepino Miriam! Y... para ser franco, quiero estar solo, mamá.

—Pero... querido...

Jeremy se levanta como puede y se marcha a su habitación. «¡Que se largue la señorita! Total, siempre huye de mí. ¿Acaso me la voy a comer o qué? No. Realmente me da igual qué será de ella, antes no existía en mi vida. Y ahora no existirá. Más bien yo no existiré. Me pegaré un puto tiro y me largaré de este mundo infeliz», piensa Jeremy lleno de resentimiento.

—¿Dónde están mis pastillas? —grita Jeremy—. ¿Quién cojones escondió mi bebida?

«Necesito como sea perder el conocimiento y despertar dentro de un siglo, cuando ella no sea más... que un borroso recuerdo», piensa perturbado.

Horas más tarde, Don Pierres necesita adquirir unas enciclopedias de plantas medicinales. También debe buscar a su viejo amigo, el profesor de botánica Jerónimo Machinto, para tratar temas profesionales, así que decide que es mejor terminar sus gestiones solo.

—¡Sé! Señor Juan, será lo mejor —dice Don Pierres—. Me quedo aquí en la universidad, tengo muchos temas que hablar con un viejo amigo y

profesor. —Se acerca a la ventanilla del coche. Mira a Dora con seriedad—. Quiero que estéis en casa, sin salir. Cuidad de Hadeline, os lo ruego. Será mejor que repase sus libros, así no estará aburrida el resto del día.

—No os preocupéis, Don Pierres. Cuidaré de la señorita, os lo juro. Nunca más le dejaré sola.

Pero Don Pierres se queda preocupado, no quiere apartarse de su hija y que nuevamente le ocurra algo. Pero tampoco puede llevarla a todos lados, aún tiene que encontrar unas plantas de suma importancia para preparar ungüentos medicinales.

Hadeline no termina de decidir si desea o no volver a esa casa. Es tentador ver a ese amable caballero de palabras tan dulces que le hacen derretir al oírse las pronunciar. Pero Juan se encuentra decidido a llevarlas a casa. Ha desarrollado una especie de «guardaespalda personal» y con lo ocurrido la última vez lo mejor es tenerlas en un sitio seguro.

Entran por la calle cuesta abajo, ya van reconociendo las casas colindantes acristaladas. A Hadeline se le acelera el corazón. Muere por verle, desea tanto volver a sentir sus manos, aquellas dulces caricias... Pero debe estar alejada, cuanto más, mejor. Como plan para evitarlo, tiene pensado subir corriendo a la habitación y encerrarse todo el día. Pedirá a Dora que le pida disculpas por su ausencia cuando sea la hora de la cena. Así dormirá plácidamente, para muy temprano abandonar aquel lugar junto con su padre y su doncella, dejando atrás esos fortuitos momentos con aquel elegante caballero.

Juan detiene el Charleston detrás de una trimotora negra. Hay un hombre de gafas oscuras, con una camiseta pegada a su cuerpo mostrando unos brazos fuertes y un musculoso cuerpo, tumbado contra ese vehículo. Dora palidece al verle. Juan, como siempre, les abre la puerta y las dos bajan enseguida del coche. Juan mira extrañado a ese tipo con la sensación de haberle visto antes.

—Diorela. Tenemos que hablar —dice el hombre al verla.

Dora traga saliva y lanza una mirada a Hadeline.

—Señorita Hadeline, por favor, entrad en casa y no salgáis bajo ningún concepto.

—¿Cómo te ha llamado? —pregunta Hadeline en español, inconscientemente. Juan abre los ojos asombrado.

—¡Marchaos, ahora! —dice casi con un grito.

—¿Qué se le ofrece? —pregunta Juan con un tono severo.

Ese hombre se ve muy problemático. Hadeline entra a casa extrañada, sin cerrar la puerta del todo para observar la escena atentamente.

—No es tu problema, niñato. ¡Lárgate!

—No, señor Juan. Esperad, por favor. —Dora se acerca hasta el hombre e intenta hablarle en voz baja—. No tenemos nada de qué hablar. ¡Vete!

—¡Ah! ¿Ahora sí me tuteas y me hablas como una persona normal?

—Por favor, vete, no me perjudiques más.

—Será mejor —dice el hombre, tomando a Dora por el brazo— que vayas preparando té, porque mi visita será larga.

—¡Ey! Cuidado con lo que haces, amigo —dice Juan con suspicacia.

—No soy tu amigo. ¿Quién es este huesudo? ¿Otro «hijo» del señor? —dice irónicamente. Dora comprende que no se irá.

—De acuerdo, Marcus. —Dora retira el brazo y mira a Juan con ojos llorosos—. Por favor, señor Juan. ¿Podéis acercarme junto con este señor a algún bar del centro?

El hombre musculoso levanta sus labios, mostrando una sonrisa malvada.

—Con gusto, Doña Dora. Pero no le garantizo que me quede de brazos cruzados si este tipo intenta algo contra su persona.

—¿Cómo te llaman? ¿El héroe de la semana, melón? —El hombre muestra sus blancos dientes—. No pienso subirme en ese asqueroso y maloliente vejistorio de coche.

—Entonces, Marcus, ha sido un placer verte.

—No te hagas la durita conmigo. ¿Qué pasa? ¿Ya no te gusta mi trimotors?

El hombre se burla mientras toca el mando del vehículo, este hace un sonido, parpadeando unas luces a los lados. Mientras, Juan reprime sus puños. Se suben al Charleston y se marchan. Hadeline cierra la puerta lentamente. Ha quedado impresionada. «¿Quién es ese caballero? ¿Algún amigo de su difunto marido?», medita Hadeline.

Pero tiene sus propios problemas emocionales para pensar en Dora. Hadeline camina por el salón. Todo está en silencio. Al fondo se aprecia el jardín artificial pero la puerta de la terraza está cerrada. No hay nadie. «¡Qué alivio, estoy sola!», se dice. Recuerda que Doña Consuelo comentó algo

acerca de que necesitaba buscar la forma de comunicarse con su esposo. Y seguramente Jeremy se habría ido a ver a su «futura esposa, Miriam».

Hadeline decide subir a la habitación antes de que llegue Jeremy, pero antes decide echar un vistazo al sótano. Siente que retumban las paredes, la barandilla incluso se mueve. Ha sido un fuerte golpe que proviene de la habitación de los hermanos. Rápidamente baja las escaleras, se asusta al ver el suelo, esta vez tiene el efecto de charco de agua con grandes rocas. No le da importancia y se dirige a abrir la puerta, pulsa el botón y accede para averiguar el motivo de aquel estruendo.

«¡Dios, Jeremy!», dice Hadeline para sus adentros. Se queda pálida al verle convertido en una bestia salvaje, una despiadada fiera. Efectivamente, ha sido él quien ha hecho estremecer las paredes. Ha lanzado con todas sus fuerzas la cama pequeña que se encontraba suspendida contra la pared. La habitación está totalmente desordenada. Ha sacado toda la ropa, dejándola en el suelo y los zapatos están esparcidos. Hay una guitarra partida por la mitad, unas cuantas botellas de cristal vacías y, en un rincón, también vidrios en el suelo de lo que fue otra botella. La cama grande está desordenada, la pared manchada con algún líquido... Y allí está él, de espaldas contra la pared. Ni se ha molestado en darse la vuelta.

Ha buscado droga por todos los rincones, pero no ha encontrado nada, ni unas simples pastillas. Se ha terminado de beber la media botella de licor que le quedaba. Ha intentado cortarse las venas, deseando suicidarse y quitarse todo el sufrimiento, descansar en paz..., pero no ha podido hacerlo, le ha faltado valor. Le habían temblado las manos en el acto. Sin embargo, se ha autolesionado, manteniendo una guerra interna contra sus propios demonios. Se aprecia parte de su espalda rasgada, colgando trozos de tela de su camisa gris, con grandes marcas rojas sobre su piel al fustigarse con un improvisado látigo.

«Ya ha llegado mi madre para joderme la vida. ¡Puff! Calma... Calma... Deja de hacer sufrir a tu madre», se repite Jeremy mentalmente.

—¡Mamá, por favor! ¡Vete! —Mete sus dedos por medio de su cabello, los pasa con obstinación por su rostro lleno de lágrimas—. Estoy bien, de verdad. Solo... se me han caído algunas cosas.

Aún siente la presencia tras él. No quiere que le vea llorar, pero no puede más con su vida.

—¡Ay, Dios! Mamá, ¡me quiero morir! —grita a viva voz—. ¡Soy un maldito fracasado! —Empieza a llorar profundamente—. No quiero que... me veas así. Soy un fracasado... Debiste tener solo a Juan. Siempre ha sido mejor en todo.

Jeremy empieza a golpear como un loco la puerta del armario. No siente dolor en sus puños, necesita desahogar toda su rabia. Pero la puerta solo se hunde un poco.

—¡Maldita sea! ¡Como detesto mi miserable vida! ¡Odio todo esto! Te digo que... Juan siempre lo ha tenido todo... y ahora... le tiene a ella. — Intenta calmarse. No escucha que se marche, así que tendrá él mismo que sacarla del brazo. Se da la vuelta decidido y...

«¡No puede ser! Allí esta esa bella mujer», piensa anonadado, sin saber qué hacer. Hadeline está allí de pie, presenciando estupefacta la escena.

—Why are you crying? —dice Hadeline, aunque será inútil que entienda la pregunta sobre el motivo de su llanto.

—Se... Señorita... Hadeline. ¿Qué haces aquí? Pensé que... —Se siente avergonzado. Se vuelve a girar nuevamente dándole la espalda—. ¡Maldición! ¡Maldición! ¿Qué me está pasando?, ¡joder! —Da un puñetazo al armario nuevamente. Siente rabia y deseo descontrolado.

Necesita sacarla de la habitación, alejarla de su miserable vida. Camina hacia ella furioso.

—¡Tienes que irte! —grita Jeremy— ¡Desaparece de mi vida!

Hadeline siente su corazón palpitante. No es el hombre que ella creía, no es aquel caballero adorable. Pero no le teme, no se alejará de él, ni le dejará en ese estado, pues su boca dice mil cosas, pero sus ojos gritan auxilio. Sin pensarlo, Hadeline pasa su mano por aquellos ojos tristes, lentamente, tiernamente. Jeremy retira esa mano y la toma por los brazos. La coloca contra la pared. Su respiración está muy acelerada, sus ojos expulsan fuego. Ella solo gira la cara observando la salida, mientras que él la encierra con sus brazos levantados a cada lado.

—¿Qué? —dice Jeremy con rabia—. ¿Ahora no me tienes miedo? ¿Eh? —Resopla como un animal—. ¿Ahora no huirás de mí como siempre haces?

Jeremy está descontrolado, y, aun así, no tiene ni la más mínima intención de tocarle ni un solo cabello de su ondulada melena. Ella le dirige una mirada desafiante. Está cansada de sentir miedo. La fragancia de Jeremy mezclada con el fuerte olor a alcohol le humedece su rostro con cada

resoplido que hace Jeremy como un demonio.

—¡Vete! —grita Jeremy—. ¡Vete, joder! —Hace una pausa—. Vete..., señorita Hadeline —dice con un tono de voz más apaciguado—. Vete o voy a... terminar perdiendo la cabeza por ti.

Esas palabras estremecen a Hadeline. Algo en ella ha nacido, florecido y explotado en un mar de sensaciones.

«¿Perder la cabeza por mí? Si vos me tenéis al borde de la locura. Pero no puedo deciros nada. Debo callar mis sentimientos. Necesito alejarme de vos, monstruoso caballero», piensa Hadeline, aturdida y con impotencia por no poder responderle.

Hadeline mira hacia las escaleras, debe alejarse de ese hombre que tanto la atormenta. De repente, siente sobre su cabeza caer unas gotas de agua, luego sobre su rostro. «¿Estará llorando?», se pregunta Hadeline mientras dirige la mirada hacia aquellos ojos húmedos. Está llorando. Lloro como un niño desconsolado. Hadeline pasa sus dos manos por el rostro de Jeremy, le intenta secar sus lágrimas. Jeremy no puede soportar que lo vea llorar. Despacio, se arrodilla derrotado, tapa su rostro. Intenta pedirle perdón por su forma de tratarla, pero sus palabras salen como débiles balbuceos.

La señorita Hadeline se arrodilla colocándose junto a él, mostrando su aceptación por las disculpas. ¿Cómo recriminarle? Si hasta ella misma siente el mismo impulso de acabar con todo lo que le afecta. ¿Por qué es tan difícil aceptar las reglas de Keltoi, las órdenes de su estricto padre y reprimir sus más ocultos sentimientos?

Jeremy se muere de ganas por besarla, muere de ganas por sentirla desde aquel instante en que la vio. Pero se resiste, no quiere hacerle daño. Él debe partir de este mundo, y solo desea llevarse el cálido abrazo de esa dulce damisela.

Hadeline simplemente lo abraza fuertemente, con la ilusión de arrancar el martirio de su alma. Como aquel ángel al que sus alas le pesan, agarra con todas sus fuerzas su raída camisa azul, como deseando arrancar sus alas de la espalda, o al menos su dolor. Se da cuenta de que lo ama. Aquel monstruoso caballero, casi humano, es la razón de sus insomnios y el motivo de su desconsuelo. Siente fuego por todo su cuerpo. Su alma clama sus besos, clama todo su ser.

Jeremy se desahoga sintiendo alivio ante tanto sufrimiento. Sus lágrimas bajan por aquellos cabellos ondulados. Sus demonios se van disipando, su

coraza desvaneciendo. Necesitaba tanto aquel eterno abrazo, necesitaba tanto a aquella dulce mujer que había llegado a su vida para nunca más dejarle sufrir... Con un nudo en la garganta, le susurra al oído.

—Se... Señorita Hadeline —dice Jeremy titubeante—. Te has convertido en el consuelo de mis días grises, y en el ángel que vence mis demonios.

A la señorita se le escapa un suspiro y se aferra más a él. Siente sus amplias manos recorrer su cabello como una suave brisa, llegando hasta su rostro. Entonces, Jeremy la acaricia apasionadamente, sintiendo un cosquilleo por todo su cuerpo. Hadeline cierra los ojos y recibe el más exquisito de los besos que jamás sus labios han probado y que jamás deseará probar de otro hombre que no sea aquel monstruoso caballero.

Hadeline no sabe reaccionar, sus labios están helados. Instintivamente entreabre su boca, siente una lengua traviesa rozar sus dientes. Las manos fuertes de Jeremy la sujetan con intensidad, manteniendo su rostro cerca de él. Una explosión de sentimientos inexplicables calienta su cuerpo. De sus ojos brotan lágrimas cristalinas como gotas de rocío.

Hadeline llora porque le ama... y no puede amarle. Le besa... y no puede besarle. Desea tenerle... pero debe dejarle.



Asuntos misteriosos

El Centro del comando conjunto de la Armada Española es una emblemática edificación que consta de ciento veintitrés mil metros cuadrados de superficie y setenta mil metros de construcción, subdivididos en seis pisos, más el *parking*; todo un gran complejo totalmente cerrado, con el paso restringido a cualquier civil.

En una de sus más de cincuenta oficinas, con ventanales que ofrecen una espectacular vista al mar, está perfectamente instalado, con una pantalla táctil, un retroproyector holográfico que cuelga de un techo de última tecnología. Está proyectando una isla a escala 1:500.000 que gira en el medio de una inmensa mesa. Esta está realizada en roble macizo semi ovalado, de cuatro metros de largo por dos metros de ancho, actualmente ocupado por documentos, mapas y radares en pantallas.

Conjuntamente está siendo utilizado por todos los altos mandos de España: Ejército Naval, Ejército de Tierra, Ejército de Aire, Militares Catastro, Cuerpo Militar Civil y Guardia General.

En una esquina se encuentra una máquina expendedora de latas de oxígeno. El capitán William Smith, angustiado, aspira una lata llenando sus pulmones de aire limpio, mientras todos sus compañeros de trabajo lanzan gritos y vozarrones a viva voz.

—Debemos hacernos con esa isla a costa de lo que sea —comenta un general señalando la imagen—. De nada sirven las formalidades y los trámites burocráticos.

—Sí, cómo no. Todos tenemos claro que debe ser nuestra, debe ser de España —dice irónico un capitán que se levanta de su silla—. Pero hay que tener claro el procedimiento. Recordad que Francia puede estar planeando también su conquista. Los dos espías ahogados eran franceses, y seguro que sospechan de nosotros.

—¡Ahí quería llegar! No podemos entrar en guerra contra Francia — comenta el jefe del comando—. Por eso, debemos actuar ya. ¡Debemos atacar la isla! ¡Invadir la isla! ¡Apoderarnos de la isla! Pero, sobre todo, ¡debemos

hacerlo ya!

—Hablando de espías... —interrumpe uno de los presentes—. Seguimos buscando al infeliz o los infelices que robaron los planos marítimos. —Lanza una mirada inquisidora al capitán William—. Tengo mis sospechas, pero nada en concreto.

—¡Calma! Ya no necesitaremos esos viejos documentos —exclama un militar—. Basta con seguir la pista al barco fantasma.

—Ese miserable barco, ¡está maldito! Recordad la última vez que le intentamos seguir. Toda la tripulación estuvo a punto de morir bajo el submarino. Lo perdimos la pista en aquellas aguas turbias. Fue un milagro que pudiésemos encontrarles.

—Esta vez será diferente. Por mar y por aire seguiremos la pista. Tendremos las coordenadas de aquel buque mercante y nos adueñaremos de esas tierras.

—No será tan fácil, compañeros —decide intervenir el capitán William—. Sospechamos que el ex presidente de Rusia se encuentra alojado allí. Aunque sea un desterrado, puede ser un problema para España.

—¡Tranquilo, capitán! ¡Seguro que estará encantado con las pruebas nucleares! —Todos se ríen—. Ese nos pedirá que practiquemos con Rusia la potencia de nuestros misiles.

—¿Entonces? ¿Qué pensáis hacer con la población de la isla? —continúa el capitán William con total firmeza.

—Solo vivirán unos cuantos analfabetos. Nada de qué preocuparnos. Se caerán al mar accidentalmente. A no ser que acepten trabajar para la Armada vigilando nuestros campos de pruebas, realizando informes y, atendiéndonos, por supuesto.

—Capitán William Smith, será el encargado del equipo de vigilancia y rastreo marítimo. En cuanto tengamos las coordenadas exactas, atacaremos la isla.

Todo ese grupo de hombres ansiosos de poder, condecoraciones y ascensos, para tan impresionante logro dependen de él..., del Gran Capitán William Smith. Eso ofrece una considerable ventaja para poder llevar a cabo el plan.

—¡Sí, señor! —El capitán William se coloca en posición firme, con la palma de la mano en su frente en señal de respeto—. ¡Sus órdenes serán ejecutadas al pie de la letra! —responde con toda la seguridad que puede

mostrar—. Ahora, debo retirarme para preparar a mi tropa...

—¡Un momento! —grita el mayor—. Acaban de enviarme un flashfax.

Todos se giran a verle. El capitán William maldice en sus adentros. El mayor tiene en sus manos una computred y está leyendo el mensaje que le han enviado, conocido como flashfax, que es un documento cifrado que se autodestruye a los pocos minutos de recibirlo.

—Señores, han interceptado la señal del complejo CPD —continúa el mayor—. Un grupo de cibercriminales está tomando el control de todos los sistemas críticos del estado.

—¿Qué? ¿Cómo? —dicen todos a coro.

Sus rostros empalidecen ante aquella inesperada noticia. El capitán William es el único que siente alivio al oírla.

—Han declarado la ciberguerra. Señores, cambio de planes, necesito a todo el personal para proteger los sistemas, acordonar las ciudades y velar por la seguridad de los ciudadanos. Organicen a su gente. Tenemos reunión presidencial en treinta minutos. ¡Vamos! —grita el mayor—. ¡En marcha!

Definitivamente, la marea traerá consigo una gran catástrofe. El capitán William reúne a su equipo de confianza para organizar la conquista de la isla. Su plan acaba de tomar el rumbo perfecto. Esos *hackers* han llegado en el momento más oportuno, así tendrá ventaja para continuar con su plan: adueñarse de aquellas tierras y toda su riqueza. Según los planos que robó a los espías franceses, en aquella isla se tiene la sospecha de que existe oro negro gracias a una filtración de información acerca de un geólogo que realizó un estudio del subsuelo, encontrando componentes aptos para el yacimiento de petróleo. Claro que la información solo la sabe el capitán, por lo tanto deberá actuar rápido y con cautela mientras España pierde el control digital.

Horas más tarde, en el puerto de Gijón, de la provincia de Asturias, llegan a oídos del capitán Joaquín Sagues los rumores de que les están siguiendo para saber la ubicación de la isla Keltoi. Su fiel informante le aconseja que se marchen en la mayor brevedad posible, ahora que los sistemas junto con los radares han colapsado.

Por ello, el capitán Sagues pone en marcha el navío Acémila rumbo al puerto de Bermeo para recoger a sus viajeros kelteños y dejar pronto aquellas

tierras españolas.

Parece que un huracán de problemas se avecina. En un elegante café bar de Bilbao se encuentran reunidos dos viejos conocidos. Juan está sentado tomando un aperitivo en otra mesa, observando a esa curiosa pareja. Ese tipo fuerte con aires de multimillonario no había querido entrar a ningún bar de «baja categoría», y habían terminado entrando a ese lujoso lugar. Dora, o más bien Diorela como la había llamado el susodicho, se encuentra bastante tensa. No ha pedido nada, solo habla y manotea de forma grotesca, nada que ver con la señora seria y callada que Juan y la familia Smith habían conocido.

—¡Ya sé dónde he visto esa pareja! —exclama Juan emocionado en voz alta, sin que nadie se percate de su actitud—. Cuando se lo cuente a Jeremy se quedará boquiabierto.

Hace un mediodía bochornoso con fuertes vientos que provocan sonidos estridentes entre los árboles *plexicril*, haciendo mover sus ramas y golpeando los amplios ventanales del salón de la casa de los Smith. Pero Jeremy ignora por completo aquellos ruidos. Su mente y su corazón se encuentran perdidos en aquellos dulces y purificados labios. «¡Dios mío! Es la primera vez que beso a un ángel», piensa Jeremy anonadado. Ha sido el beso más divino jamás imaginado.

Pasa sus manos lentamente por el rostro de la señorita Hadeline, tocando sus mejillas húmedas y eso le corta la respiración por un instante. Acaricia el lóbulo de su oreja derecha. No encuentra el microdátil. Ya se lo imaginaba, pero quería comprobarlo en ese instante. La inmaculada damita reacciona y se exalta, levantándose enseguida.

Es lo mejor, de lo contrario aquella bestia excitada la devorará descontroladamente. El caballero apoya su mano sobre la rodilla izquierda y se levanta poco a poco del frío suelo, sin importarle el dolor de su pierna.

—¡Oh, Lord! —exclama Hadeline asustada—. This is a mistake... Forgive my lack of manners...

«¡Dios! ¡Qué vergüenza! He sido besada por primera vez y no ha sido por mi esposo, ni siquiera estamos comprometidos. ¿Cómo he podido permitirselo? ¡Oh, no!», piensa Hadeline atormentada.

—Señorita Hadeline... Yo... no quiero... hacerte daño —dice Jeremy con frustración—. Lo mejor es que te alejes de mí. —Se restriega su rostro—. Tienes que alejarte de mí, no quiero ser una mancha en tu vida.

Hadeline siente una punzada en su corazón. Sale corriendo con lágrimas en sus ojos. Jeremy se queda maldiciendo, lanza otro puñetazo contra la pared, quiere quitarse la vida, pero después de probar aquellos labios... Necesita desesperadamente volver a sentirlos una vez más, antes de marcharse de este mundo. Busca entre la ropa esparcida algo para cambiarse.

Suena nuevamente un estruendo, más fuerte y resonante. Hadeline piensa que es Dora, así que se limpia los ojos y abre la puerta.

—Good morning..., young lady. —Sus ojos no dan crédito. Realiza una tímida reverencia.

—¡A ti te estaba buscando! ¡Ladrona! ¿Estás sola?

—Miss Miriam... —dice Hadeline conmocionada. Teme que se lance nuevamente contra ella.

—¿Qué, no entiendes el español o qué? —Miriam coloca sus brazos cruzados en posición de altivez.

Miriam lleva un mini vestido escamoso con un amplio escote. «Demasiado atrevido y vergonzoso, indigno de una señorita», piensa Hadeline. El i-Pets en forma de colibrí revolotea alrededor de Hadeline para filmarla, llegando a sentirse intimidada por aquel extraño objeto.

—What do you want... Miss Miriam?

—Hoy sí tengo mis lentillas magic plus glasses. —Pestañea y mueve sus dedos en el aire, tocando algo inexistente—. ¡Ya ves! Ahora nos entenderemos. —Miriam abre bien sus ojos.

A Miriam le cambia la mirada. Se le ilumina la pupila y todo el iris en color azul, formando una línea cuadrada a su alrededor en forma de ojos robóticos, moviéndose unas diminutas líneas en todas las direcciones. «¡Espantoso y asombroso!», piensa Hadeline.

—¿Qué es lo que usted desea, señorita? —pregunta Hadeline en inglés, y Miriam entiende perfectamente.

—¡Qué voy a querer! Maldita ladrona... Confiesa, ¿quién te dio esa esclava que llevas puesta?

—Ante todo, señorita, mucho gusto en conocerla. Soy la señorita Hadeline Rique de Elorriaga Etxa... —traducen las magic plus glasses.

—Me importas una caca «empapelá», responde a mi pregunta o te juro que te...

—El señor Jeremy —dice Hadeline nerviosa—. Gentilmente me ha otorgado este presente.

—«El señor Jeremy bla, bla, bla» —imita Miriam con burla—. Habla bien, payasa, que no estás en el teatro.

Hadeline gira la mirada hacia un lado. No ha sido muy respetuosa aquella señorita.

—Me temo señorita... que no sé expresarme de otra forma.

—¡Ni vestir de otra forma! —Se ríe—. Te ves ridícula con esa ropa. Ya no se lleva, imbécil. ¿Así piensas conquistar a mi Jeremy?

—Yo... Lo siento, señorita, no sé qué decir...

—Entrégame esa esclava ahora mismo.

—Es un valioso presente para mí y...

Miriam pierde la paciencia y la empuja con fuerza.

—¡Que me lo des, maldita zorra! —grita Miriam para luego levantar la mano y...

—¡Miriam! —grita Jeremy—. ¿Qué le has hecho? ¡Lárgate!

—¿Ya vienes a defenderla, cariño? —dice Miriam en español.

Jeremy se acerca lo más rápido que su pierna dolorida le permite. Se acerca a Hadeline y coloca su mano en el hombro.

—Señorita Hadeline, ¿estás bien? —Hadeline no responde, solo se quita la esclava y se la entrega al caballero. Luego se va—. ¡Eres una bruta! ¿Cómo has podido, Miriam?

Jeremy está rabioso. Por fin se ha dado cuenta de la clase de mujer que es. Está harto de sus humillaciones para con él, su familia, y ahora a la mujer que... se está adueñando de su corazón. Coge por el cuello a Miriam, clavando las uñas en su blanca piel.

—Jeremy... ¡Suel.. Suéltame! ¡Me... estás... lastimando!

Él reacciona y la suelta. Ella se agarra el cuello y tose fuertemente. Respira una y otra vez.

—Miriam. No te he lastimado más de lo que tú me has lastimado a mí. Por ti habría recorrido mil infiernos, si realmente hubieses valido la pena. —Escupe saliva mientras habla, por la furia que lleva dentro—. Pero me cuentas de que no vales nada. ¡NADA! Tal vez fui un idiota por entregarte mi amor a cambio de desperdicios. Ciego, por dejarte hacer añicos mi corazón.

Imbécil, por dejarme pisotear y humillar. Pero sabio, por entender que no todo lo que se ama, se puede tener. Y si no se puede tener, tal vez no es amor, sino simple ilusión. Pues el amor puro y verdadero llega... solo. —Hace una pausa, medita lo que acaba de decir. Luego continúa—. Y no te abandona. Permanece ahí, a tu lado, convirtiendo tus lágrimas en alegrías y tus demonios en ángeles.

—Amor mío, cariño mío. —Miriam tose falsamente—. ¿Pero qué me estás diciendo?

—Que eres para mí una simple ilusión, como una anhelada reliquia... ¿Pero sabes qué?, las reliquias están en los museos, para que todos las miren, y todos se ilusionen. Pero que nadie tendrá más que su propio comprador en una codiciosa subasta.

—¿Me estás llamando puta? ¿Cómo te atreves?

—Miriam, lo nuestro terminó, y terminó desde el primer momento... en que creí amarte, pues nunca recibí el mismo amor por tu parte.

—¿Me estás dejando por esa agazapada disfrazada de lolita?

—La señorita Hadeline no tiene nada que ver con mis reflexiones, solo he... descubierto que hay un amor más grande por ti... y es el amor por mí.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Y por qué le dices «señorita»? Es una puta más...

—Ella sí que es una señorita y no como tú que te arrastras con...

¡Zas! Recibe una bofetada. Luego Miriam le mira la pierna herida y lo empuja para que se caiga. Del golpe, a Jeremy se le cae un pequeño libro azul que lleva en la mano. Siente dolor en su pierna y se la sujeta fuertemente.

—A mí me respetas, ¡ridículo! —dice cogiendo el libro. Lo abre y lo hojea, mientras Jeremy intenta ponerse en pie—. Pero ¿qué estupidez es esta? —Lee en voz alta en tono de burla—. «Sin las guerras no existiría una historia que contar, por desgracia tristes historias ocurridas. Señorita Hadeline». ¿Qué, acaso te está enamorando en francés?

Jeremy se acerca y le quita el libro con furia. Se muere de ganas por agarrarla del cabello y lanzarla a la calle, pero se contiene. Nunca maltrataría a una mujer. Menos a una mujer a la que tanto había amado.

—¡Vaya! —responde Jeremy en tono irónico—. No sabía que supieras francés. ¿Qué, también sabes el griego?

—¡Pero qué imbécil eres! No soy de esas que tú piensas. Además, está escrito en español. ¿No sabes leer?

«¿En español? No puede ser... Pero si ella...», analiza Jeremy.

Le quita el libro a Miriam y lo revisa. No se le ha ocurrido hojearlo antes. No solo tiene escrito esa frase. Casi todas las páginas tienen algún apunte, al parecer de una traducción del texto. «Pero si esta letra tan elegante... es la misma letra con la que está escrita la nota que... me dio Hadeline en el hospital», analiza Jeremy confuso. De repente siente impotencia. Aquella dulce mujer le ha estado engañando todo este tiempo.

—Miriam, márchate. No tenemos nada más de qué hablar.

—Pero Jeremy... Si yo te quiero... A mi manera, pero te quiero.

—¿Querer? ¿Como cuando quieres comprar zapatos, vestidos? —Tiene un nudo en la garganta. Necesita desahogar todo el rencor acumulado—. ¿Como cuando quieres algo y con chascar tus dedos se hace realidad? Entonces no estamos en sintonía. Alguno de los dos ha estado fallando, pues tú me quieres y yo te amo. Más bien te amaba. Desde hoy decreto que seré feliz sin ti, mi vida no dependerá de ti. Porque si Dios me obsequió vivir, no sería para morirme de amor por ti.

—No digas esas cosas, Jemy. Tú me gustas, y he dejado a miles de pretendientes por ti. —Miriam se tapa los ojos con intención de llorar—. ¿No te parece un detalle? ¿Ser el novio de la mujer más deseada?

—No quiero a la mujer más deseada. ¡Maldición! —Jeremy se altera ante aquellas palabras—. Quiero a la mujer que más me desee. Los hombres también necesitamos amor, más que un trofeo que lucir. Quiero una mujer que me ame, que me respete. Que, aunque estemos lejos, tenga yo la seguridad de que espera mi regreso con sus piernas cerradas y su corazón abierto. ¡No al revés, joder! ¡Madura, Miriam!

—¿Por qué me tratas así? ¡Eres tan humillante!

—Verte actuar sí que es humillante. Ahí te dejo tu esclava. —Lanza la pulsera al suelo—. Justo como la encontré, al igual que a ti. ¡Adiós, Miriam!

Jeremy cierra la puerta con determinación. Se dirige corriendo hasta la habitación de la señorita y toca la puerta bastante impaciente y con el libro en la mano.

—¡Señorita Hadeline! ¡Por favor, ábreme! —grita desesperado—. Tengo tu libro de francés. —Espera unos instantes que parecen eternos, y ella abre con sus ojos tristes.

—Yes... Mr. Jeremy?

—¡No! ¡No, yes! ¡Maldita sea! —resopla Jeremy, necesita poner sus ideas en orden—. Estoy cansado de todo, de las mentiras, de los engaños... ¡De todo! —grita y luego golpea la pared. Hadeline se asusta—. Sé sincera conmigo y... respóndeme... ¿Hablas francés?

Hadeline se queda callada, mira hacia el suelo y tímidamente responde.

—Oui monsieur... Ils parlent en français.

—¿Hablas inglés?

—Yes sir. I speak English

—Entonces... ¡Hablas español! —dice Jeremy nervioso.

—Así es, señor Jeremy —responde nerviosa—. Puedo hablar en español..., pero no debo.

—¡Maldita sea! —exclama Jeremy estupefacto—. ¿Y por qué nunca me has hablado en español? Más bien... ¿Por qué no me lo dijiste? Has... estado jugando...

—Lo siento, señor Jeremy. Es una petición de mi padre. —contesta Hadeline sonrojada.

Jeremy resopla y medita unos segundos. Está confundido y enfadado pero a la vez aliviado porque por fin se pueden entender.

—Va, para empezar, llámame solo Jeremy, ¿vale?

—Me temo, señor, que no es correcto. No me está permitido.

—Pero... ¿por qué? —Jeremy da un golpe en la pared, la damita se exalta, pero enseguida vuelve a su postura recta y sus manos unidas sobre su vestido—. ¿Por qué contigo todo son misterios? ¿Por qué contigo todo son reglas y mandamientos? ¿De qué religión eres? ¿De dónde eres? ¡Dios!

Jeremy pregunta con frustración, tiene tantas cosas que saber de esa mujer que con solo una caricia calma sus demonios y, sin embargo, necesita sus labios, sus palabras, su alma y todo su ser.

—Lo siento... señor Jeremy. —Hadeline medita sus palabras—. No puedo hablar en español... para evitar todas esas inquietudes sobre nuestra vida.

Jeremy intenta calmarse. Respira hondo y expulsa todo el aire contenido en sus pulmones.

—De acuerdo, te entiendo. No quiero asustarte, es solo que... —Se queda pensativo—. ¡Oh, señorita Hadeline! Entonces... ¿Todo este tiempo has entendido lo que te he dicho? —Se siente avergonzado.

—Os he escuchado con atención, sin embargo, no he logrado

entenderos. —Hadeline suspira y continúa—. Ahora... ¿Puedo haceros una pregunta?

—¡Puff! Todas las que quieras, señorita Hadeline —dice Jeremy, luego se acaricia sus cabellos alborotados.

—¿Por qué me habéis dedicado dulces palabras en todo este tiempo?

Hadeline pregunta y después se gira dando la espalda avergonzada ante aquella pregunta imprudente. Jeremy se acerca, le acaricia su cabello. Está tan bella y reluciente que se muere por abrazarla y besarla nuevamente. Pero de algo está seguro, Hadeline es diferente y por tanto debe ser cauteloso. Siente temor de decir o hacer algo que pueda alejarla.

—Señorita Hadeline... Porque yo... —Traga saliva.

—¡Jeremy! ¡Jeremy! ¡Ay, Dios, Jeremy! —Se escuchan los gritos de su madre. Ha entrado en casa desesperada.

—Señorita Hadeline, quédate en la habitación —le susurra—. Iré a ver qué le ha ocurrido a mi madre.

—¡Esperad! —Hadeline se gira con sus manos unidas en forma de redención—. Nadie debe saber... Es que... Si mi padre o Dora...

—Tranquila, preciosa, será nuestro secreto. —Jeremy le guiña un ojo y se marcha veloz, sin entregarle el libro.

Por fin Hadeline puede soltar su contenida respiración.



Secretos familiares

La pareja un tanto misteriosa se levanta de la mesa. No está claro si han terminado de hablar, pues Dora le detiene suplicando. El hombre lanza un manotazo. Juan se acerca antes de que se ponga más agresivo.

—Doña Dora —pregunta Juan—. ¿Nos marchamos ya?

—Anda, dile a tu chófer que nos lleve —comenta el individuo en tono irónico para que recojas tus cosas.

—Sí, señor Juan, por favor. Os agradezco por vuestra paciencia y amabilidad.

Se marchan a casa. Juan percibe bastante tensión entre ambos. El día se está complicando y la tempestad se está aproximando. Una sofocante ola de calor baña todos los rincones de la ciudad, aumentando el desespero y estrés de las personas, como parece que le afecta a Doña Consuelo, quien llora y grita desesperadamente...

—¡No lo sé, querido! Simplemente me dejó ese extenso mensaje. — Doña Consuelo limpia sus lágrimas mientras prepara el equipaje de emergencia.

—¡Mamá, no puede ser! —dice Jeremy nervioso—. ¿Cómo se le ocurre al capitán dejar a nuestra visita sin un lugar donde hospedarse?

—Ya te lo he explicado, hijo. Solo haz lo que te digo. Desentierra la dichosa caja del patio trasero mientras llega Juan y nos marchamos en el Charleston.

—¿Qué tiene esa caja, mamá? Bueno, es lo de menos... Más bien dime, ¿qué le piensas decir a Don Pierres y su familia?

—¡No me alteres más, hijo! Ya pensaré algo.

Jeremy sale de la habitación de sus padres bastante preocupado. Sube las escaleras de la cripta, sujetando su pierna dolorida. Se dirige al salón y busca en la cajonera un bolígrafo. Anota unas palabras en el libro que sujeta en la mano. Guarda nuevamente el bolígrafo. A continuación, se acerca a la pared, revisa la caja del Smart Home. Saca el chip de memoria para no dejar rastro de sus vidas. Retira un objeto diminuto laminado. Coge el libro y lo coloca en

mitad del mismo presionado entre las hojas. Guarda el chip en su bolsillo del pantalón. Sube las escaleras hacia la segunda planta. Llama a la señorita en voz baja y le indica que es él.

Hadeline aún no termina de asimilar aquel primer beso, aquellos extraños sentimientos. Le ha gustado oírle decir «preciosa». Duda un momento. Abre la puerta, se pierde en los ojos de Jeremy. Tiene una mirada intensa.

—¡Shhht! —expresa Jeremy, colocando un dedo en los labios—. Escúchame bien, señorita Hadeline. Tenéis que iros esta misma tarde... No puedo decirte nada más. Pero quiero que confíes en mí.

—What? Pero, ¿qué ocurre, señor... Jeremy?

—Háblame en español, recuerda. —Jeremy guiña un ojo—. Mi familia también tiene secretos, preciosa... Necesito que me digas tu dirección. Te juro por mi corazón destrozado que te buscaré.

—¡No! —Hadeline se exalta—. No la sé... Ni siquiera sabría dirigir mis pasos allí.

—Por favor, señorita Hadeline, por lo que más quieras en este mundo... Te lo ruego... ¡Dímela! No me mientas... Solo quiero... buscarte cuando todo esto acabe.

—Jamás os mentaría..., señor Jeremy.

Su tono de voz suena intenso, sincero, como si le saliera de lo más profundo de su alma. Jeremy toma su mentón y le mira a los ojos. «¡Dios! ¡Cuánto extrañaré estos embelesadores ojos!», piensa en silencio. No le salen las palabras de su boca. No quiere aceptar qué está pasando por su corazón. Hadeline baja la mirada sonrojada. Le encanta ese gesto del caballero. Es el hombre más osado pero respetuoso del mundo.

—Al menos... ¿Me puedes decir qué día sale el barco a vuestro país, preciosa?

Hadeline se aparta intimidada.

—Por supuesto, señor Jeremy, eso sí lo sé. —Sonríe dulcemente—. Seguramente... terminaremos de pasar los días en Puerto Bermeo, mi padre tiene conocidos allí. Y tal como me ha dicho mi doncella, en tres días viajaremos a mi país. No puedo decirle nada más. —Hadeline le mira con ojos de ternura y Jeremy sonrío.

—De acuerdo, no pasa nada. Quiero que lleves este libro siempre..., siempre contigo —dice Jeremy suplicando. Sus ojos se inundan—. Eres lo

más maravilloso... que me ha pasado, quiero que me recuerdes, pues yo nunca te olvidaré.

Hadeline coge tímidamente su libro «Honorar la France», cautivada por aquellas hermosas palabras.

—Señor Jeremy... Yo... Nunca imaginé que existiera en el mundo un cautivante caballero como vos. Ahora sé que existe, y ahora sé que nunca le apartaré de mi mente. Os doy mi palabra de que siempre tendré este libro, aunque mis ojos pierdan la dicha de volver a veros...

Jeremy le interrumpe colocando el dedo índice en sus labios.

—¡Shiit! No digas nada, preciosa. Suena como una despedida.

—Y lo es. —A Hadeline se le bajan las lágrimas, gira la mirada—. Os estaré eternamente agradecida por enseñarme tantas cosas maravillosas. Sois vos el más ilustre y valiente caballero, digno de mil tesoros.

—El único tesoro que quiero es tener la dicha de verte feliz.

—¡Jeremy, hijo! —grita su madre—. ¿Dónde estás? ¡Debes darte prisa! Ha llegado tu hermano.

—¡Maldición! —dice Jeremy. Luego coge la mano de Hadeline y la besa—. Necesito hacer una cosa. Pero enseguida vuelvo para raptarte, preciosa.

Jeremy se marcha. Hadeline, sin pensarlo, le toma la palabra al caballero y empieza a hacer el equipaje. Busca su bolso de tela y allí guarda el libro «Honorar la France», también busca su diario y lo mete dentro del bolso. Lo coloca sobre la cama. Suspira y sonríe como una niña tonta enamorada. Tal vez pueda persuadir a su padre, Don Pierres, para que le pida permiso al padre de Jeremy y que este les acompañe a Keltoi. Puede que le guste la isla, llena de abundante vegetación real. Allí podría convertirse en ciudadano kelteño y así podrían... casarse.

Entonces amaría cada amanecer junto a él. «*Toda persona ajena a Keltoi que intente venir bajo su protección, será lanzada sin piedad al mar*», recuerda Hadeline con detalle el documento firmado al subir al barco. Será un problema, pero tal vez su padre pueda llegar a un acuerdo con el Alcaide Don Manrike Castejón. Serán pequeños imprevistos.

Jeremy, ilusionado pero nervioso, se pone a excavar justo en el lugar que recuerda, en la parte lateral izquierda de la casa, cerca del jardín del vecino loco. Su sonrisa no se le borra del rostro. Necesita pensar en un plan.

No es una descabellada idea raptar a la damita angelical. Ya ha comprobado que no tiene microdátil ni sistema GPS alguno. Necesita salvarla de su familia, que tanto la controla sin dejarle salir y conocer el mundo real. Jeremy sospecha que la mantienen encerrada, tal vez la preparan para algún extraño ritual. Es demasiado inocente, incluso es virgen, lo supo al besarla, pero lo imaginó inclusive días antes al tocar sus manos y sentir su nerviosismo. ¡Sí! Está decidido, huirá lejos con ella. No se marchará con su madre en el trasto de coche, en busca del capitán. Él tomará otro rumbo.

Dora se baja del coche y en voz baja le dice a Juan que no pierda de vista al caballero. Juan asiente con la cabeza, mientras observa cómo el cretino se sube a su lujosa trimotors. Al parecer, no pretende marcharse, se quedará esperando hasta que Dora salga con sus cosas. Ella entra en la casa y se encuentra con Doña Consuelo...

Las puertas de la habitación de Hadeline se abren de par en par, como si un fuerte huracán hubiese resoplado con toda su furia. Pero solo es la viva imagen de una pálida mujer, que se ha visto cara a cara con la muerte, o al menos así lo parece.

—¡Señorita Hadeline! ¡Tenemos que irnos!

—What happens, Dora? —Hadeline, asustada, prefiere hablarle en español—. ¿Qué está pasando?

—Por el camino os cuento, señorita. —Dora se acerca a Hadeline y le sube el vestido.

—Perdonad, Dora, pero... ¿qué me estáis haciendo?

—Debéis quitaros todos los faldones, deprisa.

—Se me va a transparentar el vestido, Dora. Pareceré una desvergonzada.

—¡Haced lo que os ordeno! —grita Dora con frustración.

Hadeline obedece en silencio mientras siente un nudo en la garganta. Dora termina de prepararla, le coge de la mano y la agarra fuerte, pero Hadeline logra zafarse y vuelve a la cama, coge su bolso de tela y lo amarra bien en su muñeca.

Bajan las escaleras acristaladas a toda prisa. Doña Consuelo les hace señas para que salgan por la puerta del patio.

—¡Suerte, queridas! —dice Doña Consuelo—. Recuerda, todo recto

hasta el puente viejo, luego a la derecha y lo más recto que puedan ir.

Dora la abraza dando las gracias. Hadeline realiza el mismo gesto sin entender nada. Nuevamente, Dora la agarra de la mano y juntas salen corriendo por el extenso jardín. Con la mano derecha que tiene libre, Hadeline se alza el vestido para evitar tropiezos. Jeremy para un momento para secarse el sudor de la frente cuando ve al fondo a las mujeres correr hacia la valla que limita el jardín.

—¡Hadeline! —grita Jeremy con todas sus fuerzas—. ¡Señorita Hadeline! ¡Doña Dora!

La damita gira la cabeza y aquella imagen se ralentiza en el tiempo. Los rayos del sol intenso hacen su mejor esfuerzo por dar resplandor a la silueta de aquella hermosa mujer.

Se aprecia la imagen de la divina ninfa, diosa del bosque, de cabellos ondulados con una pequeña trenza en forma de corona, digna de una princesa, cuyos dedos rosados poseen el poder de sanar heridas y devolver el amor propio. Se pueden apreciar claramente gracias a la manga *fairy* de encajes dorados que sujeta sutilmente parte de su largo vestido. Se observa su cuerpo seductor de amplias caderas y redondeados glúteos que se puede apreciar a través del transparente vestido de gasa en color menta, junto a unas preciosas piernas blancas como la pureza misma. Es la primera vez que Jeremy puede apreciarlas y, sin embargo, también la última.

Aquella damisela nunca olvidará a su amado príncipe con su camisa azul ajustada a su cuerpo sudoroso. Tiene las mangas remangadas, apreciándose unos fuertes brazos que sujetan una pala mediana, enterrada sobre un montón de tierra, haciendo presión con su zapato negro brillante de charol. El pantalón ancho gris de cuero con rayas grandes en plateado y sus anchos bolsillos le hacen más sexi que nunca. Aquella expresión de asombro dibujada en su rostro, Hadeline jamás la olvidará, con su flequillo despeinado y sus bellos ojos bien abiertos, aún con señales de los golpes, presentando una mirada intensa y sus labios pronunciando su nombre. Por su cuello tenso bajan lentamente gotas de sudor que mojan, aún más, su camisa.

Jeremy suelta la pala e inútilmente sale corriendo, pues siente fuertes punzadas en la pierna y cae derrotado al césped artificial del jardín. Continúa gritando, enterrando sus dedos hasta coger un puñado de tierra.

—¡Señorita Hadeline! ¡Vuelvan! —grita Jeremy ahogando su voz.

Ante tanto escándalo, el caballero de negro baja de la trimotors y corre por un lado de la casa. Intenta mirar por encima de la valla y observa al fondo unos árboles artificiales frondosos que tapan la vista. Rápidamente, toma carrerilla y salta la valla. Juan sale tras él al verle invadir su jardín. El hombre llega corriendo y observa al joven caído en el suelo, le coge de la camisa y le da la vuelta.

—¿Por dónde se fueron? —pregunta el hombre desesperado—. ¡Vamos, habla!

—¿Qué? ¿Quién eres? —pregunta Jeremy confundido—. ¡Suéltame!

El hombre lo suelta e intenta salir corriendo tras ellas, pero Juan logra detenerle lanzándose encima. El hombre lanza un golpe fallido, pero Juan logra hacerle caer al suelo. Jeremy reacciona y enseguida le lanza un puñado de tierra en los ojos.

—¡Malditos! ¡Los mataré! —grita el individuo mientras se restriega los ojos.

—¡Fuera de mi propiedad! —grita Doña Consuelo, quien ha llegado corriendo— ¡Ya viene la policía!

Juan coge la pala para golpear al hombre, aprovechando que se restriega los ojos mientras maldice a viva voz.

—¡Juan, no! —grita Jeremy—. ¡Cálmate! ¡Déjale que se valla!

—¡No, Jeremy! ¡No podemos dejarle marchar!

El hombre aprovecha ese instante y con sus piernas le hace una especie de llave a Juan, tumbándolo en el suelo. Se levanta audazmente y sale corriendo. Juan logra levantarse y le sigue. Llega hasta la valla y le observa marcharse en la trimotors. Doña Consuelo se acerca hasta Jeremy y le ayuda a ponerse en pie.

—¡Juan, ve a buscarlas! —grita Jeremy.

—¡No, Jeremy! —dice su madre—. Nadie va a ir a buscar a nadie.

—¡Mamá, necesitamos ayudarlas!

—¡Maldición! —resopla Juan—. Se escapó ese infeliz. ¡Ojalá llegue pronto la patrulla!

—¡No vendrá la patrulla! —exclama Doña Consuelo—. A ver, hijos, calmaos, tenemos mucho de qué hablar, entremos en casa.

Las mujeres corren sin detenerse. Pasan a través de un invernadero, de

otras cortinas cortavientos, por unas enormes rocas, cruzan la carretera, siguen un camino de piedra, pasan por el lado de una mansión, a través de un cultivo de trigo hasta llegar a un puente de piedra abandonado; entonces, lo cruzan por debajo.

El corazón de Hadeline está destrozado, confundido y desesperado. Tiene un nudo en la garganta, siente que le falta la respiración. No entiende nada de lo que está ocurriendo, solo sabe que el hombre extraño les está buscando. Se detienen a tomar aire y descansar un poco.

—Os... lo ruego..., Dora —dice Hadeline con la respiración agitada—. No entiendo nada... Decidme, ¿dónde está mi padre? Necesito saber qué ocurre...

—Señorita Hadeline... Calmaos, por favor, dejadme que os explique. — Se coloca una mano en el pecho—. Yo... no me llamo Dora. —Agacha la cabeza—. Mi nombre real es... Diorela.

—¿Diorela? No comprendo... Siempre he pensado que vos os llamabais «Dora».

—Ante los ojos de Keltói. Allí me bautizaron como Dora de las Mercedes Azucénaga Espinosa. Pero para el resto del mundo... solo soy, Diorela Azcuénaga.

—¡Ah! Yo... ¿Cómo deseáis que os llame?

—Decidme como siempre os he pedido. —Medita esas palabras—. Solo Dora, sin «Doña» ni tanas formalidades.

—Así será, Diore... Dora... Por favor, decidme, ¿quién es ese caballero que nos persigue?

—No es ningún caballero. Es un miserable hombre. Por favor, tomad asiento sobre esa piedra. Es una larga historia.

Hadeline se deja caer sobre la piedra, exhausta. Tiene gran interés en saber algo más de aquella revelación.

—Yo he nacido aquí, en España, donde viví hasta mi juventud. En el año dos mil cuarenta y seis, justo en la época en la que ya era obligatorio la implantación de los microdátil, como este... —Enseña su dedo índice.

—No comprendo el motivo exacto de ese punto negro.

—Es para crear un perfil digital. En ese año, estalla la llamada «revolución digital», todo debe tener un registro digital. No es un simple punto, es nuestra partida de nacimiento, nuestras vacunas, nuestro

crecimiento y evolución en la tierra. —Suspira—. Nuestra cuenta bancaria, licencias, permisos. Todo debe quedar registrado junto con nuestra huella dactilar en el ciberespacio.

—¿Ciberespacio? —interrumpe Hadeline nuevamente—. ¿Se refiere usted al universo espacial?

Hadeline tiene una enciclopedia de dudas y necesita aclararlas todas en ese mismo instante.

—No del todo, dejadme que os explique. Existe una serie de edificios dentro de un complejo conocido como «Data Cloud Center», es un centro de procesamiento de datos digitales, donde llega toda la información del país entre otros, el conocido mundo role life. Todos los países del mundo, a excepción de Keltói —suspira Dora—, poseen un complejo de esos, donde almacenan los datos de todos sus ciudadanos, a la vez que dicha información puede intercambiarse con el resto de países del mundo. Dejó de existir la privacidad...

—Nunca he leído nada al respecto, Dora —dice Hadeline asombrada.

—¡Dejadme continuar! —reprocha Dora—. Como os decía, al tener las personas del mundo esa facilidad de contactar con el resto... El hombre que vos habéis visto encontró mi perfil digital. —Baja la mirada entristecida—. En cuestión de días... supo todo acerca de mi vida. Se obsesionó conmigo, me empezó a buscar, acosar... Al principio creí que conocerle fue una casualidad del destino, y que era el amor de mi vida. Pero más tarde descubrí... que yo no era más que una nueva conquista para él.

—¿Es... vuestro esposo? Pero yo creía que vos erais...

—Viuda. —Dora termina la frase—. No lo soy, solo soy un perfil digital vivo... de todos los perfiles digitales con los que... ese hombre se obsesionó y mató.

—¡Oh, Dios no! —Hadeline tapa su boca, asombrada.

Hadeline empalidece. Ahora comprende el motivo por el que Dora huye de la tecnología y ahora de ese hombre.

—Siento decirlo, señorita Hadeline..., pero ese hombre nos persigue para matarnos. —Hace una pausa. Evita llorar—. Incluyendo a vuestros padres, pues gracias a ellos, pude huir de España.

—¡Oh, Dios! ¡Mi padre está en peligro! ¡Debemos volver!

—Calmaos, señorita. He dejado instrucciones a Doña Consuelo. Solo debemos llegar pronto al puerto de Bermeo.

Una fuerte ventisca levanta tierra polvorosa del suelo, recorriendo el desértico paisaje deshabitado.

Reflexiones profundas

La familia Smith no se encuentra en su mejor momento. Los nervios están a flor de piel. Necesitan irse pronto del que hasta ahora ha sido su hogar. No es nada fácil preparar un inesperado viaje, pero así han sido las órdenes del capitán a través del comunicado que hizo llegar a casa del vecino árabe. Se supone que deben estar unidos más que nunca ante tanta confusión y desinformación.

—¡A ver, hijos, silencio! Vamos a calmarnos.

—Es que este imbécil no se sabe explicar, mamá. No le entiendo un carajo.

—¡Cálmate, Jeremy! —recremina Juan—. Os estoy contando que ese tipo las quiere matar.

—¡Joder! ¿Pero, por qué? Explícate bien.

—¡Para de insultarme, Jeremy! Es que si interrumpes...

—¡Silencio todos! —chilla la madre—. A ver querido, resume, por favor.

—Pues... yo vi que discutían, pero no logré escuchar nada. Lo que sí recordé es que ese hombre intentó matar a esa mujer a golpes, detrás del parque donde solíamos jugar con mis colegas.

—¿Cuándo? ¡Joder! ¿Dé que fecha estás hablando?

—Pues no lo sé, tendría unos trece años. El tema es que logré lanzarle una piedra y le reventé la frente al tipo ese. Recuerdo que la mujer salió corriendo y yo terminé escondiéndome en casa de un amigo.

—Pero, querido, ¿estás seguro que esa mujer era Dora?

237

—Estoy seguro, mamá, ella estaba vestida igual de horrible y con su espantoso peinado.

—Entonces... quiere decir que..., ¿ellos son pareja? —supone su madre.

—Yo creo que sí. Seguramente Dora o Diorela, como se llame, trabaja para los Rique de Elorriaga, a cambio de obtener un escondite lejos de su marido.

—¡Joder! ¡Pero que se largue sola! —exclama Jeremy agarrándose sus cabellos alborotados—. ¿Por qué demonios se ha llevado a la señorita Hadeline?

—Es lo que les estoy tratando de decir —insiste Juan—. Ese tipo las está buscando a las dos, no solo a Dora... Tal vez suene absurdo, pero... ¿y si ese hombre es el verdadero padre de la chica?

—¡Dios mío! Pero eso no puede ser —comenta la madre, intrigada—. Desde que vuestro padre trajo a esa familia a esta casa, siempre nos ha hablado de su hija. Tal vez puede que ese señor quiera vengarse de Don Pierres y su esposa.

Todos enmudecen pensando en las posibilidades.

—¿Y ahora, que va a pasar con ellas, mamá? —pregunta Jeremy inquieto. Sus ojos se humedecen.

—Tranquilo, querido. Dora me ha dejado un mensaje para Don Pierres, pidiéndome que le diga que van a estar en el puerto el día y hora acordados para marcharse de España.

—¿Y qué día y qué hora? ¡Necesitamos ir a buscarlas y ayudarles! —exclama Jeremy, desesperado.

—Nadie va a hacer nada —declara la madre con voz autoritaria—. Ella no me dijo nada más. Además, tenemos nuestros propios problemas. Vuestro padre nos requiere con urgencia, en Puerto Galea, mañana antes del amanecer.

Los hermanos Smith gritan a la vez, y le increpan a preguntas.

—¿Por qué tanta urgencia, mamá? ¿Qué fue lo que dijo?

238

—No lo sé, Juan, aquí está escrito el mensaje que dejó al vecino.

Juan coge el papel y lo abre. Es un texto largo, escrito por la nieta del vecino loco. Procede a leerlo en voz alta mientras Jeremy se encuentra caminando de un lado a otro, sin importarle su herida en la pierna que le da fuertes punzadas.

“Vecino y amigo Hasim. Tenemos algunos problemas de comunicación. Por favor, hágale llegar este mensaje a mi familia:

Mujer, en vista de mi larga estancia en Puerto Galea, requiero con urgencia la presencia de mis hijos, así como de tu compañía y colaboración. No olvides el plan vacacional que se activa desde ahora, así que trae las provisiones indispensables. Hazle llegar mis disculpas a nuestros amigos visitantes. Debes llevarles al hotel que deseen. Venid con Charles y no olvides limpiar el jardín.

Que tengáis un bonito amanecer.

Capitán William Smith.

Gracias por todo, vecino. Buen día”.

—¡Puff! Un poco más y escribe en código morse. ¿Cómo puedes entenderle, mamá? —pregunta Juan.

—Porque ha usado la palabra clave, hijo. «Plan Vacacional se activa». Tu padre me la ha repetido en varias ocasiones. Quiere que vayamos al puerto de Galea, lleguemos justo al amanecer, solo con lo esencial, llevando el dichoso Charleston y la caja enterrada en el jardín.

—¿Qué significa «plan vacacional»? —pregunta Jeremy, sin parar de moverse como un loco—. Porque viniendo del amargado capitán... ¿Vacaciones? ¡Ja! Será hacer sentadillas hasta rompernos.

—Algo parecido, querido. Se refiere a quemar todos los chips de memoria, incluyendo la de vuestros aparatos y juegos, para borrar el rastro de nuestras vidas. Hijos, nos marchamos por un largo tiempo, si es que no es para siempre, de esta casa.

—¡¿Que vamos a qué?! —gritan a coro los hermanos.

—Pero si tengo grabado mis mejores momentos —dice

Juan aterrado— con las mejores chicas de la universidad, de la infancia, las salidas con mis pan...

—¡Calmaos! A ver, hijos. Vuestro padre no hace nada sin tener un plan. —La madre pasa sus manos por su rostro—. ¿Recordáis que os ha quitado todos los aparatos tecnológicos? —Asienten con la cabeza—. Pues se los ha llevado en una enorme caja. Ya he buscado por toda la casa, no hay nada más que nuestra ropa.

—¡Maldita sea! —se exalta Jeremy.

—¡Dios! El capitán nos va a chantajear para que trabajamos con su tropa, en quién sabe qué entrenamiento —concluye Juan en tono irónico.

—¡Buah! Pues conmigo se equivoca —espeta Jeremy—. Cuántas ganas tenía de olvidar mi asquerosa vida. Me ha hecho un favor. He aprendido a vivir como la familia de la señorita Hadeline.

—¡Ya! ¿Pero, qué hay dentro de la caja enterrada, mamá?

—Eso... —Baja la mirada—. No lo sé, Juan, pero sea lo que sea, es de suma importancia para alguna organización. Así que, ¡Juan!, ve pronto a terminar de desenterrarla —ordena la madre con decisión—. Jeremy, querido, prepara el Charleston.

—¡Joder! Que hay que ir a buscar a...

—¡Basta, Jeremy! Ya estoy cansada de tu rebeldía.

La madre sabe que su hijo Jeremy ha vuelto a las andanzas, a volcar la habitación y beber hasta perder el conocimiento. Habrá consumido poco, prácticamente ha tirado al compresor de basura toda droga o vicio tóxico de su hijo. Se le nota incluso en su extraño comportamiento, exaltado, preocupado, enloquecido. Lo cierto es que Jeremy está desesperado. Ver marchar al ángel caído del cielo y no saber ni siquiera dónde buscarla... Bueno, tal vez existe una mínima posibilidad...

Jeremy sube las escaleras hasta la habitación que había ocupado la damita. Hay vestidos esparcidos sobre la cama y una maleta abierta con algunas blusas dobladas perfectamente. También hay dos sombreros aún en el armario, bastante anticuados.

«¿Y si... realmente es un ángel? ¡Qué tonterías pienso...! Y si tal vez, con tanta tecnología, habrán creado la máquina del tiempo. ¿Será que viene del pasado? ¡Dios, estoy enloqueciendo!», piensa Jeremy al tocar aquellas prendas.

Busca por todos los rincones, sin encontrar el libro «Honorar la France». Jeremy siente unas punzadas en su corazón. Desea que realmente se lo haya llevado, así podrá buscarla, gracias al chip de rastreo que sacó del Smart Home. Pero no logró verle nada en la mano y eso le preocupa.

La damita se encuentra agotada, no puede caminar más con esos pesados zuecos que lleva puestos. Sus pies sudan y están resbaladizos. Al menos está siendo una tarde fresca, el fuerte sol se ha ocultado tras unas nubes. Sin

embargo, necesita parar, no cree que aquel extenso camino les lleve a ninguna parte.

—¡Oh, Dora! Siento que... me voy a desmayar. Me tiemblan las piernas. No puedo más.

—Señorita Hadeline, descansad un momento. Este clima tan contaminado os perjudica. Vos sufrís una especie de alergia. Debéis ser fuerte, señorita.

—Quiero ver a mi padre —dice Hadeline con dificultad para respirar—. Necesito saber que está bien. —Tapa sus ojos—. Extraño a mi madre, si supiera por todo lo que he pasado...

Hadeline suspira melancólica. Dora baja la mirada.

—Lo siento mucho. —Dora titubea—. Siento todo por lo que habéis pasado. Pero no os preocupéis, a este ritmo, en unas cuantas horas estaremos en el puerto. Allí nos encontraremos con Don Pierres, y ya buscaremos donde hospedarnos.

—Solo deseo que mi padre se dé prisa en encontrarnos. —Se coloca los zuecos nuevamente—. Os agradezco, Dora..., por contarme vuestra historia. Lamento nunca haberme interesado en saberla.

Solo son palabras de consuelo, pero lo cierto es que, la curiosa señorita Hadeline, le ha preguntado de mil formas sobre su vida, su familia y su país de origen, pero siempre recibía cortantes respuestas o incluso ninguna, más que alguna amonestación de sus padres por tanta impertinencia.

Ahora comprende la mirada triste, seria, perdida, que siempre mantiene su doncella. La pobre mujer tiene muchos problemas encima como para sonreír. Hadeline camina pensativa. Quiere tomar decisiones, así que se detiene.

—Perdonad, Dora. Siempre me habéis cuidado y atendido, ahora veo que he sido una egoísta para con vuestra persona. —Medita bien sus palabras—. Ha llegado el momento de que vos seáis libre, yo... tengo la edad para empezar a cuidarme sola...

—¡No! Señorita Hadeline, por favor, no sigáis. —Dora le coge de la mano, mirándola con compasión—. Mi único propósito en esta vida es servir a vos. Me he jurado que hasta no veros feliz, no dejaré de cuidaros.

—Pero Dora, yo soy feliz. Mis padres me aman y me protegen, incluso más de lo que yo quisiera.

—Comprendo, señorita, pero recordad que ellos no estarán para toda la vida. Debéis vos elegir vuestro futuro.

—Lo sé, lo tengo presente —dice Hadeline y acto seguido retira su mano—. Pero son ellos los que deben elegir el futuro para conmigo.

—¡Oh! Qué pena siento por vos, señorita. ¿Cómo podéis ser tan obediente? ¿Acaso no deseáis vos casaros por amor y no por elección de vuestros padres? ¿No deseáis discernir entre los dos mundos, que hasta ahora habéis conocido, y decidir el que más se adapte a vuestros sueños? —Hace una pausa y prepara bien la pregunta—. Señorita Hadeline, yo puedo ofreceros la oportunidad de empezar una nueva vida, aquí, en España. ¿No desearías vos vivir aquí para siempre?

Por primera vez, la señorita Hadeline no tiene respuesta para tantas preguntas. Solo levanta la mirada hacia el cielo, como en busca de señales, o tal vez para relajar su mente y evitar pensar. Nunca se ha planteado la posibilidad de ser ella quien decida sobre su vida. Solo tiene claro que desea casarse por amor. Ese sentimiento que le está quemando por dentro, deseando volver junto al caballero que dejó atrás. Aunque sabe que no será posible.

Primero debe reunirse con su amada familia, en ningún momento ha pensado quedarse en España, ni en ninguna parte del mundo, que no sea su amada tierra. Se moriría de tristeza si le tocara vivir rodeada de tecnología, en un mundo ficticio donde la sociedad se destruye mutuamente.

Con su cabeza niega esas preguntas. Ella prefiere dejar todo en manos del destino. Si aquel hombre realmente es el amor de su vida, entonces el universo entero moverá millones de estrellas y astros para que vuelvan a encontrarse, y así, vivir juntos en Keltoi, que es el lugar donde su ser pertenece.

Continuaron su larga caminata durante una hora y media, cerca de la orilla de la carretera principal, siguiendo las indicaciones de Doña Consuelo. A pesar del infortunio, Hadeline por fin puede hablar libremente con Dora, quien se ha decidido a abrir el baúl de los recuerdos y contar curiosas anécdotas. Ya no es la seria y amargada Dora, ahora es una mujer elocuente. Tiene conocimientos del mundo tecnológico, de la España moderna, la cual compara con las costumbres antiguas. Por fin Hadeline puede hacer preguntas y recibir respuestas largas y bien fundamentadas.

Jeremy se encuentra en un estado a punto de enloquecer. Le preocupa lo

que le pueda ocurrir a la frágil damita, otra vez en peligro, y ni su madre ni su hermano piensan hacer nada para ayudarles. Es hora de actuar. Ella le ha salvado la vida y él debe devolver ese favor, antes de terminar con su propia vida.

Aunque la idea de quitarse la vida pierde relevancia al pensar en la señorita Hadeline. Por un momento había tenido esperanzas de fugarse juntos, pero solo fue un instante de locura. Jeremy tiene claro que esa damita se merece a alguien mejor.

Jeremy decide ir a casa del vecino loco, puede que su amiga Sahira sea la clave para resolver parte de sus conflictos.

—Mira Jeremy, le he prestado a tu hermano mi unimoto y otra vez me la ha dejado sin combustible. Lo siento, pero es un... ¡no!

—Pero, Sahira, sabes que yo soy más responsable. Además, también necesitare otro favor.

—Puede que seas más responsable o hasta el más mentiroso. —Se acomoda el hiyab rosa en la cabeza—. Dime que otro favor quieres, a ver si te puedo ayudar.

—Necesito que me prestes tus magic plus glasses. El capitán nos lo ha quitado todo.

—¡Ah, no! De ninguna manera. Necesito hablar con mis hermanas, ya lo sabes. Las uso para todo. ¿Y si mi abuelo enferma? Necesitaré buscar en internet medicinas...

—¡Eso, Sahira! Préstame las de tu abuelo. Ese viejo loco ni se acordará dónde las dejó. Tú le engañas hasta que yo te las devuelva.

—Eso es mentir y mi religión lo prohíbe.

—Ya estamos... Igual que la señorita Hadeline —dice Jeremy sarcásticamente.

—¿Igual que quién?

—Nada. Por favor, Sahirita bonita, ayúdame. Solo será por hoy, lo juro.

—¡Ay! No sé por qué, siempre termino ayudándoos. Con los problemas que me acarrea hacerlo...

—¿Eso es un sí? —dice Jeremy aliviado.

—Sí, pero solo por hoy, sobre todo las glasses ultra FXR, mi abuelo se entretiene con sus gafas y evito estar orando todo el día.

Jeremy, emocionado, se sube en la unimoto con el mando de invitado, rogando al cielo que arranque. Se coloca las glasses ultra FX Revolution, son

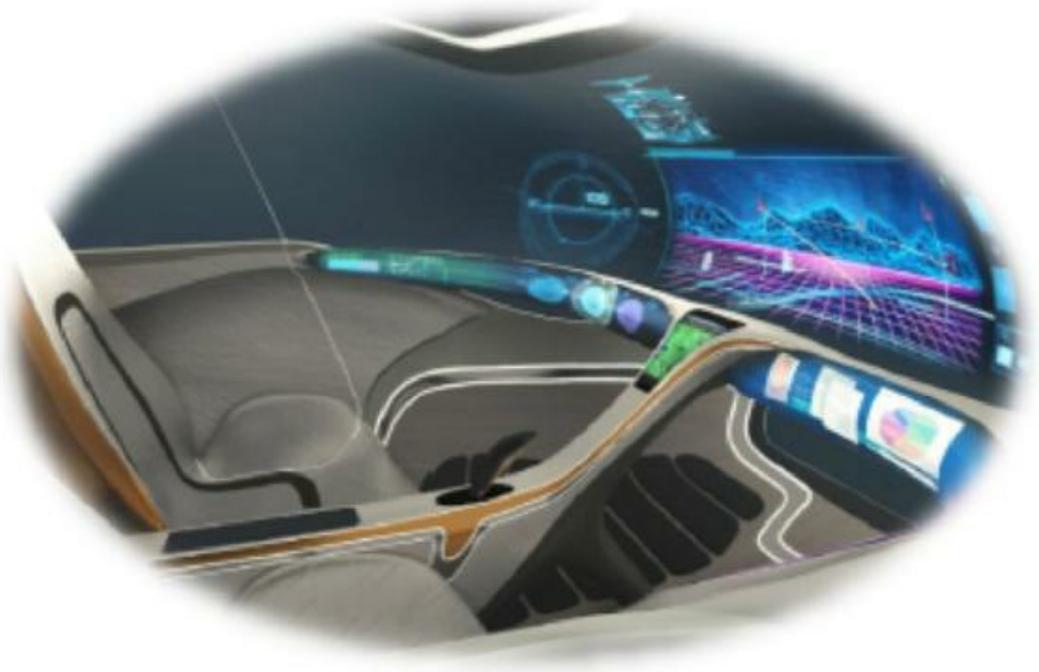
las gafas más modernas que existen. Su forma de colocarse es al contrario que las normales, pues el arco rodea toda la parte de atrás de la cabeza. Solo posee una lentilla transparente para un único ojo, en el otro suele activarse una pantalla de reflexión. A continuación, se encienden unas luces alrededor del arco, enviando señales específicas al cerebro, para interpretar con exactitud las señales neuronales y actuar con la mayor rapidez posible.

Después, revisa el combustible del vehículo, efectivamente le queda poco, así que va a unas cuadras y se detiene para llenar el tanque de hidrógeno. Mientras, aprovecha para sacar el chip del bolsillo del Smart Home y colocarlo en las gafas. Instala el sistema y rastrea el dispositivo. Minutos más tarde, suena un pitido indicando que ha encontrado el objetivo.

—¡Bien! ¡Sí, se ha llevado el libro! —dice Jeremy en voz alta—. ¡Gracias al cielo!

Arranca la unimoto y como un rayo veloz se va por la autopista, siguiendo las indicaciones del GPS. Su corazón está acelerado, siente que se le va a salir del pecho. Necesita encontrarla con urgencia o morirá de angustia. Un punto verde empieza a parpadear indicando su aproximación.

¡Al fin la ha encontrado!



Últimos preparativos

Un insignificante barco perteneciente a la marina conocido como «barco guardián de las costas españolas», se encuentra atracado en el puerto de Galea, pasando desapercibido gracias a los Cruceros Cañeros, que recién están abordando todos los jóvenes. Como cada año, en las costas españolas aparecen toda clase de embarcaciones, convirtiendo la marea azul en aguas blancas pobladas por embarcaciones, que suelen permanecer varios días antes de dejar el puerto. Con lo cual, el discreto barco de la marina, que ahora el capitán William ha bautizado como «El Españolito», pasa totalmente desapercibido.

—¡Atención! ¡Firmes! —ordena el capitán. Todos se ponen en formación—. ¡Descansen! Señores, mañana al amanecer partiremos de España. Quiero recordarles la importancia de esta misión. —Camina observando los rostros de los oficiales vestidos de paisanos—. Quien se encuentre indeciso, ruego se retire inmediatamente. No hay cabida para los cobardes. —Hace un silencio, nadie habla—. Sus familias agradecerán la vida que les espera lejos de estas tierras. Mañana, con la mayor discreción posible, abordaremos el barco y sin mirar atrás zarparemos. ¿Alguna Duda?

—¡Sí, capitán! —Un joven huesudo se atreve a interrumpir—. ¡Con su permiso, señor! Tengo una duda.

—Puede expresarse libremente, cabo.

—Usted nos ha prometido una cuantiosa suma de dinero. Sin embargo, no estoy seguro de que podamos vivir en otro país. Nuestros rostros puede que aparezcan en la red digital.

—Le recuerdo, cabo Richardson, que si ustedes quieren, pueden quedarse a vivir y trabajar en la isla el tiempo que necesiten, hasta que la marea baje y todo quede en el olvido. Aunque, ahora, con la crisis que está sufriendo toda la red digital de España, y del mundo, dudo que se percaten de nuestra desaparición.

—¡Entiendo, señor! Pero la isla podría ser atacada por cualquier gobierno, si se llega a publicar la noticia.

—¡De peros nada, cabo! Todo el plan se ejecutará con cautela y

saldremos victoriosos. Claro que si teme por su futuro incierto, puede abandonar la misión. —Se acerca y le habla pausadamente—. Eso sí... Tenga en cuenta las consecuencias si decide irse de la lengua. ¿Queda claro?

—¡Señor, sí, señor! —responde el cabo, aunque no deja de preocuparse. Tal vez, el resto de la tripulación prácticamente no tienen familia o no les importa morir. Pero para el cabo Richardson, aquel viaje, más bien destierro, en el que viajará con su prometida embarazada de tan solo dos meses, motivo por el cual debe huir urgentemente antes que su embarazo sea más notorio, le mantiene en un estado de nerviosísimo absoluto, incluso con un tic en sus delgadas piernas que tiemblan sin parar. Sus compañeros suelen burlarse de su supuesta cobardía, sin saber el motivo real de tal nerviosismo.

Aunque está claro que es un gran plan, nada puede fallar. El gran capitán William es un hombre ingenioso y astuto, que sabe utilizar estrategias premeditadas. Tiene bien claro que se juega su pellejo y el de su familia. Por ello inicia la ejecución de su plan, dando las respectivas instrucciones a su pelotón. Algunos son simples cabos recién graduados, pero con gran talento tanto para cálculos marítimos como para lecturas cartográficas. Otros, poseen altos rangos, como el teniente Bayron Cheverry al que conocen como “El Tonel”, básicamente por la forma de su prominente abdomen. Es el más amargado de todos, siempre serio y con los ojos rojos, ya nada le importa desde que se ha divorciado de su mujer, quien le ha engañado mientras se encontraba navegando.

El ex sargento Besteiros está retirado por problemas de salud al perder una pierna por el mordisco de un tiburón. Tiene buen sentido del humor a pesar de ser un solterón infeliz ya que ninguna mujer le dirige la mirada ni aunque muestre su cuenta bancaria.

También se encuentra entre la tripulación Pablo Quiroz, quien recién ha ascendido a cabo mayor después de años de servicio. Se le había postergado tal cargo por motivos absurdos y gracias al capitán William pudo por fin recibir su honorable ascenso. Es disciplinado y siente un profundo respeto por el capitán, algunos dicen que siente algo más, pero él sabe mantener las distancias.

El pelotón está conformado por un total de dieciocho personas que se encuentran a plena disposición del capitán. En la madrugada terminarán de abordar, junto con el cargamento y con los familiares que les acompañarán y colaborarán en la expedición y conquista de la «isla fantasma». Entre ellos, la

familia del capitán William, quienes aun sin saber, dejarán para siempre España, en contra de sus opiniones. No puede dejar que ninguno de sus dos hijos se quede en el país, a la merced de leyes y castigos, bajo el cargo de alta traición a la patria.

Más tarde, en casa de los Smith, un buen hombre recibe nuevamente una terrible noticia.

—¡Dios mío, no! ¡Esa mujer me ha robado a mi hija! ¡Sé! ¡Sé!

—¡No, Don Pierres! ¡Cálmese! Solo se la ha llevado al puerto.

—Con todo respeto, Doña Consuelo, pero es mentira. ¡Sé! Esa mujer lo ha planeado todo para robarme a mi hija.

Su estado es lamentable, el hombre se encuentra sentado llorando desesperadamente, sus manos le tiemblan. Se afloja un poco su corbatín, mientras recibe un vaso de agua que le ha traído Juan.

—Aquí tiene, Don Pierres. Debe mantener la calma, yo estaba con Doña Dora y puedo asegurarle que ella solo quiere llevar a la chica al puerto.

—¡Ella no lo hará! ¡Me la ha quitado! —Toma un sorbo de agua, se levanta y se apoya en la chimenea digital.

—Pero, Don Pierres, ¿por qué cree eso?

—Por... —No puede hablar, pero necesita desahogarse—. Vera usted, señor Juan... Esa mujer, es la... verdadera madre de mi adorada Hadeline. — Se restriega los ojos con sus ásperos dedos.

—¡Ay, por Dios! —Doña Consuelo se lleva las manos a la cabeza—. Justo lo que pensamos... Que ustedes dos...

—¡No! Mi dignidad me impide ser infiel, Doña Consuelo... Lo cierto es que, Doña Dora, junto con el caballero del que me hablan, son los verdaderos padres de la criatura.

Juan y su madre se miran entre ellos, quedan estupefactos ante aquella revelación. ¿Cómo es posible que la doncella sea la verdadera madre de Hadeline? ¿Por qué, ser doncella, cuando puede presentarse como la madre? Pero Don Pierres ya se encuentra bastante avergonzado como para hablar del tema. Solo comenta que ellos dieron cobijo a Dora y que ella lo había decidido así, para ofrecer una autentica familia a su hija y que nunca supiera la verdad de su nacimiento.

Pero, al parecer, Dora ha faltado a su palabra, ahora se ha llevado a la señorita Hadeline y Don Pierres nunca más volverá a verla. Lloro pensando

en el dolor que le causará a su amada esposa Doña Edurne. No sabrá cómo explicar aquella desdicha y ella le odiará de por vida. Aún tiene la esperanza del hijo que espera su amada, pero si él no vuelve a la isla junto con Hadeline, puede que, de dolor, la pobre mujer pierda a su bebé.

Don Pierres reacciona, todo son suposiciones, aún tiene esa mínima esperanza de que Dora realmente cumpla con su palabra de nunca revelar la verdad, ni arrebatársela a su hija. Puede que realmente lleve a Hadeline al puerto y allí tomen el barco rumbo a Keltói. Rápidamente sube a la habitación, prepara el equipaje y pide a Doña Consuelo que alguno de sus hijos le acerque al puerto de Bermeo, allí buscará un hospedaje y esperará hasta que llegue el Navío Acémila y puedan encontrarse al embarcar.

—¡No está Jeremy, mamá! También revisé el parking, solo están las motorbit y el Charleston.

—¡Ay, querido! ¿A dónde se habrá ido mi muchacho?

—Seguramente donde esa mujerzuela, la Miriam. —Juan abraza a su madre—. Tranquila, mamá, ese no tardará en volver con el rabo entre las piernas.

—¡Qué desdicha! ¿Y si no vuelve pronto? Tu padre va a enfurecer.

Doña Consuelo ya no sabe qué pensar de su hijo Jeremy, últimamente se ha estado comportando de forma muy extraña. Confía en que Juan tenga razón y realmente se haya ido a casa de Miriam para despedirse de ella.

—Perdonadme, Doña Consuelo Smith —interrumpe Don Pierres, quien se encuentra exasperado sujetando un pequeño saco rectangular—. ¡Sé! Siento que mi estancia no ha sido agradable para vuestra familia. Han surgido imprevistos de los cuales os ruego, nos disculpéis.

—Para nada, querido. Más bien disculpe cualquier incomodidad o altercado de nuestra parte.

—¡Sé! Queda todo en una grata visita. Deseo dejaros un reconocimiento sustancial, como agradecimiento por vuestras atenciones. —Le entrega un saco que contiene un collar de piedras preciosas—. Os pido, por favor, que haga llegar mis mejores deseos a vuestro señor esposo. Me marcho con la esperanza de encontrar a mi hija, pero con la desilusión por no haber tenido la dicha de estrechar la mano de mi apreciado amigo Don William Smith.

—¡Oh, gracias! No le haré el desprecio de no aceptar su regalo. Estoy segura de que Doña Dora será razonable y podrá ver a su hija. Vaya con Dios y le esperamos por aquí cuando guste.

Se despiden y se marcha con Juan en el Charleston a toda prisa, quedándose pensativa Doña Consuelo por todos los imprevistos. Para colmo, no es el único que tiene problemas, pues ella también se encuentra preocupada por su hijo Jeremy, aunque tiene la certeza de que solo se despedirá de su ex y volverá. Por primera vez, se equivoca con respecto a las acciones de su hijo, pues este, por un extraño impulso, se ha ido en busca de la señorita Hadeline, teniendo la suerte de encontrarla, allí en medio de las vías de la autopista y el trenmil, que es un medio de transporte de mayor coste, pero con gran influencia de pasajeros debido a su rapidez y eficacia del servicio.

Se aprecian dos enormes columnas de cuatro metros de alto enfrentadas entre sí, a través de un aro metalizado, ubicadas estratégicamente a cada quinientos metros de distancia, por donde pasa la red de transporte en forma de gusano acristalado, formado por acogedoras cápsulas ovaladas independientes. Cada capsula contiene una cómoda silla para el transporte individual de pasajeros. El veloz gusano tecnológico se traslada por toda la red nacional, y al pasar por las columnas, el pasajero puede solicitar la parada, desprendiéndose la capsula sin interrumpir el trayecto del mismo, para bajar en forma de ascensor por las columnas hasta tocar el suelo. Una vez abiertas las puertas, el pasajero se retira y un sensor corporal analiza la cápsula. A continuación, se vuelve a cerrar y sube nuevamente. Luego, a toda velocidad, se retira hasta lograr alcanzar la «cola del gusano», manteniendo de este modo capsulas libres para los siguientes pasajeros.

Dora había tenido la idea de usar el trenmil, pues tiene el microdátil y puede pagar el pasaje, pero el hecho de ser una cápsula individual le impiden utilizarlo. Hadeline no sabe cómo subirse y no quiere perderla de vista ni por un segundo. Aunque, necesita con urgencia, dirigirse a alguna comisaría para dejar constancia de la persecución de ese individuo y poder pedir una orden de alejamiento. Es un proceso complicado donde además la policía agrega un código al microdátil de la perjudicada y este emite constantes señales, según el rango por proximidad del individuo, lanzando punzadas al sujeto para que evite acercarse y en su defecto causar daño alguno.

—¡Señorita Hadeline!

El corazón de Hadeline salta de emoción al escuchar aquella conocida voz. Juntas se giran y ven acercarse al joven a toda prisa, bajando por la colina. Como cuando dos estrellas fugaces que se cruzan en medio del

inmenso firmamento y se rozan milimétricamente creando un gran rayo de luz que ilumina el oscuro cielo, así ocurre aquel instante en que dos almas separadas fugazmente se vuelven a reencontrar. Sus brillantes ojos anhelaban verse nuevamente, sus corazones palpitantes deseaban unirse a través de un fuerte abrazo, sin embargo, ambos supieron mantener las distancias bajo aquel oscuro atardecer.

—Señor Jeremy. ¿Sois vos? ¿Qué hacéis aquí? —pregunta Dora asombrada.

Es él, con la apariencia de un loco desaliñado, con su camisa sudorosa y sus mangas remangadas. Tiene en su ojo derecho una lámina transparente casi invisible en forma de lente que le da un aspecto más interesante y atractivo. Jeremy se pasa la mano por la frente para retirar unas gotas de sudor.

—¡Me alegra verlas! —Contiene su respiración agitada y sus enormes deseos de abrazar a la damita—. Mi mamá me envía a buscarlas —miente—. ¿Se encuentran bien? —Lanza una mirada a Hadeline, pero esta mantiene su cabeza agachada con las mejillas sonrojadas—. ¿No tienen dinero para un aerotaxi? Si desean puedo llamar a uno.

—Habéis sido muy amable por vuestra parte, caballero. Nos encontramos bien —dice Dora secándose el sudor—. Bueno, realmente no del todo. —Observa a Hadeline—. Me temo que la señorita Hadeline... está afectada por la contaminación del aire. En nuestro país el aire es un poco más puro.

—Thank you Mr. Jeremy for coming —se atreve a decir al final.

Esa frase la entiende Jeremy gracias a las gafas que lo traducen todo. Quiere responder, pero evita llamar la atención de Dora.

—Sí, este aire no es adecuado para nadie, me gustaría ayudarles de alguna forma.

—¿Habéis venido en el coche, señor Jeremy?

—No, Doña Dora. He venido a buscarlas en una unimoto, necesitaba asegurarme de que se encontraban bien. Pero puedo llamar un aerotaxi y...

—Perdonad que os interrumpa, caballero. ¿Esa unimoto... tiene la capacidad de llevar otro pasajero?

Jeremy se queda pensando un momento. De poder, podría, pero le da miedo que le pida llevarla a algún sitio y dejar a la señorita sola en aquel lugar.

—Bueno... Sería incómodo, pero bien posicionado... Sí, sí podría.

—No sé si es mucha molestia, pero... ¿podrías vos acercarse a mí... —casi dice la palabra errónea, pero logra corregirlo— apreciada señorita Hadeline hasta el puerto de Bermeo?

Hadeline palidece ante aquella petición. Solo a su doncella se le ocurren extrañas ideas. Muerde su labio inferior mientras escucha atentamente.

—¡Por supuesto! Para eso he venido, para ofrecerles mi ayuda.

—Como bien sabréis, en el puerto de Bermeo, existe una plaza conocida como «Plazoleta», justo donde está la iglesia de Santa Eufemia. Allí vive una familia distinguida por todos los de la zona. Os ruego que acerquéis a la señorita hasta la casa de Doña Carmenza Gutiérrez.

«¡Ay, no! En casa de la tía de mi amiga Dorleta. No quiero encontrarme con el joven Dionisio Aritzaga», piensa Hadeline preocupada.

—¡Sí! Conozco esa iglesia, no hay problema, yo la llevo.

—Por favor, señor Jeremy, no debéis comentar nada, la señorita Hadeline se encargará de todo. Vos solo la dejáis allí y os suplico que esperéis en la puerta, necesito que os aseguréis de que la señorita acceda al hogar.

—Confíe en mí, Doña Dora. Créame que después de lo ocurrido, prefiero asegurarme de que la señorita esté bien.

—Os lo agradezco enormemente, caballero. Ahora, si me lo permitís, quiero hablar con la señorita.

Jeremy se mete las manos en el bolsillo y se gira un poco. Empieza a silbar. Dora aprovecha para hablar en inglés, teniendo fe en que el joven no entienda ni una palabra. Pero las gafas ejercen el maravilloso milagro de traducir.

—Por favor, señorita Hadeline —dice Dora en un perfecto inglés—. Necesito tener la certeza de su parte de que realmente desea volver a su tierra junto a sus padres, y no quedarse en España y cambiar su estricta y rigurosa vida. Yo conozco bien esta tierra de Dios y puedo asegurarle que muy a pesar de lo que usted ha visto y vivido, la vida aquí también puede ser maravillosa. Yo la llevaría a recorrer el mundo, incluso podría inscribirla en una universidad y...

—Perdóneme, Dora —interrumpe Hadeline en inglés—. Comprendo sus buenas intenciones, pero créame que mi felicidad nunca estaría completa sin mi familia. —Sus ojos se vuelven acuosos—. Definitivamente, amo mi tierra,

adoro a mi gente, no quiero este mundo, quiero mi mundo.

—Pero, señorita, entienda que la van a obligar a casarse y no quisiera esa triste vida para usted.

—No tiene por qué ser triste, Dora, mis padres me aman y sabrán qué es lo mejor para mí. —Lanza una tierna y disimulada mirada a Jeremy—. Además..., puede que mis padres cambien sus planes. En tal caso, debe ser usted quien decida si desea volver conmigo y continuar siendo mi doncella y hasta mi amiga... o, si por el contrario, desea quedarse aquí.

—De acuerdo, señorita Hadeline, no podemos perder más tiempo. Ya está decidido, volveremos a nuestro país y no se diga más. Ve con el joven y espérame en casa de los Gutiérrez. —Le coge de la mano—. Por favor, señorita, le voy a pedir que mienta por primera vez. Necesito que le diga a esa familia que estoy con su padre haciendo una diligencia y que enseguida la buscaremos para marcharnos.

—Pero ¿dónde va usted realmente, Dora?

—Necesito ir a alguna comisaría e interponer una denuncia, antes de marcharnos de este contaminado país.

—Una cuestión, Dora. ¿No se verá mal que me encuentre sola en compañía de un hombre? —Mira nuevamente al joven y muerde sus labios—. ¿Aunque este sea un apuesto caballero?

—Cuide sus palabras, señorita —le corrige—. Tranquila, este es un caso excepcional, además el caballero está comprometido, claro que la familia Gutiérrez no lo sabe, pero usted debe utilizar el comentario para evitar habladurías.

—De acuerdo, Dora, le esperaré entonces en casa de mi apreciada amiga y su familia. —Hadeline coge su vestido y realiza una reverencia de despedida.

—Una vez más —dice Dora en español para dirigirse al joven silbón—. Os agradezco a vos y a vuestra familia por todas las atenciones para con nosotros.

—Ha sido un placer, Doña Dora. Y espero que puedan resolver sus inconvenientes con gente de tan mala clase, como ese tipo que le busca.

—Que así sea, caballero. ¡Good bye, Miss Hadeline!

Los dos jóvenes se marchan juntos, subiendo por la colina, mientras Dora se dirige en sentido contrario hasta llegar a las columnas, donde coloca su dedo índice y realiza la petición del trenmil que llega justo en ese

momento.

Jeremy, como todo un caballero, le da la mano a la damita y le ayuda a subir la cuesta de tierra. Nada le importa, ni su pierna, ni su desactivado microdácil, solo disfruta de aquellas frágiles manos. Las manos de la señorita están sudando, aunque la ola de calor ha pasado, dejando un ambiente más fresco.

La señorita Hadeline está muy nerviosa, sentir las cálidas manos del apuesto caballero como sin querer reconoció delante de Dora, le crea en ella sensaciones extrañas. Nunca imaginó que aquél joven, aun en su condición de recuperación por la herida de la pierna, haya aceptado tal y como ha mencionado, la petición de la madre para buscarles y de alguna manera ofrecer su ayuda. Ha sido una gran alegría verle nuevamente, se temía que nunca más le volvería a ver y sin embargo allí está junto a él, aunque sus ojos entristecen ante el recordatorio de su doncella: «...además el caballero está comprometido...».

Jeremy sigue en silencio meditando todo lo que ha escuchado. «¿Entonces, ¿no puede mentir? Increíble, cualquier cosa que me diga será una autentica verdad», piensa el joven con una sonrisa dibujada en su rostro. «¡Y le parezco apuesto! ¡Qué agradable descripción! Pero... ¿cómo es eso de que se va a casar?», continúa inmerso en sus pensamientos.

—Perdonad, señor... Jeremy. Sois vos un gran caballero por venir a ayudarnos —dice Hadeline tímidamente.

Jeremy se detiene al llegar a la autopista y le coge de ambos brazos, la mira directamente a los ojos con una intensidad que la desestabiliza por completo.

—Mírame, Hadeline, necesito que seas totalmente sincera conmigo. Para empezar, no tienes que ser tan... —Piensa la palabra y se muerde el labio inferior—. Tan cortés. Entiendo que así te han educado, pero te suplico que al menos cuando estemos a solas, seas tú misma.

—Lo siento..., señor Jeremy —dice mientras agacha la cabeza con la mirada triste como si hubiese sido regañada.

—¡Pero no seas así! ¡Ay, Dios! No te estoy reclamando nada, solo es una sugerencia. —Le coge el mentón y la mira nuevamente—. Vale, no pasa nada, háblame como quieras... Es solo que... eres tan bella y a la vez tan intrigante...

Hadeline se aparta un poco, nuevamente se le acelera el pulso ante esas

palabras y esas formas para con ella. «¿Por qué este caballero es tan cautivador? No entiendo el efecto que causa en mí. Si tan solo él pudiese venir conmigo a Keltoi... Necesito ver a mi padre y hacerle la petición», medita Hadeline. Necesita concentrarse, antes que nada, en su padre.

—Os agradezco, señor Jeremy, por vuestras palabras. Por favor, decidme si sabéis algo de mi padre.

—No sé nada, preciosa, cuando salí de casa no había llegado aún. —Le coge la mano lentamente, cree que la ha asustado—. No tengas miedo, te juro que jamás te haría daño. Antes moriría que verte sufrir.

—No sigáis, por favor, señor. Es que... mi código de conducta...

—Está bien, de acuerdo —interrumpe Jeremy con frustración—. Entiendo, no es el mejor sitio para hablar. Ven, vamos en la inimoto al puerto y allí hablaremos tranquilamente.

No es el momento adecuado para interrogarla, necesita saber todo de ella, tiene miles de preguntas que hacerle, así que debe llevarla a un sitio más tranquilo y conocer bien a esa preciosa damisela que le tiene cautivado.

Jeremy saca un control remoto de su bolsillo y con pulsar un botón, parpadean unas luces. Presiona otro botón y la puerta empieza a subirse hasta el techo del vehículo. Con una sonrisa pícaro coloca la mano como todo un caballero para que la señorita se suba. «¿Qué país es ese que no tienen una simple unimoto?», se pregunta Jeremy con gracia. La damita, tímidamente, se sienta, pero no entiende cómo podrán entrar los dos.

La unimoto es prima hermana de las motos antiguas conocidas como Jog RR Yamaha, solo que es completamente cerrada, con una puerta a cada lado que se abre hacia arriba dando la sensación de un coche pequeño, con una sola rueda esférica, propulsada por hondas magnéticas para girar 360°. Tiene buen espacio entre el panel de navegación y el asiento del conductor. No posee manillar, palanca, ni volante en el salpicadero. El conductor simplemente se sienta y el cuadro de mandos realiza el viaje programado, enseñando la vía por donde circula. También muestra diversos sitios de interés próximos como restaurantes, comercios, centros comerciales... Posee solo un pedal de freno, en caso de observar alguna anomalía que el sistema no detecte, y una palanca al lado del asiento para dirigir el vehículo manualmente de forma opcional.

—Señorita Hadeline, no quisiera hacerte sentir incómoda, pero si quieres que yo suba contigo, tendré que sentarme sobre tus piernas. —Jeremy

guiña un ojo con picardía.

—Perdonad, ¿cómo decís?

—Solo tenemos dos posibles soluciones. —Sonríe—. Tú me llevas en tus piernas subido o yo te llevo sentada en mis piernas.

Hadeline se sonroja como un tomate. Eso no está para nada bien, va en contra de la moral, no puede aceptar ninguna de las dos opciones y decide salirse.

—¡Excelente elección, preciosa! —El joven salta de alegría.

—Siento desanimaros..., señor Jeremy, pero mi código no me permite ninguna de las dos opciones, así que tengo una mejor. —Hace una pausa, se acomoda su cabello despeinado detrás de la oreja y con la mirada hacia el suelo continúa hablando—. Tendré que ir caminando. Vos podréis ir en la «umoto» despacio junto a mí.

Hadeline, al ver la reacción del joven, que se pone a reír, se dispone a caminar lentamente por el cansancio y el dolor que le causan sus zuecos de madera.

—¡Qué ocurrencias tienes! —Se ríe— Además, no es «umoto», es unimoto, bella dama. —Camina hacia a ella—. No quería llegar a esto, pero me veré obligado a...

Y con un audaz movimiento, la envuelve en sus brazos y la alza. Ya lo había hecho días atrás y había sido todo un placer tenerla en sus brazos.

—Pe... Pero ¿qué estáis haciendo? ¡Esto es amoral! —chilla Hadeline intentando zafarse.

—¿No te cansas de seguir tantas reglas absurdas, preciosa? —comenta Jeremy con gracia.

Se mete como puede en el vehículo y la sienta en las piernas. La señorita está totalmente avergonzada, siente como si la hubiese desnudado. No sabe si llorar o abofetearle, no puede tomarse tanta confianza. La culpa es de ella que se ha dejado llevar por sus impulsos y le permitió un beso, y claro, ahora se cree con derecho a sobrepasarse.

—Tranquila, señorita Hadeline, no te haré daño. ¿Por qué siempre estás a la defensiva conmigo?

Jeremy toca un botón y la puerta se cierra.

—¡Buenas noches, Sahira! ¿A dónde se dirige?

—¿Hay alguien más aquí? —pregunta Hadeline inocente—. ¿Acaso sois vos un raptor de señoritas?

—¡Me sorprendes! ¿Nunca has subido a una unimoto? —Suelta otra risa burlona—. Solo es la unimoto que nos habla. —Se ríe nuevamente—. Dirección, iglesia de Santa Eufemia, puerto de Bermeo. Velocidad media.

El vehículo se pone en marcha y Hadeline siente una deliciosa sensación de hormigueo por todo su cuerpo. Los brazos del joven la están sujetando a modo de cinturón de seguridad. Su respiración está muy acelerada, cierra los ojos e intenta relajarse. Había olvidado que no debía sorprenderse por el vehículo, pero todo ocurrió tan rápido... Ahora, además de avergonzada, se siente tonta. Nunca había imaginado que un vehículo pudiese hablar, se había llevado un gran susto ante aquella peculiar voz robotizada. «Necesito estar más atenta a los pequeños detalles. ¡Uff! Es que este caballero me pone de los nervios. ¿Cómo pudo atreverse a...? Lo cierto es que tenerle tan cerca es tan... embriagador», se deleita Hadeline del instante.

Jeremy ha pasado del divertido momento a la preocupación. Había padecido tantas prohibiciones que el microdátil le impedía hacer, como aquel gesto de estar tan cerca de una bella pero prácticamente desconocida mujer, que le aceleraba más su corazón... Su boca está seca, muerde sus labios y la sujeta aún más contra su pecho, dando gracias al cielo por tener desactivado el chip. Sus piernas están rígidas, y por primera vez sus deseos como hombre se están apoderando de él. Necesita pensar en otra cosa o puede fastidiar el momento y entonces aquella asustadiza mujer huiría de terror.

—Señorita Hadeline, no quiero que estés enfadada conmigo. Es que no puedo permitir que camines por toda la vía, además de peligroso está prohibido.

Hadeline inclina un poco la cabeza y le mira de reojo, luego llena sus mejillas de aire y resopla.

—Os comprendo, señor Jeremy. Lamento mi imprudente comportamiento. —Recuerda lo ocurrido en la mañana—. Le ruego me perdone por... lo de esta mañana... No es propio de una señorita... de mis modales.

—No tienes por qué disculparte. —Recuerda el delicioso beso, pero necesita cambiar de tema urgentemente o no se podrá contener—. Creo que he sido yo el que no he sabido comportarme ante una mujer como tú. He sido educado de manera diferente y, bueno, me he rodeado de otro tipo de chicas.

Jeremy piensa en Miriam y su grotesca actitud, nunca se ha detenido a

pensar en la forma en que deben de darse a respetar las mujeres. De hecho, nunca ha conocido a ninguna que mantenga los buenos modales, algunas incluso han eliminado de su vocabulario un «gracias» y un «lo siento». Con eso del feminismo, han desacreditado a los hombres, fortaleciéndose ellas, sin tan siquiera reconocer sus errores. Y, sin embargo, la señorita Hadeline admite su falta de principios por un simple beso, que, comparado con cualquier otra mujer, habría sido un insignificante momento.

Hadeline siente curiosidad al ver a Jeremy acomodarse la lentilla del ojo, no le ha visto usarlas antes. No está segura si son las mismas gafas que le mostraron en el hospital, pero será un buen tema de conversación mientras llegan al destino.

—Perdonad mi intromisión... ¿Puedo saber por qué usáis ese accesorio?

—¿Qué cosa? ¿Esta lentilla? —La toca y Hadeline asiente con la cabeza—. Pues son para... conducir. —Miente y, nervioso, cambia de tema—. Y ahora, dime, ¿puedo saber qué llevas en tu bolso de mano?

—Por supuesto. Solo llevo mis lentes de lectura que mi padre me obsequió hace años. Así como mi... libro de francés.

Ambos suspiran a la vez. Jeremy por fin descubre dónde lleva el libro con el chip. No conseguía adivinar qué llevaba dentro del gracioso bolsito de tela con su forma fruncida y redondeada. También lleva la navaja que le ha quitado al atrevido individuo que quiso hacerles daño, envuelta en su pañuelo, pero Hadeline evita comentarlo.

—Gracias, señorita Hadeline —dice Jeremy en un susurro.

—No os entiendo, señor. ¿Por qué me agradecéis?

—Porque a pesar de que saliste huyendo de casa, has traído el libro.

—Tal cual como os prometí, señor. En mi país, la palabra dada vale más que mil documentos firmados.

Jeremy se entristece un poco, se da cuenta de que la damita adora ese dichoso país que ni su nombre recuerda. Da igual lo que él le diga para intentar convencerla de que no se marche. Ella de todas formas se irá y nunca más podrá verla. ¿Qué podría hacer para que eso no ocurriera? Ya no tiene nada que perder, la lleva en sus piernas en la unimoto, puede cambiar el rumbo y llevarla lejos. Fugarse juntos. Pero ha sido casi imposible meterla en la unimoto por su dichosa moralidad, como para secuestrarla y obligarla a estar con él a la fuerza... Tal vez esa damita debe ser libre y feliz a su manera.

—¿Por qué amas tanto a tu país? Necesitaré visitarlo.

—Solo puedo decirles que es un mundo maravilloso. —Hace una pausa, ve pasar unas trimotors suspendidas a toda prisa—. Me temo, señor Jeremy, que nunca lo conoceréis.

—Ya veo, pero necesito saber, ¿por qué anhelas volver allí?

Quiere sacarle la verdadera razón, sospecha que se trata del dichoso compromiso matrimonial del que ha escuchado hablar a la doncella.

—Para ser sincera, muero de ganas por estar con mi madre. En estos momentos es cuando más me necesita. —Hace una pausa, suspira—. Pronto dará a luz y yo deberé aprender a cuidar de un bebé.

—¿Qué? ¡No puede ser! —expresa Jeremy asombrado.

—Perdonad, señor Jeremy. ¿He dicho algo malo?

—¡No! No es eso, es que... ¿Dices que tu madre lleva un bebé en su vientre?

—Eso he dicho. Es como venimos al mundo. ¿No es así? —pregunta confundida.

—No del todo, señorita. Hace años que las mujeres dejaron de ser fértiles. Es decir, ya no se quedan embarazadas. Todos nacemos por selección, en un laboratorio.

—No comprendo. ¿Por selección? ¿En un laboratorio?

—Sí, pero esto es a nivel mundial. ¿Cómo es posible que tu madre esté embarazada? ¿De qué país dijiste que eras?

—Disculpadme, pero no os entiendo —dice Hadeline extrañada—. ¿Cómo se supone que nacen los bebés?

—Tengo entendido que, desde hace cincuenta años atrás, las mujeres dejaron de... Bueno, ya sabes, reglar. —Se sonroja—. Odiaban los síntomas, y además muchas mujeres quedaban embarazadas y abortaban cada dos por tres, otras traían hijos tras hijos al mundo, generando más superpoblación o bien dejándolos en orfanatos. Así que, inventaron unas pastillas, que las hicieron estériles. Por ello, quien desee ser madre, debe ir a un laboratorio. Allí realizan el proceso de fertilización, pero dentro de una incubadora matriz.

—¡Qué horror! Eso no puede ser. ¿Qué es una incubadora matriz?

Jeremy se queda desconcertado, no puede creer que hasta ese simple hecho lo obvie la damita. Intenta explicar de forma que la señorita entienda.

—La incubadora matriz es una estructura robótica parecida al R2-D2 de

la famosa película Star Wars, solo que en su redondeado cuerpo mantiene bajo protección el feto que se va desarrollando con total normalidad. Las manecillas sirven de protección, en caso de algún accidente. Toda su coraza emite ondas que solo pueden tocar y manipular los familiares que tengan la autorización digitalizada en el microdátil, de lo contrario emite un fuerte sonido tormentoso, considerándose un posible robo de la criatura. La mayoría de los padres optan por dejar el robot en los laboratorios y cada día lo visitan para ver el progreso de su futuro hijo, aunque en tema de costos, sean cuales sean las opciones de ser padres, es elevado. Así que, gran parte de la población evita «tener hijos».

—¡Oh! —exclama Hadeline—. De ser así, la mujer queda en estado nulo, perdiendo el más bello de los sentimientos de la vida: ser madre.

—Lamentablemente es así. Pero no nos desviemos de tu problema. A ver, dime, señorita Hadeline. ¿En tu país has visto a alguien más embarazada?

Hadeline se queda pensativa.

—Realmente no he visto a otra mujer que no sea a mi madre.

—¿Sabes por qué? Si alguien se entera de ese hecho, está en la obligación legal de avisar a las autoridades para que se lleven a tu madre, le extraigan el bebé a la fuerza y le inyecten químicos para dejar a tu madre estéril.

—¡Oh, Dios! —Le coge fuerte de la mano—. Pero eso sería una injusticia. ¿Por qué querrían hacer algo así? ¿Qué pasaría con mi hermanito?

—Tranquila, preciosa. En teoría es para evitar la superpoblación y mantener controlada la cantidad de nacimientos en el mundo. Al bebé suelen quitarle la vida, pues se supone que ha nacido al azar, con imperfecciones genéticas.

Hadeline gira su rostro y mira por la ventana de la unimoto, se tapa los ojos con sus manos, evita llorar, no puede creer que el mundo sea tan cruel.

—¡Oh, Dios! ¿Tan grave es estar embarazada?

—Lamentablemente sí, preciosa. Pero tranquila, nada va a ocurrirle a tu familia y, si llegase a pasar... Te juro que yo mismo les protegeré. Mi papá, el capitán William, tiene gran influencia, él es muy a pesar, un hombre de buen corazón. Jamás permitiría que le hicieran daño a vuestra familia.

Han sido unas palabras muy bonitas y honestas. Hadeline siente alivio con solo mirar los ojos de ese caballero, siente que el mundo puede

derrumbarse, pero él siempre estará ahí para protegerla.

Las ideas empiezan a fluir por la mente de Jeremy, tiene que verse con el capitán William, oír lo que tenga que decir, luego desistir de sus absurdas misiones, y pedirle más bien que, de algún modo, ayude a su amigo que dice querer tanto, Don Pierres, y a su esposa.

Ambos se miran nuevamente y se quedan atónitos. La damita dirige la mirada a la ventana, su corazón empieza a palpar con más fuerza, pensándolo bien no quiere llegar a su destino tan pronto. Jeremy la abraza fuertemente, pero con sutileza, puede sentir la suavidad de su vestido, de repente siente deseos de bajar más su mano y llegar hasta las piernas de la señorita. Se imagina qué sentiría al tocar su piel, sentir su calor, tenerla totalmente desnuda ante él. «¡Uff! ¡Qué sensación más deliciosa!», piensa ilusionado, pero reacciona enseguida y cambia sus pensamientos para no emocionarse más de la cuenta y estropear el momento.

Un precioso momento que Hadeline también imagina.

A su lado se siente segura, más aún cuando sus fuertes brazos le sujetan su fina cintura. Muerde sus labios para evitar moverse, de repente su cuerpo se congela y su boca se seca. Necesita que aquella tortura termine pronto o podría ella girar su rostro, besarle dulcemente, primero en los labios y luego por todo su cuerpo. Pero no debe hacerlo. Suspira al detenerse el vehículo.

Triste despedida

Una casa en silencio, con las luces apagadas y el Smart Home desactivado, presenta un ambiente desolado. Doña Consuelo se encuentra sentada en las escaleras, observando las maletas en la sala, esperando la llegada de sus hijos para marcharse, seguramente para siempre, de aquel lugar. Mira a lo lejos pensativa, trae a su mente los mejores y peores recuerdos vividos en esa estancia. Le llama la atención un objeto volador que se acerca a la ventana. Se da cuenta que es un i-Pets, con lo que rápidamente reacciona intentando esconderse. Sube las escaleras sigilosamente hasta dirigirse a la habitación pequeña, se arrodilla para moverse gateando hasta el ventanal, se coloca estratégicamente en una esquina para tener mejor visión hacia el jardín. A lo lejos, puede apreciar una silueta masculina que se mueve rápidamente por los matorrales y logra esconderse.

—¡Santo cielo! ¡Es ese hombre otra vez! —Se lleva las manos al corazón.

Para más mala suerte, sus hijos tardarán en volver. Al menos Juan ha podido dejar a Don Pierres en un hotel cerca del puerto de Bermeo, pero se ha ido a casa de Miriam para buscar a su hermano. Sin embargo, Jeremy no tiene pensado volver a casa hasta terminar de aclarar sus ideas y su loco corazón.

Han llegado a la plazoleta de Bermeo. Hadeline, un tanto avergonzada, se baja ante la mirada de unos jóvenes curiosos que al verla se van acercando, codeándose los unos a los otros. A continuación, se baja Jeremy, quien reacciona enseguida al verlos.

—¡Pero qué sorpresa! ¡Mira quién está por aquí! —dice un joven moreno musculoso.

—¡Qué pilluelo eres, mi pan! —dice otro joven—. ¿Qué haces con esta preciosidad?

—¡Cosita! ¡Nos volvemos a ver! —exclama Alex.

Hadeline se sonroja y gira el rostro, no se siente muy cómoda ante aquellas palabras. Jeremy se coloca enfrente de ella, apartándola de sus

amigos.

—¿Qué tal..., Alex? ¿Qué pasa, colegas? —vacila Jeremy.

Hadeline reconoce al caballero al que se ha dirigido Jeremy, es imposible olvidar ese rostro, ya que tiene parte de su mandíbula modificada con una lámina metálica. Alex es un hombre de unos veintisiete años de edad, alto pero delgado y sin músculos, de cabello totalmente blanco y bien corto. Viste de látex, con chaleco gris abierto sin llevar camisa debajo, dejándose ver su pecho medio velludo. Suele agachar un poco la cabeza para llevar sus ojos lo más cerca posible a sus cejas pobladas e intimidar aún más, observando a través de sus magic plus glasses. Su tono de voz da la sensación de un chaval enfermizo, mediocre y atontado.

—¿Esa es la niñita que nos mostraste en el vídeo, Alex? —pregunta un joven, anonadado ante la belleza de la chica.

—Este... Bueno, ya veis que sí existe de verdad.

—¿Qué vídeo, Alex? ¿De qué están hablando? —pregunta Jeremy enfadado.

—A ver, mi pan, cálmate. —Levanta las dos manos, mostrando sus palmas en modo de detención—. Solo es el vídeo de la última borrachera juntos, en casa de la Mery. ¿Recuerdas?

—¡No, idiota! —grita Jeremy—. ¡Muéstrame ese vídeo!

—Oye, bro, relájate... Solo es un vídeo, ¿vale? —dice otro mientras los demás cierran los puños.

Alex se toca las gafas magic plus.

—Listo, bro, te acabo de enviar el vídeo a tu perfil.

—¡Pues ahora bórralo, idiota!

—¡Ey, ey! ¡Baja el tonito, macho! —dice un joven intentando defenderlo, mientras que el joven musculoso y otros dos se intentan acercar a la señorita.

—Dinos, preciosa, ¿cómo te llamas? ¿Por qué tan tapadita? ¿Tienes novio?

—¡No le hables así! ¡Déjala en paz! —grita Jeremy mientras le empuja.

El joven musculoso reacciona rápidamente y le devuelve el empujón mientras los demás forman una especie de círculo a su alrededor.

—¡Tranquilos, brothers! —dice Alex—. A ver, muchachos, dejemos ya las bromas.

—¿Te parece que estamos bromeando, Alex? Solo queremos conocer a

esta preciosidad.

—He dicho que la dejéis en paz —resopla Jeremy, su mirada se vuelve asesina.

Hadeline se pone nerviosa y se agarra fuerte su vestido, no está segura de salir corriendo. Reconoce el aspecto de Jeremy, sabe que ya se ha convertido nuevamente en la bestia salvaje que arrasa con todo.

—¿Y a ti qué más te da, «Jemy»? Solo es una puta más, tú ya tienes a tu amada Miri... —No logra terminar la palabra, Jeremy le acierta un golpe en el rostro.

Este le devuelve el golpe y empiezan a forcejear en medio de puños, patadas, golpes, los demás aprovechan para empujar a Jeremy hacia el musculoso. Alex sabe que no debe meterse en esas peleas y se acerca rápidamente a la señorita, le dice disimuladamente que se marche cuanto antes. Pero Hadeline niega con la cabeza y solo se aparta un poco. No puede soportar ver cómo unos individuos, que supuestamente son amigos del caballero, le animan a pelear en vez de separarlos. Decide defenderle y se va corriendo contra el grupo, empujando al joven musculoso.

—¡Apartaos, caballero! ¡Sois vos un maleducado!

Todos empiezan a reír como auténticos lunáticos. Jeremy está en el suelo, agarrándose la pierna derecha con fuerte dolor aún por la herida. Se le han caído las glasses ultra FXR y las recoge del suelo. Hadeline se atreve a mirar directamente a los ojos del joven abusón.

—¿Vos creéis que golpear a otro caballero es digno de vuestro intelecto?

—Pero... ¿de qué demonios hablas? Pareces Shakespeare. —Empieza a reírse también.

—Vos sí que parecéis sacado de una obra de Shakespeare, representando el mal y la bazofia que pueda existir.

—Oye, mi pan... Creo que la chica —dice un joven sin poder contener la risa— te acaba de insultar sin que te des cuenta. —Todos se ríen a coro.

El joven musculoso se siente humillado y con toda la rabia que le carcome por dentro logra abofetear a la señorita, quien al recibir el golpe se tapa su rostro y logra mantener el equilibrio. Todos dejan de reírse y Jeremy se pone en pie rápidamente y le empuja con todas sus fuerzas, intenta darle un puñetazo en el rostro, pero Hadeline le detiene.

—¡Dejadle, señor Jeremy! Este hombre —dice con una voz melancólica, que todos se derriten al oírla—, no merece ni un golpe, ni un insulto, ni una

palabra. Simplemente no merece ni siquiera nuestra importancia, pues el ignorarle le hará eclipsarse. Su poca hombría no se basa en su fuerza, sino en su decadencia como persona.

—¡Ey, men, te pasaste! —dice un joven.

—¡Sí, bro, ya la has embarrado!

—Vámonos, amigos, esto ya no me divierte.

El joven se siente derrotado, pero intenta defenderse. Mientras, los demás se marchan del lugar dejándoles solos.

—Más pronto que tarde —dice el joven en voz baja pero amenazante— también acabaré por acostarme con esta perrita, tal y como disfruté del cuerpo de tu Miriam.

—¡Vete a la mierda! —vocifera Jeremy.

El joven se marcha. Alex se acerca lentamente hasta Jeremy. Hadeline se retira, apartando la mano de Jeremy, que intenta acariciarla. Necesita un momento de soledad y que sus lágrimas le calmen el dolor de su mejilla enrojecida.

Ahora entiende que esa sociedad presenta un desequilibrio mental, tienen la facilidad de pasar de la risa a la rabia como si nada. Ha comprendido también que Jeremy es un monstruo igual o hasta peor que esos jóvenes. Sabe que el detonante de sus males es ese extraño amor que siente por la mujer que él ama, la señorita Miriam. De repente le duele más el pecho, en lo más profundo de su alma. No puede hacerse más ilusiones, idealizando a un amor que realmente no existe, más que en sus sueños.

—Lo siento... Mi pan, yo... —dice Alex buscando las palabras adecuadas—. Bueno, men, ya sabes que soy cobarde...

Jeremy está bastante dañado, tiene un ojo reventando y sus brazos están rasgados, no está seguro de si tiene sangre en la pierna herida, pero está totalmente dolorido, escupe en el suelo sangre con saliva. Se queda un poco pensativo observando a Hadeline alejarse. Aprovecha para hablarle a su amigo.

—¿Qué haces aquí, Alex? ¿Por qué con esos idiotas? ¿Por qué diablos tuviste que mostrar ese vídeo?

—Ya te dije que lo siento, mi pan... No quería mostrar nada del vídeo, pero el Bryan insistió en verlo en modo holograma en mi casa, entonces, bueno, yo lo puse..., pero mi tío Marcus... entró y se puso como loco y me insultó, y bueno, bro, ya sabes que el Bryan es pura burla, así que estaba

grabando todo lo que me pasó, y bueno, lo subió a la red y todo el mundo se enteró enseguida y bueno...

—¡Deja de mentir, mi pan! Solo asume tu maldita culpa.

—No miento, mi pan, usa tus gafas y mira el vídeo.

Jeremy, enfurecido, se coloca las gafas FXR para ver la dichosa grabación. Efectivamente, se puede apreciar la risa de Bryan mientras graba a un hombre alto de unos cuarenta y tantos años agarrando de la camisa a su amigo Alex.

—¡Pero qué...! —grita Jeremy—. ¡Maldita sea! ¿Ese es tu tío?

—¡Claro mi pan! Bueno, tú no le conoces, pero es un loco, el otro día...

Alex continúa hablando de anécdotas extrañas, pero Jeremy no le presta atención, está concentrado en el vídeo; observa al hombre que insistentemente le pregunta la dirección de la casa y le pregunta por Dora, convertido en un psicópata. Le hace preguntas de la señorita Hadeline, pero se ve a Alex bastante confuso balbuceando sin saber responder, solo diciendo que está muy drogado como para acordarse de lo que pasó.

Por fin las piezas empiezan a encajar, ese hombre es el mismo enajenado que está buscando a Doña Dora, lo que confirma que realmente son pareja, pero Jeremy no termina de comprender el motivo por el que exige con tanta insistencia y la descripción exacta de la señorita Hadeline. El vídeo termina con la imagen borrosa y envuelta en risas por Bryan.

—¡Calla, Alex! Necesito más información de tu tío. ¿Dónde vive? ¿Está casado? ¿Sabes si tiene hijos?

—Bueno, mi pan, sinceramente no sé mucho de su vida, pero sí sé dónde vive. Tiene mucho dinero y no lo vas a creer, pero su casa es un edificio de tres plantas.

—Mira, Alex, te voy a pedir dos cosas. Necesito que investigues y grabes a tu tío, es una persona muy extraña y creo que le conozco. —Traga saliva y continúa—. Tienes que ser precavido, puede ser un tipo peligroso.

—Tranquilo, mi pan. ¡Eso está hecho! —Le da una palmada en la espalda— ¿Qué otra cosa?

—Por favor, bro, necesito que le entregues la unimoto a mi vecina. Ya la conoces, Sahira, junto con estas gafas que son de su abuelo. Vamos a un bar a limpiarlas. Se han ensuciado, maldición.

Luego va en busca de la señorita Hadeline, quien se encuentra de espaldas en silencio. Jeremy suspira.

—Señorita Hadeline... Ha sido un acto muy valiente... Ninguna mujer se hubiese atrevido a... Me siento tan avergonzado —dice Jeremy cabizbajo—. Pensarás que soy un idiota... Pero últimamente nada me sale bien. No sé... A veces pienso que el universo me está enviando señales.

Hadeline se gira y le mira a los ojos. Se siente humillada, sobre todo cuando esos hombres horribles le han llamado «preciosa», pues es como el amable caballero le suele decir dulcemente, lo que significa que solo es una palabra más que todos los hombres suelen usar sin sentido alguno, y eso le desilusiona más. Jeremy siente un cosquilleo por su maltratado cuerpo al ver aquellos impresionantes ojos humedecidos. Siente que ama a esa mujer, que los dos se tienen el uno para el otro, que él siempre la defenderá y que ella siempre le cuidará. Y, sin embargo, odia toda la mala suerte que tiene, pues también le afecta a esa bella mujer.

—Será mejor, señor Jeremy, que vos dediquéis tiempo a meditar. Solo vos sois el dueño de vuestra vida y deberéis interpretar bien esas señales para que toméis decisiones acertadas que sean el motivo de vuestra felicidad y no de vuestro sufrimiento.

Después, se retira dejándolo pensativo. Sus palabras le causan el mayor dolor que ha experimentado nunca. Esa mujer le está volviendo loco, más aún, ante aquellas palabras de reproche.

—¡Mierda! —dice Jeremy en voz alta sin que la señorita le escuche—. Necesito despachar a Alex para quedarme a solas con ella. —Se queda observándola caminar hasta la plaza y su amigo tras ella—. Necesito explicarle mi vida y que ella me explique la suya.

La plaza está abarrotada de gente agitada, las señales de sus i-Pets se interrumpen constantemente, todo se ha convertido en caos y bullicio. Toman asiento en la terraza de un bar, mientras Jeremy se va al baño para limpiar las gafas de Sahira.

Alex se queda deleitándose con la mirada dulce, triste y tierna de la señorita, quien permanece en silencio incomodada por su presencia.

—Sabes una cosa... Es curioso cómo mi bro te protege. No sé si es porque quiere creer que eres Miriam, o porque... ¿Qué significas para él? ¿Cómo os conocisteis? ¿Por qué vistes tan raro? Mejor dicho, ¿por qué hablas tan raro? —se decide a interrogarla Alex, pero la señorita agacha la mirada, quiere irse pronto a casa de su amiga. Alex, al sentirse ignorado, empieza a manipular sus gafas.

El momento es interrumpido por un joven que se acerca por detrás de la señorita.

—¿Señorita... Hadeline? ¿Sois vos?

«¡Oh no! El joven Dionisio», piensa Hadeline nerviosa. Enseguida se levanta sin darse cuenta de que Jeremy se está acercando. Le observa y realiza una reverencia. El joven Dionisio tiene un aspecto jovial, ya no parece el triste caballero que había visto en el hospital. Ahora parece todo un hombre de negocios con sus magic plus glasses. El joven le coge de la mano y le planta un beso a la señorita, observando sus nudillos.

—Mr. Dionisio Aritzaga de Zikuñaga Gutiérrez.

—¿Os encontráis bien, señorita Hadeline? ¿Dónde está vuestra doncella?

Hadeline traga saliva, es la primera vez que va a mentir y no está segura de hacerlo bien. Se acomoda un poco su cabello para intentar taparse su mejilla enrojecida por el golpe. Decide continuar hablando en inglés para evitar que el amigo de Jeremy les entienda.

—Thanks for asking. I feel good. I must speak in English so that the young man does not understand us —dice, haciendo énfasis en que debe hablar en inglés para que nadie les entienda—. My maid is with my father. Soon we will depart to our beloved island, away from these unpleasant lands —comenta Hadeline, entusiasmada de admitir que pronto se marcharán de ese desagradable país, rumbo a su apreciada isla.

—No os molestéis en hablar otro idioma, señorita. —Lanza una mirada despiadada a los dos jóvenes—. Estos dos caballeros tienen unas gafas que les traduce todo.

«¿Estos dos caballeros? Se refiere a que el señor Jeremy...», piensa Hadeline. Se gira y se queda totalmente pálida al verle. Había sospechado de las gafas de Alex, pero las gafas de Jeremy... «Pues son para... conducir», recuerda Hadeline las falsas palabras del caballero. Una decepción más, le ha mentido y seguramente lleva mintiendo desde el primer momento en que se conocieron. Se siente muy humillada, necesita alejarse pronto de ese hombre. Se está muriendo por dentro y aun así debe mantener la compostura.

La reacción de Jeremy es confusa, por un lado siente celos al ver nuevamente a ese tipo besar la mano de la damita. «¿Será ese... es el hombre con el que se supone que se va a casar?», se pregunta Jeremy. Odia pensar en esa posibilidad, siente una punzada en su corazón como un puñal, que se lo

vuelve a partir en mil pedazos. Se enfurece por no poder tener un maldito momento para ellos solos y poder hablar libremente sin rodeos. Por otra parte, logra adivinar la reacción de Hadeline, sabe que ha descubierto la mentira en cuanto a las gafas que lleva puestas. Pero ya es inútil tratar de explicarse.

—¿Y este... quién es, mi pan? —dice Alex anonadado.

—¿Qué quieres tú?, ¿qué se te ofrece? —pregunta Jeremy enfadado.

Inmediatamente se acerca la hermana del joven Dionisio y con alegría saluda a la damita.

—¡Señorita Hadeline! ¡Querida amiga!

Hadeline se gira nuevamente al oír esa agradable voz, juntas hacen una reverencia. Tanto Jeremy como Alex se quedan sorprendidos, observando a dos mujeres vestidas prácticamente igual. Bueno, la joven está más bronceada, tiene más cuerpo de mujer, con un pronunciado escote, dejando ver un abultado pecho decorado con encajes a su alrededor por ese anticuado vestido. Parece que lleva una campana debajo del ancho vestido, pues se mueve con gracia de lado a lado como si estuviese tocando alguna alegre melodía.

—No debería responderos ante ese ímpetu de pregunta —dice seriamente el joven—, pero creo que es de caballeros presentarse. Soy Dionisio Aritzaga de Zikuñaga Gutiérrez.

—Ya hemos escuchado tu retahíla de nombre, bro —dice Alex en tono burlón.

—Señorita Hadeline, ¿cómo es posible que os encontréis en compañía de estos dos rústicos?

—¿A quién llamas rustico? —se exalta Jeremy—. ¿Cuál es tu problema, monigote?

Jeremy se acerca enfurecido, con la intención de agarrarlo de su patética corbata y arrastrarlo por toda la plazoleta.

—Señor Dionisio, como os decía —se apresura a intervenir Hadeline, impidiendo que Jeremy se acerque—, mi doncella se encuentra con mi padre, así que estos caballeros me estaban ayudando a encontrar la dirección de vuestra tía.

—¡Ay, amiga! ¡Qué alegría! ¿Entonces vos nos estabais buscando?

—Por favor, señorita Dorleta, no interrumpáis la conversación —le corrige el hermano con enfado—. Pues será mejor que vengáis con nosotros,

señorita Hadeline.

Alex empieza a reírse al escucharles hablar. Jeremy rápidamente se traga su orgullo y reacciona, sabe que si intenta mantener los modales, además de dar buena impresión a la enfadada señorita Hadeline, también puede convencer al monigote para que marche y le permita un momento a solas con Hadeline.

—Perdón... Señor Dionisio, he sido un maleducado —dice Jeremy acercándose más—. Mucho gusto, soy Jeremy Smith, hijo del capitán William Smith, la familia que ha dado cobijo a la familia de la señorita Hadeline.

El joven Dionisio se queda sin palabras, eso no se lo esperaba.

—Acepto vuestras disculpas, caballero. —Le ofrece la mano para estrechársela y Jeremy cede—. Creo haberos visto antes... en el hospital.

—Así es, me encontraba muy enfermo y mi prometida no ha podido acompañarme al hospital, ni nadie de mi familia, así que, la amable señorita Hadeline se ofreció aquel día.

Hadeline se pone nuevamente roja, esta vez de furia al oír esas palabras admitiendo que está comprometido, cosa que nunca le ha dicho por estar muy ocupado, diciéndole palabras bonitas a ella para enamorarla tontamente.

—¡Ah, perdón! ¿Estáis vos comprometido?

—Por supuesto —responde Jeremy, recordando las palabras de Dora, que había hecho énfasis en ese detalle para evitar habladurías—. Así que, si no le molesta, acompañaré a la señorita Hadeline en un rato hasta la casa de ustedes. —Lanza una mirada a su amigo burlón—. No se preocupe por mi amigo, solo ha sido una coincidencia, pero él ya se marcha.

—¿Qué dices tú, mi pan? ¿Que yo qué? —dice Alex más calmado, al tiempo que manipula las gafas.

—He dicho que te larg...

El instante es interrumpido por una luz que sale proyectada desde el centro de las gafas de Alex, dibujándose la silueta de una mujer frente a él.

—A ver, Alex, dime, ¿dónde está? —dice el holograma.

Hadeline se asusta ante la imagen, no termina de acostumbrarse a los dichosos hologramas de las personas, que parecen fantasmas. La señorita Dorleta aún no ha tenido la oportunidad de apreciar esa tecnología y se queda pálida señalando a la imagen.

—¡Oh, por Dios! ¿Qué es eso? —dice Dorleta sorprendida.

Su hermano se acerca, le pone la mano en el hombro y le da una especie de pellizco diciéndole disimuladamente que se calle y que guarde la compostura. Jeremy se queda pálido.

—¡Eso mismo digo yo! —dice el holograma con cara de asco—. ¿Qué es eso que llevas puesto?

—Miriam, ¿qué estás haciendo aquí? —pregunta Jeremy con voz seca.

El holograma de Miriam se gira un poco y sonrío al ver al hombre que busca.

—Mi amorcito bello, ¡pero si eres tú! —Su avatar salta y aplaude de emoción—. Ya sabes que tu amigo Alex me adora, así que le pedí que me dejase venir a verte.

Jeremy le lanza una mirada asesina a su amigo. «Maldito Alex. ¡Eres un bastardo!», piensa Jeremy seriamente, con ganas de gritárselo, pero contiene su rabia. Necesita pensar con claridad. Si logra convencer al monigote para que se largue a tomar por saco y consigue deshacerse de su amigo, entonces por fin podrá quedarse a solas con la adorable señorita Hadeline.

—¡Ah! Qué bueno verte, amada Miriam —dice disimulando la rabia—. Justo le iba a hablar de ti al señor Dionisio.

El avatar se mueve sobre su propio eje observando toda la zona.

—¿Qué señor, Jemy? No veo a ningún señor.

—Muy graciosa, como siempre. —Pone los ojos en blanco—. Te presento al señor Dionisio. —Hace una pausa, mira a Hadeline—. Amigo, ¿verdad? —Espera respuesta de la damita, quien parece haberse convertido en una estatua—. De la señorita Hadeline.

El joven Dionisio agacha la cabeza en vista de que no puede besar la mano del holograma.

—Soy Dionisio Aritzaga de Zikuñaga Gutiérrez, de momento, un buen amigo de la señorita Hadeline. —Le mira con ojos de enamorado—. Un placer conocerla, señorita...

—¡Ay, Dios! Paso de esas habladurías. Soy Miriam, y solo quiero hablar con mi futuro esposo. —Sonríe mostrando todos sus dientes y se dirige a Jeremy—. Jemy, querido, me alegra que todo siga igual entre nosotros, necesitamos hablar de tantas cosas... Pero está fallando la señal, ven a mi casa, aquí está tu hermano... que dice que vayas a casa urgentemente. Pero antes, ven a verme. Alex guapito, gracias por permitir a mi avatar interactuar. Nos vemos amorcito.

El holograma desaparece y la luz de las gafas de Alex se apaga. Él solo se tapa la boca, conteniendo a más no poder la tentación de risa que toda esta situación absurda le causa.

«¡Maldición, Juan! ¿Qué hace en casa de la Miriam? ¡Puff! Tendré que ir a casa primero», piensa Jeremy mientras observa a los dos hermanos conversar en voz baja. Jeremy se acerca hacia su amigo risueño, le dice al oído que se largue, que ya no necesita nada de él. Alex se marcha sin parar de reírse.

«¿Por qué no se marcha y me deja con mi sufrimiento? ¿Por qué insiste en quedarse a solas conmigo? No debí dejarme besar, no debí dejarme llevar por mis impulsos. Pero debo mantener la compostura, mi madre siempre me dice que no es correcto mostrar mis sentimientos y menos en público. Solo me despediré amablemente y me marcharé con mi amiga», analiza Hadeline con profunda melancolía. Aunque intente ocultarlo, su mirada la delata, pero solo ante los ojos de Jeremy, que siente conocer cada gesto de la damita.

—Señorita Hadeline, como bien os decía —comenta Dionisio—, os llevaremos a nuestra casa para que esperéis allí a vuestro padre y a vuestra doncella. Así habláis con mi hermana. Imagino que tendréis muchas anécdotas por contaros.

Hadeline asiente con la cabeza y se acerca hasta los hermanos para marcharse, pero Jeremy rápidamente se acerca y le intenta detener cogiéndola del brazo.

—¡Espera! —Jeremy enseguida reacciona y la suelta—. Es que aún... no te he comentado las palabras de mi familia —dice Jeremy titubeante—. Si sois tan amables de dejarnos unos momentos a solas... Debo leerle unas palabras que mi familia me ha encomendado a la señorita Hadeline.

Los hermanos se marchan caminando despacio, mientras la damita se queda con el corazón en la boca ante aquella actitud de Jeremy. «¿Será que realmente su familia me ha enviado unas palabras o solo son excusas para enloquecerme más?», se pregunta Hadeline.

—Entonces... —dice Jeremy con un nudo en la garganta—. ¿Esta será la última vez que te vea, preciosa?

—Por favor, señor Jeremy, os pido de corazón que no me digáis esa palabra.

—¿Cuál, señorita Hadeline? ¿Preciosa? —La mira detenidamente a los ojos y ella intenta esquivar su mirada—. Pero si eres la mujer más bella que

mis ojos han visto. Tienes un encanto que francamente me dejas entre el cielo y la tierra...

—Os agradezco vuestros cumplidos, pero no creo que sea correcto... dedicárselas a una mujer que no sea vuestra prometida.

—¡Ah! ¿Entonces es eso? ¿Estás celosa?

—No podría estarlo. Os conozco desde hace pocos días, señor, y puede que el amor necesite más que unas cuantas horas para que nazca, crezca, y florezca en nuestros corazones.

—Pues puede que ya... haya nacido... y no nos hayamos dado ni cuenta. De todas formas, bella dama, necesito que me escuches. —Ambos suspiran—. Debes saber, que antes de conocerte, mi corazón pertenecía a Miriam. Soñaba con casarme con ella, esa obsesión me estaba consumiendo, y desde que desactivé mi micro...

—Os lo ruego, señor Jeremy —interrumpe Hadeline con voz suplicante—. No sigáis, no quiero escucharos más. Permitidme retirarme. No creo que pueda soportar ni un minuto más.

—¡No, señorita Hadeline! Necesito que me escuches. —Se acerca un poco más, se muere de ganas por sujetarla de ambos brazos y hasta robarle un beso, pero sabe que el monigote les está mirando, así que mantiene la calma—. Como te decía, esa vida con Miriam terminó, te juro que ya no somos pareja. Poco a poco he intentado sacarla de mi cabeza y...

—De verdad, por favor, os lo suplico: dejadme marchar. ¿No veis que ya me habéis causado bastante decepción?

—Pero todo ha sido un malentendido, te juro que...

—Señor Jeremy, mentirme respecto a la lentilla que llevabais puesta no ha sido un malentendido. Lo siento, pero yo vengo de un país donde nunca mentimos, pues la verdad es lo más sagrado que tenemos.

—Entonces, si nunca mienten... Dígame, señorita Hadeline, ¿acaso tú no has sentido las mismas ganas de huir juntos a un lugar donde no existan las estúpidas leyes, donde simplemente podamos ser solo tú y yo sin que nadie ni nada se interponga en nuestras vidas?

—Puede..., señor Jeremy, no he de negaros. Pero es un imposible y, tal vez, un fugaz sueño. Y, francamente, ya me cansé de vivir de ilusiones, he descubierto que esto no es real, nada en vuestro mundo es real. Y tal vez vos... tampoco lo seáis, solo os he imaginado diferente.

—¡Soy diferente, maldita sea! ¡Hadeline! Y por ti sería incluso único.

Pero eso no significa que me comporte como ese payaso monigote que tienes por pretendiente.

—El señor Dionisio no es... —Hadeline hace una pausa—. No pretendo que vos seáis único, pero sí os aconsejo que meditéis vuestra vida y aclaréis vuestro corazón. Con vuestro permiso, me retiro.

Hadeline empieza a caminar, pero Jeremy se coloca delante y la detiene en seco.

—Señorita Hadeline, no se marche, por favor. No me deje solo. —Sus ojos se humedecen—. Detesto la soledad, el maldito silencio... Es cuando vuelven las voces a mi cabeza y me piden a gritos que no continúe en este mundo. Total, ya no sé ni para qué he nacido, ni para qué he de seguir viviendo. Soy un inútil que no sirve más que para dar sufrimiento a mi madre, a mi familia. Un estorbo para esta sociedad en donde no encajo con nadie. Como sabrás, me quedé sin amigos. Como bien has presenciado, me he peleado con todos. Ya nada me importa, y sin ti, ya nada me queda.

A Hadeline se le derrite el corazón ante aquellas palabras, su voz sale frágil conteniendo sus lágrimas.

—No digáis eso, señor Jeremy. Pues vos valéis más que cualquiera de esos incultos. Tenéis un corazón valiente que lucha contra las injusticias, y sois todo un caballero que sabe respetar a una dama. Veros con el bonsái me hizo comprender que vuestro corazón es puro, noble y fuerte. Me ofrecisteis esa felicidad, ante mi desdicha de conocer los árboles de plexicril, tan irreales, como todas las personas que nos rodean. Así que quiero creer que, aunque me marche, quedareis vos en estas tierras dando ejemplo del verdadero caballero que se debe ser. Pues si vos anheláis quitaros la vida, seréis una gran pérdida para la humanidad. —Hadeline no puede más, sus lágrimas descienden por sus mejillas—. Además, causaréis una gran tristeza a mi corazón, que ciertamente mantendrá la esperanza de volver a veros en algún momento de nuestras vidas.

Jeremy se queda en silencio, sin saber qué responder. La señorita le muestra la mano mientras se inclina en reverencia y el joven reacciona aceptándosela.

—Te juro, señorita Hadeline —dice Jeremy sujetando con fuerza aquella frágil mano— que meditaré para organizar mi vida, como me lo has sugerido. Pero luego te buscaré, juro que te buscaré, así tenga que dar la vuelta al mundo, te encontraré... Y, ¿sabes por qué? —La damita solo muerde sus

labios y agacha la mirada—. Porque no puedo morir sin un corazón, pues te marchas con él, dejando un vacío en mi pecho.

Le planta un beso húmedo en la mano y le suelta lentamente. La damita le regala las más tiernas de las sonrisas y se marcha despacio, intenta mantenerse firme pero le tiemblan las piernas.

«Vamos... Esto ya lo he hecho otras veces, puedo hacerlo, no es tan difícil caminar», se dice Hadeline. Intenta avanzar sin caer en la tentación de volverse y abrazarle y nunca más apartarse de él. Pero es una locura, su corazón lo sabe, su cuerpo lo sabe. Aun así, sus pies no quieren dar un paso más.

Desvelando sentimientos

Es una noche oscura donde solo falta la niebla espesa para que la casa de los Smith parezca más aterradora que la casa de Frankenstein. Reina un profundo silencio. Jeremy ha llegado antes que Juan. Sin embargo, ha entrado en la casa de Sahira para devolver la unimoto y las gafas. Después, se marcha a su casa, encontrándose con su hermano Juan aparcando en el garaje. Ambos entran asustados al ver la casa totalmente a oscuras y con la puerta principal abierta.

Jeremy se dirige a la cocina y busca un cuchillo, mientras que Juan busca una vela para poder alumbrar. Los dos hablan en voz baja y deciden subir a la planta de arriba, donde se había hospedado la visita. No encuentran nada más que unos papeles rasgados. Jeremy los recoge y se los mete en el bolsillo, después los revisará con tiempo.

La habitación está totalmente desordenada, quien haya entrado estaba buscando algo y no precisamente de valor.

—¡Dios Santo! ¿Le habrá pasado algo a nuestra madre? —dice Jeremy en voz baja.

—¡Shiit! —musita Juan—. No sabemos si el ladrón aún está en casa. Revisemos todo sin hacer ruido. Luego bajamos a la cripta.

Jeremy asiente con la cabeza y revisa su armario, retira un trozo de madera que cubre el espejo y saca un arma que tenía escondida en ese compartimento secreto. Su hermano Juan se asusta al verle. Ya sabía que su hermano ocupaba su tiempo con malas compañías, pero no tenía claro cuánto le perjudicaban. Ya tendrá tiempo de reprenderle, de momento deben investigar la ausencia de su madre.

Jeremy se siente poderoso sujetando la pistola, pequeña y compacta de unos 150 milímetros de longitud, con apariencia de juguete por su textura transparente de material plexicril. Se enciende automáticamente al escanear la huella digital de su dueño; en caso contrario no sirve. Es la primera pistola en no tener gatillo, siendo este reemplazado por un pulsador rojo, muy parecido a los antiguos interruptores que usaban las casas para apagar o encender la luz cuando no existía la domótica. Al joven le tiembla la mano por temor a

tocar el pulsador sin querer.

Terminan de completar la búsqueda silenciosa en esa planta, se dirigen lentamente hasta el sótano, buscan por la habitación de Juan, por los baños... Jeremy tiene miedo de encontrarse con uno o varios tipos armados; aunque ha practicado con el arma, apostando con sus amigos para ver quién tenía mejor puntería, no está seguro de usarla contra una persona. Tampoco quiere recibir un tiro... No sin antes recibir un último beso de la señorita Hadeline.

—Todo despejado, Juan. Entremos en la habitación de nuestros padres.

—Entra tú primero —dice Juan acobardado—. Yo te ilumino.

«¿Cómo le dicen, el iluminado? Será cobarde el muy...», piensa Jeremy, mientras camina lentamente. Es de esperarse que el ladrón o los ladrones estén allí, en ese lugar. Su sangre fluye con mayor rapidez por sus venas, se escucha un leve golpe que proviene del armario. Juan sale de la habitación como un gato recién bañado, dejando el candelabro en el suelo. Jeremy refunfuña entre los dientes. Agarra la vela y con el arma apuntando se dirige hasta el closet. Lo abre, mueve la ropa. No hay nadie.

—Mamá, ¿estás ahí? —dice Jeremy con voz temblorosa, dando siete golpes a la falsa pared del armario—. Soy yo, Jeremy.

La madre siente alivio al sentir los golpes como contraseña que su amado esposo les había enseñado. Desbloquea la puerta y el espejo se mueve hacia un lado. La madre sale con el rostro pálido.

—¡Hijo, Jeremy! ¡Qué susto me he llevado! —Se abrazan.

—¡Mamá! ¡Qué alegría verte! —Sus ojos se humedecen. Su madre es lo más sagrado y la había olvidado por completo—. ¡Juan! —grita Jeremy—. ¡Maldito cobarde, ven!

Juan entra a ciegas y se acerca dándole un fuerte abrazo a su madre, feliz de verla con vida. Se había imaginado lo peor. Todos suben al salón y recogen la ropa guardándola nuevamente en la maleta.

—Pero ¿quién crees que ha podido entrar en la casa, mamá?

—Pero quién más va a ser, Jeremy —responde su hermano—. Los tipos esos que la otra vez buscaban la dichosa caja.

—¡No, hijo! Aquí está la caja que tu padre tanto cuida. No eran ellos, era ese hombre de la tarde, hijos.

—¡El bastardo de Marcus! —afirma Jeremy.

—¿Quién es Marcus? —dicen a coro.

—Pues el tipo ese que está buscando a Dora.

—¡Ah! El padre de la señorita Hadeline —exclama Juan.

Jeremy se queda asombrado al oír aquella revelación. Pero la madre suplica que se marchen pronto, necesitan abandonar cuanto antes aquella casa para ir en busca del capitán.

Dora por fin ha podido terminar de interponer la denuncia formal contra ese miserable de Marcus Giménez. Le han configurado el microdátil para mantenerle alejado, además de tomarle toda la declaración posible, abriendo una investigación y lanzando una orden de búsqueda y captura al considerarle un hombre peligroso para la sociedad.

Sale de la comisaría más tranquila y segura, con algo menos de qué preocuparse. Se cruza con un hombre y le pide disculpas, pero este le habla enseguida.

—Pero... ¡Doña Dora! ¿Qué hacéis vos aquí?

—¡Don Pierres, qué sorpresa!

—Decidme, por favor. —Le sujeta fuertemente el brazo—. ¿Qué habéis hecho con mi hija? ¡Sé!

—Por favor, Don Pierres, calmaos. La señorita Hadeline se encuentra en casa de Doña Carmenza Gutiérrez.

—Perdonad mi imprudencia, es que pensé que... —dice soltándole el brazo— queríais vos quitarme a mi hija. ¡Sé! Más bien a vuestra hija.

—No, Don Pierres. Es vuestra hija y de vuestra señora. Os he dado mi palabra, y como kelteña, tengo la obligación de cumplirla.

Dora habla con un nudo en la garganta, pues por un momento había olvidado a Keltoi y todo lo que le había ofrecido, siendo egoísta y pensando en su felicidad en España. Pero ha descubierto que ya no es la tierra que con tantas ansias anhelaba. Hadeline se merece, ahora más que nunca, tener una familia y disfrutar de ese pedacito de cielo llamado Keltoi.

Después de haber aclarado todo lo ocurrido, se marchan juntos a casa de Doña Carmenza para buscar a la damita y volver al hotel, donde pasarán los días que faltan para poder embarcar y regresar a casa.

—¡Don Pierres, esperad! —grita un joven andrajoso.

—¿Señor... James? ¿Cómo estáis pasando vuestros días por estas tierras? ¡Sé!

—Buenas noches, Don Pierres, Doña Dora. —Está agotado por el trote

—. Estaba bien, hasta que recibí el aviso del capitán Joaquín Sagues. Justo me ha enviado a buscaros. ¡Qué suerte encontraros!

—¿Qué aviso es ese, señor James?

—Vera, Don Pierres... Debemos partir esta misma noche. —Baja un poco la voz—. Antes de la hora del gallo. —Guiña un ojo y Don Pierres asiente con la cabeza—. Ya está prácticamente todo listo.

—Comprendo —dice Don Pierres mientras se acaricia el pico de su poblada barba—. ¿Puedo saber el motivo de tal decisión? ¡Sé!

—Me temo, Don Pierres, que solo soy un simple ayudante. No tengo conocimiento alguno de por qué el capitán toma esta medida.

Todos enmudecen y miran a su alrededor, es probable que les estén grabando, así que es mejor actuar con cautela sin levantar sospechas. Se despiden del muchacho y aceleran el paso hacia la casa de Doña Carmenza. Deben buscar a la señorita Hadeline para llevarla al hotel, donde esperarán hasta la madrugada para poder embarcar en el Acémila.

Al parecer, todos tienen que viajar. Bueno, no todos, Jeremy está convencido de que no irá a ningún lado y menos con el mandón de su padre. Así que, mientras, va de copiloto junto a su hermano y ahora chófer Juan. Aprovecha para planearlo todo.

Tiene menos de tres días para terminar de definir los sentimientos que se han apoderado de él, tal y como la dulce Hadeline le ha sugerido. Un tiempo considerable para buscarla nuevamente. Total, ya sabe dónde encontrarla, en casa de la tal Carmenza. Le da rabia al pensar en las absurdas charlas que estará teniendo con el monigote de Dionisio, o tal vez con la coqueta hermana, sugiriéndole que se case con el hermano de ella. Pero no quiere torturarse más, la misteriosa señorita Hadeline debe ser rescatada de su familia y de esa oscura celda donde la mantienen encerrada evitando conocer la realidad de este mundo.

—¿Te puedes creer mamá —irrumpe Juan— que tu hijo Jeremy no estaba en casa de la Miriam?

Su madre le mira extrañada.

—¿Ah, no? Entonces, ¿a dónde habías ido, querido?

Jeremy enmudece, no sabe cómo explicar ese comportamiento, no quiere hablar de ese tema y que le fastidien durante todo el camino.

—Pues sorprendentemente y por primera vez —dice Juan sonriente—, aunque no me creas, estaba con... —Hace un sonido con su boca para dar

paso a su frase—. La hermosa señorita Hadeline.

La madre abre los ojos de par en par.

—Jeremy, querido, ¿es eso cierto?

—¡Ay, mamá! —responde con obstinación—. No pude evitar tener la sangre fría como vosotros, dejándoles ir por esas peligrosas vías.

Juan suelta una carcajada de burla. Su madre sonrío, sabe que su hijo tiene un corazón bondadoso.

—¿Sangre fría dices? —suelta Juan junto a otra carcajada—. Entonces, hermanito, ¿tú si tienes la sangre caliente como para ir a buscar a esa chica? O será que... ¿tienes algo más caliente?

Jeremy le da un puñetazo en el hombro al conductor.

—¡Cállate, payaso! —Enfadado, se cruza de brazos.

—No empiencen, por favor, y menos aquí en el coche.

—Si yo solo digo lo que sé..., que estos dos se traen algo entre manos.

—¡Tú que vas a saber! —espetta Jeremy sonrojado.

—Déjale, querido, deja a tu hermano tranquilo. Ha sido un acto muy bondadoso, hijo, pero... ¿cómo has podido encontrarles?

—Lógicamente..., siguiendo a su corazón, mamá. —Juan sigue burlándose, pero Jeremy quiere dejar de responder para terminar la conversación—. ¿No viste cómo babeaba esa dichosa señorita por mi bro, mamá?

—Juan, querido, no digas tonterías.

—Que sí, que yo lo vi con estos dos ojos hermosos que tengo —dice Juan sonriente y continúa—. Si hasta estaba todo el tiempo Hadeline preguntando por la vida de mi hermano, en cuanto yo le preguntaba por su vida se quedaba muda.

«¿Será eso cierto? ¿Será que realmente se interesó por mí? Puede ser, me ha besado con tanta... Cómo es la palabra... Pasión», piensa Jeremy ilusionado, se le acelera el corazón y nuevamente siente fuego en su pecho. «Era tan inexperta ante aquel intenso beso, pero a la vez tan..., tan... ¿Enamorada? Ni siquiera los besos de Miriam, ni de nadie más que recuerde, fueron así. ¡Ay, señorita Hadeline! Siento que te he amado desde hace siglos, cuando tan solo en pocos días me robaste el corazón», continúa pensativo y callado durante todo el viaje hasta llegar al puerto de Galea.

Su madre sonrío, siente que esa muchacha le ha traído a su hijo de vuelta a la vida. No solo ella ha notado aquellas miradas de niña enamorada hacia

Jeremy, también el bromista de Juan se había dado cuenta, y puede que hasta la familia de la jovencita, pues el padre tomó la decisión repentina de marcharse de casa cuando desayunaban. Pero ahora que sus vidas están tomando caminos diferentes, le impiden aquella fugaz felicidad. Lo más seguro es que nunca más vuelva a ver a la muchacha, y su hijo definitivamente morirá de pena.

En casa de Doña Carmenza Gutiérrez está una renovada damisela recién bañada y cambiada de ropa gracias a la colaboración de su amiga Dorleta. Se encuentra pensativa en la sala de aquella pequeña casa tan acogedora. Ya ha cenado una ensalada de frutas junto a la familia de Dionisio y la viuda de su tía. Todos han sido amables, aunque se refleja en sus miradas la tristeza por haber dejado su amada tierra. Han dicho que Don Teófilo Aritzaga ha encontrado empleo como limpiador de oficinas en la comisaría, mientras que Doña Zuriñe Aritzaga cuida de una viejecita quienes sus hijos han dejado en el olvido, prácticamente sin poder valerse por sí misma. Doña Zuriñe lo contó con una enorme sonrisa, pero con sus ojos llenos de lágrimas pues la anciana no tiene cómo pagarle, solo cuenta con una miserable pensión y un piso prácticamente en ruinas.

Hadeline no entiende cómo la madre de Dorleta puede estar triste y alegre a la vez al contar esa historia. Aun así, le han conmovido sus palabras: «...venimos de una tierra donde todos nos ayudamos entre todos, sin esperar un pago más que nuestra propia gratitud...». Su amiga Dorleta le ha contado lo emocionada que está al vivir en aquellas tierras españolas, llena de hombres guapos, de todos los tamaños y colores. Está deseosa de encontrar pronto un buen hombre para casarse. Le da igual si vuelve o no a Keltoi, en esa isla solo cuenta con tres pelagatos de pretendientes, mientras que en España tiene para elegir a dedo. Aunque lamenta que sus padres no terminan de superarlo y no la dejan a solas para disfrutar de ese nuevo mundo.

Un mundo que tanto dolor y decepción ha causado a la señorita Hadeline. Sobre todo, el apuesto señor Jeremy, quien se ha comportado como todo un caballero, pero solo para ilusionarla, para jugar con su inocencia y para dar celos a su prometida. Siente que le va a costar muchas lágrimas y sufrimiento conseguir apartarlo de su mente.

La voz del señor Dionisio le saca de sus tristes pensamientos.

—Señorita Hadeline... Deseo revelaros mis pensamientos.

—Os escucho, señor Dionisio. No me queda más, que esperar a mi doncella.

—Lo primero de todo, espero no ofenderos... pero os encontraréis más bella que nunca esta noche.

—¡Oh! Os agradezco, señor, sois muy amable. Vuestra hermana ha sido generosa al dejarme uno de sus vestidos.

—Más que amabilidad, es la verdad, señorita. Y no quiero ser atrevido, en caso de que vos lo consideréis, os ruego me detengáis. —Hace una pausa y vuelve a suspirar—. Pero quisiera saber si vos habéis pensado en mí... Es decir, en mis palabras... cuando estábamos en el barco.

Hadeline se siente incómoda y no sabe qué responder sin hacerle daño al joven.

—Francamente, señor Dionisio, os agradezco vuestras palabras. Pero no quiero daros falsas esperanzas. Bien sabéis que nuestras vidas son muy diferentes.

—Con todo respeto, señorita, mi forma de vida es más certera que la del «señor Jeremy».

—¿Perdonad? —Hadeline se pone tensa—. ¿A qué os referís exactamente?

—Simplemente os recuerdo que nuestras vidas han sido hasta el momento, y espero que así siga siendo, prácticamente iguales. Criados y educados de la misma forma. —Carraspea un poco—. Mientras que el señor que vos me habéis presentado hoy...

—Siento interrumpiros, pero sigo sin entender dicha comparativa, señor Dionisio.

—Por favor, señorita, yo os pido franqueza de vuestra parte. No podéis negarme que ese joven os ha estado cortejando.

—¿Por qué creéis eso? ¿Cómo habéis llegado a semejante conclusión?

—Pues si me permite la observación, pude fijarme cómo ese caballero os desnudaba con la mirada.

La señorita Hadeline no puede soportar tanta insolencia y le da una bofetada. A continuación, se levanta del sofá, pero el joven Dionisio la detiene.

—Disculpadme, señorita, lo tengo bien merecido. No ha sido mi intención ofenderos.

—Pues lo habéis hecho, señor Dionisio.

—Os ruego me disculpéis nuevamente. Me he dejado llevar por... los celos.

—No tenéis por qué sentir celos, caballero. De momento no soy de vuestra pertenencia.

—Tenéis toda la razón, señorita Hadeline. Corrijo mis palabras —dice Dionisio mientras la damita vuelve a sentarse—. Es que no pude evitar ver la actitud de aquel caballero para con vos. Me ha dado la impresión de que está... perdidamente enamorado de vos.

—Como sabéis, señor Dionisio, aquel caballero está... comprometido.

—Puede, señorita Hadeline. Pero os aseguro como hombre que ese caballero está enamorado de vos. Pude apreciar la forma en que trataba a su prometida, mejor dicho, al fotograma o como sea, de esa señorita. Y la forma en que se os dirigía, y en cómo os trataba.

«El señor Jeremy, ¿enamorado de mí? ¡Oh! ¿Será posible? Había insistido tanto para quedarse a solas conmigo... Sus palabras sonaron tan sinceras... Y aquel abrazo tan... placentero. Su dulce beso estuvo envuelto en lágrimas. Gotas de lágrimas que se mezclaron con las mías... ¡Oh, Dios, Jeremy!», piensa Hadeline ilusionada.

El sonido de la puerta interrumpe el momento. La señorita Dorleta suelta su libro de francés en el comedor. Agradecida por aquel sonido, rápidamente se levanta y se dirige a abrir la puerta.

—Buenas noches, señorita Dorleta Aritzaga de Zikuñaga Gutiérrez.

—¡Señorita Hadeline, es vuestro padre! —grita Dorleta—. ¡Oh, sí! Buenas noches, Don Pierres Rique de Elorriaga Ugalde. ¿Queréis pasar?

«¿Mi padre? ¡Oh, no! Y mi doncella aún no llega. Pobre, mi padre se va a disgustar... Aunque, ¿cómo me habrá encontrado?», se pregunta Hadeline llena de nervios. Enseguida se levanta. Todos se dirigen hasta la puerta para saludar.

La señorita Hadeline sale con toda la alegría del mundo y, para su sorpresa, allí está Dora. Don Pierres les agradece las atenciones con su hija. Aunque no es muy amigo de Don Teófilo, siente un profundo respeto por haberse enfrentado al alcaide, considera que ha sido un acto muy cruel expulsarles de la isla como si fuesen delincuentes.

Finalmente, llegan al hotel. Ante tantas emociones, aún les queda una más: embarcar y volver a casa.



Dos embarcaciones, un destino

Ha llegado el momento que todos esperaban. Hombres sudorosos pero llenos de alegría por la recompensa que les espera, están listos para navegar. Solo tres familias viajarán con ellos. La mujer del cabo Richardson, una joven de larga melena y actitud grotesca, algo pasado de peso, nada normal para las mujeres de su edad; una señora con bastante obstinación que acompaña a su hijo, el cabo James, y la complicada familia del mismísimo capitán William Smith. Todos están a la expectativa de ver la reacción de sus hijos, que al parecer no desean viajar. El ex sargento Besteiros ha hecho una apuesta con el pelotón, unos a favor, otros en contra, de que el capitán William no va a ser capaz de convencer a todos los miembros de su familia para que suban al barco.

Todo había ocurrido fugazmente sin poder pensar ni decidir. Llegaron al sitio designado por la palabra clave «plan vacacional» y unos hombres vestidos de militar de la marina les dieron las indicaciones para dirigirse hasta el barco, encargándose ellos del equipaje y del Charleston. Anonadados, se dirigieron a la rampa de acceso, pero, antes de subir, Doña Consuelo pidió explicaciones al capitán. Este solo dijo que debían marcharse inmediatamente. Había surgido un viaje que se había convertido en misión. Doña Consuelo, viendo el rostro de sus hijos, le hizo entender al capitán que no tenían conocimiento de dicha misión, pero este hizo referencia a la nota donde decía que requería la «colaboración de los tres» y que por las buenas o por las malas debían acompañarle.

Eso no era lo que Jeremy pretendía, irse de España así tan de repente y dejar a la señorita Hadeline sin poder ayudarla. Le había prometido que ayudaría a su familia pidiendo al capitán que moviera hilos para evitar las leyes sancionadoras. Y ahora, toda esa petición se iba por la borda, al encontrarse no ante su padre, sino ante un capitán convertido en un auténtico monstruo marino.

—¡Maldita sea, Jeremy! He dicho que no puedes quedarte en España — dice el capitán irritado—. ¡Es una orden!

—Capitán, la visita ya se ha marchado, ya se ha acabado la misión. La única misión que nos habías encomendado. Quiero mi recompensa —dice Jeremy con voz amenazante—. Y no ese piso que habías dicho, sino la libertad de irme a vivir lejos. Independizarme, como vosotros lo llamáis.

El padre entrecierra los ojos, endureciendo sus facciones.

—¡A mí nadie me amenaza! —Le da un puñetazo en el estómago a su hijo, dejándole sin aire—. Muchachos, ¡llévenlo dentro y enciérrenlo bajo llave.

Dos jóvenes huesudos se acercan con asombro y se llevan a Jeremy, arrastrado hacia dentro del barco.

—¿Alguien más va a poner objeciones?

—Querido, por favor, no le hagas esto a nuestro hijo —dice la madre suplicando—. Déjalo aquí, en España. No quiere ir. Es testarudo, no te servirá de nada allá a donde vayamos.

—¡Calla, mujer! —dice el capitán, mientras resopla como una bestia—. ¡Ya me tenéis hartos! Sube al maldito barco de una vez. ¡Juan, vete con tu madre!

Juan reacciona enseguida. Ha querido defender a su hermano, pero no puede hacer nada, tiene todas las de perder si no hace lo que el capitán ordena. Le tiene miedo a su propio padre. Cuando está así, tiene la sensación de que alguien puede morir entre sus manos.

Terminan de acomodar el Charleston en proa. Todos están de acuerdo en que es una completa locura, demasiado peso, aunque aquel barco está hecho con alta tecnología, capaz de soportar hasta diez vehículos más. Pero ese coche es un hijo más del capitán y no es conveniente ni tan siquiera opinar.

El capitán William Smith se limpia las botas militares. Se arregla un poco, escupe hacia un lado, mira su health bracelet para ver la hora. El reloj muestra las tres de la mañana. Es el momento ideal para navegar. Lanza una última mirada hacia las playas desoladas, las escasas luces de los edificios a lo lejos y las silenciosas casas flotantes. Suspira, se arrodilla y besa el suelo cubierto de madera.

—Gracias, España, por darme tanto —dice seriamente—. Perdóname, España, por quitarte nada.

Se levanta y se sube al barco. Varios de su pelotón le miran con

admiración, a pesar de todo es un gran capitán. Este da las instrucciones y el barco enciende los motores. Empieza a moverse. Se adentra en las profundas mareas.

Jeremy no quiere llorar, es todo un hombre, eso de llorar es para nenazas y él no lo es. Ese capitán se cree que puede mandar sobre la vida de todos. Pero no puede decidir sobre la suya. Aquellas paredes no le retendrán por mucho tiempo. Pensará en un plan para fugarse, lanzarse al mar y que las aguas le quiten tanto sufrimiento.

Le ha encerrado en un camarote de espacio reducido con una litera, esposado y encerrado bajo llave. No tuvo fuerzas para golpear a esos individuos y bajarse del barco antes de que zarpara. De haberlo imaginado, nunca se hubiera subido en esa chatarra de vehículo, ni hubiese venido al mismísimo infierno gobernado por el capitán.

—Jeremy, hijo, soy tu madre —dice colocándose pegada a la puerta—. ¿Estás bien?

—¡Mamá! Por favor, habla con el capitán, necesito bajarme del barco.

—Lo siento, querido... Ya nos hemos alejado bastante del puerto. Será mejor que descanses.

—Pero mamá, ¿a dónde vamos a ir? ¿De qué misión habla ese viejo loco?

—Hijo, respeta a tu padre. Yo sé que solo desea el bien para nosotros —dice dudosa, ya no reconoce a su esposo—. No ha dicho nada del destino, pero se ha llevado a Juan a la centralita del barco.

—¿Para qué, mamá? ¿Qué quiere de Juan, de nosotros?

—¡Ay, querido! No lo sé. —Le caen varias lágrimas—. Será mejor que descansemos y dejemos que todo se aclare.

Mientras, en altamar, gran parte de la tripulación del capitán William está reunida en la centralita del barco, una enorme sala llena de radares y bien equipada tecnológicamente.

En el puerto de Bermeo, en ese momento, están embarcando los kelteños. Todos están preocupados, pero felices. Entre ellos está la señorita Hadeline, quien no ha podido pegar ojo en lo que quedaba de noche, pues ha tenido una larga conversación con su padre y Dora, donde hablaron con franqueza de todas las experiencias vividas y las impresiones obtenidas. Tenían claro que todo aquello debía olvidarse y evitar decir palabra alguna al

llegar a Keltoi.

Aunque piensa que será imposible olvidarse de Jeremy... No termina de decidirse, tiene una disputa entre su mente y su corazón. Por un lado, lo odia, pues no sabe cuántas mentiras le ha dicho o le ha hecho creer. Por otro lado..., siente que lo ama; así es, ama cada parte de su ser. Ama su alma transformada en bestia, y ama al hombre convertido en caballero. De algo está segura. Será su mayor secreto, lo llevará siempre en su corazón, encerrado bajo mil llaves, para nunca olvidar su primer y tal vez único amor.

—¿Listos, señores? —pregunta el capitán Joaquín Sagues—. Pues despídanse de esta tierra, es probable que pasemos tiempo sin volver.

Todos levantan sus copas, o botellas, y hacen un brindis. Beben hasta mojarse, luego se abrazan, estrechan las manos. Y con los primeros rayos del sol, zarpa el navío Acémila, rumbo a Keltoi.

Son marineros agradecidos de la vida, de la oportunidad que tienen de vivir esa experiencia que pocos kelteños pueden tener. Algunos, solteros, disfrutaron de salir de la isla para comportarse como auténticos depredadores de mujeres y de la loca vida que allí pueden darse, derrochando y despilfarrando en todo cuanto pueden para luego volver a retomar sus caballerescas vidas.

La señorita Hadeline suspira al verles tan felices, ella desea compartir aquella felicidad, pero lo cierto es que, gran parte de su corazón se queda en España, junto al hombre que la ha conquistado con solo una mirada.

Largos días les esperan a ambos navíos, pues la embarcación de «El Españolito» no sabe el rumbo exacto ni mucho menos la ubicación de la isla. Y el «Acémila» acostumbra a dar vueltas como una peonza para despistar a los radares hasta llegar al destino.

Aunque, el navío de El Españolito, tiene un as bajo la manga.

—¡Saquen los planos de la caja! Necesito que analicen las rutas para llegar a la isla —ordena el capitán William— ¡Eh, tú, Juan! Termina de una vez por todas de desactivar los GPS de los asquerosos abejorros. Necesito darte nuevas instrucciones y no te das prisa. —Saca un cigarro y se pone a fumar, está de los nervios.

—Capitán, es que no puedo solo, necesito más gente que me ayude.

El capitán William se queda pensativo.

—¡Ustedes dos! ¡Traigan a mi hijo Jeremy!

—¡Si, señor! ¡A la orden, señor! —gritan a coro.

Los dos jóvenes se dirigen hasta el camarote y despiertan al muchacho. No tiene buena cara. Tiene los ojos hinchados como si hubiese estado llorando toda la madrugada. ¡Pobre joven! No sabe lo que le queda de sufrimiento bajo las órdenes del capitán William.

—¡Vamos muchacho, arriba!

—¡Venga, levanta! Tu padre te mandó llamar.

—Ese viejo cascarrabias no es mi padre. No es nada. No pienso obedecerle.

El cabo le mira con el ceño fruncido.

—Si quieres tomar ese camino —dice el cabo con voz amigable— de odio y desprecio, no es problema nuestro, pero no te llevará a nada bueno. — El otro cabo asiente con la cabeza en concordancia con el consejo—. Te recomiendo que cambies de estrategia, si quieres conseguir mejores resultados.

—Eso no es problema vuestro —responde Jeremy con arrogancia—. Más bien decidme, ¿a dónde vamos y qué misión patética es?

El otro cabo le responde secamente.

—Eso no lo podemos decir, son órdenes secretas.

Jeremy odia tanto secretismo, pero no puede hacer otra cosa. Los cabos tienen razón; seguir el camino del odio no es conveniente, necesita meterse en el bolsillo al capitán hasta averiguar qué se trae entre manos.

Le llevan a la centralita donde están todos reunidos. Reconoce a Juan, que se encuentra de espaldas trabajando. El capitán empieza a dar órdenes a su hijo, quien al parecer está más sumiso después del encarcelamiento. Le sienta al lado de Juan y juntos empiezan a trabajar. Jeremy no sabe mucho de robótica, pero su hermano le da las respectivas indicaciones, intenta preguntarle en voz baja qué está ocurriendo. Este, astutamente le pasa un papel escrito que dice: «*Sigue todas las órdenes del capitán, te veo a la hora de comer en Prao. Intenta no cagarla*».

Jeremy conoce la astucia de su hermano, es de reconocer que tiene un talento innato a la hora de investigar, deducir y crear planes estratégicos. Por lo tanto, asume que algo grave se está cociendo. Se pone a realizar la labor impuesta, a la vez que presta atención a su alrededor. Al escuchar mencionar la caja secreta, se gira disimuladamente comprobando que es la misma caja que ellos han llevado. Enseguida se entera de su contenido: unos valiosos

planos cartográficos, pero no sabe exactamente de qué o para qué.

A la hora del almuerzo, tal como han quedado, se encuentran en proa los dos hermanos, Juan sonriente le pide que no deje de sonreír mientras hablan. Este asiente con la cabeza y le sigue la corriente.

—Y entonces, ¿qué está pasando, Juan? ¿A dónde vamos?

—Tal y como venía sospechando —dice Juan en voz baja—, el capitán se trae algo gordo entre manos. Esta no es cualquier misión, Jeremy. Esta es una misión de conquista. Les he escuchado hablar acerca de una isla fantasma.

—¿Para eso son los planos que estaban dentro de la caja secreta?

—Sí, Jeremy, son planos cartográficos de la posible ubicación. —Juan hace una pausa, agacha la cabeza y saluda a un cabo que pasa—. Pero, además, contiene un informe detallado escrito en francés donde habla de una especie de minerales, que no pude averiguar exactamente, pues justo en ese momento el capitán entró. —Se limpia los ojos enrojecidos por el cansancio y continúa—. Yo disimulé, haciendo que buscaba algo. Pero vi cuando los escondió rápidamente, sin que los demás lo notaran.

—¿Tienes alguna idea de qué puede ser?

—No. Pero para eso te tengo a ti. —Guiña un ojo—. Necesito que te infiltres entre ellos y averigües algo. Tú y yo necesitamos aliarnos para saber qué nos prepara el capitán y adelantarnos a los acontecimientos.

Juan le da una palmada en la espalda a su hermano y se retira sonriente dejando a Jeremy pensativo. «No quiero jugar a los putos policías y ladrones. Me da igual lo que el capitán está tramando, no es mi problema, ni me pienso meter en su patética vida», piensa Jeremy estresado.

Jeremy no está dispuesto a entrar en ese juego donde Juan se cree Sherlock Holmes. Más bien, necesita hablar con su madre, saber cómo se encuentra y decirle que está cansado de esta vida. La busca por todo el barco, pero no la encuentra y nadie la ha visto; se teme lo peor. Puede que con el estrés que produce ese viejo cascarrabias, ella decidiera lanzarse al mar, como también Jeremy había pensado hacer.

Decide volver a la centralita para preguntarle al capitán directamente por su madre. Pasa por un camarote con la puerta entreabierta y logra escuchar una extraña conversación entre dos marineros.

—No te creas... El capitán está muy obsesionado con esa isla.

—Pero sigo sin entender, ¿cómo piensa pagarnos? Si es una miserable

tierra dejada de la mano de Dios... Se supone que, como mucho, vivirán tres infelices cavernícolas.

—Puede que exista algún tesoro o tal vez algo más valioso que el capitán no nos haya contado aún.

—Déjate de piratas y fantasías. Yo pienso que solo nos está utilizando para llevarle hasta allí.

—No sé yo... Ha dicho que va a vivir en esa isla para siempre, cosa que dudo, pues ni siquiera su familia le apoya, seguramente ni sabe sus intenciones.

—Y si el capitán realmente no piensa volver, ¿crees que nos dejará regresar?

—Por eso te digo. Tenemos que raptar a uno de sus familiares como pasaporte para volver.

—¡No! —se exalta—. Recuerda que todos están de su parte. Aunque podemos causar un motín.

—Pues como no me dé lo prometido, seré yo mismo el que le pegue un tiro a él y a toda su mugrienta familia...

Jeremy palidece ante aquella revelación. Se marcha por miedo a que le vean. Poco a poco las cosas van encajando. Todo está cobrando más sentido. «Ahora entiendo por qué la insistencia de traer el Charleston. ¡Maldita sea! Nunca más volveremos a España. Nunca más volveré a ver a la señorita Hadeline», piensa Jeremy frustrado.

Entra a la centralita, el capitán le lanza una mirada inquisidora, pero Jeremy camina relajado delante de su presencia. Decide no preguntar nada respecto a su madre. Toma asiento y el capitán se le acerca.

—Necesito que terminéis ya con esos abejorros. ¿Queda claro, hijos míos?

—¡Sí, señor! —contestan a coro.

Juan le da las indicaciones para que termine de abrir los últimos abejorros que quedan y les retire el chip del GPS. Jeremy se pone a trabajar y cuando el capitán sale de la sala, aprovecha para escribirle una nota a su hermano, en donde le dice que ha descubierto más datos.

El viaje se está haciendo largo y agotador tanto para los hermanos Smith como para la señorita Hadeline, quien se encuentra mareada por el oleaje. Su

doncella Dora le ha ofrecido un poco de té, pero solo le ha calmado los nervios manteniendo su malestar.

Su padre le ha impuesto el deber de repasar sus enseñanzas, pues al llegar a Keltói volverá a retomar sus clases en el Conservatorio de Sabiduría. Además, Don Pierres ha adquirido nuevos libros de bioquímica para profundizar los conocimientos de su hija.

Aunque nota la tristeza de Hadeline, sin lograr entender la causa. Se supone que no quería salir de la isla, pero ahora parece que no quiere volver. Tal vez al conocer tantas cosas tecnológicas, su forma de ver la vida ha cambiado. De ser así, Don Pierres nunca se perdonará la infelicidad causada a su adorada hija.

Dora tampoco ha querido hacer comentario alguno, pero empieza a sospechar que el corazón de la señorita ha encontrado dueño. Sin embargo, admira su valentía al elegir el camino correcto. Sabe que el hijo de Doña Consuelo, Juan, no es el hombre que precisamente la damita se merece ni quiere para ella. Así que le alegra no haberse quedado con su hija en España.

Han pasado tres días desde que han salido del puerto ambos navíos, aunque trazando rutas distintas. La señorita sigue manteniéndose ausente, inmersa en sus pensamientos, sin poder concentrarse en sus lecturas ni encontrar consuelo al intentar tocar tristes melodías con su armónica. Dora le recomienda que colabore en la cena de los marineros para que se distraiga.

Camina lentamente sin ánimos de nada, pasa por los angostos pasillos cuando escucha un fuerte estruendo proveniente del cuarto de la despensa. «¿Será un ratón? Debo ser valiente, solo son bichos peludos...», se dice nerviosa.

Agarra una escoba, cuenta hasta tres y abre la puerta.

—¡Oh, no! —grita Hadeline asustada, pero le tapan la boca enseguida.

—No gritéis, por favor, señorita Hadeline —dice el joven en voz baja—. Os quitaré las manos de la boca, si prometéis no gritar.

La damita asiente con la cabeza. El joven se aparta de ella y cierra la puerta.

La despensa del barco es un amplio cuarto oscuro con una diminuta ventana redonda. Está repleto de frutas, verduras, hortalizas, grandes cajas, bultos de arroz, de harina... Es un espacio bastante bochornoso y el olor un

tanto desagradable, entre queso podrido y zapato viejo.

—Señor Dionisio —dice en voz baja—. ¿Qué hacéis vos aquí?

—Yo... Señorita Hadeline... No podía soportar la idea de quedarme en España sin poder veros cada día.

—¡Oh, Dios! Vos no podéis estar aquí —dice con sus ojos melancólicos—. Ya conocéis las estrictas reglas de Keltoi. Si alguien se entera...

—Lo sé..., señorita Hadeline —dice cabizbajo—. Os pido por favor que guardéis mi secreto. Al menos hasta que el barco atraque en Keltoi.

—¿Y luego qué, señor Dionisio? —Lleva las manos junto a su pecho—. ¿Qué será de vuestra vida?

El joven se queda pensativo y al final le cuenta su plan. Al llegar a Keltoi esperará la madrugada para bajarse y perderse entre los matorrales hasta llegar a la colina. Conoce bien cada rincón de la isla, tal vez no fuese muy grande, pero, aun así, tiene secretos que todos desconocen. Vivirá bajo la colina dentro de una cueva oculta por inmensas rocas. Desea que la señorita le vaya a ver de vez en cuando, con eso será más que suficiente para sobrevivir. Hadeline se queda sin palabras, y el joven enamorado se acerca lentamente, necesita besarla para llenarse de fuerzas ante todo lo que le espera. La coge desprevenida de los brazos y la lleva junto a su pecho bruscamente, pero ella intenta soltarse, le empuja con todas sus fuerzas, haciéndole tropezar contra una columna de ollas, cayéndole encima.

Abren la puerta de par en par.

—¿Qué está pasando aquí?

—¡Padre! —grita Hadeline, y corre a su lado.

—Hija, ¿te encuentras bien? ¿Quién es ese hombre? ¡Dejaos ver!

Don Pierres camina hasta el fondo y ve levantarse al joven. Le agarra de la camisa y le pregunta qué le estaba haciendo a su hija. Hadeline le detiene, no quiere causarle más problemas al muchacho, confiesa que ha gritado por la impresión de verle, lo que llevó a su caída.

—Señor Dionisio Aritzaga —dice Don Pierres asombrado—. ¡Vos no podéis estar aquí!

—Os lo suplico, Don Pierres, no me delatéis ante el capitán. Os lo pido por lo más sagrado.

—Padre, os pido de corazón que ignoréis su presencia. Ha sido su desesperación por volver a Keltoi.

Don Pierres se queda pensativo. Acaricia su bigote.

—Si es que en el fondo... os entiendo, señor Dionisio. Vosotros no estáis preparados para el mundo. —Camina de uno a otro lado, con sus manos tras su espalda—. Lo cierto es que... si llegan a encontraros en el barco... pueden lanzaros al mar y nadie podrá hacer nada. Como comprenderéis, no podemos interferir en las leyes de nuestro país.

Don Pierres siente gran preocupación. Escucha los ruegos de su hija, aunque tiene presente que es un delito. Si se llegan a enterar de que viaja un polizón en el barco, y que además él es su cómplice, le castigarán nada más pisar tierra kelteña. Ahora está en una constante lucha entre lo que es correcto y lo que no.

Hadeline no quiere causar más daño al joven Dionisio, por ello ha evitado acusarle de intentar abusar de su confianza, robándole un beso. ¿Cómo iba a permitirle un beso robado cuando ya un amable caballero le ha robado su corazón? Jeremy puede ser lo que sea, pero nunca un aprovechado, pues el beso lo ha obtenido porque ella lo deseaba tanto como él. No necesitó permiso, y sin embargo una disculpa salió de sus labios... Claro que esa disculpa se había convertido en rechazo. Le rechazó a ella sin dar motivos, pero Hadeline lo sabe: su corazón pertenece a esa señorita «Miriam», aunque él insistiera tanto en negarlo.

La señorita Hadeline está dispuesta a enamorarse nuevamente, pero no a la fuerza, no como pretende el joven Dionisio. Esta vez se deberán ganar su corazón, y será muy difícil que algún caballero de Keltói esté dispuesto a todo para volverla a ilusionar. Amar a un hombre comprometido no es amar, y debe tomar la decisión de si realmente merece querer a alguien al que nunca más volverá a ver.

Son decisiones difíciles de tomar. Meditar es la mejor forma de encontrar la respuesta a lo que realmente dicta el corazón. Al menos, esos fueron los consejos que Hadeline había dado a Jeremy. Meditar sobre su vida.

Jeremy está enloqueciendo en el navío. Al final ha pasado las largas horas entretenido, investigando y colaborando sin terminar de entender del todo el motivo exacto del capitán. Ya saben que se están aproximando a una isla fantasma, difícil de encontrar pero no imposible, gracias a unos planos, que según se enteró, su padre había robado a unos marineros franceses. El capitán pretende allí declarar esa isla como suya, legalizarla ante un sistema

gubernamental que no fuese español, pues lógicamente España tiene intereses en esas tierras. Después la pondrá en alquiler a países que necesiten hacer fábricas o pruebas que se consideren «ilegales», algo así como trabajar con el mercado negro, de ahí que incluso le tiene estipulado un nombre: «La Isla Negra». Por último pagará a su tripulación y estos podrán irse a vivir como reyes a cualquier parte del mundo.

Con la ayuda e ingenio de Juan, logran quitar el GPS a todo aparato tecnológico del barco para no ser rastreados, tanto por la Marina Española como por los kelteños. También han modificado unos cincuenta abejorros robóticos para investigar todos los alrededores de la isla y poder encontrar un sitio concreto para atracar. Ya están ubicados en las directrices marcadas en los planos, ya han sacado a volar a todos los abejorros para que capturen las imágenes de la isla.

El capitán está feliz, su plan está saliendo tal cual lo venía imaginando desde hace años. Al final su familia ha accedido a ayudarlo, incluso todos visten de militar, incluyendo a Jeremy, para que oficialmente sean parte del «escuadrón de conquista».

—No se ve nada, capitán —dice el cabo Richardson—. Se supone que ahí debe estar la isla.

Señala un punto en la pantalla, pero las imágenes solo reflejan agua y más agua, un horizonte que lleva al sol... y nada más.

El barco se encuentra a unas cuantas millas del sitio exacto según las coordenadas. Solo cuentan con los abejorros i-Pets que envían información, recorriendo todos los puntos cardinales del supuesto lugar. Toda la tripulación se encuentra reunida en la centralita, sudorosos, tensos al no apreciar isla alguna.

—¡Maldición, Juan! ¿Seguro que modificaste bien esos aparatos?

—Sí, capitán, pero no sé... Puede que... Déjeme probar una cosa.

Teclea unos códigos en la pantalla, realiza unas modificaciones. Todos esperan impacientes. Jeremy solo observa con ganas de que la dichosa isla no aparezca. «Así le tocará dar media vuelta y pa'casa», piensa Jeremy con esperanza.

El capitán pasa su mano por la frente y retira el sudor. No puede con tanta angustia. Empieza a creer que esos planos son falsos.

—Capitán William —carraspea el hombre—. Creo que hubiera sido mejor perseguir al barco fantasma.

—¡No, Teniente Bayron! —Da un golpe en la mesa—. Será mejor que vuelvan a revisar las coordenadas. Algo se nos ha pasado por alto.

Todos están estresados, ya se están arrepintiendo de esa locura. Traicionar a España solo por seguir unos antiguos planos en busca de algo inexistente... Los hombres se miran unos a otros, aprietan sus puños, se comunican visualmente y todos entienden que es la señal. Están decididos a acabar con el capitán por mentirles, por asegurarles una cuantiosa suma conquistando una miserable tierra inexistente. Unos hombres se levantan de su sitio y se aproximan hasta Jeremy, otros dos nerviosos se acercan hasta el capitán, la rabia les carcome por dentro. Va a haber sangre, mucha sangre para pagar esa derrota...

—Y listo —dice Juan, toca una tecla—. ¡Ya lo tengo! —exclama, y todos vuelven sus miradas a las inmensas pantallas—. Señores... La isla fantasma.

Todos se quedan anonadados, se miran entre ellos con gestos de estupefacción. Suspiran y se apartan un poco de su cometido. Saltan de alegría al ver cómo se van uniendo las imágenes hasta dejarse ver más clara la isla, vista desde diferentes ángulos donde se encuentran posicionados los abejorros.

—¡Ese es mi muchacho! —grita el capitán, loco de contento.

—¡Enhorabuena, campeón! —Se acercan a darle palmadas por la espalda a Juan.

—¡Buen trabajo! ¿Qué había pasado?

—Le explicaré, Teniente Bayron —dice Juan, acomodándose las gafas y con una postura de intelectual—. La isla tiene protección con ondas que le hacen «invisible», pero con la tecnología de los lentes Xaver 9K visión nocturna que le había integrado a los abejorros he logrado traspasar esa barrera con rayos ultrarrojos.

Jeremy siente envidia, nuevamente el espabilado de su hermano se sale con la suya. Aborrece aquella patética escena de elogios. Se retira de la centralita pensativo y sube a proa. Efectivamente, no se ve nada, solo un precioso atardecer que hubiese deseado apreciar en compañía de esa angelical mujer.

Se muere por verla, aunque sea un instante, se muere por tocarla, por olerla, ahora recuerda esa fragancia fresca como a flores recién cortadas... Se

está enloqueciendo... Lleva tres días siguiendo instrucciones de su padre acerca de las labores en el barco, de su hermano Juan sobre investigaciones, de su madre sobre comportamiento... Pero está cansado de todo. Siente que camina una cuesta tan inclinada que aun sin llevar peso, le pesa hasta el alma.

No tiene las fuerzas ni el ánimo para seguir respirando. Simplemente le están empujando para que siga viviendo. Pero ¿viviendo para qué o para quién? ¿Para servir a su padre? Él, primero es capitán, olvida su segunda labor, la que le hizo traerle a este mundo. ¿Para vivir bajo las sombras de su inteligentísimo hermano mayor? ¿O tal vez para seguir siendo la oveja negra de la familia compartiendo su sufrimiento con su madre? Como si ella no tuviese ya suficientes problemas como para tener que cargar con la depresión de su hijo...

Jeremy se sube a la barandilla decidido, se sujeta fuerte con una sola mano, observa las turbias aguas del inmenso mar. Estira su pierna dolorida mientras mantiene el peso en la otra.

—Esto debe acabar —dice Jeremy con voz temblorosa—, y ahora que me encuentro totalmente solo, ante este maravilloso atardecer, así es como debe acabar mi vida... Llevándome dentro de mí pecho el inmenso amor hacia la más bella y pura de todas las divinas mujeres... La hermosa señorita Hadeline.

Cierra los ojos. Suspira. Un último suspiro de amor.



Fin.

Continuará...

GLOSARIO

Barrebots (F)	Robots limpiadores de suelo
Chip blockchain (F)	Registro monetario para las compras fuera de Keltai, en forma de chip.
Computred	Computadora 3D, es una consola compuesta por dos paneles que al separarse, se proyecta una imagen holográfica y táctil, para recibir o enviar datos. La computadora del futuro
Fertilización in ovum (Ficticio)	Pastilla creada en laboratorio, que contiene un óvulo inseminado.
Health bracelet (F)	Brazalete de salud (antigua tarjeta sanitaria) registra todos los signos vitales de la persona así como su estado de salud. Tiene pantalla holográfica táctil.
i-Pets (Ficticio)	i-Drone mascota, variedad de animales robóticos que vuelan, graban, transmiten todo a la red.
Interconector (Ficticio)	Intercomunicador, teléfono público.
Inyecciones nutritivas (F)	Nutrientes vitamínicos con la sensación de pesadez para evitar las comidas y estar bien alimentado.
Memorychip (F)	Dispositivo diminuto en forma de lunar, que se adhiere a la piel. Sirve para grabar con gran capacidad de almacenamiento.
Microdátil (F)	Micro chip dactilar implantado en el dedo derecho. Recauda información general de la persona, y se mantiene conectado al perfil digital.
Magic plus glasses (Ficticio)	Lentes con tecnología avanzada, tomada de referencia por las <i>Magic leap</i>
Microcomunicadores (F)	Sistema diminuto en forma de tapón de oído, como reemplazo a los teléfonos.
Motorbit (F)	Vehículo de cuatro plazas sin ruedas con conducción autónoma. Elevado a un metro del suelo, de fácil giro y aparcamiento por la órbita del espacio. Sería una marca de moto del futuro.
Mundo virtual Role Life (F)	Una vida virtual parecida a Second Life. Red social futurista.
Narcóticas triptaminas ahondas (Ficticio)	Droga narcótica con propiedades alucinógenas que fueron creadas a partir de las antiguas drogas LSD, el cual hacen que la persona se adentre en un profundo estado de shock, sintiendo que se sumerge y se ahoga hasta

		perder el estado de conciencia.
Plexicril (F)		Material ficticio, proveniente de la palabra plexiglás que es una Resina sintética, y que se usa en todo lo que se ve, desde ropa, hasta material de construcción.
Rayos katetic resistors (RKR) (Ficticio)		Lámina opaca que se forma al ser activado los rayos, por emisión de radiación con micropartículas, hasta formar una capa resistente conocida como katetic.
Rubber goo (F)		Goma pegajosa. Líquido que permite el tocamiento de cualquier persona para poder practicar el sexo sanamente, usado en el futuro como protección.
Trimotors (F)		Moto con tres plazas. Muy costosa y es una tantas marcas de motos futuristas.
Turbo patín (F)		Patineta voladora
Trenmil (Ficticio)		Medio de transporte en forma de gusano acristalado, con cápsulas individuales, que recorren todo el país a gran velocidad.
Unimoto (F)		Moto con una sola rueda esférica, propulsada por hondas magnéticas. Que puede girar a 360°
Virus H3 pylori (Ficticio)		Virus del futuro, causado por la mutación de la bacteria H pylori que actualmente se conoce y la que produce en vida real, cáncer estomacal.